

JUAN JOSÉ LÓPEZ BARRANCO

**LA GUERRA DE MARRUECOS
EN LA NARRATIVA ESPAÑOLA (1859 - 1927)**

Tesis doctoral dirigida por el
Dr. Santos Sanz Villanueva

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
Facultad de Filología
Departamento de Filología Hispánica II
Curso 1998 - 1999

LA GUERRA DE MARRUECOS EN LA NARRATIVA ESPAÑOLA
(1859-1927)

I

Para Loli, a pesar de todo.

También para mis padres.

ÍNDICE

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>
Agradecimientos	3
Introducción	4

PRIMERA PARTE

Noticia de los conflictos militares de España en Marruecos	13
Notas	74

SEGUNDA PARTE

Las guerras de Marruecos como materia narrativa	87
I. Los precursores. Campaña de 1859-1860.	88
1. La novela.	89
2. El relato breve.	138
3. Los testimonios no novelescos.	147
Notas.	161
II. Dos campañas de tránsito: 1893 y 1909.	170
1. La guerra de Margallo.	171
2. El Barranco del Lobo y algo más.	184
Notas.	227
III. Del Protectorado a la pacificación.	232
1. La novelística.	233

1.1. La Legión.	242
1.2. El amor en la guerra.	326
1.3. El hombre en la guerra.	406
1.4. Descripciones de ambiente militar.	572
1.5. El rifleño.	619
1.6. Los episodios nacionales.	663
1.7. Humor, parodia y sátira de la guerra.	722
1.8. Melilla.	767
1.9. Biografías noveladas.	808
1.10. Miscelánea temática.	847
Notas.	927
2. Memoria de una guerra.	984
Notas.	1050
Conclusiones.	1054
Bibliografía	1081
Apéndice de narradores.	1120

AGRADECIMIENTOS

Algunas instituciones y personas han cooperado de una u otra forma para que esta tesis pudiera llevarse a cabo, a todos ellos les expreso desde aquí mi sincero agradecimiento. Entre las primeras, debo mencionar al Ministerio de Educación y Cultura por la licencia de estudios que me concedió durante un curso académico para realizar labores de investigación. También al Instituto de Estudios Altoaragoneses, desde donde se me han facilitado algunos artículos de prensa que no había podido localizar en otros lugares.

En cuanto a las personas, doy las gracias a Vicente Moga Romero, quien desde el Archivo de la Ciudad Autónoma de Melilla se interesó por mi trabajo y me proporcionó algunos materiales. También he de expresar mi gratitud a José María Martínez Laseca por remitirme con amabilidad su libro J. A. Gaya Nuño y su tiempo, y a Luis Togores, que me brindó su colaboración abriéndome las puertas de la biblioteca de la Gran Peña de Madrid para que pudiera consultar sus fondos. Agradecimiento que en este caso hago extensivo al personal encargado de esa biblioteca por la diligencia con que atendieron mis requerimientos.

Entre todos aquellos que me han ayudado merece lugar destacado Antonio Carrasco González, de la Asociación Española de Africanistas, a quien agradezco no sólo los múltiples textos y atinadas informaciones que con absoluta generosidad me ha facilitado, sino sobre todo la cordial e impagable amistad que su trato y persona me han deparado.

Y una gratitud especial hacia Santos Sanz Villanueva, mi maestro en este terreno de los estudios literarios, quien con paciencia y dedicación ha ido abriéndome caminos, orientándome y estimulándome durante todo el largo proceso de gestación de esta tesis. Confío en que las siguientes páginas contribuyan a satisfacer en alguna medida sus muchos desvelos y esfuerzos.

INTRODUCCIÓN

Los pretéritos enfrentamientos bélicos de España en Marruecos han constituido episodios fundamentales en el devenir de la vida nacional durante la primera parte del presente siglo. Este conflicto tuvo sus primeras manifestaciones durante la anterior centuria, pero ahonda sus raíces y adquiere magnitud de primer orden dentro de los problemas patrios en el siglo ya a punto de finalizar. De todo ello ha dejado puntual y abundante constancia la historiografía en su calidad de fedataria del pasado. No obstante, el ámbito de lo literario, que a la postre no suele ser ajeno a ningún acontecer político o social, y más si éste llega a alcanzar los niveles de conmoción nacional que algunas fases de tan dilatado conflicto produjeron, parecería, a un primer vistazo bibliográfico, que no hubiese puesto demasiado denuedo en recoger acontecer tan relevante. Esta apreciación la corrobora una simple consulta a los manuales o a las historias globales de nuestra literatura, donde el silencio al respecto se hace nota común y dominante. Pero si en este tipo de libros, por su carácter sintético, tal ausencia resulta comprensible, tampoco se muestran más explícitos la inmensa mayoría de los estudios monográficos o específicos sobre la creación poética o la cultura de esa o esas épocas, los cuales, con alguna poco difundida excepción, han mantenido casi idéntico mutismo al de aquellas otras obras, sin haber arrojado hasta el momento sino minúsculos retazos de luz sobre la cuestión. Podría pues pensarse que el mundo de las letras apenas reparó en tales sucesos, que vivió de espaldas a esta realidad. Nada más inexacto. Tan capitales hechos encontraron su hueco, y no escaso por cierto, en los territorios de la imaginación y la fábula. Sólo al tiempo transcurrido, de consuno con la por lo general más bien escuálida calidad artística de los productos, resulta atribuible ese olvido en que ha caído la evocación literaria de aquellos capítulos de la historia reciente de nuestro país.

He aquí, pues, el motivo primero de este trabajo: llevar a cabo una investigación bibliográfica con la intención de desempolvar aquellos textos que dentro del campo de la narrativa de ficción han recreado de una u otra manera las guerras de España en Marruecos.

Los primeros pasos que han desembocado en el presente estudio se encaminaron a adquirir una siquiera somera ilustración sobre los sucesos históricos, buscando documentación en fuentes bibliográficas de variada procedencia e incluso dentro de lo posible con dispares perspectivas ideológicas. Opción en absoluto baladí, por cuanto una de las iniciales apreciaciones que se advierten al acercarse a la materia la constituye las enfervorizadas pasiones que estas contiendas suscitaron en el pueblo español y las muy encontradas visiones que de tales hechos han ofrecido los tratadistas y estudiosos. De todo ello, aunque no constituya el objeto de atención fundamental de las siguientes páginas, quedará reflejo en la primera parte de este trabajo. Sin pretensión alguna de arrojar nueva luz sobre unos acontecimientos que ya han concitado minucioso interés y cabal análisis por parte de muy competentes especialistas en la materia, tan sólo para poner en antecedentes a un posible lector que, interesado en el aspecto literario, pudiera carecer de noticias sobre la realidad histórica de aquellos sucesos. No se busque, por consiguiente, la novedad en el dato o la exacta puntualidad en el detalle, pues ello no constituye la meta del estudio. Se trata sólo de su obertura, compuesta con la única voluntad de servir de sintético marco informativo a lo desarrollado en páginas sucesivas.

Esta aproximación mínima resultaba imprescindible, por cuanto sin ella hubiera carecido del necesario bagaje para acometer con alguna solvencia la parte sustantiva del presente estudio: la evocación de esos episodios reales desde el relato literario. Tal materia se presentaba casi virgen, con todas las ventajas e inconvenientes que ello conlleva. Entre estos últimos, el de centrar el objeto de atención del trabajo, que en la desorientación inicial quedó circunscrito a aquellas narraciones cuyo asunto se enmarcaba en la última guerra, en la campaña contra Abd el Krim durante los años veinte de este siglo. Sin embargo, según fueron progresando las investigaciones la cuestión adquirió una nueva perspectiva: ese motivo ya poseía una cierta tradición en la literatura española contemporánea. Sin tener en cuenta obras referidas a conflictos armados anteriores, con dificultad, y no sin menoscabo comprensivo, podían entenderse los posteriores. Desde ese momento comenzó una suerte de viaje por la

narrativa de creación del último casi siglo y medio rastreando cuantos títulos hubieran recogido en su contenido todas esas guerras. Viaje un tanto hacia lo desconocido y sin más hipótesis previa que la de ir observando cuantos textos pudieran localizarse, dado que salvo las obras mayores y por todos conocidas, las restantes no habían dejado rastro en obra alguna. En no pocos casos ni siquiera de sus autores, menores y sin demasiada relevancia, había quedado apenas recuerdo impreso.

El primer objetivo de la investigación consistiría, por tanto, en elaborar un censo de relatos evocadores de estas campañas. Ardua labor de búsqueda en la que como único auxilio, en medio de un desierto bibliográfico, surgió una antigua tesis doctoral leída en 1970 en una universidad de Estados Unidos, pero no publicada: La obra testimonial de la guerra de Marruecos con atención dirigida a las cuatro obras claves: "Notas marruecas de un soldado" de Ernesto Giménez Caballero; "El blocao" de José Díaz Fernández; "Imán" de Ramón Sender y "La ruta" de Arturo Barea, de John Charles Lawrence Miller. Obtenida tras esforzado empeño, constituyó una inestimable ayuda para uno de los periodos tratados en el presente trabajo. Si bien su objetivo se circunscribe en lo fundamental al análisis pormenorizado de las obras indicadas en el título, también menciona de pasada otras relacionadas con la última campaña bélica, cuya difusión había sido mucho menor que las tratadas a fondo en su investigación. Este hilo sirvió para comenzar a desenredar tan enmarañada madeja, a la vez que dirigía la atención hacia las otrora populares colecciones de novela breve, alguno de cuyos títulos se mencionaba en la citada tesis. La pista obligaba a llevar a cabo un segundo censo, en este caso de ese tipo de publicaciones, y un posterior vaciado de las mismas. Esta paciente y en apariencia poco productiva labor, tanto por el crecido número de colecciones y la abundancia de títulos que componían algunas de ellas como por la dificultad para localizarlas, se reveló al cabo fructífera, pues vino a desvelar que buena parte de esta narrativa había ido naciendo al cobijo de este popular medio de difusión. Y aún la búsqueda habría de extenderse a las secciones literarias de algunos diarios que, con anterioridad a la aparición de las mencionadas colecciones pero con parecida voluntad, habían

dado a conocer cuentos y relatos breves sobre las campañas precedentes. A estas dificultades habrían de sumarse las derivadas de la tampoco sencilla localización de los títulos novelescos publicados en forma de libro en su momento pero nunca más reeditados, y cuya información exigía husmear en repertorios bibliográficos diseminados aquí y allá. Cuando el trabajo de búsqueda y recolección se encontraba casi del todo terminado y las líneas centrales de este estudio bastante pergeñadas, apareció otro trabajo sobre la novela española ambientada en Marruecos: El blocao y el oriente. Una introducción al estudio de la narrativa del siglo XX de tema marroquí, de David López García, publicado por la Universidad de Murcia en 1994. Breve volumen en el que se ofrece una sintética panorámica sobre el asunto y cuyo objetivo se aparta notablemente del que quedará expuesto en las siguientes páginas, pero, a pesar de ello, hubiera resultado provechoso para mi trabajo de haber existido antes. Aún así aportó su grano de arena.

Una vez concluída esta premiosa fase de localización y elaboración del censo de títulos, limitada más por el tiempo que por la certeza de haber recolectado todos los títulos -es muy posible que aún queden otros no hallados-, se imponía la clasificación; establecer un orden que posibilitara un posterior análisis coherente de su contenido. En ello radica el segundo objetivo de la investigación.

A las dificultades derivadas de la propia abundancia del material había que añadir una notable dispersión y tendencia a la heterogeneidad en casi todos los aspectos. Lo que en principio había parecido asunto de escasa relevancia literaria, llenaba un número más que considerable de relatos de las más variadas dimensiones, compuestos y publicados en muy diferentes épocas, atentos a muy variopintas temáticas, adscritos a patrones estéticos e ideológicos del todo distintos y tan sólo conectados por un leve motivo armonizador: su asunto quedaba enmarcado en la guerra de Marruecos. Una guerra que, por cierto, ni siquiera cabía considerar algo uniforme, sino repertorio de campañas acaecidas en puntuales momentos del pasado.

Sobre esta realidad histórica y cronológica se edifica el entramado del estudio. Las diferentes fases del conflicto constituyen, por tanto, el primer criterio rector para establecer un orden inicial en lo hasta este momento invertebrado: las narraciones quedarán encuadradas atendiendo a su referente, a la contienda reflejada en sus páginas. No sólo por lo que de diferente tienen estos conflictos entre sí, sino, sobre todo, porque desde un punto de vista artístico responden por lo común a épocas y modos de entender lo literario dispares entre sí, aunque siempre quede alguna evocación posterior y alejada en el tiempo de los sucesos referidos. Un primer capítulo se dedicará a la con propiedad denominada Guerra de África, la campaña orquestada y dirigida por el general O'Donnell en los años 1859-60. En este marco, la pluma de Pedro Antonio de Alarcón se erige en precedente del motivo. Tras su estela vendrán los narradores por entregas de la centuria anterior, para desembocar al fin en los Episodios galdosianos. Todos ellos sentarán en buena medida las bases de esta materia narrativa. Una segunda fase se ocupará de los antecedentes del Protectorado español en el país norteafricano: el rifirrafe melillense de 1893 y el conflicto de mucha más envergadura acaecido en 1909. Si bien en ambos casos el reflejo dentro del universo de la fábula no llegó a alcanzar grandes cimas artísticas, tampoco quedó exento de aportaciones, pues ya comenzó a aflorar un notable interés de mundo literario hacia los sucesos de Marruecos. La tercera de estas grandes divisiones responde a los relatos que toman como referente lo acontecido desde la instauración del Protectorado hasta el fin de todas las hostilidades con el aplastamiento de los intentos de subversión y resistencia nativa habidos desde 1912 hasta 1927. Las sucesivas y casi continuadas campañas bélicas, junto a su más amplia repercusión histórica y social, convierten este periodo en el más fructífero para la ficción. En puridad bien puede decirse que constituye la gran época de la novela sobre la guerra de Marruecos, tanto por la cantidad de títulos como por la proliferación de asuntos tratados y variedad de enfoques narrativos. Debido a tan importante volumen de obras y a la multiplicidad y riqueza de sus aportaciones, he optado por desglosar ese capítulo en una decena de epígrafes, que dan cuenta de otros tantos planteamientos argumentales, posibilitando así un examen más minucioso y sosegado.

Una vez vertebrado el material, se dará paso al tercer objetivo de este trabajo: el comentario y análisis del *corpus* de relatos desde una perspectiva literaria. Una cuestión que desde el principio entrañó también no poco conflicto, dada la heterogeneidad de formas, concepciones y corrientes narrativas, planteamientos ideológicos, estilos y autores que habían novelado la guerra. A ello debía sumarse una nueva búsqueda y rastreo, ahora en el campo de la recepción, encaminada a revisar la bibliografía crítica anterior, ya que algunas de estas obras habían alcanzado cierta difusión e incluso habían sido objeto de abundantes estudios y comentarios previos. Y otras, hoy olvidadas, al menos suscitaron alguna reseña periodística en la época.

Por eliminación de otros criterios menos clarificadores, se ha tomado el asunto y la temática como punto de partida del examen, y sobre este eje se han ido articulando los restantes aspectos que conforman el género. La orientación se ha encaminado a ahondar con cierta exhaustividad en cada uno de los títulos, pero intentando a la vez que esta atención a las señas de identidad individuales y específicas de cada obra no la desgajasen del motivo general dentro del cual había quedado inscrita. Allí donde ha sido posible se ha establecido lo que de común o de divergente pudiera existir entre unas y otras narraciones, y se ha tratado de fijar las evoluciones o involuciones que un mismo asunto ha ido experimentando. Equilibrio entre lo particular y lo colectivo que ha presidido el análisis, y que si en alguna ocasión ha resultado obligado quebrar en favor de uno u otro polo se ha debido a la propia entidad de algún texto o a la imposible armonización entre algunos otros.

Los análisis están regidos por una doble intención. Por un lado, mostrar la visión que estos relatos han ofrecido de la guerra, atendiendo a sus diferentes vertientes argumentales, a su intencionalidad, a las concepciones ideológicas subyacentes y al retrato de los participantes. En suma, al reflejo que la evocación novelesca ha dejado de aquel suceso. Por otro, al discurso de la ficción, a los aspectos técnicos inherentes al género narrativo: los modos de contar, los parámetros que articulan el relato creativo o las características expresivas de la prosa. Todo aquello que al cabo define la especificidad de lo literario frente a la mera

denotación y permite deslindar lo vulgar, gregario y carente de interés de lo original y artístico. Estos análisis no sólo se sustentan en las observaciones y conclusiones de quien esto escribe, sino que cuentan con el apoyo de la crítica anterior.

Al adentrarse en el universo novelístico se hace perceptible que a pesar de su generoso caudal y de compendiar en su seno formas menores, el cuento y la novela breve, no agota en sí mismo la narrativa sobre la guerra de Marruecos. Al lado de estas fábulas fueron apareciendo un cuantioso número de obras de carácter testimonial sin voluntad alguna de ficción, pero que a menudo comparten un mismo referente y sólo se diferencian de aquéllas en que adoptaron un diferente envoltorio para verter sus experiencias. En este tipo de libros reside, además, una no despreciable parte del pensamiento español contemporáneo sobre la cuestión africanista y marroquí. Un asunto sobrevenido, pues no estaba previsto en la planificación inicial del trabajo. En realidad, surgió y fue creciendo al hilo de las investigaciones, pero a juicio de quien esto escribe no merecía quedar relegado al completo olvido. Su existencia ha dado origen al cuarto objetivo de este trabajo y a él se dedica un último capítulo, conciso porque sólo pretende ser un estudio general, sin entrar en demasiados pormenores sobre este tipo de obras. Un dejar constancia de esas otras formas narrativas sin componente imaginativo, acompañado de un sucinto comentario sobre los contenidos y las ideas manifestadas en aquellas que por una u otra razón he estimado más representativas. Añadido, al fin, paralelo y complementario de lo novelesco para completar la evocación literaria de aquellas guerras de Marruecos, que a cambio de exigua gloria allegaron luto y dolor a la vida nacional del primer cuarto de siglo.

Concluida esta presentación, y sin ánimo de alargar más lo que en las siguientes páginas encontrará su desarrollo, tan sólo añadir el que este estudio es fruto de largos años de paciente investigación y esfuerzo, de andar y desandar pasos por sendas antes poco o nada transitadas, sorteando el desánimo y alentando la esperanza de que al final se haría la luz. Antes de someter la labor realizada al veredicto público, ésta ya me ha procurado holgada satisfacción, afianzando y vertebrando mis conocimientos sobre la narrativa española del último siglo y

medio. Si además ese empeño no defrauda y contribuye, como sin ninguna vanidad espero, a amplia la erudición sobre uno de esos espacios hasta ahora poco estudiados dentro de nuestra historia literaria, no podré sino sentirme afortunado.

PRIMERA PARTE

NOTICIA DE LOS CONFLICTOS MILITARES DE ESPAÑA EN MARRUECOS

El 10 de julio de 1927, el general Sanjurjo, Alto Comisario de España en Marruecos por aquella fecha, tras haber reducido los últimos focos de resistencia marroquíes emite un comunicado oficial que da por concluidas las operaciones militares en el vecino reino. Termina así una guerra que, salvo breves periodos de inactividad, había perturbado la vida española de los últimos dieciocho años. Se cerraba uno de los más estériles capítulos de la reciente historia del país. En las áridas tierras del Rif, Gomara y Yebala habían quedado enterrados miles de jóvenes españoles muertos en campaña y miles de millones de pesetas detraídos de la escasa hacienda nacional. A cambio, España podía ser considerada ya como una potencia colonial menor, que había sido capaz de pacificar el exiguo territorio marroquí que las potencias mayores le habían encomendado como zona de protectorado unos años antes, y contaba con una bien engrasada maquinaria militar, acostumbrada a la dureza y crueldad de una guerra colonial, que poco después daría sus frutos en una guerra civil.

No había sido este el único conflicto armado -aunque sí el más largo y sangriento- que España había mantenido en Marruecos. La primera confrontación de la edad contemporánea se remonta al año 1859, pues hasta entonces todo se había limitado a algunos rifirrafes entre las tropas estacionadas en Ceuta y Melilla y las cabilas limítrofes. En el citado año, uno de estos no muy infrecuentes incidentes fronterizos entre la cabila de Anyera y la guarnición militar de Ceuta se amplificó en España de manera artificial e injustificada, llegando a desencadenar una intervención armada en toda regla del ejército español en el vecino país, aquella que la historiografía ha venido designando como "Guerra de Africa"¹. La declaración formal se produjo el 22 de octubre de 1859, y contó con la unanimidad de todos los grupos políticos con representación en las Cortes. Desde este momento, el país se sumió en una euforia colectiva de índole militarista y religiosa, abonada por la actitud de los políticos -todos los partidos, excepto los carlistas, se avinieron a una tregua mientras durase la campaña, ante

lo que consideraron interés superior de la nación-; la prensa, que con casi total unanimidad aplaudió con entusiasmo la decisión y avivó los sentimientos heroicos en las gentes; y todo tipo de actos y manifestaciones colectivas e individuales de carácter festivo, entre los que cabe señalar el ofrecimiento de las joyas reales por parte de Isabel II para contribuir a la financiación de la campaña. Todo esto empujó el ánimo nacional hacia un sentimiento belicista proclive a considerar lo que se avecinaba una suerte de epílogo de la Reconquista. En este sentido, comenta García Figueras, autor poco sospechoso de mantener actitudes antibelicistas: "El asunto se desenfocó completamente. Se dio a aquella guerra el carácter de una cruzada, se recordó a Isabel la Católica, a Cisneros, a Carlos V, al Imperio Español"².

El general O'Donnell, a la sazón presidente del Consejo e instigador de este conflicto con el que pretendía aunar contrarias voluntades políticas y distraer la atención de los graves problemas internos que padecía la nación, dirigió personalmente la campaña como comandante en jefe del ejército expedicionario. Dado que no era una guerra de conquista, sino de castigo y de reparación del honor patrio, las actuaciones ofensivas españolas duraron hasta que el sultán solicitó la paz a España. Por medio quedaron acciones que la opinión pública, exacerbada por el arrebató de los cronistas y de un gran número de espontáneos juglares que alimentaron sus liras con el conflicto, grabó en su memoria como grandiosas epopeyas militares del ejército español: el ataque de los marroquíes durante la misa de campaña del día de Navidad, la batalla de los Castillejos y el heroísmo de Prim, la toma de Tetuán o la batalla de Wad-Ras³.

El 26 de mayo de 1860 se canjearon en Tetuán las ratificaciones de paz entre ambos países, con lo que se daba por terminada la contienda y restaurado el honor de España, pues este había sido el motivo esgrimido para desencadenarla.

La resaca llegó cuando aún el fin de fiesta no había concluido. La más profunda división política entre los españoles de aquella época volvía a surgir con el levantamiento carlista en San Carlos de la Rápita, acaecido cuando todavía el ejército expedicionario se encontraba en Marruecos. Con posterioridad habría que afrontar el coste de esta aventura. Por un lado, el

económico, pues la cantidad entregada -lenta y tardíamente, a pesar de que las tropas españolas permanecieron en Tetuán hasta casi dos años más tarde para garantizar su pago- en concepto de indemnización por el sultán derrotado no compensaba los gastos habidos. Por otro, los siete mil muertos en campaña -más producidos por el cólera que por la propia acción del enemigo- como indica la Memoria administrativa⁴, resultaban un precio de absoluta desproporción para los logros obtenidos, que en la práctica quedaron reducidos a una ligera ampliación de los territorios limítrofes con las plazas de Ceuta y Melilla, algunos beneficios comerciales y un efímero prestigio. Con razón se la llamó entonces "la paz chica de la guerra grande". No quedaron ahí los perjuicios de la contienda, que acarreó otros de más imprecisa cuantificación pero de no menor importancia. Morales Lezcano señala que, como consecuencia del armisticio y sus secuelas, "las relaciones hispano-marroquíes vivieron, a partir de entonces, bajo el signo del antagonismo latente"⁵, y aún se muestra más rotundo en sus apreciaciones, discutibles pero no exentas de razón, A. Regalado García al afirmar que "el militarismo de 1859 es el punto de partida de una tradición belicosa que labró en Marruecos la sepultura de miles de soldados españoles y que trajo la catástrofe de 1909 con su consecuencia de la Semana Trágica de Barcelona y el desastre de Annual de 1921"⁶. También importante fue el menoscabo para el país norteafricano, que se vio abocado a un endeudamiento superior a sus posibilidades, el cual "fomentó el proceso interno de descomposición política y social"⁷.

El mundo del arte, en todas sus manifestaciones, no estuvo al margen de esta guerra. Al igual que la prensa, contribuyó a exaltar el ánimo de la opinión pública utilizando la expresión artística como caja de resonancia de las glorias patrias y fomentando los sentimientos de superioridad racial y religiosa. Los diarios españoles -y también algunos extranjeros- desplazaron corresponsales al lugar de los acontecimientos para incluir sus crónicas en los números habituales, tal es el caso, entre otros muchos, de Nuñez de Arce, que las redactó para La Iberia. Se crearon periódicos cuya efímera vida estuvo ligada a la duración de la campaña, como El cañón rayado, de carácter humorístico, editado en Barcelona entre

el 11 de diciembre de 1859 y el 31 de mayo de 1860; o El Eco de Tetuán, cuyo único número fue editado por Pedro A. de Alarcón en esa ciudad en 1860. Las crónicas publicadas como sueltos, por entregas, se hicieron también habituales y populares, baste recordar aquí el Diario de un testigo de la guerra de Africa, de Pedro A. de Alarcón, que fue la que alcanzó una más amplia difusión entre las varias que por aquellos días se editaron⁸.

Incluso los artistas plásticos y los músicos encontraron en esta guerra un nuevo motivo para sus pinturas y partituras. Entre los primeros, cabe mencionar a Franciso Sanz Cabot, Joaquín Domínguez Bécquer, Franciso Ortega o Carlos María Esquivel, que obtuvo el premio de Bellas Artes de 1860 con El asistente de un oficial muerto en la guerra de Africa entregando el equipaje de este a su madre y hermana. Pero, sobre todo, fue Fortuny el pintor de esta campaña, que no sólo prestó atención a las gestas bélicas sino que descubrió en la sociedad y formas de vida marroquíes una fuente de inspiración que ya nunca abandonaría. En cuanto a los segundos, la producción resultó abultada pero exigua la calidad. Juan de Castro fue el compositor que alcanzó mayor repercusión con su más celebrada obra, el Himno marcial.

La guerra se convirtió en fuente de inspiración para una abundantísima producción poética, tanto por parte de autores considerados cultos como por otros múltiples ocasionales que componían o improvisaban versos de raíz popular con motivo de cualquier celebración: "el poeta surgía en la calle, en el café, en cualquier acto por insignificante que fuera"⁹. Hasta la Real Academia Española convocó un concurso el 17 de febrero de 1860 para conmemorar las glorias del ejército español, cuya Medalla de Oro fue otorgada a La nueva guerra púnica o España en Marruecos, de Joaquín José Cervino. Fueron publicadas obras colectivas que saludaban los triunfos militares y a sus artífices, como el Romancero de la guerra de Africa - coordinado y coescrito por el marqués de Molins, pero en el que participaron otros poetas de la época: Hartzenbusch, Campoamor o Tamayo y Baus, entre otros- o la Corona poética a la guerra de Africa y rendición de Tetuán, colección de composiciones de diversas formas y autores¹⁰. Sin embargo, toda esta opulencia versificatoria no llevo pareja una calidad

semejante, pues la práctica totalidad de lo conservado hasta hoy denota una muy escasa categoría literaria, cuando no un completo disparate: "hubo poetas que cantaban las arenas del desierto como si estuvieran en el linde mismo de Ceuta, o hablaban de fieras salvajes casi en las mismas puertas de nuestro viejo presidio"¹¹.

Tampoco el teatro quedó al margen del acontecimiento. Se nutrió con holgura de la guerra, convirtiéndola en asunto para obras en todos los géneros¹². No obstante, el tratamiento que se le deparó, atendiendo a lo expuesto por García Figueras¹³, hay que darlo en general por trivial, girando en torno a la exaltación patriótica o a tópicos -que más adelante veremos repetidos en la narrativa- sobre la superioridad del soldado español frente al marroquí y la pasión amorosa que aquéllos despiertan en las mujeres norteafricanas. Al igual que en la poesía, la escasa calidad constituyó la característica dominante, hasta tal punto que el mencionado tratadista señala: "ninguna de ellas merece pasar a la posteridad ni aun en recuerdo"¹⁴.

El mundo del arte, si bien no consiguió obras de altura que hayan quedado en el acervo cultural, si insufló un sentimiento belicista -o un veneno, en palabras de otros¹⁵- en la opinión pública, que durante algo más de seis meses vivió en un estado de quimérica euforia, olvidando los problemas que corroían a una sociedad pobre, atrasada y dividida por enfrentamientos internos. Bien de forma ingenua y espontánea o premeditada y dirigida se puso al servicio de los ideólogos y directores de una guerra que cuando menos puede considerarse absurda, si no fruto del miope egoísmo de Leopoldo O'Donnell. Al respecto, señala José E. Montesinos: "hoy nos parece inicuo sacrificar las vidas de unos miles de hombres que se dejaron los huesos en Africa, víctimas de las balas o del cólera, para conseguir ese saneamiento psicológico, que hubiera sido aún más barato procurado de otra manera"¹⁶.

Tras unos años de calma, la situación volvió a crisparse en Marruecos durante el año 1893. El tratado con el que había concluido la guerra de 1859-60 permitía a España ampliar los límites territoriales en torno a Ceuta y Melilla como medida de seguridad para estas dos

plazas. A finales del verano de 1893, el general Margallo, gobernador militar de esta última ciudad, había comenzado -siguiendo instrucciones del gobierno- la construcción de una red de pequeñas fortificaciones de carácter defensivo en las inmediaciones de la urbe. Uno de estos fortines se empezó a levantar en Sidi Auriach, lugar considerado sagrado por los cabileños vecinos, ya que en las inmediaciones se encontraba la tumba de un santón. Protestaron ante Margallo, que no paralizó las obras. La respuesta consistió en derribar las edificaciones que se estaban realizando y en atacar y hacer huir posteriormente a los trabajadores que se ocupaban de ellas, entre quienes se produjeron algunos heridos. Fueron inútiles los intentos por reanudarlas debido a la hostilidad de los rifeños que hicieron frente a las tropas militares, comenzando así una escalada bélica en la zona. El propio gobernador militar se puso al frente de una columna en uno de estos intentos por acabar con la resistencia cabileña y fue abatido por un disparo que le produjo la muerte el 28 de octubre. Ante la incapacidad del sultán para imponer la autoridad a sus súbditos, España comenzó a enviar tropas hasta reunir un ejército expedicionario de más de veinte mil hombres al mando del general Arsenio Martínez Campos. Este despliegue de fuerzas resultó casi suficiente por sí mismo para disuadir a los rifeños y, tras algunas acciones de cierta envergadura en los días siguientes, la situación volvió a recuperar la calma, quedando reducida, a partir del 3 de noviembre, a ligeras escaramuzas de escasa importancia. El día 31 de marzo de 1894, cuando ya hacía tiempo que habían cesado las hostilidades y una gran parte de las fuerzas expedicionarias habían sido repatriadas, se dio oficialmente por finalizada esta campaña que en adelante sería conocida como "Guerra de Melilla" o "Guerra de Margallo", en acepción más popular¹⁷.

Las consecuencias de este conflicto -"ridícula parodia de la inútil tragedia de 1860", como acertadamente, sobre todo por lo que de ridículo tuvo, lo considera Miguel Martín¹⁸-, donde se volvió a esgrimir la causa del honor nacional, pero que, en realidad, bien puede considerarse de mutua tozudez -al final se construyó la fortificación, como querían los españoles, y se preservó el santuario marroquí mediante una cerca que permitía el acceso de

los fieles, como reclamaban los cabileños- o guerra religiosa y marabútica, en apreciación de Moga Romero¹⁹, fueron más de un centenar de españoles y un número superior de rifeños - sin poder precisar nada más que por la impresión de los testigos- muertos, un gasto de entre 25 y 33 millones de pesetas -dependiendo de las diferentes fuentes de estimación- de la época, y un compromiso del sultán de castigar a los culpables de haber iniciado las hostilidades y de mantener en lo sucesivo un caíd con un destacamento de cuatrocientos soldados marroquíes como prevención de otros sucesos similares en las inmediaciones de Melilla. Además, se obligaba a la hacienda del país norteafricano a indemnizar a España con veinte millones de pesetas que habrían de ser satisfechos en varios plazos. En el plano nacional, comenzó a gestar un sentimiento antibelicista en la sociedad, en quienes se vieron obligados a empuñar las armas, aunque luego no llegaran a hacerlo en muchos casos. Preludio de ese rechazo a las aventuras militares en Marruecos que alcanzaría su punto álgido en años y campañas sucesivas: "la obediencia ciega del soldado español correspondía a una etapa caduca", en expresión de María Rosa de Madariaga²⁰.

Con el comienzo de siglo aflora lo que ya se venía gestando desde finales del anterior, la pérdida de la independencia de Marruecos como nación soberana y su consideración de territorio colonizable. Francia, con poderosos intereses en la zona, da el primer paso dirigiéndose a España para lograr un acuerdo de mutuo reparto del país, que se materializa en el Convenio franco-español de 1902. Los vaivenes de la política interna española frustran el intento, pues los liberales de Sagasta, que acaban de tomar el relevo en el poder, no desean desairar a Gran Bretaña y no suscriben el pacto al que habían llegado los conservadores con las autoridades galas, en el cual se adjudicaba una amplia zona a la influencia española. Los acuerdos firmados durante los años siguientes por las potencias europeas, sobre el reparto de áreas de colonización y de influencia comercial, posibilitan que los recursos económicos de Marruecos queden a merced de estas potencias y su territorio bajo la tutela de Francia y, en menor medida, de España. Lo cual cobra carta de naturaleza con la firma del acta de la Conferencia de Algeciras en 1906.

Para los partidos políticos alternantes en el poder, no así para la oposición parlamentaria y extraparlamentaria ni para el pueblo en general, la capacidad otorgada por la comunidad internacional para intervenir en el país norteafricano supone un gran logro diplomático, aun teniendo en cuenta que la zona dejada a su custodia se ha visto bastante reducida en sus dimensiones con respecto a anteriores tratados. En esta decisión de sumarse activamente a la denominada penetración pacífica en Marruecos son muy de tener en cuenta los intereses económicos de grupos comerciales españoles que presionan sobre los partidos y los políticos para ampliar sus negocios, cuya área había quedado restringida con la pérdida de las colonias americanas. Además, se considera ésta la gran ocasión que se brinda a España para recuperar un cierto prestigio en el concierto de las potencias europeas y sacarse la espina que supuso el fracaso del 98²¹. Fue éste, sin embargo, el comienzo de un largo calvario para la nación, que, presa de sus compromisos internacionales y de otros que posteriormente irían surgiendo, vio como su política interna iba quedando cada vez más condicionada por la cuestión de Marruecos. Gran ironía, teniendo en cuenta que el discurso en pro de la penetración se había fundamentado en la necesidad geoestratégica que tenía España de estar presente a ambos lados del Estrecho para asegurar su supervivencia como nación. A ello habría de añadirse una supuesta misión de raíz histórica que obligaba a los españoles a llevar la civilización al vecino reino, para no hablar de otros espantajos que se airearon en su momento: el traído y llevado testamento de Isabel la Católica o la aún más peregrina idea de que "la obra de la Reconquista quedó incompleta, porque no se realizó a continuación lo que constituye el primer deber de España en el mundo: la reconquista del Africa septentrional"²².

La primera consecuencia que la denominada penetración pacífica tuvo en el aspecto económico fue el establecimiento de compañías de capital español o hispano-francés dedicadas a la extracción de minerales en la zona marroquí asignada a España: la Compañía del Norte Africano y la Sociedad Española de Minas del Rif. Junto con esta actividad se fue desarrollando la necesaria infraestructura para rentabilizar la explotación: electricidad, ferrocarril y obras de ingeniería en general. Los trabajos de estas sociedades en las

inmediaciones de Melilla comenzaron a realizarse con normalidad, a partir de 1907, merced a un acuerdo comercial logrado con un cabecilla rifeño, "Bu Hamara" (apodo que significa "el hombre de la burra" y cuyo verdadero nombre era Yilali Mohammad el-Yusfi el-Zerhuni), quien a su vez se hacía llamar el Rogui -"el pretendiente"- y se había erigido en una especie de amo o señor feudal de aquella zona. El Rogui, que se consideraba legítimo heredero, estaba enfrentado al sultán. Ya antes había disputado el trono del reino a Abd-el-Aziz y en estos momentos a su hermano y sucesor Muley Hafid; sin embargo, debido al poder y control que ejercía sobre las cabilas, se había convertido en el único interlocutor válido para las compañías europeas. Por disputas internas llegó a la hostilidad con los rifeños de Beni Urriaguel, que organizaron una rebelión contra él y lo expulsaron de su asentamiento en Zeluán. Caído en desgracia y sin contar con el apoyo de España -que, por los tratados suscritos, debía mantener la autoridad del sultán- fue apresado y muerto por orden de Muley Hafid. La desaparición del Rogui sumió a la región en un descontrol y dejó a las compañías mineras sin protección. A partir de entonces los trabajos comenzaron a verse interferidos por frecuentes agresiones de los cabileños. El 9 de julio de 1909 unos trabajadores que realizaban obras en el ferrocarril minero de la compañía del Norte Africano fueron atacados y varios resultaron muertos. Se movilizaron las tropas de Melilla llegando a un enfrentamiento entre los agresores y el ejército. Este acontecimiento fue, al menos oficialmente, el desencadenante de la conocida como guerra de Melilla de 1909. El gobierno pretextó el ultraje que España había sufrido y la necesidad de dar un escarmiento a los responsables para que estos hechos no volvieran a producirse. No obstante, a juicio de la mayoría de los tratadistas, otros bien distintos fueron los motivos que impulsaron a Maura -a la sazón, presidente del Consejo- hacia la escalada bélica. Para Francisco Saro Gandarillas la verdadera razón residió en "romper el dogal que asfixiaba a la ciudad de Melilla"²³, mientras que Andréé Bachoud²⁴ y Paul Preston²⁵ consideran que la causa hay que buscarla en el temor que el gobierno español sintió de que Francia utilizara estos incidentes como prueba de la incapacidad española para mantener el orden en el territorio que le había sido asignado, y se los

anexionara. Todavía se baraja un tercer argumento, el deseo de expansionismo colonial, de ampliar la zona dominada por España, según sostienen, desde ópticas del todo distintas, Miguel Martín²⁶ y un autor tan poco sospechoso de anticolonialismo como Víctor Ruiz Albéniz²⁷.

Lo que había comenzado como una incursión de castigo y persecución de los agresores se fue incrementando. La harca rifeña resultó más numerosa y mejor armada de lo que el general Marina, comandante militar de la plaza de Melilla, había valorado inicialmente. Pronto se hizo necesario el envío de refuerzos peninsulares, cuyas unidades se formaron en muchos casos con reservistas que hacía ya años que se habían reintegrado a la vida civil olvidando hasta el manejo de las armas y, como apunta Payne, "la mayoría de ellos tenían obligaciones familiares y se oponían a servir en un ejército tan pobremente preparado que el ser llamado a servir en él significaba algo parecido a una sentencia de muerte"²⁸; o por soldados con escasa o nula preparación para este tipo de acciones. Esto, unido al desconocimiento del terreno de operaciones y a la utilización de tácticas militares en absoluto adecuadas -en lo que coinciden hasta los tratadistas más entusiastas y probelicistas- para esta clase de guerra, propiciaron que durante aquel mes de julio los reveses se fueran sucediendo uno tras otro, desde el día 18 en que se reanudaron las hostilidades hasta culminar el 27 en el más grave y tristemente recordado de todos ellos, el del denominado Barranco del Lobo, donde la brigada del general Pintos -que había pasado del barco que los transportaba desde España al combate sin transición mediata- fue aniquilada casi por completo. Allí dejaron la vida el propio general, numerosos jefes y oficiales y cientos de soldados, cuyos cadáveres permanecieron insepultos durante un par de meses, el tiempo que tardaron las fuerzas españolas en poder volver a pisar el ensangrentado barranco.

La conmoción producida en España por este desastre vino a sumarse a la crispación social ya existente desde que días antes habían empezado a circular noticias sobre las primeras bajas en combate y por el rechazo que entre la población estaba produciendo el envío de tropas a Marruecos, que en Barcelona -y también en otros lugares, aunque con menor intensidad- había

desembocado por estos mismos días en la conocida como Semana Trágica. Los socialistas, que ya habían expresado su rechazo al "bandillaje colonialista"²⁹, se opusieron con ardor a esta guerra por considerar que sólo servía para salvaguardar los intereses de poderosos grupos económicos y para allegar ascensos y recompensas a los militares. Todo ello a costa del presupuesto nacional y de la sangre de los hijos de las clases sociales más desfavorecidas económicamente, dado que, con la ley de recluta vigente en la época, los poderosos e incluso las clases medias -recurriendo a los seguros de quintas- quedaban liberados de realizar el servicio militar mediante el pago de una cantidad de dinero, la denominada redención a metálico³⁰. Esta actitud de perseverante oposición, unida al cruel y arbitrario desenlace de la Semana Trágica (cuyo acontecimiento más desafortunado, por la repercusión que tuvo dentro y fuera de la nación, lo constituyó el fusilamiento del pensador y pedagogo anarquista Francisco Ferrer), forjó un amplio frente de oposición a Maura -el famoso ¡Maura, no!- que apartó al político conservador del poder durante los siguientes doce años. Además, fue el germen de unión de voluntades políticas hasta entonces dispersas: la formación de la Conjunción republicano-socialista; generó un estado de opinión hostil a cualquier intervención armada en Marruecos, que no sólo no cesaría, sino que, con los años, se iría incrementando; y puso en marcha "el proceso de signo revolucionario de comienzos del presente siglo"³¹.

Mientras tanto, en Melilla las operaciones militares quedaron suspendidas hasta que pudiera reunirse un contingente de fuerzas y una infraestructura logística suficientes para reanudarlas, lo cual se produjo a finales de agosto, momento en que se reinició el avance y los combates, que terminarían con el de Ulad-Settut el 18 de octubre, aunque el gobierno no dio por concluida la campaña hasta finales de noviembre. Aún habría que esperar a enero del año siguiente para que se firmase la paz entre los jefes rifeños locales y las autoridades españolas. Por medio, una serie de acciones que los voceros del belicismo se encargaron de difundir como gloriosas gestas épicas. Entre las más difundidas, la carga de caballería del teniente coronel Cavalcanti en Taxdirt o el episodio del cabo Noval, quien, capturado por los rifeños, prefirió sacrificar su vida a la de sus compañeros y la posición donde éstos se

encontraban, merced a lo cual alcanzó predicamento de héroe popular y entidad literaria gracias a la pluma de Julio Sánchez Godínez en su drama histórico El cabo Noval. En el debe de esta guerra hay que reflejar no sólo las miles de bajas producidas, cuya cifra no ha llegado a conocerse con exactitud por falta de estadísticas detalladas³², pero que fluctúan entre las poco más de mil quinientas que contabiliza Fernández Almagro³³ y las más de cuatro mil que señalan otras fuentes, pasando por las dos mil y pico computadas por Tuñón de Lara³⁴ y otros historiadores; aunque hay que tener en cuenta que, además de los caídos en combate, se produjeron un número muy elevado de muertos y heridos por enfermedad, según señala Ruiz Albéniz³⁵. A todo ello habría que añadir la idea que había ido calando en el estamento militar acerca de que aquella había sido una guerra por la posesión de un territorio: "acabó aquella campaña (...) dejando la impresión en parte del país, y desde luego en el ejército, de que habíamos realizado una conquista³⁶. Las nefastas consecuencias de tal apreciación se irían viendo en los años venideros. Además, hay otros aspectos negativos señalables: los cien millones de pesetas de la época a que ascendió el coste global; las ineficaces tácticas militares que comenzaron a utilizarse y que se perpetuarían durante todo el periodo de permanencia española en Marruecos, entre las que puede destacarse, por su alto coste en vidas y su inutilidad operativa, la siembra de pequeñas posiciones y blocaos aislados en medio de zonas hostiles, en cuyo avituallamiento se hizo necesario el empleo de convoyes sobre los que los combatientes marroquíes centraron sus ataques; o la lección de técnica bélica que aprendieron los rifeños y de la que tan sustanciosos resultados obtendrían en posteriores conflictos, muy distinta de la que los españoles desde su presunta prepotencia militar creyeron que les habían enseñado, pues desde entonces optarían por no enfrentarse nunca abiertamente sino en forma de guerra de guerrillas sobre las zonas más débiles del adversario, lo que, en este caso, había obligado a España a movilizar un ejército de más de cuarenta mil efectivos para poder doblegar a unos pocos miles de cabileños mal armados. Problemas derivados de una guerra colonial que sólo había cerrado su primer capítulo y cuyo balance podría quedar sintetizado en estas palabras de Pablo Iglesias: "la guerra del Rif, lejos de dar gloria a España ni

beneficios materiales, le ha proporcionado solamente graves daños. ¡Ojalá hubiera podido impedirle la campaña que contra ella se hizo! Ese sí que habría sido triunfo"³⁷.

Desde finales de 1909 hay una relativa tranquilidad en la zona. España continúa su expansión con la ocupación de Larache y Alcazarquivir -réplica a la toma de Fez por los franceses- y comienza a aventurarse en el interior del Rif mediante expediciones dedicadas al estudio del terreno, lo que provoca el recelo de los cabileños. En el verano de 1911, Mohammed Amizzian (transcrito otras veces Amezián), denominado habitualmente el Mizzián en los medios españoles, caíd de Segangan, que había sido uno de los jefes rifeños durante el conflicto del año nueve, proclama la guerra santa contra los invasores, y su primer efecto se produce el 24 de agosto. La escolta de una comisión topográfica de Estado Mayor que se encuentra levantando un plano en las orillas del río Kert es atacada y obligada a retirarse con algunas bajas. El general García Aldave, comandante de Melilla, al igual que había hecho Marina en 1909, decide enviar tropas al mando del general Larrea para castigar la agresión. Comienza de este modo el conflicto que en lo sucesivo se conocería como Guerra del Kert³⁸, cuya causa, en opinión de un autor próximo a las ideas oficialistas como Ruiz Albéniz, hay que buscarla en que "procedíamos siempre como en país conquistado (...) sin contar para nada con los indígenas"³⁹. Tras los primeros combates, en los que los rifeños fueron derrotados y tuvieron que retroceder hasta la orilla occidental del Kert, se pensó que la harca se disolvería. Muy al contrario, se reagrupó y el número de combatientes se fue incrementando, lo que obligó a García Aldave a pedir refuerzos, que llegaron a Melilla con urgencia hasta reunir un ejército de 40.000 hombres⁴⁰. A primeros de octubre, los cabecillas de la harca intentaron una negociación de paz con la condición de que las fuerzas españolas no atravesaran el Kert. Esta condición fue rechazada por el comandante de Melilla. Los combates se reanudaron y prosiguieron durante todo el otoño con tal intensidad que "la mayoría de los puestos avanzados quedaron cortados del resto del ejército y llegó un momento en que el mando español se encontró virtualmente sitiado en la ciudad de Melilla"⁴¹. Tras una empeñada y sangrienta ofensiva española, a fines de diciembre la harca volvió a retirarse

a la otra orilla del Kert. A comienzos de 1912, el ejército reinició el avance y ocupó la posición -que con el tiempo habría de hacerse tristemente famosa- de Monte Arruit. La hostilidad fue decreciendo durante los siguientes meses, en que no se registraron nada más que pequeñas escaramuzas. En una de estas, el 15 de mayo, resultó muerto el Mizzián en un enfrentamiento con una unidad de Regulares, la fuerza de choque integrada por efectivos marroquíes al mando de oficialidad española que había sido creada el año anterior y de cuya dirección se encargaba el entonces coronel Dámaso Berenguer. El final del instigador de la contienda supuso la disolución de la harca y puso término a una guerra que de nuevo había convulsionado la política nacional. El rechazo de republicanos, socialistas y anarquistas se canalizó mediante una serie de manifestaciones convocadas en diferentes ciudades contra la política que se estaba siguiendo en Marruecos y en un intento de huelga general, a lo que el gobierno Canalejas respondió con la suspensión de las garantías constitucionales. Y si no produjo un efecto mayor en la opinión pública fue porque, así lo apunta Ruiz Albéniz, "la atención estuvo entretenida en aquella famosa 'huelga revolucionaria' y, sobre todo, porque "la mayoría de los periódicos se abstuvieron de enviar al teatro de la lucha sus corresponsales de guerra"⁴².

En noviembre de 1912 con el convenio francoespañol de Protectorado se produce el avance definitivo para consolidar lo que iba a ser la situación de España en Marruecos durante los años siguientes. Se cerraba, de este modo, un periodo de ambigua presencia desde el punto de vista jurídico; el virtual neocolonialismo ahora se hacía patente, relegando al país norteafricano a la condición de menor de edad necesitado de tutores que guíaran sus pasos hacia el progreso. Acababa así "toda una etapa de penetración pacífica (...) para iniciar otra de escalada militar, que puede darse por conclusa hacia 1927"⁴³.

La zona de Protectorado español había quedado algo reducida con respecto a la que como área de influencia le habían asignado tratados internacionales anteriores. Abarcaba aproximadamente un cinco por ciento de todo el territorio del país, se encontraba situada en la parte septentrional y -a excepción de las minas del Rif- carecía de valor económico: arena,

montañas y tierra árida en su mayoría; la parte más pobre de Marruecos, que "hizo decir a nuestros colonialistas que a España le había tocado el 'hueso' de la 'chuleta' marroquí"⁴⁴. Sus habitantes eran campesinos y pastores con una organización social de régimen tribal, reacios -de modo especial los rifeños- a acatar cualquier autoridad ajena que supusiese merma de su independencia o afrenta a su orgullo. Ya en el pasado se habían enfrentado a las penetraciones romana y árabe, después, al poder y a los afanes recaudatorios del sultán y del Roghi, y, en el futuro, en 1958, después de la independencia del país, volverían a oponerse al poder de Rabat, que aplastó su rebeldía con bombardeos de napalm⁴⁵. Ahora, iban a ofrecer una pertinaz resistencia ante cualquier intento de avance y asentamiento de las tropas españolas en sus tierras: una guerra larga y feroz que iría desangrando económica y moralmente a España durante los siguientes quince años.

La actuación en el Protectorado ya desde sus inicios, en la propia organización administrativa, se orientó más hacia la conquista militar que hacia la cooperación civil. Se distribuyó el territorio en tres comandancias militares: Ceuta, Melilla y Larache, al frente de cada una de las cuales se encontraba un general, el cual disponía de una considerable autonomía de acción y era la máxima autoridad en su demarcación. Estos tres comandantes generales se encontraban bajo las órdenes -políticas, que no militares- del alto comisario de España en Marruecos, figura creada a imagen de la del residente general en la zona francesa y detentada por un militar de alta graduación, otro general, durante todo el periodo de conflictos bélicos, salvo un breve paréntesis en 1923. La Alta Comisaria se estableció en Tetuán, que había sido ocupada en febrero de 1913, convertida así en capital del Protectorado español, y fue encomendada por vez primera al general Alfau. También en Tetuán se fijó la residencia del jalifa, quien, en teoría, gobernaba con el auxilio del alto comisario la zona española como representante de la autoridad civil y militar del sultán. Una farsa, en realidad, pues ni aquél ni éste pasaban de ser dos meras figuras decorativas -"dos fantoches manejados respectivamente por Francia y España, quienes costeaban sus harenes y otros gastos (...) no permitiéndoles más soberanía que la de exhibir solemnemente el banderín verde, símbolo de

ella, y cubrirse con el quitasol, enseña de realeza"⁴⁶- con elevados presupuestos. En el caso del jalifa, ascendía a ocho millones y medio de pesetas, sólo medio menos que el de la familia real española⁴⁷.

La penetración había comenzado por la parte occidental, con la ocupación de Tetuán, que, si bien resultó pacífica en un primer momento, no tardó en crear conflictos. Las cabilas de los alrededores comenzaron a agitarse y, acaudilladas por el Raisuni, se levantaron en armas. Muley Ahmed el Raisuni, de noble y antiguo linaje, era una suerte de señor feudal acostumbrado a imponer mediante la fuerza y la crueldad su despótica ley en aquella región de Yebala. Este caudillo ya se había dado a conocer en el pasado por haber perpetrado algunos secuestros de ciudadanos extranjeros y por la disputa que había mantenido unos meses antes, en 1912, con el entonces coronel Fernández Silvestre tras la ocupación de Arcila. Raisuni no aceptó de buen grado que el nombramiento de jalifa recayera en el poco influyente Muley el Mehdi en lugar de en él mismo. El avance de las tropas españolas para tomar Laucién fue la chispa que hizo prender una guerra que se prolongaría hasta 1915, cuando el general Gómez Jordana fue nombrado alto comisario y llegó a un pacto con el caudillo marroquí que puso fin a las hostilidades. Por medio, el fracaso de los dos altos comisarios anteriores: Alfau, al que se destituyó del cargo en agosto de 1913 por no haber sido capaz de frenar la agitación inicial, y Marina, que dimitió tras el asesinato en circunstancias poco claras -perpetrado por militares españoles que, contrarios a la negociación, no deseaban más que el exterminio de los cabileños, según sostienen Miguel Martín⁴⁸ y Amin al-Rihani⁴⁹- de un mediador indígena amigo de España. Resultó ésta una guerra de guerrillas en un terreno montañoso, donde los "pacos"⁵⁰ marroquíes diezmaron las columnas españolas y éstas respondieron bombardeando, asolando aduanares y sembrando la muerte tanto entre los combatientes como entre la población civil. Llegó a disponerse de un ejército de cuarenta mil efectivos en la zona, diez o doce mil de los cuales se encargaban de vigilar los cuarenta y ocho kilómetros de camino que separaban Ceuta de Tetuán, pero "a pesar de tal lujo de fuerzas sólo se garantizaba la seguridad desde las ocho de la mañana a las cinco de la tarde;

por la noche la carretera era de los rebeldes, y las tropas recogidas en sus campamentos, fortines y blocaos, eran tropas sitiadas"⁵¹.

El acuerdo al que llegó Gómez Jordana con el Raisuni concedía a éste la autoridad y capacidad de gobierno, en nombre del sultán, sobre todo el territorio que sometiese⁵², o lo que es lo mismo, sobre aquellos lugares en los que el ejército español pudiera asentarse una vez que el caudillo marroquí hubiese acabado con la hostilidad existente. Esta labor de inteligencia hizo posible que España comenzara a avanzar en su zona occidental -pues en la oriental seguía manteniendo los límites establecidos tras la campaña del Kert- de Protectorado, que hasta entonces había quedado reducida en la práctica a Tetuán y al espacio comprendido dentro de los muros de las posiciones militares sembradas entre Ceuta y Tetuán. También satisfizo a Raisuni que, si bien no ostentaba el cargo de jalifa, disponía de un poder real muy superior al de éste. Guerreando solo, al frente de su harca, o de consuno con las fuerzas españolas, tras duros combates -entre los que cabe destacar, por lo empeñado y sangriento, el que tuvo lugar el 29 de junio de 1916 y conocido como de El Biutz, en el que fue gravísimamente herido el por entonces capitán de Regulares Francisco Franco- y crueles represalias, fue doblegando la resistencia de las cabilas. Su omnímodo poder sobre las zonas ocupadas, en las que no admitía otra autoridad distinta de la suya; el entrar en tratos con agentes alemanes encargados de crear problemas a Francia desestabilizando su Protectorado⁵³; y sus continuas provocaciones y agresiones al ejército español, comenzaron a causar graves problemas entre Gómez Jordana y la opinión sostenida en Madrid por algunos políticos y la prensa. Se plantean aquí diferencias de opinión sobre las causas de estos problemas entre algunos tratadistas e historiadores que se han ocupado del asunto. Mientras Payne⁵⁴, Woolman⁵⁵ y Amin al-Rihani⁵⁶ sostienen que el alto comisario, consciente del despotismo de Raisuni y del error que había cometido con aquel pacto, pedía al gobierno español que le permitiese actuar contra él para poner coto a sus desmanes y poder continuar el avance español en las montañas que el déspota marroquí consideraba suyas, a lo que los políticos respondían con su negativa a emprender acciones de represalia contra el caudillo de

Yebala; Ruiz Albéniz⁵⁷ plantea la cuestión de modo inverso, considerando que en España se alzaron voces desde sectores de la política y de la prensa clamando contra la estrategia de apoyo armamentístico y económico a Raisuni seguida por Gómez Jordana, al que se llegó a tachar de traidor y despilfarrador, debido a sus acuerdos con los que se consideraban enemigos de España y al aumento de gastos en Marruecos. Todos se muestran, sin embargo, unánimes en que estas desavenencias llenaron de frustración el ánimo del general, que murió de un ataque cardíaco ante su mesa de trabajo el 11 de noviembre de 1918.

En España, mientras tanto, las consecuencias de la guerra van deteriorando el clima social. Ya no son sólo las campañas y actos de protesta con que presionan los partidos políticos contrarios a la permanencia en Marruecos, de forma especial el PSOE, que hace de ello una de sus señas de identidad durante estos años, indisolublemente ligada a sus tradicionales reivindicaciones laborales y sociales, como se pone de manifiesto durante la huelga general de agosto de 1917, lo que le reporta un notable progreso ante la opinión pública⁵⁸. Ahora, el estamento militar resulta convulsionado por la política de ascensos y recompensas que se está llevando a cabo en el Protectorado. A partir de 1910 se había reimplantado el sistema de ascensos por méritos de guerra para estimular el voluntariado de la oficialidad en Marruecos⁵⁹. Desde el final de la campaña de Melilla y en los años sucesivos este sistema se aplicó con tanta prodigalidad en el denominado ejército de África que suscitó el enconamiento entre la oficialidad peninsular, la cual, sujeta a la promoción por riguroso orden de antigüedad, consideraba un agravio los vertiginosos -y, a veces, dudosamente merecidos- saltos en el escalafón que sus colegas destinados en Marruecos estaban consiguiendo. Este descontento se estructuró en torno a las autodenominadas Juntas Militares de Defensa, que reclamaron, ante las autoridades militares y civiles, la supresión de los ascensos por méritos de guerra, además de otras reivindicaciones de carácter profesional. Tanto la cúpula militar como los diferentes gobiernos que se sucedieron, e incluso el propio rey, llegaron a amedrentarse ante aquella especie de motín que, a pesar de los intentos, no sólo no habían podido detener, sino que se iba extendiendo y amenazaba con

desestabilizar el propio orden establecido. Las Juntas lograron en 1918 arrancar a las Cortes la promulgación de la denominada Ley de Bases para la reorganización del ejército, que limitaba los ascensos fuera del normal escalafón y reservaba la exclusiva facultad para otorgarlos a las propias Cortes. Esto calmó los ánimos de los llamados junteros, aunque aún durante unos años, hasta 1922 en que fueron disueltas, siguieron ejerciendo como grupo de presión -desde 1919 de forma legal y con el nombre de Comisiones Informativas- dentro y fuera del ejército, que ahora estaba constituido por dos bloques con antagónicos puntos de vista profesionales: los junteros y los africanistas.

A comienzos de 1919, el general Dámaso Berenguer es designado alto comisario de España en Marruecos, sustituyendo al difunto Gómez Jordana. Su toma de posesión supuso el final de la relativa calma en que se había vivido durante los dos años anteriores, a pesar de lo cual no habían dejado de producirse bajas entre las tropas españolas, tal y como apunta Payne: "Durante los años 1916-18, un total de 834 soldados españoles fueron muertos o murieron a causa de las heridas en Marruecos. Esta fue la cifra más baja en comparación con cualquier otro periodo"⁶⁰. Berenguer impuso un cambio de estrategia, siguiendo lo que ya venía siendo norma general en los que ocupaban este puesto. Así lo reseña un analista de la época, Antonio Azpeitu: "cada alto comisario tuvo una particular y original (!) concepción del problema, y su primer trabajo fue negar y deshacer la obra de su antecesor"⁶¹. Estaba decidido a continuar el avance español en la zona occidental del Protectorado y a terminar con la situación creada por el Raisuni. Comenzó una política de hostigamiento hacia los súbditos del caudillo yebali⁶², que volvió a levantarse en armas contra el ejército español. Se había reanudado la guerra.

La táctica empleada por el alto comisario consistió en el avance lento y bien planificado, con un previo conocimiento del terreno, intentando conseguir la adhesión de los jefes locales, haciendo recaer el mayor peso de los combates sobre las tropas nativas de Regulares y Policía, y restringiendo y economizando todo lo posible el empleo de fuerzas españolas, cuyas bajas eran mal recibidas por el gobierno de Madrid, pues cada nuevo muerto suponía otra

vuelta de tuerca en el encrespamiento de la opinión pública, aumentando el ya muy generalizado rechazo a toda actividad bélica en Marruecos.

Esta necesidad de ahorro de vidas propició que las altas instancias militares y el gobierno se mostraran receptivas a la propuesta hecha por un comandante de infantería veterano en las campañas africanas, José Millán Astray, para crear un nuevo cuerpo militar formado por tropas voluntarias -de carácter mercenario- adiestradas de forma especial para aquel tipo de guerra. Junto con los ya existentes Regulares, sobre los que, por su condición de nativos, siempre se mantuvo un cierto recelo, formarían la élite del ejército colonial. De esta forma, el 28 de enero de 1920, se creó el denominado Tercio de Extranjeros o, simplemente, la Legión, como desde un principio prefirieron llamarlo su fundador y los oficiales que a él pertenecieron. De su mando se encargó el que había sido su ideólogo, el recién ascendido a teniente coronel, Millán Astray. Para su organización había tomado como modelo la Legión Extranjera francesa, ya bien experimentada y curtida en guerras coloniales, en cuyos acuartelamientos -donde paso un tiempo en calidad de invitado- pudo observar Millán Astray su operatividad, que luego enriqueció con aportaciones personales, extraídas del Bushido⁶³, código moral de los samurais. Todo ello aderezado con una hiperexaltación del honor y la violencia, soflamas sobre la muerte y una puesta en escena teatral en la que el jefe del Cuerpo, dotado de una oratoria tan altisonante en su expresión como burda en sus contenidos, ejercía de maestro de ceremonias.

Por estos mismos días fue nombrado comandante militar de Melilla el general de división Manuel Fernández Silvestre, que hasta unos meses antes lo había sido de Ceuta. Gran parte de su carrera militar la había desarrollado en el campo de batalla, había combatido en Cuba y con posterioridad en Marruecos, desde 1908 en que llegó a Casablanca para adiestrar y supervisar a las fuerzas nativas que se encargaban de la seguridad en los alrededores de la ciudad. Había sido comandante general de Larache, época en la que, debido a su carácter impulsivo y poco diplomático, se granjeó la enemistad personal del Raisuni, propició que operaciones de pacificación degenerasen en abierta lucha y orientó su actuación en dirección

opuesta a la política de apaciguamiento seguida por el alto comisario; acrecentó los problemas de España hasta tal punto que el gobierno hubo de relevarlo de su puesto. Esta impetuosidad y vehemencia le habían proporcionado, sin embargo, una gran popularidad y una fama de militar valiente y capaz de cualquier hazaña. Fue gentilhomme en la corte y gozó de la amistad personal y el favor de Alfonso XIII, que, como sugiere Fernández Almagro⁶⁴, admiraba el temple de Fernández Silvestre. Su propia trayectoria personal, a juicio de una amplia mayoría de historiadores y analistas del asunto, debiera de haber desaconsejado su designación para este cargo, teniendo en cuenta que su trabajo iba a consistir en iniciar el avance y la ocupación en la parte oriental del Protectorado, inmóvil desde el final de la campaña del Kert.

Decididos ya a hacer efectiva la ocupación de toda la zona española, el gobierno dispone aumentar las competencias del alto comisario otorgándole el mando supremo del ejército español en Marruecos, que antes se encontraba repartido entre los diversos responsables de las comandancias militares. Se pone en manos del general Berenguer todo el poder y capacidad de decisión en el Protectorado.

Por la zona oriental, comienza el avance con la toma de Tafersit, primera de las operaciones realizadas tras la toma de posesión de Fernández Silvestre, mientras que en la parte occidental se ocupa, en octubre de 1920, la ciudad de Xauén, lugar sagrado para los musulmanes, en torno al cual prosiguieron los combates con El Raisuni. Tras las primeras iniciativas del comandante general de Melilla, que habían producido resultados satisfactorios y la sumisión de algunas cabilas presuntamente refractarias a la presencia de extranjeros en su territorio, se comenzó a acelerar el avance con la intención final de llegar a Alhucemas, lo que supondría haber dominado el corazón del Rif. Una veloz progresión atribuible en mayor medida a la hambruna por que atravesaba la zona desde hacía tiempo y al dinero entregado a los jefes de cábila y a indígenas influyentes que a las "grandes hazañas" aireadas por cierta prensa o a la buena estrella personal del militar, según indica María Rosa Madariaga⁶⁵. A principios de 1921, las tropas de Fernández Silvestre alcanzaron la línea del

río Amekrán y establecieron la posición de Annual, límite con la cabila de Beni Urriaguel, donde se detuvieron las operaciones a la espera de que progresaran las que se llevaban a cabo en la parte occidental. De este modo, uniendo todas las fuerzas, que avanzarían desde ambos lados a la vez, se pretendía "formar una tenaza y encerrar a los urriagueles entre sus ramas"⁶⁶, dado que estos rifeños estaban considerados como muy belicosos y poco proclives a aceptar la presencia extranjera en sus tierras. La táctica de penetración había sembrado de posiciones militares todo el campo desde Melilla hasta aquí. La mayoría de ellas, como pudo comprobarse después, estaban mal situadas estratégicamente y eran indefendibles: rodeadas de elevaciones que las convertían en fácil blanco para los pacos, sin amplios espacios abiertos a su alrededor para asegurar la eficacia de la artillería en caso de necesidad, carentes de agua o lejos de las aguadas y sin adecuados caminos que pudieran asegurar su pronto socorro o una rápida retirada. Además, estas posiciones, algunas de ellas no más que insignificantes blocaos guarnecidos por una quincena de hombres, precisaban de un avituallamiento periódico -a veces diario- mediante un sistema de convoyes que distraía de otras actividades y ponía en constante peligro a un gran número de tropas.

A pesar de las disposiciones del alto comisario para no iniciar nuevas operaciones más allá de la línea de Annual, el día 1 de junio una columna traspasa este límite y comienza a establecer una posición en Monte Abarrán. Nada más retirarse la fuerza de apoyo y cuando, al parecer, aún no habían comenzado los trabajos de fortificación, fue atacada por una harca de rifeños que se habían mantenido al acecho. Muertos los oficiales españoles, el resto de las tropas de ocupación -la mayoría nativos de Regulares y de la Policía Indígena- se aterrorizaron y huyeron, o fueron cazados en su huida, dejando todo el material en manos de los atacantes. Constituyó éste el primer descalabro sufrido por las tropas de la Comandancia de Melilla desde que Fernández Silvestre se había hecho cargo de su mando, pero ya anticipaba lo que habría de venir. El general y su servicio de inteligencia no se habían enterado de que desde hacía unos meses los rifeños habían comenzado a organizarse para repeler cualquier intento de avance más allá de donde ya había llegado el ejército español, o,

por el contrario, fue la irreflexiva impetuosidad del comandante militar que, desoyendo los consejos de sus colaboradores -en concreto, del coronel Morales, jefe de la Policía Indígena en la zona y hombre poco dado a las aventuras inmeditadas⁶⁷- decidió continuar las operaciones. En cualquier caso, resultó, según más tarde quedó señalado en el denominado Expediente Picasso, "desacierto e impremeditación aventurar el avance de Abarrán, obrando con un exceso de arrojo o ciega confianza"⁶⁸. Significó, también, la primera victoria de Abd el Krim -entonces aún no muy conocido, pero con posterioridad el más importante de los líderes rifeños- sobre el ejército español, y la consecuente adhesión de más cabileños a la rebelión que en estos momentos se estaba gestando.

Mohamed Abd el Krim el Jatabi era hijo del jefe de una de las tribus que formaban la cabila de Beni Urriaguel. Había nacido en 1882⁶⁹. Tras cursar estudios coránicos fue enviado por su padre a Melilla para que los continuara en una escuela española. Completó su educación en Fez. Todo ello le proporcionó una cultura "muy superior a la de la mayor parte de los marroquíes que en aquella época frecuentaban Melilla"⁷⁰. Comenzó a trabajar en la página árabe del periódico melillense El Telegrama del Rif. Con posterioridad, pasó a desempeñar cargos para la Comandancia española en esta ciudad, a través de la Oficina de Asuntos Indígenas, primero como asesor y más tarde como juez -cadí- islámico. Ejerció como profesor de árabe y *chelha* (o *xelja*), el dialecto rifeño, en la Academia Árabe instituida por Gómez Jordana en Melilla, donde contó entre sus discípulos con algunos de los oficiales y jefes militares españoles que luego habrían de convertirse en sus adversarios. Durante la I Guerra Mundial su actitud germanófila le acarreó problemas legales, bien por su fehaciente cooperación en contra de los intereses franceses en su Protectorado o bien sólo por sus opiniones contra el colonialismo galo. Esto supuso que las autoridades españolas, atendiendo una petición del vecino Protectorado, lo procesaran y encerraran en la prisión de Rostrogordo en 1917. Intentó la fuga descolgándose por los muros, pero cayó y se fracturó una pierna, lo que le proporcionó una cojera para el resto de sus días. En 1918 fue puesto en libertad y continuó sus actividades anteriores al encarcelamiento. Sin embargo, la falta de seguridad

personal ante el temor de ser entregado a los franceses, como les había sucedido a otros marroquíes que huyeron de aquella zona buscando refugio en la española, le empuja a abandonar Melilla y volver a Beni Urriaguel. Allí colaboró con su padre y hermano menor - quien atendiendo a la llamada familiar había regresado desde España, interrumpiendo sus estudios para el ingreso en la Escuela de Ingeniería de Minas- en la preparación de una resistencia armada contra la posible ocupación y explotación de aquellas tierras por los colonialistas europeos. El fallecimiento del progenitor cuando ya los beniurriagueles se aprontaban para el conflicto, aupó a Mohammed ben Abd el Krim en septiembre de 1920 a la jefatura de los cabileños.

Tras la toma de Monte Abarrán, los rifeños atacaron al día siguiente la posición de Sidi-Driss, que, tras un largo tiroteo en el que incluso se hizo precisa la ayuda de un cañonero y una pequeña fuerza de desembarco, logró rechazar la agresión e infringir gran número de bajas a los agresores. Ante estos incidentes, a los que Fernández Silvestre no dio demasiada importancia, el alto comisario -en la entrevista que ambos sostuvieron el día 5 de junio- volvió a advertirle que no realizara movimientos más allá de la línea en la que ya estaban establecidos. Se afianzó esta línea con el establecimiento de algunas posiciones de refuerzo. La más importante de ellas, Igueriben.

Durante toda la primera quincena de junio siguió habiendo incidentes, cuya importancia fue relativizada, en torno a la posición de Annual, donde ya se habían concentrado un importante número de tropas . La llegada del verano aportó una nueva situación de calma, se consideró que las aguas habían vuelto a su cauce. Con absoluta normalidad, se empezaron a conceder permisos a los oficiales y jefes para que regresaran a España a disfrutar de licencia estival.

Esta tranquilidad quedó rota a partir de 16 de julio. El convoy que desde Annual aprovisionaba la posición de Igueriben, la cual desde el día anterior había visto interceptado su servicio de aguada⁷¹, es hostilizado hasta el punto de impedir su paso. Había comenzado la agonía de este puesto y el preámbulo del denominado desastre de Annual⁷². Abd el Krim

había lanzado un ataque contra la línea de vanguardia del ejército español. El 17, tras arduos esfuerzos y empeñados combates, un convoy sensiblemente mermado -apenas sin agua- logra llegar a la posición sitiada, sin embargo, las tropas de protección que alcanzan Igueriben ya no pueden regresar. La harca no cesa de atacar esta posición, cuyos defensores comenzaron a sufrir la tortura de la sed. El día 19 se intentó enviar otro convoy desde Annual, pero ya fue imposible su paso a pesar de la ayuda de una columna de refuerzo desplazada desde otra posición. El general Felipe Navarro, segundo jefe de la Comandancia de Melilla, había interrumpido su licencia y regresado con urgencia a la zona al enterarse de lo sucedido. En esta misma fecha, por la tarde, había salido de Melilla con dirección a la primera línea para tomar el mando de las fuerzas concentradas en Annual. Llegó la mañana del 20 y, al darse cuenta de lo difícil de la situación, suspendió los preparativos del convoy de aquella jornada y se puso en contacto con Fernández Silvestre, quien le comunicó que al día siguiente llegaría él a la posición y pasaría el convoy. Los defensores de Igueriben se encontraban en una situación límite, sin alimentos ni agua, lo que les obligó a beber "el líquido de las latas de conservas, después la tinta, después los orines de las bestias, dulcificados con azúcar"⁷³. Durante la mañana del 21 se intenta de nuevo hacer llegar el socorro, para lo que se utiliza un fuerte dispositivo de hombres y armas encuadrados en varias columnas, pero a pesar de todo este despliegue y de la llegada del comandante general, que toma el mando e intenta infundir ánimos en las tropas, los rifeños vuelven a impedir su paso y, tras un feroz combate de varias horas, han de replegarse a Annual con un gran número de bajas. Entretanto, Navarro, por orden de Fernández Silvestre, ha tomado el camino de regreso hacia Melilla para reunir los pocos hombres útiles que puedan quedar allí y formar una columna de refuerzo, dado lo apurado de la situación. Ante la absoluta imposibilidad de socorrer a Igueriben, se autoriza a la guarnición para evacuar la posición y tratar de salvar los aproximadamente cinco kilómetros que les separan de Annual por los medios que puedan. Algunos, tal fue el caso del comandante Benítez, jefe del acuartelamiento, se resistieron a acatar esta orden y murieron dentro del recinto, otros intentaron la huida en medio de las

balas y la persecución de los rifeños. Sólo un reducido grupo -entre once y quince, dependiendo de la fuente consultada- alcanzaron Annual, y algunos de ellos murieron por extenuación tras el esfuerzo realizado.

Fernández Silvestre comenzó a darse cuenta de la catástrofe que se avecinaba. Hasta un par de días antes, tal vez confiado en su capacidad para resolver el problema por sí mismo, no había comunicado al alto comisario lo que estaba sucediendo, y aún esperó hasta la última hora del 20, la víspera de la caída de Igueriben, para solicitar a su inmediato superior el envío de refuerzos, tanto de hombres como de material bélico, según señalan el Expediente Picasso⁷⁴ y la mayoría de los analistas, exceptuando a Augusto Vivero⁷⁵. Ahora, sin embargo, su arrogante ánimo había decaído y su figura vagaba errátil e indecisa por el interior de la sitiada Annual. Había concentrado la casi totalidad de sus fuerzas en esa posición, hasta parte de los oficinistas de Melilla se había traído con él, y tampoco podía esperar ayuda de otras guarniciones de la zona, que ya habían enviado algunas de sus fuerzas a ésta. Cursó órdenes a los capitanes de las mías de Policía Indígena para que recabasen la ayuda de las cabilas amigas y poder así formar una harca de socorro⁷⁶. Remitió sendos telegramas al ministerio de la Guerra y al alto comisario informándoles de lo sucedido en Igueriben y de la urgentísima necesidad de que le fuesen enviadas dos divisiones con todos sus pertrechos de combate. Pidió, asimismo, que la escuadra bombardease la bahía de Alhucemas y la aviación la zona interior, con el fin de atraer hacia esos lugares a los sitiadores⁷⁷. Inútiles y desesperadas peticiones que debieron de parecer desproporcionadas a quienes hasta unas horas antes creían que en la Comandancia de Melilla reinaba la más absoluta tranquilidad. Durante aquella noche reunió a los jefes que con él se encontraban para evaluar la situación y decidir qué se podía hacer. Finalmente, dado que la escasez de municiones haría imposible una defensa prolongada, se decidió el abandono de la posición, que se efectuaría a la mañana siguiente, con el intento de que se realizase "por sorpresa"⁷⁸ como única táctica. Con el amanecer llegaron los primeros disparos de los rifeños efectuados desde las alturas que circundaban Annual, cuya intensidad fue incrementándose mientras

terminaban los preparativos para la evacuación. Esto, unido a la noticia de que se aproximaba un gran número de enemigos hacia la posición, acabó con la poca moral que aún conservaban las tropas. El abandono comenzó con cierto orden, pero, en cuanto los disparos se fueron generalizando, se transformó en alocada huida, frenética estampida con un solo dictado: ¡sálvese quien pueda! Las unidades se mezclaron y atropellaron unas a otras; los heridos fueron dejados por el camino; los que tropezaban y caían, aplastados por los que seguían corriendo; el armamento, abandonado como inútil lastre; los pocos vehículos y animales de transporte, disputados hasta la muerte; las otrora poderosas estrellas, arrancadas de las bocamangas para impedir la identificación de los oficiales, víctimas máspreciadas por los cazadores rifeños.

Las unidades formadas por indígenas, en cuanto advirtieron el descontrol generalizado, desertaron o hicieron causa común con los atacantes y comenzaron a disparar contra las tropas españolas. Fernández Silvestre, que permanecía en Annual junto con los jefes y oficiales de su cuartel general, presenciaba atónito la desbandada y según testimonio de un teniente de la Policía Indígena: "en los momentos que precedieron a la retirada, presintiendo la inmensidad de la catástrofe, parecía ajeno al peligro, y situado en una de las salidas del campamento general permanecía expuesto al fuego del enemigo, silencioso e insensible a cuanto le rodeaba"⁷⁹. Después ya no se supo nada más sobre la suerte que pudo correr el comandante general de Melilla ni sobre cómo fue su final: ¿se suicidó?, ¿fue abatido impasible por las balas rifeñas?, ¿defendió la posición con las armas en la mano hasta caer muerto?, ¿decapitaron su cadáver y pasaron la cabeza como trofeo?⁸⁰. Nadie que haya podido contarle estuvo a su lado en los últimos momentos, por tanto, todo queda en conjeturas sin demasiada importancia, pues como señala con acierto Fernández Almagro: "lo seguro (...) es que Fernández Silvestre murió en Annual: suicidado, aunque le matasen"⁸¹. Fue víctima, una más, de la vorágine de aquel desastre que su ciega impulsividad había propiciado.

La huida de las tropas continuó hasta Dar Dríus sin haberse detenido en ninguna de las posiciones intermedias desde Annual, ni siquiera en Ben Tieb, lugar escogido, en los planes

primeros, como meta de la retirada. Su guarnición, al igual que habían hecho otras establecidas a lo largo del camino, decidió unirse al grupo de escapados, aun cuando en aquella zona ya no se veían hostilizados por la harca atacante. A Dríus fueron llegando los restos de la columna que había salido de Annual y todos los que habían abandonados las posiciones intermedias. Por la tarde se les unió el general Navarro. Regresaba de Melilla con las últimas fuerzas disponibles que allí había podido encontrar. Tomó el mando e intentó reorganizar las deshechas unidades. Aunque este lugar disponía de condiciones para haberse mantenido como línea de defensa, según comenta un testigo de la catástrofe -Policarpo Bonilla, agente de la Compañía Minera Hispano Africana- a Indalecio Prieto, y este recoge en una de sus crónicas de guerra: "con agua ilimitada, con víveres abundantísimos y con enorme repuesto de municiones, podía haber resistido seis meses"⁸². Al día siguiente se continuó el repliegue. Es posible que Navarro se percatase de que podía producirse -lo que de hecho ocurrió- un levantamiento general de todas las cabilas de la zona, por lo que convenía retirarse lo antes posible hacia Melilla o hacia alguna posición cercana, donde pudieran mantenerse hasta que llegaran refuerzos y a la vez defender la ciudad, según supone Augusto Vivero: "Navarro tenía un plan (...) establecerse en Nador, recogiendo desde Dar Dríus al Gurugú los efectivos que custodian las posiciones. Con tal arbitrio puede allegarse diez u once mil hombres"⁸³.

Se inicia la nueva fase de la retirada cuando ya todo el Rif conoce el descalabro sufrido por el ejército español y las condiciones de su repliegue. La mayoría de las cabilas del territorio ocupado toman las armas y se levantan contra aquellos que hasta anteayer los habían sojuzgado. A partir de aquí comienza un largo calvario para las tropas al mando de Navarro, que van retrocediendo bajo la presión del fuego enemigo de posición en posición, primero Batel, luego Tistutin, hasta llegar finalmente a Monte Arruit el 29 de julio, donde la penuria física les impidió continuar. Durante estos días habían sufrido el hambre, la sed, el miedo y la muerte en una tierra que se les había vuelto hostil por los cuatro puntos cardinales, y en la que habían logrado sobrevivir, tan escasos de fuerza física como de vigor moral, merced

al aguante de algunas unidades que habían mantenido su operatividad, entre las que cabe destacar el regimiento de Cazadores de Alcantara, cuya caballería, al mando del teniente coronel Fernando Primo de Rivera, se convirtió en el sustento de esta retirada.

El alto comisario, al recibir los últimos telegramas de Fernández Silvestre, en los que desvelaba la situación de extrema gravedad en que se encontraba, decide suspender las operaciones que en aquellos momentos dirigía en la zona occidental del Protectorado, cuando ya estaba a punto de recoger sus primeros frutos: el Raisuni se encontraba cercado por las tropas españolas en Tazarut, y Berenguer le había dado un plazo de cuarenta y ocho horas para deponer las armas y someterse. Ordena que se fijen las posiciones y que se dispongan para marchar hacia la otra zona las unidades de Regulares y de la Legión más preparadas. Después, se desplaza a Tetuán y de allí a Ceuta, donde embarca rumbo a Melilla. Durante la noche del día 23 llega a la plaza y puede comprobar la excitación que se ha apoderado de la población. La noche anterior habían comenzado a llegar algunos escapados del desastre a los que la fortuna había premiado con un medio de locomoción. Su presencia y el conocimiento de lo sucedido resultó suficiente para que el vecindario, presa del terror y creyendo que de un momento a otro la harca de Abd el Krim iba a caer sobre la ciudad, se lanzara al puerto en busca de un medio de transporte que pudiera alejarlos de allí. Durante unos cuantos días Melilla estuvo casi del todo indefensa, a pesar de lo cual, los rifeños, que habían llegado hasta sus aledaños, no realizaron el más mínimo acto de hostilidad. No parece probable que el motivo de esto fuera la subestimación de sus propias fuerzas y la sobrevaloración de las españolas⁸⁴, y menos aún algunas de las causas apuntadas por Woolman⁸⁵, tales como, las dificultades que habría supuesto salvar la muralla de la plaza, la no posesión de artillería móvil o que la volubilidad de carácter de los marroquíes los hiciera poco adecuados para mantener un asedio. Tal vez, la razón haya que buscarla en el cuidado que el líder rifeño puso en no deteriorar su imagen ni la de su incipiente revolución ante el resto de las naciones, que no habrían tolerado de buen grado una agresión en territorio extranjero -Melilla era una plaza bajo soberanía española- ni una matanza indiscriminada de

civiles, tal como señalan Indalecio Prieto⁸⁶ y Carlos de Baraibar⁸⁷, o según manifestaron el propio Abd el Krim y personas de su máxima confianza en varias ocasiones, por ejemplo, en las conversaciones que con el cuñado y hombre muy próximo al círculo de poder del caudillo, Mohamed Acerkán -conocido como Pajarito- mantuvo el periodista Luis de Oteyza, director del diario La Libertad, durante el viaje que realizó al Rif en 1922, donde sostiene que la integridad de la ciudad se debió a la autoridad de su cuñado: "nosotros no queríamos pasar de la línea del Kert (...) pero al ver que las cabilas sometidas se excedían en acometividad y en furia, temimos que asaltasen Melilla. Hubiera sido horrible. La humanidad entera se hubiese horrorizado ante un saqueo así (...) Mi hermano lo comprendió, y envió a éste [otro rifeño presente en la conversación] con tres caídes y seiscientos hombres para evitarlo. En el Gurugú estuvieron una semana protegiendo a Melilla, hasta que estableció Berenguer la línea defensiva."⁸⁸

El día 24 comienza la llegada de refuerzos. Entre los primeros, Millán Astray con dos banderas de la Legión, que intentan infundir confianza en la población de la plaza. Durante todo el día y los siguientes siguen llegando tropas y material militar a Melilla, con las que Berenguer va organizando un cinturón defensivo en torno a la ciudad. Entretanto, nada se sabía de la situación que atravesaba la columna de huídos al mando de Navarro. El 29 se logra restablecer la comunicación y el segundo jefe de la Comandancia informa de que han entrado en Monte Arruit⁸⁹.

Allí quedaron reunidos unos tres mil hombres, exhaustos y mal armados, pues la poca artillería que les quedaba la perdieron a las puertas de esta posición. Además, contaban con un buen número de heridos, que en los días siguientes se irían incrementando, sin apenas atención sanitaria por carecer de casi todo. En estos momentos, de lo que había sido la Comandancia de Melilla quedaba apenas poco más que la columna de Navarro y algunas posiciones aisladas que no tardaron en capitular o en caer en manos de los rifeños. Entre éstas cabe señalar las de Nador y Zeluán, que a pesar de su proximidad a Melilla no pudieron ser socorridas. La primera, tras sufrir asedio, se rindió y las vidas de la guarnición y de los

civiles que con ellos se encontraban fueron respetadas gracias a la mediación de Abd el Kader, jefe de cabila adepto a España. En Zeluán, los defensores no gozaron de igual fortuna. Cuando ya se les hizo imposible seguir resistiendo el cerco a que los rifeños les tenían sometidos, capitularon, pero, tras la entrega del armamento, fueron asesinados allí mismo o en su desesperada huida.

Los refugiados en Monte Arruit, se convirtieron en la última resistencia española -bien escasa, por cierto- a la revuelta de Abd el Krim. Los días iban pasando y su situación se hacía cada vez más crítica: víctimas de los disparos y del bombardeo a que los sitiadores los sometían cada día con los cañones que habían tomado en las posiciones abandonadas; torturados por el hambre y, sobre todo, por la sed, que enloquecía a los hombres en los parapetos y costaba un buen número de bajas cada vez que se salía para hacer la aguada, distante unos quinientos metros; imposibilitados para atender, siquiera en lo mínimo, al creciente número de heridos, muchos de los cuales murieron por esta falta de asistencia, tal fue el final del teniente coronel Fernando Primo de Rivera, tras haber sufrido la amputación sin anestesia de un brazo. Navarro, sabedor de que en tales circunstancias no podrían mantenerse mucho más tiempo, preguntó a Melilla si se le iba a enviar una columna de auxilio⁹⁰. Eran mucho más que un grupo de desdichados soldados casi indefensos, constituían un símbolo, tanto para el caudillo rifeño como para el ejército español. Para aquél significaban su triunfo absoluto, el haber humillado a las poderosas -aunque como se vio, sólo lo eran en apariencia- huestes coloniales, lo que dejaba el camino abierto para que su liderazgo pudiera consolidarse sin obstáculos. Para el ejército español suponía no solamente el más grave y sonado descalabro desde el ocurrido en el Barranco del Lobo -al que éste sobrepasaba con creces- en el año nueve, sino la humillación profesional que conllevaba el no ser capaces de socorrer a unos compatriotas cercados a tan pocos kilómetros de Melilla. Así lo entendieron algunos jefes y oficiales - a la cabeza de los cuales, o en lugar prominente, se encontraba el reputado coronel Riquelme- que sugirieron a Berenguer la formación de una columna para, por los medios que fuera y costara lo que costara, llegar a Monte Arruit e

intentar rescatar a los cercados. No accedió, sin embargo, el alto comisario a esta petición, alegando la insuficiencia de fuerzas para llevarla a cabo y la indefensión en que volvería a quedar Melilla. Berenguer, cuyo prestigio ya había comenzado a ponerse en entredicho por no haberse enterado de lo que Fernández Silvestre estaba llevando a cabo o por no haber ejercido su autoridad para impedirselo, no podía permitirse otra acción improvisada, por loable y heroica que fuese, capaz de originar un segundo fracaso. Tampoco en Madrid, un gobierno al que el desastre había colocado en una situación muy delicada, de práctica interinidad, estaba en condiciones de apoyar una decisión de este tipo, que hubiera arrojado aún más leña al fuego que algunos grupos políticos, parte de la prensa y un amplio sector de la opinión pública había encendido bajo sus pies.

El único auxilio que se facilitó a los sitiados fue el abastecimiento de víveres y municiones por aeroplano. Avituallamiento del todo ineficaz, pues gran parte de los materiales lanzados caían fuera de la posición, llegando a poder de los rifeños, y la mayoría de lo que caía dentro quedaba inutilizado por el impacto que sufría al chocar contra el suelo. Navarro, impulsado por el agotamiento, pérdida ya la esperanza de recibir ayuda y alentado por los despachos del alto comisario en los que le instaba a entrar en negociaciones con Abd el Krim para alcanzar un aceptable acuerdo de capitulación⁹¹, al fin se decidió a negociar. No pudieron resultar más desafortunados los primeros pasos dados en esta dirección. Un malentendido propició el inicio de un tiroteo contra los emisarios rifeños que se encontraban dentro de Monte Arruit, lo que "empeoró de modo extraordinario la situación del general Navarro"⁹². Finalmente, se pactó con algunos jefes de cabila la entrega del armamento a cambio del respeto de la vida de los asediados y la facilitación de una escolta que les permitiría llegar a Melilla sin sufrir hostigamiento. Una vez entregadas las armas, el general, junto con la mayoría de los jefes y oficiales y algunos soldados, fueron apartados del resto del grupo y alejados de la posición por algunos jefes rifeños. A continuación, la harca irrumpió en el interior del recinto y comenzó a masacrar a las tropas españolas que se disponían a evacuarla. Cuando aquello acabó, los cuervos eran los únicos seres vivos en

Monte Arruit. Había sido el último capítulo del desastre, con él se cerraban doce años de presencia española en esta zona de Marruecos. El ejército había vuelto a las posiciones de 1909, a los alrededores de Melilla. Todo el territorio que desde aquel año se había ido ocupando poco a poco, con gran sacrificio de vidas y dinero, se había escapado de las manos de España, se había disuelto en apenas veinte días. Un número estimado -dependiendo de la fuente de información- de entre doce y quince mil españoles -que otros elevan hasta diecinueve mil- habían dejado su vida en aquellas tierras. Toneladas de armamento -fusiles, ametralladoras, cañones, municiones, camiones, etc- habían pasado a manos de los rifeños, que más tarde lo utilizarían contra las fuerzas españolas. Unos centenares de militares y soldados habían sido hechos prisioneros, lo que daría origen a otro conflicto nacional en torno a la suerte de habían de correr y a su posible rescate: el problema de los cautivos, que se alargaría durante año y medio.

A pesar de la censura de prensa que el gobierno había establecido desde el 25 de julio, el país quedó conmocionado y desde todos los sectores de la vida pública arreciaron las críticas más feroces contra los responsables gubernamentales de esta catástrofe, de forma especial contra Luis Marichalar, vizconde de Eza, responsable de la cartera de Guerra y contra el presidente Allendesalazar. Algunos jefes militares con altas responsabilidades, como el capitán general Weyler, jefe del Estado Mayor Central, o el teniente general Angel Luque "no se recataron en dar publicidad en las columnas de EL Sol a las más duras críticas e inculpaciones por la imprevisión y falta de capacidad organizadora del ministro de la Guerra"⁹³. Los políticos, desde correligionarios del propio partido conservador hasta los socialistas, pasando por Romanones, increparon a algunos miembros o a la totalidad del gabinete Allendesalazar. La prensa, cuando pudo volver a expresarse con libertad, en los días posteriores al derrumbamiento aireó todo lo que había constituido una continuidad de desaciertos en la política seguida en Marruecos: los desbarajustes en la organización militar, los fraudes económicos y la vida licenciosa de que gozaba parte de la oficialidad con la aquiescencia de unos mandos tolerantes o encubridores de estos desmanes.

El gobierno hizo efectiva la dimisión que ya tenía prevista desde días antes. El nuevo gabinete tomó posesión el 14 de agosto presidido por Antonio Maura. El hombre que se había visto obligado a dejar este mismo puesto tras el descalabro de 1909 en Melilla y sus posteriores consecuencias volvía a tomar las riendas del poder en estos momentos, cuando era imprescindible reorientar la andadura española en el Protectorado. El general Berenguer presentó su dimisión como alto comisario al nuevo gobierno, que se negó a aceptarla y ratificó al militar en su puesto por considerarlo el más capaz, no dudando, acaso para vencer su resistencia a continuar al frente de la Alta Comisaría, en mantenerlo al margen de la investigación sobre las responsabilidades del desastre que el anterior titular de la cartera de Guerra había encargado al general Juan Pícaso unos días antes -el 4 de agosto- de dimitir. Esta comisión cuya función consistía en esclarecer lo sucedido e identificar a los responsables, vio recortada su libertad de actuación desde sus inicios; "se sustrajo a la investigación (...) al que, en caso de victoria, habría sido el primero en recibir los laureles"⁹⁴.

En Melilla, mientras tanto, había continuado aumentando durante el resto del verano el contingente peninsular de tropas de refuerzo, entre las que ahora se encontraban los denominados soldados de "cuota", aquellos que habían pagado una cantidad en metálico para reducir su tiempo de permanencia en filas, y que hasta entonces habían sido destinados a unidades que nunca habían pisado tierra marroquí. Constituía esta modalidad el último privilegio legal -establecido tras el cambio legislativo de 1912 sobre el servicio militar, que suprimía la denostada redención a metálico y creaba esta figura de servicio atenuado- de que gozaban los económicamente mejor dotados, y que fue suprimido, en parte, por el ministro responsable, vizconde de Eza, en los días siguientes al desastre, para intentar atenuar la cólera popular ante la abultada cifra de muertos. Él, no obstante, había maquillado su decisión con otras palabras: "entendí que era indispensable que fueran [los "cuotas"], y fueron, con lo que vio España que todos eran iguales ante el sacrificio, y que el honor de esta página heroica a todos corresponde, altos y bajos, pobres y ricos."⁹⁵

Tras asegurar un cinturón defensivo en torno a Melilla, el 12 de septiembre comenzó la contraofensiva del ejército español para recuperar el terreno perdido. El nuevo avance fue planificado con cuidado por Berenguer, utilizando potentes columnas que habrían de impedir cualquier imprevisto y asegurando las posiciones antes de proseguir, lo que no fue obstáculo para que por segunda vez se volviese a regar la misma tierra con sangre española. El 14 de octubre se llegó a Zeluán, donde ya se pudieron apreciar los resultados del desastre de julio: cadáveres insepultos por todas partes, quemados, descuartizados. A partir de aquí éste constituyó el paisaje cotidiano que iban encontrando las tropas en su avance, que unos días después llegó a Monte Arruit, donde la catástrofe adquiría ribetes terroríficos, la brutalidad y la muerte mostraban allí su más descarnada expresión: "Dante no vio tanto", sintetiza Fernández Almagro⁹⁶. Un espectáculo capaz de perturbar el ánimo del más endurecido de los testigos, así nos lo muestra el por entonces comandante legionario Francisco Franco, poco sospechoso de conmovirse con facilidad, en una lacónica pero contundente alusión: "renuncio a describir el horrendo cuadro que se presenta a nuestra vista. La mayoría de los cadáveres han sido profanados o bárbaramente mutilados. Los hermanos de la Doctrina Cristiana recogen en parihuelas los momificados y esqueléticos cuerpos, y en camiones son trasladados a la enorme fosa"⁹⁷. En diciembre se llegó a la línea del Kert y en enero de 1922 a Dar Dríus, ya cercana a la posición de Annual, donde se había determinado detener el avance por las dificultades geográficas y estratégicas que suponía continuar más allá.

En la zona occidental del Protectorado también se habían reanudado los combates. La interrupción de las operaciones para acabar con el Raisuni y las noticias del desastre de Annual habían vuelto a poner a las cabilas en estado de agitación, a lo que ahora se añadía la expansión de la revuelta de Abd el Krim, que ya comenzaba a allegar adhesiones en estas tierras. Desde septiembre se habían reanudado las hostilidades contra el Raisuni. Respondía esta progresión intermitente en ambas zonas al plan trazado por el gobierno y el alto comisario para fijar las posiciones de la parte oriental lo más próximas posibles a Beni Urriaguel y, entretanto, terminar con la oposición en la parte occidental, donde cabía el riesgo

de que se extendiera la influencia de Abd el Krim, lo que de hecho sucedió, y mucho antes de lo previsto por Berenguer o el gobierno. Finalmente, acometerían la penetración en el Rif con todas las tropas, una vez que se hubiera ocupado Alhucemas.

El 20 de octubre había dado comienzo en el Congreso de los Diputados el debate parlamentario sobre los sucesos ocurridos en la Comandancia de Melilla durante los meses pasados. Diputados de todos los grupos pidieron explicaciones al gobierno y lanzaron agrias censuras contra la política que se había seguido, siendo las intervenciones del socialista Indalecio Prieto las más duras. Puso el dedo en la llaga de las presuntas responsabilidades al señalar al monarca como inductor de las impremeditadas acciones emprendidas por Fernández Silvestre: "Se iba a Alhucemas sin el consentimiento del gobierno (...) En cuanto a la foma de ejecutar la operación, se iba contra la voluntad del alto comisario, del general en jefe. ¿Quién, entonces, autorizó la operación sobre Alhucemas, quién la decretó? Está en la conciencia de todos vosotros; lo dijo el general Silvestre, al volver a Melilla, desde la borda del barco, fue el Rey"⁹⁸. Aún agravaron más la situación las censuras que contra la actuación de políticos y militares vertió en el Senado el jefe del Estado Mayor Central, general Weyler, o la defensa del total abandono de Marruecos como alternativa más plausible, que manifestó el Capitán General de Castilla la Nueva, Miguel Primo de Rivera⁹⁹.

A comienzos del año siguiente, 1922, una vez consolidadas las posiciones hasta Dar Dríus, se celebró una reunión en el malagueño pueblo de Pizarra entre miembros del gobierno, del Estado Mayor del ejército y el alto comisario para decidir el curso que debían seguir las operaciones. Se llegó al acuerdo de tomar Alhucemas mediante un ataque marítimo en cuanto las circunstancias lo permitiesen, empeño que no parecía de fácil consecución, pues poco más tarde la artillería rifeña que Abd el Krim había emplazado como defensa costera hundía el vapor español *Juan de Juanes* cuando navegaba frente a la bahía. Continuaron algo los avances en la zona oriental, se ocupó la cabila de Beni-Said, donde se volvió a establecer la posición de Dar-Quebdani. En la occidental, también siguió la expansión, llegando a tomar

Tazarut -refugio de el Raisuni- el 12 de mayo, aunque el caudillo de Yebala ya había abandonado su habitual morada.

El 18 de abril de 1922 el general Picasso dio por concluidas sus investigaciones sobre la caída de la Comandancia de Melilla. Aunque no constituía su cometido la depuración de responsabilidades sino tan sólo esclarecer lo sucedido¹⁰⁰, sus conclusiones pusieron de manifiesto la negligencia y la inadecuada forma con que habían actuado mandos militares de todos los empleos durante aquellos días. A pesar de las cortapisas que La Cierva, titular de la cartera de Guerra en el gabinete Maura, había impuesto al instructor para que Berenguer y el resto de los generales implicados no fuesen objeto de investigación, no resultaba posible mantener, a la luz del informe, que todo se había debido sólo a errores de oficiales y jefes como había pretendido el gobierno. Así lo entendió el fiscal encargado del caso en el Consejo Supremo de Guerra y Marina, donde fue enviado el expediente, el cual amplió la relación de responsables. Este Consejo recomendó que era pertinente procesar a Berenguer, además de a Fernández Silvestre y a Navarro, aunque ambos se encontrasen ausentes, el primero por su presunta muerte y el segundo en cautiverio. La prensa y la oposición en las Cortes exigían al gobierno que hiciera públicas las conclusiones de este informe; sin embargo, a lo único que se avino Sánchez Guerra -presidente tras la dimisión de Antonio Maura en marzo- fue a la creación de una comisión parlamentaria para su estudio, que sólo llegó a constituirse, pues dos días más tarde las Cortes concluían su periodo de sesiones para iniciar el descanso estival. En medio de esta efervescencia social en busca de las responsabilidades, Berenguer regresó a Madrid y, despechado contra un gobierno que ni lo había protegido ni puesto sobre aviso siquiera de la campaña desatada contra su persona, presentó la dimisión como alto comisario. Le fue aceptada y se nombró sustituto al general Ricardo Burguete.

Su llegada supuso un cambio de política con respecto a la que había venido manteniendo su antecesor. Reorganizó las tropas, suprimiendo posiciones y creando columnas móviles que pudieran acudir con prontitud allá donde fueran necesarias, y aumentó la dotación de voluntarios con la creación de los Regulares de Alhucemas. Pactó con el Raisuni -cuyo poder

se encontraba ya muy debilitado- un acuerdo del todo beneficioso para el marroquí. Se le devolvía su residencia de Tazarut, su poder y su guardia personal, además de una sustanciosa compensación económica. Con ello se consiguió poner fin, de momento, a las hostilidades en esta zona. Intentó, con la mediación del ex sultán Muley Hafiz, alcanzar un acuerdo con Abd el Krim para obtener el rescate de los cautivos españoles, sin lograr éxito en sus gestiones. Como tampoco lo había obtenido en su pretensión de que el líder rifeño se aviniese a aceptar el recién creado amalato del Rif, que suponía, de hecho, la concesión de una cierta autonomía de acción para la política de Abd el Krim. A finales de octubre se reanudaron las operaciones en el este, llegando a ocuparse la posición de Tizi-Azza, desde donde se preveía continuar el avance. Nada más establecerse se convirtió en objeto de encarnizados ataques por parte de los rifeños, que no lograron desalojar a los ocupantes pero produjeron un elevado número de bajas y la consiguiente protesta en España. Esto determinó que el gobierno ordenara la paralización de nuevas acciones.

Durante la permanencia de Burguete al frente de la Alta Comisaria se produjeron otros dos acontecimientos de amplia repercusión. El teniente coronel Millán Astay, jefe de la Legión y uno de los más caracterizados militares africanistas, fue cesado en su cargo por Real Orden de 13 de noviembre, pasando a quedar disponible en espera de un nuevo destino. Su significativa y vehemente actitud en contra de las Juntas, que lo tenían en su punto de mira desde hacía tiempo, lo había convertido en víctima de los enfrentamientos que por aquellos días se venían produciendo entre las dos facciones que mantenían un pulso por el poder dentro del ejército.

Más repercusión social tuvo el descubrimiento de un desfalco dentro del ejército, el asunto conocido como "el millón de Larache"¹⁰¹. Los militares encargados del parque de Intendencia de Larache revendían al ejército todos aquellos artículos adquiridos en anteriores partidas que habían quedado sobrantes o sin distribuir, de tal forma que, sin salir de los almacenes, eran oficialmente vueltos a comprar mediante facturas falsas. Además, el fraude alcanzaba también a las compras reales, en las que se falseaban las cantidades adquiridas,

incrementándolas al alza; otras veces, era el precio de compra el que se inflaba. Las importantes sumas de dinero obtenidas con estas prácticas, salvo las comisiones destinadas a los comerciantes o intermediarios que se avenían a estos enjuagues, se repartían entre los jefes, oficiales y mandos auxiliares de aquella unidad atendiendo con escurpulosidad al más estricto escalafón militar: "lo hurtado distribuía se con irreprochable equidad, ajustada a la jerarquía de cada ladrón"¹⁰². La opinión pública pudo conocer este escándalo gracias al enfado de uno de los oficiales implicados. El capitán Jordán estuvo fuera de Larache durante algunos meses, debido a una licencia por enfermedad que le habían concedido. A su regreso, pidió a sus compañeros los dividendos que el negocio había reportado durante su ausencia, pero éstos se negaron a darle nada: "le alegaban (...) '¡Que no tenía derecho!' ¡Al parecer, los demás sí lo tenían!"¹⁰³. Despojado de lo que a su entender le correspondía, Jordán dio a conocer el asunto, aunque más tarde, durante la instrucción judicial, se desdijo de cuanto había manifestado y aquéllo se diluyó en el tiempo. En realidad, sólo había sido la constatación de algo ya conocido: la corrupción y el fraude eran prácticas habituales. No pocos habían sido los capitanes que habían terminado suicidándose o separados del ejército por haber vaciado las cajas de sus compañías sobre verdes tapetes en alguna de las múltiples timbas que se organizaban en Melilla y otros lugares del Protectorado, en los que juego y prostitución constituían el cotidiano descanso de una considerable parte de los guerreros. Algo que ya había señalado Indalecio Prieto en el debate de las Cortes tras la derrota de Annual, cuando se refirió a aquella ciudad como "lupanar y ladronera"¹⁰⁴.

En diciembre se produjo un cambio de gobierno. El nuevo gabinete presidido por García Prieto decidió poner al frente del Protectorado a un civil. Burguete dimitió y Miguel Villanueva fue designado para el cargo de alto comisario, que nunca llegó a ocupar por motivos de salud. Otro civil, Luis Silvela, desconocedor tanto del país de Marruecos como de sus problemas¹⁰⁵, se hizo cargo en febrero de 1923 de la Alta Comisaría. Intentó, también, el nuevo gobierno acabar con el problema de los cautivos españoles en manos de Abd el Krim, que desde año y medio antes eran el escaparate de la incapacidad gubernativa.

Se pretendía con ello aliviar la tensión que las cuestiones de Marruecos habían creado en la opinión pública, dentro de las cuales destacaban dos: la liberación de los prisioneros y exigir que se atendiera a la instrucción que el general Picasso había llevado a cabo, haciendo efectivas las responsabilidades derivadas del desastre de Annual, paralizadas desde hacía meses.

En cuanto a los cautivos, poco tiempo después de su captura, cuando fueron reunidos y trasladados a Axdir por Abd el Krim, habían comenzado los acercamientos para alcanzar un acuerdo; sin embargo, nada se había logrado a pesar de los varios mediadores que habían intervenido. El caudillo rifeño exigía la entrega de cuatro millones de pesetas -en principio habían sido sólo tres- y la liberación de los marroquíes prisioneros, condición que tampoco había figurado entre las iniciales. La primera de estas peticiones levantaba ampollas en un amplio sector de la milicia, donde se consideraba que el único rescate sin humillación sería el conseguido por la armas. Y tampoco había sido bien aceptada por los anteriores gobiernos, que consideraban peligroso entregar aquella cantidad con la que se cooperaría para seguir armando al enemigo. Frente a estos razonamientos, la sociedad civil se crispaba cada día más y por todas partes se organizaban actos encaminados a obtener la libertad, entre los que puede servir de ejemplo el siguiente, recogido por Cerezo Garrido, presidente de una comisión pro rescate de los prisioneros creada por la Federación de Empleados y Obreros del Ayuntamiento de Madrid: "las madres, esposas e hijos de prisioneros y desaparecidos, que residen en Melilla, perdida la paciencia que de ellos constantemente demandábamos, en forma violenta recorrieron las calles de aquella plaza, reclamando a grandes gritos se procediera a la liberación de sus seres más preciados"¹⁰⁶. Se puso el asunto en manos del financiero vasco Horacio Echevarrieta, quien, por las relaciones económicas que había mantenido en el Rif durante años anteriores y por su propia disposición personal, parecía persona adecuada para negociar el rescate. Contactó Echevarrieta con Abd el Krim mediante un rifeño amigo de éste, Dris-ben-Said, y, tras algunos regateos, se llegó a un acuerdo que se ajustaba a las exigencias del caudillo rifeño, tanto en la cantidad -cuatro millones de pesetas- como en la liberación de

los marroquíes en poder de España. El 27 de enero los cautivos fueron trasladados al punto de embarque, donde hasta el último momento los negociadores hubieron de mantener un tira y afloja con los rifeños, pues éstos exigían, además de lo pactado, el pago de algo más de veintisiete mil pesetas en concepto de gastos de manutención de los prisioneros. Finalmente se les satisfizo en sus peticiones, para lo cual Echevarrieta tuvo que ofrecerse a sí mismo como garantía, y todos pudieron subir a bordo del *Antonio López* y poner rumbo a Melilla. Terminaban así un sinfín de padecimientos para algunos de los que habían conseguido salvar la vida tras la derrota. Otros muchos -más de un centenar¹⁰⁷- no alcanzaron a ver el día de la liberación; las enfermedades, la ausencia de condiciones higiénicas o la debilidad producida por la escasez de alimentos -de todo lo cual facilitó amplia información el sargento Basallo¹⁰⁸- se lo habían impedido. También, se cerraba el capítulo de humillación para la acción colonial española que había comenzado dieciocho meses antes con el desastre de Annual.

Tras la apabullante victoria del verano de 1921, Abd el Krim se había convertido en el líder indiscutido de todo el Rif. En paralelo a sus éxitos militares había comenzado a organizar un autogobierno rifeño. Sus primeros pasos le llevaron a convocar una reunión de todos los jefes de cabila y notables locales, que refrendaron su idea con la constitución de la República de las tribus confederadas del Rif. Los poderes legislativo y ejecutivo residirían en una Asamblea nacional, cuyo presidente -cargo que ocupó Abd el Krim- lo era también de un pequeño gobierno orientado a dirigir el orden interior, pero, sobre todo, a encauzar la guerra y a dar publicidad a la causa rifeña, es decir, a sus presupuestos independentistas, al rechazo del convenio por el que se había establecido el Protectorado y a la expulsión de los ejércitos coloniales de su territorio. Más tarde, el uno de febrero de 1922, el caudillo rifeño establecería de forma oficial el Emirato del Rif y al año siguiente él mismo sería proclamado emir, que lo convertía en la máxima autoridad política y religiosa del estado independiente que ambicionaba fundar, pues como tal solicitaron su ingreso en la Sociedad de Naciones. Por supuesto, estas iniciativas nunca prosperaron. Los gobierno de las naciones colonialistas, con

su peso en la política internacional de la época, no pasaron de considerar a Abd el Krim un rebelde a la autoridad del sultán -y del jalifa, como representante de aquél, en la zona española- que ellos mantenían. Sin embargo, las reformas y la vertebración social que introdujo en la vida rifeña ayudó a la gobernabilidad de esta zona, como pudo apreciarse tras su caída, "el resultado de ello fue que hasta 1956, España gobernó la zona marroquí según el patrón diseñado, no por los propios administradores, sino por Abd el Krim. Los españoles, sencillamente, se limitaron a sustituir la autoridad del líder rifeño por la suya propia"¹⁰⁹.

En los primeros días de junio de 1923, Abd el Krim lanzó un fuerte ataque sobre la vanguardia española, en la posición de Tizi-Azza y alrededores. Los rifeños cercaron todas las guarniciones de la zona e intentaron reproducir lo que había sucedido en Annual. El ejército y la aviación, que efectuó numerosos bombardeos sobre el enemigo, hubieron de emplearse a fondo para impedirlo. La Legión fue la encargada de romper el cerco, lo que consiguió tras esforzadísimos combates, en los que encontró la muerte su comandante en jefe, el teniente coronel Valenzuela, que había ocupado este puesto desde la destitución de Millán Astray. Su muerte supuso el ascenso a teniente coronel de Francisco Franco, que desde estos momentos asumía la jefatura de este Cuerpo. De nuevo, en agosto, volvieron los rifeños a intentar desestabilizar las defensas, mediante ataques a algunos convoyes, esta vez sin demasiado éxito.

En España, durante aquel año, se había recrudecido la oposición a la guerra de Marruecos, cuyo coste había crecido de manera exorbitante en todos sus capítulos. A manera de simple ejemplo, cabe mencionar que el presupuesto del año 1910 había sido de cuarenta y cinco millones de pesetas, mientras que en el periodo 1922-23 ya había ascendido a más de cuatrocientos millones, y aún alcanzaría cifras más abultadas en años posteriores¹¹⁰. En este desproporcionado gasto, que había elevado el presupuesto militar hasta consumir el cincuenta y uno por ciento de los fondos totales del Estado a principios de los años veinte¹¹¹, se fundamentaba parte de la argumentación a favor del abandono de esta ruinosa empresa expuesta por Indalecio Prieto en la sesión celebrada el 4 de mayo de 1922 en el Congreso de

los Diputados: "llegamos al momento en que económicamente no podemos con la guerra, que no la podemos soportar"¹¹². De igual manera, el coste humano se hacía cada vez más oneroso para la sociedad española. A pesar de la creación de fuerzas mercenarias y del incremento de las unidades nativas, un número cercano a los ciento cincuenta mil soldados españoles se encontraban en el Protectorado, viviendo y muriendo en condiciones miserables. A todo esto, que ya había sido suficiente para crear una atmósfera contraria a la guerra, se añadía el clamor popular, con manifestaciones y actos de protesta de toda índole, desde diversos sectores políticos y sociales, para que se siguieran las recomendaciones formuladas el año anterior por el Consejo Supremo de Guerra y Marina para llevar a cabo el procesamiento de los responsables del desastre de Annual y para que se debatiesen las conclusiones a las que había llegado la comisión de parlamentarios encargados de estudiar el expediente elaborado por el general Picasso, que ahora tendría que hacerse público, con el consiguiente deterioro para la figura del rey y para toda la clase militar. Aún vino a caldear más el ambiente un informe del Estado Mayor Central del ejército sobre los pasos que debían seguirse en Marruecos. Sus conclusiones recomendaban continuar el avance y efectuar un desembarco en Alhucemas para atacar el poder de los rifeños, tesis del todo contrarias a las sostenidas por el gobierno, que durante los meses anteriores había impedido cualquier acción que supusiese ir un paso más allá de las posiciones ya establecidas.

Doce días antes de que se iniciase el previsto debate en las Cortes sobre las conclusiones a que había llegado la comisión parlamentaria sobre las responsabilidades del desastre tras el estudio del informe Picasso¹¹³, y con la intención de dar un giro radical a toda la política española, tanto en lo que afectaba a Marruecos como al orden interno, el 13 de septiembre se hizo efectivo el golpe de estado encabezado por Miguel Primo de Rivera, que un grupo de generales ya venía gestando desde tiempo atrás. Sin duda, varias fueron las causas -no las comentaré aquí por quedar fuera de las intenciones y objetivos de estas páginas- que impulsaron este pronunciamiento, pero, resulta innegable, a tenor de la unanimidad de historiadores e investigadores del asunto, que la situación a la que se había llegado en el

Protectorado y, sobre todo, el problema de las responsabilidades fue uno de sus factores principales, si no su auténtico motor. No sin cierta ironía, al final, un general que en repetidas ocasiones había abogado por el total abandono de Marruecos se había puesto al frente de un golpe militar generado por los errores derivados de aquella empresa.

Una de las intenciones de Primo de Rivera al tomar el poder consistía en solucionar lo antes posible el problema del Protectorado, dando preferencia a los acuerdos sobre los combates e intentando reducir los costes humanos y económicos, lo cual no le iba a resultar sencillo, como pronto se vería, debido a los encontrados intereses de los implicados. Una de sus primeras medidas fue la destitución de Luis Silvela al frente de la Alta Comisaría y su reemplazo por el general Luis de Aizpuru. El nuevo responsable comenzó su andadura intentando negociar con los caudillos marroquíes. Abd el Krim rechazó el ofrecimiento. El Raisuni conferenció con el alto comisario, ofreciendo su colaboración para mantener el orden en su territorio, de forma que los españoles pudieran retirar parte de sus tropas y enviarlas a la zona oriental para acabar con la revuelta rifeña. Obedecía, tal vez, el caudillo de Yebala, como sugiere Woolman¹¹⁴, a su viejo anhelo de ocupar el puesto de jalifa, que por estos días había quedado vacante al morir Muley el Mehdi. A la vez, se introdujeron algunas reformas en el ejército de Marruecos: se redujo su dimensión con el licenciamiento anticipado de soldados y se crearon unas unidades de reserva estacionadas en Almería y Alicante, cuya misión sería acudir con rapidez a cualquier punto del Protectorado donde se produjera una emergencia.

Durante el resto de 1923 y los primeros meses del siguiente año las fuerzas españolas no realizaron ningún tipo de acción, salvo repeler algún esporádico ataque de los rifeños. Esto, que Woolman achaca al mal tiempo y la lluvia¹¹⁵, más bien parece causa de la indecisión de Primo de Rivera, en cuya cabeza seguía rondando la idea del abandono o, al menos, la retirada parcial del territorio, que poco después comenzó a materializar. Esta actitud comenzó a encrespar los ánimos de los militares africanistas, a los que ya había amoscado la reducción de tropas. Es posible que fruto de esta intranquilidad, como dejan entrever Miguel Martín¹¹⁶

y Payne¹¹⁷, naciese la Revista de Tropas Coloniales en enero de 1924. Dirigía esta publicación el general Queipo de LLano y su objetivo nada tenía que ver con la especialización profesional, a pesar de lo expuesto en su ambiguo propósito fundacional, donde, junto con palabras de cooperación con el Directorio, se vertían otras que veladamente venían a refrendar la solución belicista como único remedio para la cuestión de Marruecos. En esta dirección, podía leerse:

"Cuya misión [la de la revista] será servir como tribuna para que cuántos lo deseen puedan exponer el fruto de sus observaciones o de su experiencia, con lo que aportaremos nuestro grano de arena para la formación de una doctrina que dé, a las normas que debemos seguir, la fijeza necesaria, cuya falta ha influido tan poderosamente en la irresolución de este problema"¹¹⁸.

Era, en realidad, la caja de resonancia para el pensamiento y la voz de los más recalcitrantes partidarios de la guerra: los africanistas duros, aunque entre sus colaboradores de primera hora pueda encontrarse algún militar de difícil encuadre en esta facción, cual es el caso de Fermín Galán. La indecisión y el latente abandonismo que parecía presidir la actitud del dictador impulsó a algunos de los más decididos jefes africanistas a utilizar esta tribuna para disuadir a Primo de Rivera de sus propósitos. El teniente coronel Franco encaraba este asunto en el número de abril en estos términos:

"Por mucho que ansiemos la paz de Marruecos, de hecho existe un problema militar que solucionar, una guerra en que vencer, y en ella, la inacción y la pasividad conducen irremisiblemente a ser vencidos (...) antes de que nuestros economistas nos hagan las cuentas de la guerra, preciso es que apaguemos los focos de rebeldía y en las zonas sometidas reine la tranquilidad y confianza asegurada por el desarme"¹¹⁹.

Parecidas intenciones movieron la pluma de Millán Astray para reivindicar, en términos ya trasnochados y más que manidos, la misión de España en Africa:

"Nuestro Protectorado en Marruecos junto con las otras colonias africanas, resto de nuestra grandeza, que volverá, constituye para España una necesidad histórica, política, geográfica, económica y moral"¹²⁰.

No sólo se utilizó esta revista para reforzar la idea de continuar la guerra, con tópicos como los anteriores y otros de semejante corte, sino que desde allí se lanzaron iracundas diatribas contra aquellos escritores y periodistas que desde la prensa se manifestaban en contra de la guerra o, simplemente, mostraban sus sangrientas consecuencias, como la publicada por el asiduo Víctor Ruiz Albeniz -bajo el seudónimo de *El Tebib Arrumi*- con el esclarecedor título -en cuanto a las intenciones del autor- de "La causa de muchos males", donde se denunciaba el generalizado sesgo informativo de otras publicaciones con palabras como estas: "nuestra prensa sólo se preocupa de Marruecos cuando le atrae el olor de la sangre, sobre todo de la sangre nuestra"¹²¹. Cuestiones como las responsabilidades por el desastre de 1921 o los ascensos por méritos de guerra, también se convirtieron en objeto de su atención, claro está que siempre desde la óptica de aquellos militares. Incluso, andando el tiempo, cuando la continuación de la guerra era ya un hecho consolidado, acometieron asuntos de más enjundia intelectual, como correspondía a una publicación que se proclamaba propagadora de estudios hispano-africanos. Por ejemplo, las limitaciones y perjuicios que conllevan las democracias parlamentarias, las razones del predicamento alcanzado por Abd el Krim o el carácter de los rifeños, encontraron cobijo en sus páginas. Respecto a los dos primeros, resulta ilustrativo el análisis que realiza Tomás García Figueras en "El ataque de Abd el-Krim a la zona francesa"¹²², donde sobre la primera cuestión vierte juicios del siguiente jaez:

"Y no es que yo deje de pensar ni un momento en las ventajas indiscutibles de un régimen liberal, ni en las del Parlamento, aspiraciones de todo espíritu moderno; lo que sucede es que prostituido el sistema, confundida la libertad con el libertinaje, el régimen parlamentario ha llegado a ser, salvo excepciones honrosas, no sólo estéril sino completamente perjudicial para la vida y el progreso de los pueblos".

Y otros no menos sustanciosos sobre la segunda:

"El movimiento de Abd el-Krim y de sus huestes no está pues guiado por un alto ideal panislámico, sino un movimiento que tiene apoyos y recibe auxilios de otros pueblos islámicos y de los comunistas para llevar el virus de la disolución a las sociedades europeas (...) Le siguen sus fuerzas, la mayor parte por el terror, los otros, exaltado no su sentimiento religioso, sino el ansia de botín y de pillaje, ansiosos del robo, anhelantes de ver derribado el poder odioso del que manda".

Pocas dudas cabe albergar de que aquellos hombres, los militares africanistas y sus voceros, había convertido la campaña de Marruecos en su propia guerra y su fin sólo podía justificarse en una victoria absoluta sobre el odiado enemigo.

En marzo, los rifeños volvieron a atacar Tizi Azza, la línea avanzada en la zona oriental. A pesar de los duros combates, las posiciones permanecieron inalterables. Estos ataques se reprodujeron en mayo, pero esta vez no sólo afectaron a la zona de la Comandancia de Melilla, sino que las guarniciones de la parte occidental, hasta entonces en calma merced a los acuerdos con el Raisuni, comenzaron a ser hostilizadas en el mes de junio por la harca de Ahmed Heriro. Había sido Heriro, hasta el año anterior, un protegido del Raisuni, pero diferencias entre ambos, le habían empujado a pasarse con sus hombres al lado de Abd el Krim¹²³, extendiéndose así la rebelión también a la parte occidental del Protectorado español. Algunas cabilas dieron la espalda a la autoridad del viejo Raisuni y se levantaron en armas contra los españoles. Poco a poco, la situación en las provincias del oeste se fue haciendo tan crítica como la del este. Casi todo el territorio del Protectorado se encontraba en estado de guerra.

Primo de Rivera, tras largo tiempo de titubeos y de decisiones contradictorias, había resuelto que las posiciones del interior resultaban indefendibles, por tanto, las tropas se retirarían a posiciones cercanas a la costa, creando una línea de seguridad donde pudieran reagruparse los efectivos. Poco después inició un viaje a todo el Protectorado para inspeccionar las líneas españolas y evaluar por sí mismo la situación. Su presencia fue aprovechada por los africanistas para hacerle saber el malestar que sus planes de retirada

habían causado. La más explícita revelación tuvo lugar en Ben Tieb, lugar donde se encontraba el acuartelamiento avanzado de la Legión en la zona de Melilla. Allí, el 19 de julio, tras pasar revista a las tropas, Primo de Rivera fue invitado a una comida que le ofrecían los jefes y oficiales legionarios y de Regulares. En esta comida se produjo un incidente donde realidad y leyenda se entremezclan en el mismo relato. Una de las versiones sostenía que se había producido un enfrentamiento verbal entre el dictador y el teniente coronel Franco, jefe de la Legión, de tal manera la recoge Arturo Barea, y en similares términos ha sido transcrita posteriormente por otros autores:

"Todos los platos que sirvieron eran platos de huevos: fritos, escalfados, cocidos, tortillas, y yo no sé en cuantas formas. El viejo preguntó (...) por qué había tanta abundancia de huevos, y le contestaron que, como se iban a ir de Marruecos, los huevos no hacían falta, porque los que se quedaban eran los únicos que necesitaban tener huevos. Se armó una bronca terrible y hasta se dice que uno de los oficiales le amenazó con la pistola a Primo"¹²⁴.

A lo que habría seguido, en su turno de réplica a las palabras del dictador, un vehemente discurso de Franco en contra del abandono. Sin embargo, es poco probable que los acontecimientos se desarrollasen de tal forma, pues, en este sentido se pronuncia Preston, "el fanático respeto de Franco por la disciplina y el ambicioso interés por su carrera, hace difícil creer que insultara de modo tan flagrante a un oficial superior y jefe del gobierno. En 1972 Franco negó haberle servido dicho menú"¹²⁵. A reglón seguido, este mismo historiador sostiene lo que pudo acercarse más a la realidad de lo sucedido: "en la cena, Franco hizo un duro pero comedido discurso contra el abandonismo [subrayado en el original]"¹²⁶.

De cualquier modo, el malestar entre los africanistas continuó, aunque, tras el incidente, Primo de Rivera reconsideró en parte sus planes. Se mantendrían las posiciones españolas hasta donde se encontraban en la zona de Melilla, mientras que en la zona occidental, donde el número de pequeñas posiciones y la dispersión era mayor, se retirarían de la mayor parte de ellas para situarse tras una línea defensiva sólida, la que recibiría el nombre de "Línea

Primo de Rivera" o "Línea Estella". Durante el resto del verano la situación en Yebala y Gomara, las provincias del oeste, se fue haciendo cada vez más difícil. Los cabileños intensificaron sus ataques contra los puestos y convoyes militares. La rebelión se había extendido por todas partes y se hacía urgente adoptar alguna determinación. A primeros de septiembre el dictador volvió al Protectorado para comprobar cuál era la situación, que debió de percibir en toda su gravedad a tenor de la emboscada que, junto con su estado mayor, sufrió en las posiciones de retaguardia, aunque logró escapar de ella¹²⁷. Dio las órdenes oportunas para comenzar el repliegue hacia Tetuán, tras la Línea Primo de Rivera. Se organizaron las tropas, que requirieron ser reforzadas con unidades procedentes de otros lugares, en varias columnas fuertes, cuya misión consistiría en ayudar a la evacuación de todo un sector sitiado por el enemigo, tanto los pequeños puestos como la importante ciudad de Xauen, y asegurar que el camino entre esta última y Tetuán quedara expedito para que durante la retirada no pudiera producirse otro desastre semejante al sucedido en la Comandancia de Melilla durante el verano de 1921. La primera fase del repliegue, a pesar de costar un buen número de bajas, se realizó de forma ordenada. Se rompió el cerco que atenazaba Xauen y se abandonaron las posiciones de Beni-Arós. El desarrollo de estas operaciones, que estaban materializando los planteamientos abandonistas de Primo de Rivera, crearon entre los africanistas un ambiente de desánimo hacia su labor -consideraban desperdiciados todos los esfuerzos de los años anteriores- y de irritación hacia la persona del dictador, que el 16 de octubre asumió el mando supremo de toda la iniciativa, relevando al general Aizpuru y nombrándose a sí mismo alto comisario. Es posible que con este gesto intentara atajar el descontento de gran parte de los jefes y oficiales, que, según el testimonio de algunos autores¹²⁸, incluso llegaron a tramar un plan para derribar a Primo de Rivera. En cualquier caso, no debía de ser mucha la confianza que el dictador tenía depositada en los jefes y oficiales encargados de ejecutar las operaciones, teniendo en cuenta que relevó del mando al general Queipo de Llano enviándolo a la península, y dictó una orden el 3 de

noviembre por la que se decretaba consejo de guerra sumario para todo aquel militar que criticara las órdenes¹²⁹.

El 15 de noviembre dio inició la segunda fase de la operación. Las tropas, al mando de Castro Girona, comenzaron a evacuar Xauen en dirección a Tetuán¹³⁰. El día 19 se desencadenaron lluvias torrenciales que convirtieron el camino en un lodazal donde al ejército en retirada se le dificultaban mucho los movimientos. Este fue el momento aprovechado por la harca que desde días antes venía acechando a la columna, formada tanto por yebalíes como por rifeños, para emprender un enérgico ataque contra las fuerzas españolas. Sólo la vanguardia logró llegar a lugar seguro, el resto padeció un acoso continuo en mitad del fango, entorpecidos por el gran número de heridos y por el peso de la impedimenta y el material. Las posiciones fueron cayendo y gran parte de las tropas corrieron en desbandada para refugiarse en Zoco el-Arbá, a medio camino entre Xauen y Tetuán, donde permanecieron, sitiadas y hostilizadas constantemente, durante días esperando una mejoría atmosférica que les permitiera continuar el repliegue. Al final, cuando consiguieron salir, como había sucedido tres años antes en Annual, huyeron alocadamente, abandonando por el camino heridos y material, hasta alcanzar Tetuán el 10 de diciembre. Otra vez, había quedado clara la ineptitud estratégica y operativa de la mayor parte de aquel ejército que por segunda vez había sido humillado por Abd el Krim, quien en esta ocasión había dejado a su hermano menor, Mhamed, al frente de la harca atacante. Sólo algunas unidades españolas habían dado muestras de moral y capacidad de combate. De manera singular los legionarios, que mandados por su jefe, Francisco Franco, sostuvieron empeñados combates en la extrema retaguardia de la columna. Las pérdidas fueron cuantiosísimas, tanto en hombres como en material. No se llegó a saber el número de bajas habidas porque el ejército nunca facilitó esta información, fueron varios miles -entre 2.000 y 16.000, dependiendo de las fuentes¹³¹- las vidas que allí se perdieron. La mayor parte del territorio que se había ido ocupando durante los años anteriores también se había perdido.

Más que pobre resultaba el balance que hasta ese momento podía presentar la Dictadura en cuanto a su actuación en Marruecos. En la parte occidental, la aciaga retirada había arrastrado la caída de cientos de posiciones y la pérdida de todo el territorio interior. El ejército se encontraba replegado en las posiciones cercanas a la costa, donde su cobertura había quedado asegurada entre los blocaos y campos de minas que formaban la Línea Primo de Rivera y los cañones de los barcos que mantenían un bloqueo defensivo del litoral. En la zona de Melilla se mantenía la misma línea de posiciones establecida con anterioridad, ahora hostilizadas con frecuencia. A pesar de esto, tras la llegada a Tetuán de los restos de la columna procedente de Xauen, Primo de Rivera pronunció un discurso -que más tarde resultaría profético, aunque debido a circunstancias ajenas a su propia actuación- en el que alababa a los jefes, oficiales y soldados protagonistas de la retirada, a la vez que los exhortaba para que considerasen aquello como un repliegue táctico que pronto se vería compensado por los futuros éxitos que de nuevo los llevarían a Xauen y a la dominación de todo el territorio.

Por el momento, sin embargo, los únicos que podían considerarse satisfechos de la actuación del dictador eran los responsables del desastre de Annual. Había liquidado este asunto mediante amañes. Incluyó dos nuevos generales, dispuestos a acatar su voluntad, en el Consejo Superior de Guerra¹³², que en junio llevó a cabo la vista de su causa. Tras las deliberaciones, la mayoría de los jefes, incluido el general Navarro, resultaron absueltos, otros fueron condenados a leves penas y Dámaso Berenguer quedó separado del servicio activo. No fue mucho castigo, teniendo en cuenta, además, que a los pocos días dictó una amnistía general perdonando las faltas cometidas por militares desde el inicio de la Dictadura. Aquel problema se dio por concluido con una estrategia que "Primo orquestó de modo que no produjera víctimas"¹³³. En su intento de paliar el descontento que la retirada había producido y de ganarse la voluntad de los africanistas, el dictador recompensó la labor de algunos jefes y oficiales mediante ascensos por méritos en campaña. Entre los distinguidos por estos beneficios se encontraba uno de los militares más críticos con los planes ideados por

Primo de Rivera, el teniente coronel Francisco Franco, jefe de la Legión, que en febrero de 1925 fue promovido al empleo inmediatamente superior.

Tras la retirada, Abd el Krim había extendido su poder por casi todo el Protectorado español. El Raisuni, en su refugio de Tazarut, era el único obstáculo que quedaba para que su dominio se hiciera total. El viejo señor de Yebala, que ya con anterioridad se había negado a cooperar y acatar la autoridad del nuevo caudillo, se encontraba ahora solo y desprotegido. Sus aliados españoles, "habiéndole urgido repetidas veces a que abandonara las montañas para fijar su residencia al amparo de los muros de Tetuán"¹³⁴, nada pudieron hacer para defenderlo cuando una numerosa harca al mando de su antaño colaborador Ahmed el-Heriro, uno de los lugarteniente militares de Abd el Krim en estos momentos, atacó su reducto en enero de 1925. Sus hombres lo defendieron hasta que, superados en número por los asaltantes, se unieron a éstos. El Raisuni fue capturado, trasladado al corazón del Rif, a Axdir, y encarcelado por mandato del líder rifeño. Unos meses después, en abril, murió en cautiverio, tras haber perdido todo el poder y prestigio de que había gozado.

No duró mucho la tranquilidad entre las fuerzas españolas. En el mismo mes de diciembre, una cabila de la zona de Anyera atacó y saqueó Alcazarseguer y puso en jaque el triángulo que formaban Tánger, Ceuta y Tetuán. Fueron necesarios el empleo de varias columnas, el establecimientos de líneas defensivas y varios meses para reducir el nuevo levantamiento, lo que no se consiguió hasta abril, tras haber ocupado el 30 de marzo Alcazarseguer.

Los gobiernos franceses hasta no mucho antes habían contemplado con pasividad, cuando no con altivo desprecio hacia el inferior, los descabros españoles, debido a que, como dice Morales Lezcano, "el poder colonial francés en el Imperio Xerifiano tendió a considerar la presencia española en el Protectorado en términos de un subarriendo restringido propiciado por Gran Bretaña, y por ello, doblemente molesto"¹³⁵. Sin embargo, los últimos triunfos de Abd el Krim, cada vez más parecidos a una imparable revolución independentista, comenzaron a causar preocupación en los estadistas galos. El ejército español había resultado

incapaz de frenar la expansión del líder rifeño y, en cualquier momento, aquello podía extenderse a su parcela marroquí¹³⁶ e incluso a sus otras colonias norteafricanas¹³⁷. La única solución para conjurar el peligro en ciernes era enfrentarse con él y derrotarlo. Buscaron la provocación ocupando militarmente una cabila limítrofe entre ambos Protectorados, Beni Serval, con el pretexto de que los rebeldes rifeños habían robado parte de la cosecha. Esta interpretación no es aceptada por todos los historiadores, ya que algunos consideran que no existió deliberada provocación francesa sino que fue iniciativa del rifeño y de sus deseos expansionistas, bien para aumentar su poder independentista¹³⁸ o bien para "encontrar nuevos apoyos y fuentes de abastecimiento"¹³⁹, debido a la imposibilidad del Rif para ser autosuficiente.

A la ocupación militar de la cabila siguió el fusilamiento de trece caídos acusados de conspirar a favor de Abd el Krim¹⁴⁰. Los beniservalíes requirieron la ayuda de la República del Rif. El 13 de abril de 1925, las huestes del caudillo rifeño atacaron todo el frente francés en la línea del río Uarga. Un buen número de posiciones, aisladas entre sí y con insuficientes medios de defensa cayeron una tras otra tras corto asedio. En pocos días los atacantes se encontraban a treinta kilómetros de Fez, capital del Protectorado francés. Los cabileños de la zona invadida se unieron al ejército de Abd el Krim, que en tan breve tiempo había causado un enorme número de bajas y capturado a bastantes prisioneros del ejército colonial. Considera Juan Pando¹⁴¹ que el líder rifeño cometió en aquellos momentos el grave error de no lanzar a todo su ejército contra el nuevo frente abierto y profundizar en el ataque a la zona francesa, cuyas escasas defensas no hubieran podido detener su empuje y todo el Protectorado habría quedado en sus manos, en vez de limitar su agresión y seguir presionando a la vez sobre las líneas españolas. Es posible que lo hubiera logrado, pero hay que tener en cuenta, como apunta Woolman¹⁴², que la propia idiosincrasia de sus huestes resultaba poco adecuada para ocupar ciudades y defenderlas contra posteriores ataques, y, además, en el caso de haberlas ocupado, se habrían convertido en fácil blanco para la poderosa artillería del enemigo. Por otro lado, el ejército de Abd el Krim estaba formado en gran medida por un

número aleatorio de combatientes, dependiendo de los brazos que dejaban libres las faenas agrícolas en cada época del año, así como del armamento disponible, por lo que sus relevos eran muy frecuentes. Aunque algunas fuentes elevan la cifra de sus seguidores hasta ochenta o cien mil, parece poco probable que nunca se alcanzase este contingente armado; antojándose más ajustado a la realidad lo sugerido por Caranci, "en la cúspide de su poderío militar sólo podrán armar a unos 20.000 hombres"¹⁴³. Aparte de que sus éxitos se debían a los ataques por sorpresa y a una táctica guerrillera, y esto se avenía mal con campañas prolongadas en frentes establecidos, que hubieran supuesto un elevado número de bajas y la desertión de sus miembros, como más tarde sucedió tras el desembarco de Alhucemas. Todo ello, sin considerar otras cuestiones fundamentales: el desplazamiento de sus tropas hacia el sur habría aflojado la tenaza sobre las líneas españolas, en un error estratégico difícilmente imaginable para quien tan prudente se había mostrado hasta entonces; y, sobre todo, el interés de Abd el Krim se fundamentaba en consolidar un estado rifeño independiente y soberano, no en hacerse con el poder en Marruecos, donde los beréberes como él no eran bien aceptados en todas partes.

Los franceses quedaron sorprendidos ante aquella ofensiva que nunca habían imaginado que pudiera tener tan nefastos resultados. El mariscal Lyautey, residente general de Francia desde 1912 y organizador administrativo del Protectorado, había previsto meses antes que esto pudiera suceder¹⁴⁴ y había solicitado tropas de refuerzo, que no le fueron enviadas¹⁴⁵. Ahora, se vio obligado a organizar las fuerzas con algunos apoyos llegados de Argelia, la colonia más próxima. Durante las siguientes semanas continuaron cayendo posiciones a pesar del incremento de tropas y de la utilización de los modernos métodos de guerra: aviación, artillería o carros blindados, cuya eficacia era poco menos que nula en esta contienda. A fines de junio, se habían perdido cuarenta y tres de las sesenta y seis posiciones francesas¹⁴⁶, algunas tras muy empeñados y costosos combates, como la de Biban. Las pérdidas humanas -no fue publicada lista de bajas, para evitar la alarma, pero las cifras oscilaron, dependiendo de las fuentes, entre cinco y seis mil- y materiales habían sido inmensas, lo que provocó una

tormenta parlamentaria en Francia. Alguien llegó a comparar la situación que se estaba viviendo con lo sucedido a España durante el verano de 1921¹⁴⁷. En julio, Lyautey, debido a sus fracasos militares, fue relevado en el mando de las tropas por el general Naulin, aunque continuó en su cargo de residente general hasta finales de septiembre, cuando presentó la dimisión irrevocable alegando problemas de salud, tal y como ya lo había hecho en repetidas ocasiones durante los dos años anteriores sin lograrlo, pero esta vez se le aceptó. A la vez, el mariscal Pétain fue enviado a Marruecos para elaborar un informe sobre la situación de las tropas. Después de inspeccionar todo el campo de operaciones, evaluó la situación como muy grave y aconsejó el envío de nuevas y numerosas unidades, material bélico de todas clases, elementos sanitarios para el establecimiento de hospitales y todos los pertrechos necesarios para el sostenimiento de una larga y seria campaña¹⁴⁸. A su regreso a Francia, Pétain es designado comandante en jefe del ejército de Marruecos. Entretanto, el gobierno francés consideró que la única salida posible pasaba por llegar a un acuerdo con España para aunar esfuerzos en aquella guerra que tan cara le estaba costando. En junio, después de algunos contactos diplomáticos previos, se abrió en Madrid una conferencia entre representantes de ambos países para organizar una estrategia de acción común, que culminó el 25 de julio con la firma de un acuerdo en el que se delimitaban las zonas de acción de las fuerzas militares de ambas naciones en su actuación contra Abd el Krim¹⁴⁹. Una comisión mixta, de cada uno de los ejércitos, elaboró los planes que desarrollaban el acuerdo. Una ofensiva combinada en la que los españoles, auxiliados por unidades de la escuadra francesa, llevarían a cabo el tantas veces pospuesto desembarco en la bahía de Alhucemas, a la vez que se avanzaba desde la línea establecida en la Comandancia de Melilla. Los aliados franceses presionarían desde el sur en un movimiento envolvente para unirse con el ala izquierda de las tropas españolas que avanzaban desde la zona oriental.

El uno de septiembre una impresionante flota estaba preparada para comenzar la operación de transportar a los hombres que habrían de desembarcar en la costa marroquí. Dos potentes columnas, una con efectivos de la zona de Ceuta y la otra con tropas de Melilla, al mando

del general Sanjurjo iban a ser las encargadas de realizar la operación. Además, se contaría con tres escuadrillas de apoyo aéreo. El día 5 las dos flotas que iban a encontrarse frente a Alhucemas partieron de Ceuta y Melilla respectivamente. Aunque los preparativos se habían llevado en secreto, Abd el Krim tenía conocimiento de lo que se estaba organizando. Para desbaratar los planes de embarque urdió una maniobra de distracción. El día tres una harca al mando de Heriro había puesto sitio a la posición de Cudia Tahar, situada en el cordón defensivo que rodeaba Tetuán, de manera que, si caía y la línea era traspasada, la capital del Protectorado correría peligro de caer también. Primo de Rivera ordenó el envío de algunas tropas pero no la suspensión del embarque que estaba teniendo lugar en Ceuta. Tres días más tarde Cudia Tahar sufrió un severo ataque de los cabileños con artillería y fuego de ametralladora, mientras que la columna encargada de su liberación se vio obligada a replegarse, incapaz de socorrer a los defensores. Situación que se prolongó durante las jornadas siguientes.

El 7 de septiembre había sido fijado para comenzar el desembarco. Toda la flota se encontraba frente a la costa desde la fecha anterior. Sin embargo, la climatología lo impidió. Una corriente del Estrecho disgregó los barcos impidiendo cualquier operación. Se aplazó para el día siguiente, que amaneció con el mismo problema. Una de las claves del éxito se cifraba en la sorpresa, y esta no sería tal si continuaban esperando; los rifeños acabarían conociendo el lugar previsto y desplazando allí sus efectivos. Abd el Krim había artillado el litoral y minado algunas playas, pero no disponía de suficientes recursos para mantener una línea defensiva de igual intensidad en toda la costa. A media mañana las barcas que transportaban la primera oleada de tropas, los legionarios al mando del coronel Franco, fueron lanzadas hacia la playa de Ixdain bajo la protección de las bocas de fuego de la escuadra. Nada más pisar tierra se entabló un durísimo combate por cada metro de terreno que se avanzaba. Mientras tanto, iban desembarcando el resto de las unidades que componían la vanguardia de la operación y se comenzaban los trabajos de fortificación. Al finalizar aquel

día, una brigada con los pertrechos de guerra necesarios había puesto sus pies en las costas del Rif.

La situación de Cudia Tahar, entretanto, resultaba tan comprometida que Primo de Rivera ordenó que una parte de las fuerzas de Regulares y de la Legión que esperaban frente a Alhucemas para desembarcar, pusieran inmediato rumbo de regreso a Ceuta para socorrer la posición sitiada. Tras empeñados combates, el día 13 se consiguió liberar a la exigua guarnición que aún quedaba con vida. La maniobra de distracción de los rifeños había fracasado y la seguridad de Tetuán volvía a quedar garantizada.

Durante los siguientes días, las tropas desembarcadas y las que poco a poco lo fueron haciendo centraron sus esfuerzos en consolidar la cabeza de puente e impedir que la cada vez más violenta reacción de los defensores los devolviera al mar. La escasa zona ocupada era objeto de bombardeo constante por parte de la artillería de costa rifeña, cuyas piezas emplazadas dentro de cuevas resultaban de difícil localización para la aviación y los cañones de los barcos. Finalmente, el día 22 las posiciones establecidas en la costa se consideraron estabilizadas y seguras. El desembarco, a pesar del gran número de bajas y de que en todo aquel tiempo sólo se había avanzado unos pocos kilómetros tierra adentro, había sido un éxito. Las numerosas y bien pertrechadas columnas españolas continuaron su avance, apoyadas por fuego artillero, bombardeo aéreo y empleo de gases. El 2 de octubre, tras cruentos combates -"aquí la lucha fue sin prisioneros, muerto por muerto", señala Juan Pando¹⁵⁰- llegaron a Axdir, capital de la República del Rif y lugar de origen de su líder, donde incendiaron -aunque algunos autores atribuyan esta acción a los propios defensores¹⁵¹- gran parte de la población: "la harca de Varela y la Mehal-la de Melilla convirtieron en una tea la República de Abd el Krim"¹⁵². Al día siguiente, todo había terminado y se daba por concluido aquel periodo de operaciones. Para el ejército español, aun teniendo en cuenta que sus bajas habían superado a las de los rifeños, constituía una victoria, "la única definitiva que pudieron conseguir en toda la rebelión rifeña"¹⁵³.

Los franceses, por su parte, a finales de agosto, habían lanzado una ofensiva a lo largo del río Uarga, que les llevó, en octubre, a unirse con las fuerzas españolas de la zona de Melilla y a recuperar prácticamente todo el territorio que habían perdido en los meses precedentes. Los agresores habían sido arrojados fuera de las fronteras de su Protectorado. Estas victorias, en las que también habían sufrido una elevada cifra de bajas, paliaban en parte las derrotas sufridas con anterioridad.

La ocupación de Axdir obligó a los rifeños a trasladar la sede de su gobierno y el cuartel general de Abd el Krim hacia el interior, estableciéndose en Temasint y Targuist respectivamente.

El 2 de noviembre Primo de Rivera se retiraba, tras su brillante actuación como estratega militar, de la Alta Comisaria y designaba a José Sanjurjo, que a la vez era ascendido a teniente general por la labor realizada al frente de la operación de desembarco, para que lo reemplazara en este puesto. También se nombró sustituto para el difunto jalifa. El cargo fue ocupado por su hijo Muley Hassan Ben el-Mehdí, que permanecería en él hasta la total independencia del país. Las operaciones militares quedaron suspendidas hasta la primavera del año siguiente, iniciándose así un periodo de inactividad y defensa de las líneas establecidas, que sólo resultó perturbado por el esporádico bombardeo de Tetuán con un cañón que Heriro había emplazado en alguna gruta de una cumbre próxima, la cual durante meses resultó inaccesible para la aviación española.

En febrero de 1926, Pétain se entrevistó en Madrid con Primo de Rivera para llegar a un acuerdo de actuación conjunta en las futuras operaciones militares. El día 6 se decidió un plan estratégico encaminado a lograr la total ocupación del Rif. La nueva campaña comenzaría a mediados de abril. Mientras llegaba esta fecha, los españoles decidieron acabar con el cañón que perturbaba la vida en Tetuán e intentaron aislar a Heriro sometiendo la vecina cabila de Beni Said. Estas operaciones se llevaron a cabo durante los primeros días de marzo, lográndose ambos objetivos, aunque con un considerable número de bajas a pesar de actuar con fuertes columnas y un gran despliegue de medios bélicos. Entre estas bajas cabe

mentar la grave herida en el rostro que hizo perder un ojo a Millán Astray, que, tras su reincorporación al servicio activo y ascenso al empleo de coronel en 1924, había recuperado el mando de la Legión en febrero del año en curso, cuando su anterior jefe, el coronel Franco, había tenido que dejar el mando de este Cuerpo al ser ascendido a general de brigada por su destacada actuación en el desembarco de Alhucemas, culminando así una de las más destacadas carreras militares que africanista alguno tuvo. En algo menos de quince años, merced a los ascensos por méritos en campaña, había pasado de teniente a general. Un ilustrativo ejemplo no sólo de sus capacidades combativas, sino del interés que parte de la milicia había mostrado por mantener la guerra en Marruecos.

En Francia, la oposición de izquierdas, comunistas y socialistas, habían adoptado una actitud beligerante contra la decisión gubernamental de enfrentarse a Abd el Krim. El partido socialista deseaba llegar a una paz concertada con el líder rifeño y acabar con el derramamiento de sangre¹⁵⁴, mientras que el partido comunista organizó mítines, manifestaciones y huelgas para pedir la independencia de Marruecos, reconociendo el derecho que asistía a sus habitantes para defenderse contra la acción colonial¹⁵⁵. Opinión que, en semejantes términos, era mantenida por sus correligionarios españoles, a pesar de la mordaza que la Dictadura había impuesto. La marejada social llevó a los gobiernos de los aliados europeos a atender la petición de Abd el Krim para negociar las condiciones de paz. Se acordó abrir una conferencia en la ciudad de Uxda, aunque se mantuvieron en vigor los planes militares previstos. Tras algunas diferencias, las conversaciones se iniciaron a finales de abril. Los negociadores europeos, conscientes de su fortalecida posición, no aceptaron la pretendida autonomía rifeña ni como contrapartida al acatamiento de la autoridad religiosa del sultán, el desarme de las cabilas, la devolución de los prisioneros españoles y franceses, y el extrañamiento de Abd el Krim.

El 8 de mayo se inició la ofensiva. La desproporción de hombres y medios era tal -cifrada en cuarenta sobre uno, a favor de los aliados¹⁵⁶- que en pocos días el frente rifeño quedó roto, su cuartel general ocupado y sus mejores hombres muertos. Todos los intentos de

contraataque resultaron inútiles. De Alhucemas a Melilla el camino había quedado expedito, según pudo comprobar Sanjurjo el día 22. Abd el Krim se retiró con su familia a casa de un jerife amigo, desde donde, sabiéndose derrotado y sin demasiadas garantías sobre su propia vida, entró en negociaciones con las tropas francesas más cercanas para solicitar protección y acordar los términos de su entrega. El 27 de mayo, al día siguiente de haber liberado a los prisioneros que aún mantenía en su poder, se rindió a la columna que mandaba el general Ibos. Fue trasladado a Tazza, en el Protectorado francés, donde recibió trato de enemigo vencido, no de criminal, como pretendían las autoridades militares españolas, que presionaron con insistencia para que sus aliados se lo entregasen y poderlo juzgar. El gobierno francés, haciendo oídos sordos a las peticiones de España para no convertirlo en un mártir de la causa nacionalista¹⁵⁷, lo desterró a la isla Reunión en el océano Índico, hacia donde partió el 28 de agosto desde el puerto de Casablanca.

La rendición del caudillo rifeño no supuso el final de las hostilidades. En la zona oriental quedaban algunos núcleos aislados de resistencia que irían siendo reducidos durante el resto de la primavera y el verano. Sin embargo, en la zona occidental, en Yebala y en Gomara, la guerra continuaba. Heriro, el que había sido uno de los lugartenientes de Abd el Krim, mantenía una poderosa harca en activo. Xauen fue ocupada de nuevo el 10 de agosto por el comandante Capaz, que con una columna de un millar de hombres y escasos enfrentamientos había atravesado una extensa zona de Gomara pacificando las cabilas que a su paso había encontrado. A principios de otoño, la campaña de ese año se consideraba acabada y se quedaba a la espera de la primavera siguiente para terminar con los reducidos focos de resistencia que aún quedaban. Parte de los beniurriagueles, que hasta poco antes habían combatido en las filas de Abd el Krim, se habían integrado en las fuerzas del ejército español y formaban en vanguardia. Se decidió avanzar las líneas en Yebala para asegurar posiciones y no dar descanso al adversario¹⁵⁸. Durante este avance, el 3 de noviembre, Heriro cayó herido de muerte cuando combatía al frente de sus hombres. Su final llevó aparejada la disolución de su harca. A la tranquilidad del invierno siguió un levantamiento en Ketama. La

pequeña posición de Tagsut se vio atacada y su guarnición aniquilada por un grupo de cabileños mandados por el jerife Selliten. Acabaron también con las tropas de refuerzo que se dirigían en socorro de este puesto. Varias columnas militares numerosas y bien pertrechadas fueron enviadas para poner fin a la insurrección. Después de haber sufrido un temporal de nieve, causante de una elevada cifra de bajas, pusieron en fuga a los cabileños -que pasaron a la zona francesa- y terminaron con aquel postrero levantamiento. Constituyeron éstos los últimos combates de aquella larga, costosa y estéril guerra, que concluyó de manera oficial con el comunicado de Sanjurjo en julio de 1927. Para los soldados españoles había terminado la pesadilla, para los marroquíes aún continuaría durante algún tiempo en forma de feroz represión llevada a cabo por los militares victoriosos¹⁵⁹. En octubre, los reyes acompañados por el dictador y un numeroso cortejo realizaron un viaje por todo el Protectorado español, pacificado a un coste imposible de rentabilizar.

NOTAS

1. La bibliografía acerca de este incidente y de las posibles causas más sustanciales que originaron la guerra es muy numerosa. Entre otros títulos, pueden citarse los de Carlos de Baraibar, El problema de Marruecos; Tomás García Figueras, Recuerdos centenarios de una guerra romántica; David S. Woolman, Abd el-Krim y la guerra del Rif; Miguel Martín, El colonialismo español en Marruecos (1860-1956); José E. Montesinos, Galdós; o María Rosa de Madariaga, España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada.

2. Obra cit. pág. 144.

3. Para una amplia información histórica sobre el desarrollo de esta guerra y sus acontecimientos más importantes existe una muy amplia bibliografía. Sin pretender ser exhaustivo, pueden señalarse: AA.VV., Crónica de la Guerra de Africa. Madrid, Imp. de V. Matute y B. Campagni, 1859; Rafael del Castillo, España y Marruecos. Historia de la guerra de Africa escrita desde el campamento. Cádiz-Madrid, La Publicidad-D.S. Monserrat, 1859-60; con un sentido más global, Tomás García Figueras, Obra cit.; desde el punto de vista marroquí, el relato que de la campaña hace el historiador Xej Ahmed ben Jalid En-Nasiri, traducido al español e incluido en Maximiliano A. Alarcón y Santón, La guerra de Tetuán según un historiador marroquí contemporáneo. Madrid, Estanislao Maestre, 1920; en comentarios sintéticos de la campaña de historiadores actuales, David S. Woolman, obra cit.; Miguel Martín, obra cit.; Víctor Morales Lezcano, España y el norte de Africa: El protectorado en Marruecos (1912-56); o María Rosa de Madariaga, obra cit.

4. Stanley G. Payne, Ejército y sociedad en la España liberal 1908-1936. Madrid, Akal, 1977.

5. Obra cit., pág. 37.

6. Antonio Regalado García, Benito Pérez Galdós y la novela histórica española. Madrid, Insula, 1966.

7. Carlos de Baraibar, obra cit., pág. 10.

8. Para una amplia y detallada información sobre la prensa y el mundo del arte en la Guerra de Africa, puede verse el ya citado volumen de Tomás García Figueras, Recuerdos centenarios de una guerra romántica. También, algunos comentarios más sucintos sobre poesía en Luis Morales Oliver, "La guerra de Africa en Pedro Antonio de Alarcón", Archivos del Instituto de Estudios Africanos. Madrid, CSIC, núm. 54, s.a.

9. García Figueras, obra cit.

10. Más títulos en María Rosa de Madariaga, obra cit. pág. 104.

11. García Figueras, obra cit., pág. 66.

12. Una enumeración de buena parte de estos títulos y sus correspondientes autores puede encontrarse en María Rosa de Madariaga, obra cit., pp. 103-104.

13. Obra cit., pp. 66-72.

14. Obra cit.

15. "La opinión pública se iba envenenando con artículos, poesías e himnos", Enrique Carabaza Bravo y Máximo de Santos Tirado, Melilla y Ceuta. Las últimas colonias. Madrid, Talasa, 1992.

16. Obra cit., t. III, pág. 194.

17. Para una más amplia información sobre esta guerra, puede verse, Adolfo Llanos Alcaraz, La campaña de Melilla de 1893-1894. Madrid, 1894. (Hay nueva edición de más fácil acceso en Málaga-Melilla, UNED-Algazara, 1994), ésta es la obra más detallada y exhaustiva en cuanto a información y datos externos. Como síntesis y análisis de la campaña pueden verse también, entre otros: Víctor Ruiz Albéniz, España en el Rif. Madrid, Biblioteca Hispania, 1921; José Calderón Rinaldi, Extremadura en la campaña de Marruecos. Episodios. Cáceres. Tip. Extremadura, 1923; Manuel Tuñón de Lara, La España del siglo XIX. París, Librería Española, 1961; David S. Woolman, obra cit.; Miguel Martín, obra cit.; Stanley G. Payne, obra cit.; Bernabé López García, "La cruz y la espada", Historia 16. Madrid, año IV, extra IX, abril de 1979, pp. 35-48; o María Rosa de Madariaga, obra cit.

18. Obra cit., pág. 16.

19.Vicente Moga Romero, "Aldaba de Melilla: la historia interesada", Aldaba. Granada, UNED de Melilla, año 8, núm. 15, 1990.

20.Obra cit, pág. 87.

21.Para una información más amplia sobre este asunto pueden consultarse las obras de Víctor Morales Lezcano, León y Castillo, Embajador (1887-1918); Un estudio sobre la política exterior de España. Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1975 y El colonialismo hispanofrancés en Marruecos (1898-1927). Madrid, Siglo XXI, 1976.

22.Eduardo Caballero de Puga, España y Marruecos. Ayer, hoy y mañana. Madrid, Imp. R. Velasco, 1921.

23."Aproximación a una bibliografía crítica sobre la 'campana del Rif' de 1909", Aldaba. núm. citado.

24.~~Los españoles ante las campañas de Marruecos~~. Madrid, Espasa Calpe, 1988.

25.Franco. "Caudillo de España". Barcelona, Grijalbo, 1994.

26.Obra cit.

27.España en el Rif. Madrid, Biblioteca Hispania, 1921, pp.106-107.

28.Los militares y la política en la España contemporánea. París, Ruedo Ibérico, 1968, pág. 91.

29.Xavier Cuadrat, "Los días de la ira", La semana trágica, Cuadernos historia 16, núm 132, 1985.

30.Sobre esta poco ecuánime legislación y sus variantes posteriores, como la que creó los soldados de cuota, que alcanzaron gran importancia en la guerra de Marruecos por lo que de injusto tenían, puede verse, entre otros: Stanley G. Payne, Ejército y sociedad en la España liberal 1908-1936. Madrid, Akal, 1977 y Gabriel Cardona, El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil. Madrid, Siglo XXI, 1983.

31. Luis Gómez LLorente, Aproximación a la historia del socialismo español (hasta 1921). Madrid, EDICUSA, 1972. Citado por la 2ª ed., 1976.

32. Stanley G. Payne, obra cit., 1977.

33. Historia del reinado de D. Alfonso XIII. Barcelona, Montaner y Simón, 1934, 2ª, (1ª ed., 1933).

34. Obra cit.

35. Obra cit.

36. Víctor Ruiz Albéniz, Ecce Homo. Madrid, Biblioteca Nueva, 1922.

37. Pedro Luis Gálvez y Francisco Martínez, Por los que lloran. (Apuntes de la guerra). Madrid, Gabriel L. de Horno, 1910.

38. Para una más amplia información sobre el desarrollo de los acontecimientos puede verse una especie de crónica de la campaña desde una perspectiva promilitar, Antonio Serra Orts, Recuerdos de la guerra del Kert de 1911-12. Barcelona, Imprenta Elzeviriano de Borrás, Mestres y cía, 1914; comentarios más sucintos y síntesis con distintos puntos de vista en: Francisco Bastos Ansart, El desastre de Annual. Barcelona, Minerva, s.a. y las obras ya anteriormente citadas de: Melchor Fernández Almagro, Víctor Ruiz Albéniz, David S. Woolman, Miguel Martín, Stanley G. Payne, Andréé Bachoud o María Rosa de Madariaga, entre otras.

39. Ecce Homo, pág. 31.

40. Víctor Ruiz Albéniz, España en el Rif, pág. 192.

41. Stanley G. Payne, Los militares y la política en la España contemporánea. París, Ruedo Ibérico, 1968, pág. 98.

42. España en el Rif, pág. 193.

43. Víctor Morales Lezcano, El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927), pág. 110.

44. Miguel Martín, obra cit., pág. 31.

45. Juan Pando Despierto, "Alhucemas", Historia 16, año X, núm. 114, octubre de 1985.

46. Indalecio Prieto, "España en el avispero", Con el rey o contra el rey. Guerra de Marruecos. Barcelona, Planeta-Fundación Indalecio Prieto, 1990, t. II, pp. 207-208.

47. Carlos de Arce, Historia de la legión española. Barcelona, Mitre, 1984, pág. 156.

48. Obra cit., pág. 54.

49. Al-Magrib al Aqsà. Citado por la traducción al español de Carmen Ruiz Bravo-Villasarte, Un testigo árabe del siglo XX: Amin al-Rihani en Marruecos y en España (1939). Madrid, CantArabia, 1993, t. II, pág. 369.

50. Voz que a partir de ahora se hará muy frecuente. Raro resulta, por ejemplo, el relato donde no aparece. De origen onomatopéyico, procede del ruido que provoca la bala de determinado fusil al ser disparada. Con este vocablo se designaba durante la campaña al tirador oculto: los "pacos" o francotiradores nativos. Tuvo sus derivados en el muy frecuente "paquear" o en el menos habitual "pacazos", título de una de las narraciones que se examinarán en capítulo venidero.

51. Manuel L. Ortega, El Raisuni. Madrid, Tipografía Moderna, 1917, pág. 146.

52. Manuel L. Ortega, obra cit., pág. 164 y David S. Woolman, obra cit., pág. 77.

53. Miguel Martín, Obra cit., pág. 56.

54. Los militares y la política en la España contemporánea, pp. 104-105.

55. Obra cit., pág. 78.

56. Obra cit., t. II, pág. 372.

57. Ecce Homo, pp 83-85.

58. Andrée Bachoud, obra cit., pág. 183.

59. Payne, Ejército y sociedad en la España liberal 1808-1936, pp. 183-184.

60. Ejército y sociedad en la España liberal 1808-1936, pág. 221.

61.Marruecos. La mala semilla. Madrid, Imprenta Clásica Española, 1921, pp. 11-12.

62.Miguel Martín, obra cit., pág. 58.

63.Carlos de Silva, General Millán Astray. (El legionario). Barcelona, AHR, 1956; y Carlos de Arce, Historia de la Legión española. Barcelona, Mitre, 1984.

64.Historia del reinado de D. Alfonso XIII, pág. 385.

65.Obra cit., pág. 399 y ss.

66.Víctor Ruiz Albéniz, Ecce Homo, pág. 272.

67.Ecce Homo, pp. 285-287 e Indalecio Prieto, Con el Rey o contra el Rey. Guerra de Marruecos. Barcelona, Fundación Indalecio Prieto-Planeta, 1990, t. II, pág. 92.

68.Expediente Picasso. Madrid, Javier Morata, s.a., pág. 18.

69.Esta parece ser la fecha que concita más unanimidad, aunque también se han manejado otras posteriores.

70.Francisco Mir Berlanga, Melilla. Floresta de pequeñas historias. Granada, Excmo. Ayuntamiento de Melilla, 1983.

71.Expediente Picasso, pág. 85.

72.Existen muchas narraciones, más o menos pormenorizadas, de este acontecimiento, desde ideologías y puntos de vista muy diversos, entre ellos, por su carácter monográfico o por la exhaustividad -que no siempre acierto- con que se ocupan del asunto, pueden mencionarse: el ya referido Expediente Picasso, que cabe considerar casi una versión oficial de lo sucedido; las ya también mencionadas obras de Francisco Bastos Ansart, El desastre de Annual, y de Víctor Ruiz Albéniz, Ecce Homo; Augusto Vivero, El derrumbamiento. Madrid, Caro Raggio, 1922; Eduardo Ortega y Gasset, Annual. Madrid, s.e., 1922. Desde la recreación literaria, que posteriormente veremos, cabe citar: Ramón J. Sender, Imán. Madrid, Cénit, 1930 y Ricardo Fernández de la Reguera y Susana March, El desastre de Annual. Barcelona, Planeta, 1968.

73. Indalecio Prieto, "Responsabilidades del derrumbamiento de la Comandancia de Melilla" (Dictamen formulado por el autor como miembro de la Comisión designada por el Congreso de los Diputados, para entender en el expediente Picasso), 21 de noviembre de 1922, recogido en Con el Rey o contra el Rey. Guerra de Marruecos, t. II, pág. 73.

74. Páginas 86-87.

75. En su obra, El derrumbamiento, sostiene que Fernández Silvestre venía solicitando refuerzos, al alto comisario y al gobierno de Madrid, desde tiempo atrás, a lo que estos hicieron oídos sordos. Llega incluso a exponerlo en estos términos: "El 16 [de julio] (...) pone Silvestre un largo telegrama a la Corte: dice que si no le mandan refuerzos tendrá que pegarse un tiro", pág. 127. Visión bastante poco verosímil, dado que esto hubiera supuesto contravenir las órdenes, o acuerdos, a los que había llegado con el alto comisario en su entrevista del mes anterior. Por otro lado, el general Berenguer se encontraba en aquellos momentos intentando acabar con la resistencia de Raisuní en la zona occidental y parece poco probable que deseara tener dos frentes abiertos a la vez, cuando sus planes preveían atacar a los rifeños de Abd el-Krim por ambos lados una vez dominada la situación en su zona; además, nadie más habla de semejante misiva; y, por último, el libro de Vivero tiende todo él a la exculpación de Fernández Silvestre y a hacer caer toda la responsabilidad del desastre en la incapacidad de Berenguer como alto comisario, considerando que aquél se limitó a cumplir las órdenes de éste.

76. Expediente Picasso, pág. 88.

77. Expediente Picasso, pp. 87-91.

78. Expediente Picasso, pág. 95 y Payne, Los militares y la política en la España contemporánea, pág. 144.

79. Expediente Picasso, pp. 103-104.

80. Tal y como sostiene Woolman, obra cit., pág. 108.

81. Historia del reinado de D. Alfonso XIII, pág. 389.

82. "Cómo murieron dos bilbaínos. Gabriel Ramos y Emilio Martínez", 24 de septiembre de 1921, Con el Rey o contra el Rey. Guerra de Marruecos, t. I, pág. 97.

83.El derrumbamiento, pág. 200.

84.Miguel Martín, obra cit., pág. 71.

85.Obra cit., pág. 112.

86."Abd el-Krim", 14 de junio de 1947, recogido en Con el Rey o contra el Rey. Guerra de Marruecos, t. II, pág. 184.

87.El problema de Marruecos. Santiago de Chile, Alonso de Ovalle, 1952, pp. 19-20.

88.Luis de Oteyza, Abd el-Krim y los prisioneros. (Una información periodística en el campo enemigo). Madrid, Mundo Latino, s.a., 1922?, pág. 80.

89.La fecha de llegada es este mismo día o el anterior por la tarde, depende de la fuente, así el Expediente Picasso señala el 29, mientras que Augusto Vivero, en El derrumbamiento considera que ocurrió la tarde anterior.

90.Expediente Picasso, p. 185.

91.Expediente Picasso, pág. 185.

92.Víctor Ruiz Albéniz, España en el Rif, pág. 232.

93.Víctor Ruiz Albéniz, España en el Rif, pág. 236.

94.Fernández Almagro, Historia del reinado de D. Alfonso XIII, pág. 396.

95.Luis Marichalar Monreal (Vizconde de Eza), Mi responsabilidad en el desastre de Melilla como ministro de la Guerra. Madrid, Gráficas Reunidas, 1923.

96.Historia del reinado de D. Alfonso XIII, pág. 400.

97.Diario de una bandera. Madrid, Pueyo, s.a.

98.Discurso parlamentario, octubre de 1921, recogido en Con el Rey o contra el Rey. Guerra de Marruecos, t. I, pág. 184.

99.Fernández Almagro, Historia del reinado de D. Alfonso XIII, pág.401.

100. Ignacio Sierra Gil de la Cuesta, "El expediente Picasso", Historia 16, año X, núm. 107, marzo de 1985, pp. 43-49.

101. Para ampliar información sobre este caso, aunque hay datos parciales en muchos lugares, puede verse: López Rienda, El escándalo del millón de Larache. Madrid, Impr. Sáez Hermanos, 1922.

102. Indalecio Prieto, "Recuerdos personales", 11 de abril de 1956, en Con el Rey o contra el Rey. Guerra de Marruecos, t. II, pág. 221.

103. López Rienda, obra cit., pág. 54.

104. "Ocho mil cadáveres españoles", octubre de 1921, Obra cit., t. I., pág. 161.

105. Woolman, obra cit., pág. 127.

106. Manuel Cerezo Garrido, El rescate de los prisioneros. Melilla, Postal Exprés, 1922, pág. 135.

107. Cerezo Garrido, obra cit., pág. 316.

108. Francisco Basallo, Memorias del cautiverio. Madrid, Mundo Latino, s.a.

109. Woolman, obra cit., pág. 247.

110. Para una información detallada del coste total, desglosado por años, del Protectorado para España, puede verse: M^a Carmen García-Nieto y otros, Bases documentales de la España contemporánea. Madrid, Guadarrama, 1972-73, t. V, pág. 110.

111. Porcentaje que Payne, Los militares y la política en la España contemporánea, adjudica al año 1922, en tanto que Miguel Martín, obra cit., lo sitúa en 1920.

112. Con el Rey o contra el Rey. Guerra de Marruecos, t. II, pp. 25-26.

113. Woolman, obra cit., pág. 151.

114. Abd el-Krim y la guerra del Rif, pp. 140-141.

115. Obra cit., pág. 145.

116. Obra cit., pág. 91.
117. Ejército y sociedad en la España liberal, pág. 296.
118. "Nuestro propósito", Revista de Tropas Coloniales, núm. 1, enero de 1924, pág. 1.
119. "Pasividad e inacción", Revista de Tropas Coloniales, núm. 4, abril de 1924, pág. 4.
120. "Necesidad de permanecer en Africa", *Ibidem*, núm. 5, mayo de 1924.
121. *Ibidem*, núm. 3, marzo de 1924, pp. 1-2.
122. *Ibidem*, año II, núm. 6, junio de 1925.
123. Woolman, obra cit., pp. 145-146.
124. La forja de un rebelde. t. II, La ruta. Buenos Aires, 1951. La cita está tomada de la edición de Madrid, Turner, 1977, pp. 286-287.
125. Franco. "Caudillo de España". Barcelona, Grijalbo, 1994, pág. 68. (Traducción española de, Franco. A Biography. London, Harper Collins, 1993).
126. *Ibidem*.
127. Woolman, obra cit., pág. 152.
128. Lo recogen, entre otros, Miguel Martín, obra cit., pág. 93; Payne, Ejército y sociedad en la España liberal, pág. 298; y Gabriel Cardona, El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil, pág. 88. Todos ellos se apoyan en el testimonio que el general Queipo de Llano ofrece en su obra El general Queipo de Llano perseguido por la Dictadura. Madrid, 1930.
129. Payne, Ejército y sociedad en la España liberal, pág. 298.
130. Para más información sobre este episodio, pueden verse, entre otros, Woolman, obra cit., pp. 145-160 y Carlos A. Caranci, "La revolución rifeña de Ben Abd el-Krim", Historia 16. Extra IX, año IV, abril de 1979, pp. 27-34, donde puede leerse una breve e ilustrativa síntesis.

- 131.M^º Carmen García Nieto y otros, Bases documentales de la España contemporánea, t. VII, pág. 30.
- 132.Payne, Ejército y sociedad en la España liberal, pp. 331-332.
- 133.Gabriel Cardona, El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil, pág. 87.
- 134.Woolman, obra cit., pág. 179.
- 135.España y el Norte de Africa: El Protectorado en Marruecos (1912-56), pág. 178.
- 136.Miguel Martín, obra cit., pág. 97.
- 137.Woolman, obra cit., pág. 184.
- 138.Fernández Almagro, Historia del reinado de D. Alfonso XIII, pág. 473.
- 139.Payne, Ejército y sociedad en la España liberal, pág. 301.
- 140.Woolman, obra cit., pág. 191.
- 141.Juan Pando Despierto, "Sesenta años después. Alhucemas", Historia 16. Año X, núm 114, octubre de 1985, pp. 23-31.
- 142.Obra cit., pág. 198.
- 143."La revolución rifeña de Ben Abd el-Krim", pág. 30.
- 144.Juan Pando Despierto, *ibidem*, pág. 24.
- 145.Woolman, obra cit., pág. 196.
- 146.Woolman, obra cit., pág. 205.
- 147.Rafael López Rienda, Abd el-Krim contra Francia (Impresiones de un cronista de guerra). Madrid, Calpe, 1925, pp. 73-74.
- 148.Servicio Histórico Militar, Historia de las campañas de Marruecos. Madrid, Imprenta Becefe, 1981, t. IV pág. 99.
- 149.Servicio Histórico Militar, *ibidem*, pág. 21.

150. Juan Pando Despierto, "Sesenta años después. Alhucemas", Historia 16, X, núm. 114, pp. 23-31.
151. Carlos de Arce, Historia de la Legión española, pág. 184.
152. Pando Despierto, ibídem.
153. Woolman, obra cit., pág. 217.
154. López Rienda, Abd el-Krim contra Francia, pp. 81-82.
155. Miguel Martín, El colonialismo español en Marruecos, pp. 86-87.
156. Woolman, Abd el-Krim y la guerra del Rif, pág. 231.
157. Miguel Martín, obra cit., pág. 100.
158. Servicio Histórico Militar, Historia de las campañas de Marruecos, t. IV, pág. 150.
159. Miguel Martín, obra cit., pág. 101.

SEGUNDA PARTE

LAS GUERRAS DE MARRUECOS COMO MATERIA NARRATIVA

Los acontecimientos históricos que han quedado reflejados en la primera parte encontraron hueco dentro de la creación literaria, tanto en el género dramático, como en la lírica y en especial en la narrativa, donde, a juzgar por el numeroso grupo de autores que les prestaron atención, la evocación de tales sucesos alcanzó las más elevadas cotas de interés. Nombres, afamados algunos y de escasa audiencia e incluso anónimos la mayoría, que a lo largo de más de un siglo han hallado en las sucesivas guerras de España en Marruecos inspiración argumental para sus fábulas. A ellos y a los relatos que a partir de aquellos hechos elaboraron se dedicarán las páginas siguientes.

Tales obras no puede decirse en rigor que constituyan un ciclo novelístico, acaso ni siquiera, al menos en sentido ortodoxo, conformen lo que ha dado en llamarse una materia narrativa, dada la variedad y heterogeneidad de sus formas, manifestaciones y hasta intereses, y la inexistencia de un objetivo común distinto del de retratar, cada cual a su modo y gusto, este episodio de la historia española contemporánea. No obstante, habrá de resultar innegable que comparten una comunidad en cuanto a su referente primero y, como podrá irse observando a lo largo de las sucesivas páginas, una cierta identidad de motivos, que en ocasiones se hacen redundantes e incluso se transtextualizan de unos títulos a otros.

Según anticipaba en la introducción, he optado por acomodar lo literario a lo histórico como criterio para establecer un primer orden en el variado y heterogéneo *corpus* de relatos que en algún momento se han ocupado del asunto. Cada uno de los capítulos ulteriores se ocupa pues de la novelística generada por cada una de las campañas, con independencia de su fecha de publicación. No obstante, en general, se trata de un tipo de relato correlativo o muy cercano en el tiempo al acontecer evocado, de ahí que en buena medida la historia de los sucesivos conflictos armados sea también y de alguna manera la evolución histórica de la narrativa española y de sus formas expresivas desde la segunda mitad de la pasada centuria hasta el casi inmediato presente.

I. LOS PRECURSORES. CAMPAÑA DE 1859-1860.

Casi desde sus inicios la denominada Guerra de África fue asunto que atrajo el interés de los narradores. Unos, aquellos que la reflejaron en registro de estricta ficción, encontraron en esta campaña un nuevo y exótico motivo para sus fabulaciones. Otros, cronistas del momento que se desplazaron al lugar guiados por su profesión o por un afán testimonial y cuyo trabajo fructificaría, poco más tarde o con el correr de los años, en diarios o libros de recuerdos con decidido aliento artístico. A esta proliferación bibliográfica contribuyó de forma decisiva, sobre todo en los textos más tempranos, la expectación que el acontecimiento había despertado en una mayoría de los españoles, ávidos por conocer cuanto pudiera ocurrir en aquellas cercanas pero desconocidas tierras. No todas las obras fueron, empero, producto de una propicia coyuntura, algunas vieron la luz cuando aquella guerra ya no era más que historia, de la mano de autores que revisitaron lo sucedido desde la memoria y con la perspectiva que da el tiempo.

Narraciones de carácter muy diverso abordaron este episodio bélico. Junto a novelas, cuentos y episodios nacionales figuran también testimonios donde el relato de hechos reales se filtra entre impresiones paisajísticas o costumbristas sugeridas por aquel nuevo horizonte, en los que lo literario reside más en la mirada o expresión del autor que en el espesor de la diégesis creada.

Entre las primeras manifestaciones literarias en prosa se encuentran las crónicas que Pedro Antonio de Alarcón comienza a escribir en 1859, las que más tarde constituirán su Diario de un testigo de la guerra de Africa. Contemporáneas son las redactadas por otro de los cronistas oficiales de la campaña, Gaspar Núñez de Arce, origen de sus Recuerdos de la guerra de Africa. En este mismo año, también, llegan a las manos de los lectores las primeras entregas de la voluminosa novela de Rafael del Castillo, El honor de España. Durante 1860 verán la forma de libro los de Alarcón y Núñez de Arce y se iniciarán las entregas de otra novela de corte muy semejante a la ya en curso, La cruz y la media luna o la guerra de Africa, de D.

A. Cubero¹. En los años inmediatamente posteriores aparecen la novela de Antonio Redondo, La toma de Tetuán o Rodrigo y Zelima, que, a tenor de sus características narrativas, es muy posible que también fuera publicada mediante entregas o folletón; y los primeros cuentos sobre esta campaña, que seguirá siendo fuente de inspiración para los autores de este subgénero hasta finales de siglo. Con cierta distancia temporal, nuevos testimonios se sumarán a los ya conocidos: las impresiones de un protagonista de la guerra, el general Ros de Olano, en sus Episodios militares y el voluntarismo patriótico de otro participante, Dionisio Monedero Ordóñez y sus nostálgicos Episodios militares del ejército de Africa. Con una perspectiva de todo punto diferente y un interés literario muy superior, los primeros años del nuevo siglo traen un volumen y parte de otro que Benito Pérez Galdós dedica a esta guerra en la cuarta serie de sus Episodios nacionales. En 1944, Luis Antonio de Vega y Rubio se acerca por última vez, en el marco de la narrativa española, a este acontecimiento en su novela Amor entró en la judería, donde no se persigue ningún afán por recrear la campaña, más bien se utiliza como marco para contar la peripecia de unos personajes inmersos en una disparatada historia de amor.

1. La novela.

Hablar de novela de la guerra de África como materia literaria sólo supone una escasa homogeneidad argumental y una diversidad en todo lo demás, excepto en aquellas narraciones contemporáneas entre sí y de finalidad homogénea, cual sucede con las publicadas por entregas al inmediato calor de la campaña. El dilatado periodo de tiempo que media entre la redacción de unas obras y otras había producido sustanciales cambios en los modos literarios e incluso en la propia concepción de lo que es una novela. No puede sostenerse, en rigor, que nos encontremos ante la evolución de un mismo asunto. Una somera lectura resulta suficiente para evidenciar las abismales diferencias de casi toda índole que separan, por ejemplo, los inverosímiles argumentos y la desmesura estructural de las novelas por entregas de los Episodios africanos, donde Galdós, como ya ha señalado una mayoría de la crítica, acomete

la historia pasada con un afán esclarecedor e incluso didáctico y la recubre con una arquitectura literaria de cierta elaboración. Aún más forzado resultaría emparentar las anteriores con la narración de Luis Antonio de Vega y Rubio, aparecida cuando de las primeras ya no quedaba casi ni memoria y con planteamientos en nada semejantes a los seguidos por Galdós. Por consiguiente, lo más atinado será abordar esta novelística diferenciándola por etapas y atendiendo a los distintos motivos que pudieron impulsar a los autores hacia este asunto.

La primera de esta etapas, en estricta cronología, está constituida por las novelas por entregas. No obstante, como antecedente inmediato de éstas -así lo menciona Rafael del Castillo, a manera de parcial fuente de información para algún aspecto de su obra El honor de España²- cabe referirse al libro de Manuel Juan DIANA, Un prisionero en el Rif. Memorias del ayudante Alvarez. Obra geográfica, de costumbres y con un vocabulario del dialecto rifeño, aparecido antes del inicio de la campaña y que refiere acontecimientos sucedidos entre los últimos meses de 1858 y el 25 de marzo del año siguiente³. No puede considerarse una novela, ni siquiera con un criterio laxo como hay que encuadrar en tal género a las aparecidas por entregas. Semeja más bien un libro de carácter vario, en el que se narran las memorias de cautiverio de un oficial de la guarnición de Melilla, que, en compañía de un grupo de soldados, es hecho prisionero por los rifeños. Esta peripecia se acompaña de una descripción, cercana a los libros de viajes, de las costumbres, el paisaje y otros aspectos de Marruecos. A pesar de su carácter de mera denotación, en esta obra aparecen ya algunos de los motivos temáticos que las novelas por entregas sobre la guerra repetirán casi indefectiblemente: la consideración de los rifeños como "salvajes", capaces de todo tipo de actos brutales; el heroico oficial español; el moro⁴ culto, justo y bondadoso; la mora que de forma solapada ayuda a los españoles, casi siempre enamorada de alguno de ellos y deseosa de convertirse al cristianismo; el renegado español que convive con los nativos, pero cuyo corazón anhela la cercanía de sus compatriotas; o las más superficiales apreciaciones sobre la vida y costumbres de los marroquíes, sobre todo aquellas que suponen

un cierto exotismo para el español o permiten denigrar al cabileño como poco civilizado o fanático practicante de una religión inferior a la cristiana. Y si Rafael del Castillo cita el libro de Manuel Juan Diana como parcial precedente de su obra, también hay que referirse a Los moros del Riff o el presidiario de Alhucemas, una novela por entregas de Pedro MATA⁵, publicada en 1856 y más emparentada con las que ficcionalizan la guerra que el volumen mencionado por el autor de El honor de España. La obra de Mata, aunque anterior al conflicto y por tanto sin relación directa con él, comparte el asunto de los prisioneros españoles en manos de los rifeños con Un prisionero en el Rif, con la ligera variante de que aquí los cautivos son unas mujeres y un niño en vez de un grupo de militares. En lo demás, no sólo incide en los mismos o muy parecidos aspectos a aquellos ya señalados en la obra de Manuel Juan Diana, sino que desarrolla una serie de enredos, los habituales dentro de este tipo de narrativa, que con las particularidades oportunas volverán a plantearse en el posterior relato de Rafael del Castillo y en cuantos otros, dentro de esta misma forma literaria, evocaron el conflicto armado. Por consiguiente, el antecedente más próximo y directo de los títulos a los que me referiré a continuación se halla en la novela de Mata, no en ese otro libro sin componente de ficción, aunque también comparta algunos rasgos comunes.

Una vez ya iniciada la campaña, comienzan a aparecer las entregas de El honor de España, subtitulada Episodios de la guerra de Marruecos, de Rafael del CASTILLO⁶. Las primeras debieron de distribuirse en 1859, teniendo en cuenta que esta fecha figura en la portada del libro -que he tenido que consultar encuadernado como un solo volumen por no haber podido encontrar los cuadernillos originales- editado por Balldrich e Illas en Madrid, y algunos datos que aparecen en el interior de la novela, en los que el narrador pone de manifiesto su deseo de terminar con el ligero desfase entre lo que está narrando y el discurrir contemporáneo de la guerra. Será seguida por La cruz y la media luna o la guerra de Africa, de D. A. CUBERO⁷, cuyo inicio data de 1860. Más tarde, con fecha de 1862, se da al público La toma de Tetuán o Rodrigo y Zelima, de Antonio REDONDO⁸, narración que desconozco si apareció mediante entregas o como volumen completo, aunque, cualquiera que

fuese su origen, comparte unas mismas características argumentales y técnicas con aquéllas. Estas tres obras constituyen el tributo que el género narrativo de la época rindió a la campaña militar. Tal vez en el momento existieron otras hoy desaparecidas⁹. Juan I. Ferreras, en su Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX¹⁰, sólo cita la de Rafael del Castillo, y García Figueras, en Recuerdos centenarios de una guerra romántica¹¹, añade a ésta la de D. A. Cubero, que también aparece mencionada en algún catálogo de libros sobre África¹². Ninguna de las tres supone un intento ni medianamente serio, aun desde la óptica popular propia de este tipo de narraciones, por elaborar una recreación literaria de la guerra. Más bien, se trata de rentabilizar el acontecimiento del momento con fines comerciales, injertando de forma abrupta novelas de aventuras de argumento convencional y disparatada trama en esquemáticas síntesis o pormenorizados relatos -propios de una crónica periodística pero no de una novela- sobre el conflicto bélico. Hasta tal punto que en El honor de España, por mencionar el caso más obvio, ambos asuntos, el discurrir de la campaña y la peripecia fabulada, avanzan -salvo en los primeros capítulos- en una disociación tan radical que podrían leerse como dos relatos diferentes. El narrador va alternando los capítulos en los que se ocupa de la trayectoria particular de sus personajes de ficción con aquellos otros en que centra su atención en el discurrir de la guerra, sin más nexo que la identidad del papel o la letra. Así, por ejemplo, el capítulo tercero concluye con la folletinesca situación de Andrés y María en la madrileña casa del Avapiés, donde él confiesa a su madre que ha dejado embarazada a la joven pero piensa casarse con ella:

"Abrió sus brazos, y estrechando a los dos contra su pecho, les dijo:

'-Sed felices, hijos míos, y quiera Dios, Andrés, que la virtud de tu esposa te haga ser mejor marido que has sido buen hijo.

'-Yo se lo prometo a Vd.; la lección que acabo de recibir ha iluminado lo suficiente mi razón para que olvide mis errores pasados y mi porvenir compense dignamente esos extravíos que tantos disgustos le han ocasionado." (Pág. 48).

En tanto que la totalidad del cuarto nada tiene que ver con el anterior asunto ni con ningún otro de los relacionados con cualesquiera de los personajes ya presentados. Dedicar este capítulo el narrador a elucubrar sobre las posibles causas de la guerra y sobre cuestiones políticas ajenas al devenir de sus criaturas. Incluso, en el resumen inicial, orienta al lector, con una ingenuidad que hoy resulta llamativa, sobre lo prescindible de tal fragmento: "En que el autor suplica a los lectores que no sean aficionados a la política que pasen por alto este capítulo [*sic*]", (pág. 49). Situación que con escasas diferencias vuelve a reiterarse otro buen número de veces a lo largo de la narración. Claro que ya advierte, en repetidas ocasiones, la ambivalencia del texto: "en nuestra obra encuentran [los lectores] compilada toda la guerra de Marruecos, con el aliciente de la novela", (pág. 881). Lo que se calla, o, mejor dicho, falsea -"como van tan íntimamente [*sic*] ligados los acontecimientos de nuestra novela con los hechos heroicos", (pág. 340)- es que ambos deambulan por sus páginas sin encontrarse.

En las tres el eje central del argumento se traza a partir de una o varias historias de amor entre españoles y mujeres marroquíes. En aquéllos fluctúan varias combinaciones: heroico oficial, cual el teniente Rodrigo Sarmiento de La toma de Tetuán; soldado, como los varios personajes de El honor de España; o renegado, cual Muley Hasan y Galápagos, los protagonistas de La cruz y la media luna. Poco importa su estatus inicial, pues lo fundamental radica en que todos ellos encuentran su vena patriótica al comenzar el conflicto y se ven obligados a debatirse entre dos fidelidades opuestas, que en todos los casos se inclinarán del lado de sus originarias convicciones españolas y cristianas. Por lo que respecta al paradigma de la dama marroquí, el molde habitual la muestra siempre bella y recatada, y casi enajenada por una pasión amorosa que la moverá a todo tipo de sacrificios, incluso a abjurar de su religión, forma de vida y costumbres para abrazar con entusiasmo las de su galán. Esta relación siempre llegará a un final feliz, aunque para lograrlo habrá de vencer el obstáculo de las fuerzas locales, bien representadas por algún moro de mala catadura moral y peores intenciones, o bien por adversos elementos circunstanciales. Por ejemplo, Muley Hasan, protagonista de La cruz y la media luna, renegado español que en sus años de estancia en

Marruecos ha alcanzado la confianza del sultán y cargos de elevada responsabilidad, se verá obligado a luchar contra los españoles para conservar el amor de Raquel y su privilegiada situación, pero la mala conciencia le corroerá hasta impulsarlo a una especie de suicidio. Estos esforzados protagonistas contarán también con la ayuda de un amigo o un segundo en el mando dispuesto a afrontar todo tipo de riesgos para que aquél logre sus fines, aceptando hasta una comunión de intereses sentimentales. Tal puede observarse en el sargento Suárez, en La toma de Tetuán, que no sólo saca de todo tipo de aprietos a su jefe y amigo, el teniente Rodrigo Sarmiento, sino que tampoco dudará en emparejarse con la criada de la amada de aquél, de acuerdo con la tradicional figura literaria del "gracioso". En este esquema básico se integran otros elementos discrecionales de cada autor pero tampoco muy distintos entre sí.

Estos toscos argumentos se recubren de tramas sencillas, pero que aparentan gran complejidad, lo que viene a significar un falso embarullamiento de la acción mediante constantes y aparatosos desgarrs situacionales y espaciales de la fábula¹³, que constituye uno de los presupuestos tradicionales de esta clase de narraciones, dado que, como apunta Rubén Benítez, "todo folletinista (...) tiene habilidad para presentar como profundo lo que sólo es complicación externa"¹⁴. Resulta llamativa, por lo desatinada y carente de contención, la de El honor de España. Varios personajes de diferente escala social -la aristocracia, la milicia profesional, el mundo de las finanzas, el menesteroso urbano y hasta un poeta quejumbroso y melancólico- entrecruzarán sus vidas, sus historias pasadas y presentes y sus relaciones amorosas en Marruecos por causa de la guerra. Tras una serie de actos heroicos, desapariciones, raptos, irrupciones de nuevos personajes, anagnórisis varias, crímenes y otra larga serie de truculencias, el lector podrá ver cómo ha estado asistiendo a la peripecia de una gran familia. La mayoría de los personajes intervinientes ya estaban emparentados, a veces sin saberlo, por vínculos de sangre o comienzan a estarlo por causas afectivas. Estos encuentros y reencuentros han sido posibles gracias a la contienda, que adquiere una dimensión rehacedora de vidas. Y si algunos de los personajes no alcanzan la completa felicidad, sólo es debido a que el desenlace queda en suspenso ante la posibilidad de continuar

la narración en una segunda parte¹⁵, según se anuncia con tintes melodramáticos al final de la novela: "quedan aún algunos personajes cuyas desgracias, cuyos crímenes, o cuyas venganzas, nos servirán en tiempo oportuno para escribir la segunda parte del Honor de España [este repentino cambio de título es suyo]", (pág. 937).

Sin dispersar tanto la trama, las otras dos novelas también abundan en considerar la guerra como provechosa para el destino de sus personajes. En La toma de Tetuán, el teniente Rodrigo Sarmiento y el sargento Suárez, los protagonistas, tras sufrir cautiverio el primero y empeñados e inverosímiles lances -encaminados a la liberación de su amigo Sarmiento- el segundo, allegarán méritos y honra para sí y, sobre todo, se les brindará la ocasión para conocer a los respectivos amores de sus vidas. Mientras que en La cruz y la media luna, Cubero opta por ofrecer a su protagonista, el antes mencionado Muley Hasan, una elevación moral en el supremo momento. No encontrará la gloria, pero su muerte, libremente elegida en heroica acción, le servirá para redimirse de sus pasadas faltas: sus no muchos escrúpulos para ascender en el escalafón del poder marroquí, sin reparar en su fe y convicciones; la traición al sultán, su benefactor; y, sobre todo, la deslealtad con sus compatriotas y con él mismo al haber empuñado las armas contra los soldados españoles. Sin embargo, su ayudante, Galápagos, cuya conducta, sin ser desafecta a su compañero de destino y amigo, no ha supuesto su quiebra moral, se verá recompensado con la rehabilitación social y la recuperación de su antiguo amor, Florilla, que hasta aquellas tierras ha llegado como cantinera del ejército expedicionario con la sola idea de encontrarlo.

El enfoque de la guerra, aunque con diferente extensión narrativa en cada texto, recibe un tratamiento desde ópticas próximas. El honor de España da cuenta no sólo de cuanta batalla, combate o refriega hubo entre ambos ejércitos, sino de todo el articulado del tratado de paz y de los preacuerdos pactados con anterioridad. Se antoja difícil imaginar que con la inclusión de estos últimos aspectos buscara abundar en el interés de sus lectores, pertenecientes presumiblemente a clases urbanas con escasa formación, atendiendo al perfil del lector de esta clase de novelas que traza Juan I. Ferreras: "se puede afirmar que la mayor

parte del lectorado estaba integrado por las clases trabajadoras o proletarias de las ciudades: obreros, artesanos, empleados, etc."¹⁶ Parece más sensato considerar tal incontinencia gráfica fruto del deliberado afán por rellenar papel y ampliar el número de entregas, pues "cuanto más entregas, mayor negocio"¹⁷. Además, Rafael del Castillo estaba escribiendo por aquellos mismos días una crónica o historia inmediata de la campaña, que dio origen a otro libro distinto¹⁸. Resulta obvio que no dudó en hinchar su novela con aquellas informaciones que iba a utilizar en su otro libro, teniendo en cuenta, sobre todo, el ambiente tan propicio que se había creado para obtener fáciles ganancias, explotando el anhelo que los españoles tenían por conocer al detalle lo que en Marruecos le estaba sucediendo al ejército expedicionario, de lo que puede dar fe la apabullante recepción que el público dispensó a las crónicas que se iban publicando en forma de sueltos, como más adelante veremos al hablar del Diario de Alarcón. La premura impuesta por el devenir de los acontecimientos, unida a la que ya era habitual en este tipo de obras, dio como resultado el dislate narrativo. El acontecer bélico, según ha podido verse antes, en absoluto se integra con la fabulación novelesca; ambos argumentos discurren por caminos y capítulos distintos, a pesar de la reiteración del narrador para convencernos de la indisolubilidad de ambos asuntos.

Cubero y Redondo no se muestran tan exhaustivos en sus respectivas obras, dan cuenta sólo de los hechos bélicos más significados. En ninguna de las dos novelas falta el relato de la batalla de Los Castillejos o la de Tetuán, que, aunque mediante una disociación no tan abrupta como la utilizada por Castillo, tampoco se funden en el tejido narrativo.

Común es la exaltación heroica de la guerra, que por momentos semeja la conclusión de la reconquista iniciada por el rey Pelayo: "esa magnífica epopeya, llamada Guerra de África", al decir de Rafael del Castillo. Idea que se convierte en recurrente en estas obras, tal vez por lo fácil, aunque descabellado, del paralelismo: "Guerra iniciada hace muchos siglos, era hasta una falta indisciplinable el que España no la continuase (...) arrojados ya de Granada, no estaba aún concluida nuestra obra"¹⁹. Tamaña gesta está llamada a reverdecir los laureles patrios y su conclusión impone el tono grandilocuente y el reconocimiento al máximo héroe: "Las

paces entre España y Marruecos estaban firmadas y ratificadas; aquellas paces que tanto han enaltecido a nuestra patria y cuyos sucesos serán una de las brillantes páginas de la noble historia del ilustre duque de Tetuán"²⁰. Tan hiperbólico honor alcanza también a la totalidad de las tropas:

"Nosotros no tenemos ejército, nosotros lo que tenemos es un conjunto de patricios romanos. Nuestro ejército no tiene ni generales ni soldados. En él no hay más que semidioses en el día de la batalla"²¹.

No obstante, la visión de la guerra resulta sólo periférica, todo queda reducido a un cúmulo de actos bélicos enfocados desde la lejanía y la seguridad de donde no alcanzan las balas, una sucesión de tópicos cuadros, como explicita Rafael del Castillo:

"El estruendo de los tiros, el relincho de los corceles, las voces de los jefes, los toques de las cajas y cornetas, unido a los gritos de los heridos y a los gemidos de los moribundos, formaban un cuadro, que si bien tenía mucho de aterrador, no carecía de sublimidad."²²

Las pocas veces que el narrador se adentra en el combate es para retratar la gallarda hostilidad de los personajes o el desparpajo estratégico de sus generales. Y tras los combates, la vida de campamento, caracterizada por una sucesión de momentos de euforia para unas fuerzas ajenas a cualquier pesadumbre. Ni siquiera la enfermedad, el cólera, aludido en todas las novelas como causante de más bajas entre el ejército expedicionario que las acometidas del enemigo, parece capaz de hacer decaer el espíritu festivo que impera en tan aguerrida tropa.

Abundando en la superficialidad que caracteriza a estas narraciones, no es esta una guerra de hombres, de individuos, sino de grandes unidades, de soldados de plomo, que se mueven por el campo de batalla, desfilan, corren, disparan y festejan los triunfos como colectivo. Hay una ausencia absoluta de visiones personales, de sentimientos particulares. También se escamotean, o se trivializan con puerilidad, la sangre, los heridos, el dolor, la muerte, todos aquellos elementos que perfilan la cara horrenda de tales sucesos. El lector queda instalado ante un irreal espectáculo festivo -"entran en fuego [las tropas españolas] del mismo modo

que si estuvieran en una fiesta"²³- creado para cantar las gestas bélicas y glorias patrias, donde la muerte no semeja sino trivial incidente -"muchos valientes, en este glorioso hecho de armas se encontraron con la muerte; pero ¿qué les importaba a ellos, si dejaban bien puesto el honor de su patria?"²⁴- cuando no una buena ocasión para demostrar una más que hiperbólica valentía. Así lo deja ver, a manera de mero ejemplo, el capitán Villoslada en La cruz y la media luna:

"Mal de su grado, cayó en tierra casi exánime.

'-¡Soldados, aprended [*sic*] a morir! -exclamó [...]

'Acercósele José, ansioso de prestarle auxilio; pero el noble guerrero, después de derramar una mirada de gratitud sobre su asistente, le dijo con tono de mando:

'-¡José: al enemigo!" (Pág. 367).

Tras la victoria, la feliz y deseada repatriación del ejército expedicionario. Buena ocasión para hilvanar de nuevo otra serie de tópicos belicistas, algunos tan inefables como este de Rafael del Castillo:

"Muchos de los militares que allí se encontraban [desfilando en uno de los pueblos por donde pasaron], se los había visto marchar niños meses antes, y se los veía volver hombres, y hombres cuyas frentes estaban circundadas por la aureola de los héroes"²⁵.

Tampoco los generales destacados forman parte de los personajes novelescos, sólo en El honor de España, dado su afán cronístico, se particularizan algunos de ellos como figuras singularizadas en el fondo, siempre dentro del poco ponderado tono a que nos tiene acostumbrados el autor, lleno de altisonancias y exageraciones laudatorias. O'Donnell, a sus casi sobrenaturales dotes como estrategia militar -"si hemos de creer que la infabilidad existe en lo humano, el general O'Donnell es infalible en las batallas"- une un más que probado valor -"valiente y arrojado, en medio de los combates se le veía en los sitios de más peligro"- , una solidaridad que le dignifica ante sus subordinados -"si las lluvias estropeaban las tiendas, él, el primero se sale de la suya, para recibir el agua como el último soldado"- y aún le queda

tiempo para el solfícito humanitarismo: "para todos los heridos tenía palabras de consuelo"²⁶. No menos glorioso, aunque más idealizado, como un dios de las batallas, nos presenta a Prim en Los Castillejos:

"En medio de aquel cuadro de tan horrorosa carnicería se destacaba una de las figuras más colosales de la guerra de África; el conde de Reus que tremolando la regia insignia de San Fernando, atravesado el uniforme de balazos, adelantando terreno siempre y animando a sus tropas, luchando contra cien contrarios, tenía algo de fantástico, y mucho de los héroes de la edad media, cuyas hazañas hemos creído hasta cierto punto fabulosas." (Pág. 249).

No ha de extrañar pues, que tropas tan bizarras dirigidas por tan competentes generales convirtieran la campaña, desde el punto de vista literario, en poco menos que un paseo y en una continuada humillación para el enemigo.

Un enemigo que sólo merece respeto en su faceta de combatiente, ya que como individuo tiene en contra la raza, la religión y hasta la historia. Poca gloria hubiese podido allegar el ejército español para sí y para la nación si su victoria se hubiese producido sobre un rival de escasa entidad en lugar de sobre feroces guerreros, "negarles a los marroquíes que se batían como fieras sería una tontería grandísima"²⁷, y, lo que es más importante, las proezas narradas habrían quedado del todo deslucidas. Empujados a la guerra por una natural belicosidad, que les hace amar la hostilidad cualesquiera que sean sus adversarios, urdiendo negras venganzas entre ellos mismos en caso de no encontrarlos; por el fanatismo religioso que sus santones les han ido insuflando; y por el secular odio hacia los españoles, no desmerecerán en nada ante un ejército europeo: "los moros, acaudillados por valerosos jefes y deseando no ceder en nada en bravura a los nuestros, peleaban al pie de sus trincheras con temerario empeño"²⁸. A pesar de ello, su muy limitada táctica de combate, lo improvisado de gran parte de sus tropas y la absoluta ausencia de disciplina, a lo que habría que añadir la inferioridad de su armamento -aspecto este silenciado o minusvalorado por estos narradores, por cuanto pudiera aminorar el triunfo español-, les conducirán una y otra vez a

la derrota. Hasta Muley-el-Abbas, hermano del sultán y jefe de todas las fuerzas marroquíes, se contagiara de este pesimismo:

"Nuestras tropas son asaz inferiores a las de los cristianos en armas y en disciplina, son además los españoles muy valientes y sufridos; la consecuencia de estas ventajas ya se ha palpado (...) creo (...) que tendremos que ceder a todas sus exigencias."²⁹

Aunque conviene advertir que este personaje, Muley-el-Abbas, tanto en el relato de Redondo como, a pesar de su menor notoriedad, en La cruz y la media luna semeja el musulmán inteligente, educado y consciente en todo momento de la inferioridad de su propio ejército. De ahí su proclividad a intentar acuerdos conducentes a la paz "aun a trueque de condiciones onerosas"³⁰. Las otras obras ceden el mayor protagonismo en este campo al propio sultán Sidi-Mohamed, que en la narración de Cubero llega a integrarse como personaje en la trama novelesca. Espíritu abúlico y cambiante -"de ordinario sus ojos expresaban languidez y vaga melancolía, a la par que voluptuosidad e indolencia"³¹-, caprichoso, capaz de condenar a muerte a algunos de sus súbditos por conspirar contra él y de recompensar a otro por la misma causa, pero, sobre todo, ajeno a la evolución de la guerra. Cualidades que, con pocas variaciones de matiz, vienen a resultar idénticas a las que lo caracterizan en El honor de España.

Al margen de lo que incumbe al aspecto bélico, por las páginas de estas novelas circulan todos los tópicos de la animadversión hispana hacia el moro. Son hombres de guma fácil, a tenor de la insistente repetición, en todas estas narraciones, con que llevan la mano a esta arma ante la menor contrariedad o discrepancia de su interlocutor: "pronunció estas últimas frases mordiéndose el labio inferior y apretando con la mano derecha la empuñadura de su guma"³². Para los cabileños, tal vez por su extracción rural, reservan los autores sus más despectivas calificaciones: "salvajes", "primitivos", "traidores", "infames" o "vengativos". El saqueo de Tetuán en los momentos anteriores al abandono de la ciudad por sus habituales moradores, cuando las fuerzas españolas ya están a sus puertas, es un buen ejemplo que no deja lugar a dudas sobre su barbarie. La ebriedad de rapiña a la que se entregan los vencidos,

los marroquíes montaraces que se habían congregado allí para asegurar la defensa del lugar, desvalijando e incluso asesinando a la población, sobre todo a los judíos, contrasta -según nos lo cuenta, por ejemplo, Rafael del Castillo- con la actitud pacificadora y alejada de todo revanchismo que muestra, tras su entrada en la población, el ejército español, recibido más como fuerza de liberación que de ocupación:

"Las escenas de muerte, pillaje, estragos y desolación de que la ciudad fue teatro, y sus habitantes víctimas por los mismos que estaban encargados de su defensa, son inconcebibles (...) las casas de los más ricos judíos, y de los mismos comerciantes musulmanes fueron atropelladas por los moros del rey, que nada respetaban, y que degollaban sin piedad al desgraciado que trataba de defender su hacienda."³³

Abundando en el mismo asunto, es significativo, por repetido con parecidos términos en las otras narraciones, lo que podemos leer en La cruz y la media luna sobre el país norteafricano:

"Marruecos es la única nación cercana a los pueblos civilizados, donde se ven a todas horas escenas de violencia y barbarie, dignas de la edad media." (Pág. 71).

Algunos marroquíes quedan fuera de la caracterización común, por lo general, personajes con cierta entidad en la trama novelesca, que suelen responder al tipo urbano, con un mayor nivel de civilización y refinamiento, y que en su desprecio por los cabileños a veces se acercan al español. Sin embargo, en su conjunto, su presencia se asocia con el más enconado desprecio: "el servilismo y la bajeza son las cualidades que más distinguen a los musulmanes"³⁴.

Si su forma de vida, sus costumbres y su organización social se hacen acreedoras a la censura por primitivas, salvajes y deleznales; su religión, desde la presunta superioridad de creencias, es escarnecida por considerarse semillero de fanatismos, causa de atrasos y otra retahíla de males sin cuento: "no parece sino que la religión mahometana ha arrastrado a sus secuaces hacia el polo de la degradación y de la barbarie"³⁵. La mofa a costa del islamismo se convierte en habitual en todas estas narraciones, lo cual contrasta con el sobrio respeto dedicado al cristianismo. Aspecto que cabe interpretar más como otra manifestación de la

superioridad española sobre el enemigo que como enraizamiento ideológico, cuando no se trata de una simple broma fácil. Sirva de mero ejemplo la siguiente dualidad:

"Guerra que según él [un marroquí notable] debía ser feliz para los musulmanes, auxiliados por la protección de su profeta. El resultado les ha hecho ver a cuántos engaños se expone el que confía en malos patronos."³⁶

"La religión católica no necesita altares para sentirse y comprenderse./ La naturaleza entera es el vasto altar donde el cristiano adora a su criador."³⁷

El papel desempeñado por la mujer marroquí resulta más bien modesto, habrá que esperar a la novelística posterior para verla adquirir dimensiones más importantes. Sin embargo, en esta etapa ya surge la raíz de lo que más tarde devendrá casi un tópico en la narrativa de las guerras de Marruecos: el amor entre una mora y un español. Esta relación se convierte en eje arquitectónico de los relatos de este periodo, hasta tal punto que, más que de guerra, pueden considerarse novelas de aventuras y de amor. El personaje femenino responde a un tipo único que se repite una y otra vez mudando sólo de nombre, y que no parece más que una traslación a un escenario nuevo de la rutinaria heroína en este tipo de narrativa, a la que se añade, bien por tradición literaria o por efecto de la calurosa climatología, una desbordante capacidad pasional:

"El fuego sublime de que son capaces los corazones ardientes de las que nacen en el suelo africano."³⁸

Siempre son jóvenes y bellas; recatadas pero, a la vez, decididas, capaces incluso de contrariar la voluntad de sus padres o del mismísimo sultán, si al caso viene, para conservar su amor; prestas para renunciar a sus creencias religiosas y recibir las aguas del bautismo, que, como fe de su amado, ha de reportarles mayor beneficio espiritual. Tratamiento edulcorado que sirve de contrapunto a la perversidad de sus compatriotas varones.

Destacable resulta también la figura del renegado español o personaje asimilable. En La cruz y la media luna, encarnado en Muley Hasan y su compañero Galápago, alcanza la

dimensión de protagonista. Huidos de las plazas españolas por problemas con la justicia, que imposibilitan su regreso, y habiendo abrazado el islamismo, aunque sólo haya sido en apariencia, la irrupción del ejército expedicionario les colocará en la encrucijada de optar por uno u otro bando. No se antoja difícil de suponer, teniendo en cuenta los presupuestos ideológicos de este tipo de relato, que la disyuntiva se resolverá con el regreso a la zona española, tras un tiempo de zozobra interior. Además, como sostiene el pragmático Galápago, "una cosa es renegar con la boca y otra creer con el corazón", (pág. 53). Ambos, a pesar de la cómoda vida que Marruecos les ha proporcionado y de estar colaborando con el ejército de aquel país, se mostrarán "gozosos de la victoria de las armas españolas" (pág. 89) y no dudarán en cambiar de bandería ante una supuesta -e inmotivada, desde el punto de vista narrativo- llamada patriótica desde el fondo de sus conciencias. Para Muley Hasan la muerte será más honrosa que la traición y Galápago optará por la alternativa de afrontar el posible castigo de España antes que continuar la ignominiosa vida anterior, lo que le reportará no sólo el perdón de la patria al hijo descarriado sino el reencuentro con su perdido amor, cumpliéndose así una de las reglas establecidas para la novela por entregas: el final feliz. Esta transformación tan simplista, que, por otro lado, en nada desentona del tratamiento utilizado para enfocar otros asuntos, no responde en absoluto a una evolución coherente de los personajes sino a un previsible patriotismo en los planteamientos argumentales urdidos por el autor, que acaba con cualquier posible consistencia del protagonista, Muley Hasan, y, en menor medida, de su comparsa, Galápago. El primero, caracterizado en múltiples ocasiones como ambicioso - sus propias palabras dan fe de ello: "en esta vida miserable la justicia está en los puños, la verdad en la astucia y la virtud en la conveniencia", (pág. 40)- y con deseos de poder, de sobresalir entre los demás, ha conseguido del antiguo sultán -y también goza de la confianza del nuevo, cuando llegan a conocerse mejor- todo cuanto podía satisfacer sus exigencias, además de haberse convertido en la esperanza cierta para los que conspiran contra el sistema y de ser correspondido por su amada Raquel. La fortuna le había sonreído en esta tierra de adopción, mientras que en España su humilde y desdichado origen lo había

convertido en carne de delito y de presidio: "peor que a perros rabiosos nos trataban en nuestra patria", (pág. 46). Sus desgracias se ven aumentadas con la posterior deserción, que le habría granjeado "el desprecio de los suyos" (pág. 82) y una condena a muerte. Sin embargo, todo esto comienza a desvanecese tan pronto como se ve obligado a enfrentarse a las tropas españolas. Primero, el personaje se encuentra sumido en una todavía razonable zozobra interior:

"-¡No, no: yo no puedo renunciar a mi ambición! ¡yo no puedo resolverme a vivir en la oscuridad! Seré un parricida, un aborto del suelo que me vio nacer; ¡pero yo quiero renombre, aunque sea para mi patria un escándalo eterno! Por ventura, ¿no he renegado de mi ley y de mi Dios? ¡Sí, sí: yo no tengo más patria que la que me ha recibido como hijo adoptivo, cuando la mía a la sombra de sus leyes quiso darme la muerte! ¡yo no puedo tener más esposa que la judía que amo, y en mi patria sólo puede ser mi manceba! ¡En un lado sólo me aguarda la afrenta y la muerte: en el otro riquezas, honores, mando, quizá un imperio... ¡guerra a mi sangre! ¡Así lo ha querido mi estrella!" (Pág. 82).

Poco más tarde, un repentino amor a la patria renace en su interior. El autor, contrariando las más elementales normas de coherencia en cuanto a la caracterización de personajes, empuja al hasta ese momento calculador Muley Hasan a una alocada acción cuyo presumible desenlace no puede ser otro que el suicidio, no consumado al final por una de esas casualidades propias de la novela por entregas, y conduce la narración al terreno de lo inverosímil y lo descabellado. Lo que antes eran dudas en el personaje, cinco páginas más adelante se convierte en:

"-¡No, no! ¡Yo no debo consentir que esos valientes perezcan sin morir con ellos y abrazado a la bandera de mi patria! Mi desaparición del campo moro desalentará a estas feroces hordas... ¡Muera yo, pero triunfe la España y ostente sus banderas en los africanos campos!" (Pág. 87).

Este despropósito en el tratamiento de los personajes no hay que achacárselo sólo a la impericia narrativa de Cubero, o de los otros autores aquí tratados, sino que resulta consustancial a este tipo de obras, según ya han señalado los analistas de esta forma de relato. Al respecto, comenta Romero Tobar: "Los cambios de comportamiento o se producen por arte de generación automática -un reconocimiento, una conversión, una simpatía- o, más penosamente, el autor intenta explicarlo por análisis psicológicos torpes y charlatanes"³⁹. De ambos procedimientos se nutre La cruz y la media luna en cuanto a la transformación en los caracteres de los personajes, que, abundando en la cuestión, al entender de Juan I. Ferreras, ha de ser "necesariamente infantil o elemental, puesto que no se trata de un cambio con proceso, sino de una sustitución de caracteres"⁴⁰.

La raza hebrea, los otros habitantes de Marruecos, y en concreto de Tetuán, constituye un elemento secundario en los textos aquí tratados, aunque alcanza el protagonismo en Amor entró en la judería, que comentaré más adelante. Los judíos, excepto algún personaje de cierta entidad narrativa -por ejemplo, Isaac, en El honor de España, cuya figura, por otro lado, se adecúa en todo al reflejo del grupo-, no poseen más entidad que la del colectivo víctima del saqueo de Tetuán. Sobre ellos recae el rencor y la rapiña de los musulmanes vencidos, lo que provoca que aquéllos reciban al ejército español con el alborozo propio de los liberados:

"Un pueblo de judíos pálidos, demacrados y hambrientos, abrazaban a nuestros soldados, vitoreaban a nuestra reina, y tendían sus manos temblorosas y desfallecidas hacia las galletas y panes que aquéllos le daban."⁴¹

Además, de pueblo despreciado y subyugado por las normas vejatorias que de siempre les han impuesto los musulmanes, pasan a convertirse en copartícipes del gobierno municipal instaurado por las autoridades españolas de ocupación.

No obstante, los autores de novelas por entregas, en la caracterización del hebreo no se apartan, como en casi nada, del tópico ya establecido. O se muestran avarientos, como Samuel en La cruz y la media luna, que lamentan la guerra sólo por su coste -"la guerra, cuyo gasto pesa sobre nuestras fortunas", (pág. 282)- o hipócritas que viven con fingida

pobreza, ocultando con celo su prosperidad tras los muros de sus casas, cual Isaac en El honor de España, cuya morada sirve como ejemplo de la cara exterior e interior del judío:

"Una casa más pobre y de peor aspecto que las demás, si era posible que más pobreza pudiera haber que la horrible que se veía en todos los demás tabucos (...) Nada más encantador que aquella estancia./ Mullidos divanes de seda, flores en vasos de porcelana, perfumes que exhalaban sus aromas embalsamando la estancia, todo cuanto la fantasía oriental crea para adornar sus habitaciones interiores se veía allí." (páginas 19-20).

Si en el tratamiento de los elementos argumentales y temáticos el relato por entregas de la guerra de África peca de rudimentario y simplista, además de abusar hasta el hartazgo de los lugares comunes, en el aspecto técnico presenta una tosquedad palmaria. Están contados por un narrador no sólo omnisciente, sino que se entromete en la narración de forma avasalladora, mediatizando la interpretación del lector con todo tipo de juicios valorativos sobre acciones y personajes. Sirvan los siguientes de mero ejemplo. En La toma de Tetuán, tras una intervención del protagonista comenta el narrador: "rasgo admirable de heroísmo y abnegación", (pág. 44). Más burda, si cabe, resulta la calificación que se hace de un personaje ya sobradamente conocido por el lector en El honor de España: "la figura más asquerosa y repugnante de nuestro cuadro es sin duda Benjamín", (pág. 746). Otras veces la intromisión por medio de interjecciones dirige los sentimientos o sensaciones, hurtando al lector su propia capacidad para conmoverse o quedar indiferente: "era la misma aurora de los otros días. Pero ¡ay! que al contrario de aquéllas, ésta no escuchó las dulces protestas de los dos amantes."⁴²

Está dotado, además, de un don de la ubicuidad que le permite desplazarse de un lugar a otro a su capricho, llevando a veces de la mano al lector en sus correrías cual si fuese un anfitrión. De tal forma nos instala Rafael del Castillo en un palacio árabe: "en un salón espaciosos con primorosos arabescos en los frisos (...) es donde van a penetrar nuestros lectores"⁴³, o conocemos lo que piensan los oficiales españoles la noche inmediata a la

jornada de Los Castillejos, en la novela de Cubero: "conduciremos al lector a una de las más inmediatas [tiendas de campaña] al llano de los Castillejos"⁴⁴. No sólo se muestra diligente *cicerone*, sino que establece un frecuente diálogo con el lector en medio del texto narrativo. Este diálogo adopta formas diversas y persigue variados objetivos.

A veces consiste en un simple recordatorio de acontecimientos ya sucedidos que han quedado un tanto alejados y que, al no disponer el lector de la obra en su conjunto, podía resultar justificado, aunque leída como una unidad ya no tiene sentido. Por ejemplo, en El honor de España, el narrador recupera a un personaje abandonado casi cien páginas atrás, cuyo nombre puede inducir a error sobre sus creencias si nos hemos olvidado de él: "Zelim, ya hemos dicho que era cristiano", (pág. 218). Otras veces, sin embargo, esto se convierte en una mera muletilla narrativa; el recordatorio es contiguo o está muy próximo al original. Rubén Benítez considera que estas permanentes invocaciones del pasado "contribuyen a crear la sensación de un público real"⁴⁵, pero más bien parece que esto sea una consecuencia del propio proceso de composición de estas novelas. Al no estar escritas por la mano del autor, sino dictadas por éste a un escribiente, como apunta Ferreras⁴⁶, el fluir mental de quien está dictando necesita apoyos en lo que anteriormente ha dicho para seguir hilvanando su discurso. Al no ser sometidas después a un proceso de corrección por estricta imposibilidad temporal, ya que pasaban sin preámbulo de la casa del autor al taller del impresor, todas estas impurezas no podían quedar eliminadas del texto. El aforismo que identifica tiempo con dinero se convertía en una absoluta realidad para estos autores. Cuantas más novelas, cuyas entregas tenían una periodicidad semanal, fueran capaces de dictar, más dinero allegaban a sus bolsillos, por lo que resultaba frecuente tener varias obras en curso a la misma vez.

Otras veces, esta comunicación con el lector pretende buscar su agrado o aprobación hacia lo que acaba de referir -"bien quisiéramos ser más extensos en esta materia, pero el asunto de nuestra historia no nos lo permite, ni quizás tampoco la paciencia de nuestros lectores a quienes les rogamos nos permitan las anteriores digresiones"⁴⁷- o hacia lo que va a narrar a continuación: "Nuestros lectores verán con gusto la descripción de la batalla de este día"⁴⁸.

Aún más lejos llega Rafael del Castillo en su intento de lograr la complacencia del lector, dirigiéndose, en ocasiones que juzga el asunto oportuno, sólo al sector femenino: "No dudamos que nuestras lectoras verán con gusto la descripción de los tocados hebraicos."⁴⁹

Una variante del anterior para conseguir el agrado o acercamiento del lector consiste en entrar en una complicidad familiar con él, mediante un fingido desconocimiento mutuo: "Nosotros quisiéramos participar a nuestros lectores algo sobre este particular pero en la misma duda que estaban todos los habitantes del alcázar, nos encontramos nosotros"⁵⁰; o mediante una no menos fingida confabulación de narrador y lector contra algún personaje: "Nuestros lectores desearán indudablemente conocer más detalladamente al personaje (...) Aprovechándonos de su distracción, vamos a tratar de hacer su retrato físico"⁵¹. Afanándose en esta familiaridad llega al uso de expresiones cariñosas dirigidas al lector, que atentan contra todo decoro narrativo: "¿Será hija, acaso, de la conversación que tuvo con Alberto dos días antes? Sí, lectores míos"⁵².

Finalmente, otro de los objetivos perseguidos consiste en facilitar instrucciones de lectura *sui generis*: "El autor suplica a los lectores que no sean aficionados a la política que pasen por alto este capítulo"⁵³, o para ofrecer una composición de lugar innecesaria: "Figúrate, lector, una población asentada sobre un llano rodeada de montañas por un lado (...)"⁵⁴

Resulta también habitual que el narrador no dude en poner al descubierto las costuras de su obra: "Ocurría esta escena que se nos hace preciso poner aquí para que sirva de guía a los sucesos que habemos de referir"⁵⁵, o que incluya entre las páginas de su relato fragmentos copiados de otros libros, que, las más de las veces, no son sino largas digresiones ajenas a la trama novelesca, cuyo único fin se justifica en alargar el texto. A veces mencionan la fuente: "vamos a dar a nuestros lectores algunas noticias respecto a las cabilas del Rif, noticias que copiamos de las memorias del Sr. Alvarez"⁵⁶; otras la mantiene en el anonimato: "la descripción de la batalla de ese día, que insertamos recopilándola de una memoria que hizo sobre ella uno de nuestros más célebres escritores, testigo presencial de tan glorioso triunfo"⁵⁷. Esta dilatación innecesaria del relato responde -como señalan Ferreras⁵⁸ y

Romero Tobar⁵⁹ entre otros- a una doble finalidad: docente, en lo que de ilustración para el lector tenía, y económica, ya que así se aumentaba el número de entregas y, en consecuencia, también crecían los ingresos. Aunque puede apreciarse en las tres novelas aquí tratadas, en El honor de España alcanza proporciones tan desmesuradas y sobre asuntos tan desafectos al principal -desde descripciones de ciudades y lugares donde no se desarrolla ningún acontecimiento hasta añosos convenios y tratados hispano-marroquíes sin vigencia alguna, pasando por la narración pormenorizada de ritos religiosos hebraicos y musulmanes, e incluso una biografía de Mahoma- que casi puede considerarse que agregan un tercer cauce narrativo a los dos ya mencionados. A las tribulaciones de los personajes y a la crónica bélica, asuntos que ya discurren por separado, habría que añadir, por el volumen de páginas que ocupan, las digresiones varias. Todo ello produce el efecto de hinchar el relato con adiposidades innecesarias, dislocando aún más un argumento novelesco ya muy disperso merced al sinnúmero de historias parentéticas que desvían la principal por múltiples caminos y vericuetos, que, a menudo, no conducen a ninguna parte.

Otro aspecto destacable en estas novelas, por sus negativas consecuencias, lo aportan los elementos distorsionadores de la verosimilitud, tanto por las técnicas narrativas utilizadas como por los contenidos representados. Entre los que afectan a las primeras, cabe destacar, por ejemplo, El honor de España, donde Rafael del Castillo recurre con prodigalidad a las apariciones y desapariciones repentinas y sorprendidas. Dentro de ellas resulta llamativa, por lo reiterado de la situación, la extemporánea presencia del personaje Julia -o Sara- en aquellos momentos en que su amado Alberto va a intimar con algún otro personaje femenino, cual si de una sombra acechante o de su conciencia pasada se tratase:

"-Habéis hablado de amistad, Clara, para atenuar mis penas, y no es amistad lo que yo necesito; es el amor (...); un amor, en fin, como el que vos sola...

'-¡Alberto! -gritó en esto una voz a espaldas de los dos jóvenes.

'Quedó el poeta petrificado (...)" (Pág. 40).

"Se buscaron los labios y un beso castísimo y puro selló la identificación de sus almas./ En aquel momento se oyó una voz de mujer que gritó en el árabe más correcto:

'-No seas perjuro, cristiano, acuérdate de la encubierta de Granada.

'Ambos volvieron la cabeza y vieron una mujer en el dintel de la puerta.

'Dos exclamaciones salieron de sus labios.

'La una expresaba el terror, la otra la sorpresa.

'-¡Julia! -exclamó Alberto." (Pág. 67).

De igual modo, se convierten en harto frecuentes, tanto en la mencionada obra como en las otras dos, las más ingenuas anagnórisis:

"Durante algunos momentos Hassan no hizo más que mirar atentamente al llamado Ramírez.

'-¿Será él?, pensó Muley. ¡Era un niño!

'Luego, dirigiéndose a Ramírez, preguntó:

'-¿Tienes madre?

(...)

'-Una anciana, que me ha servido de madre.

'-¿Hipólita Martínez?

'-¡Sí! -exclamó admirado el joven prisionero.

'-¡Ven a mis brazos, hermano mío! (...)" (La cruz y la media luna, pág. 51).

Y junto a los anteriores, otra nutrida batería de efectos melodramáticos: pueriles mutaciones y cambios de apariencia externa, exclamaciones y gesticulaciones hiperbólicas de los personajes, interrogaciones retóricas del propio narrador, indicios de acontecimientos futuros para alimentar expectativas en el lector, situaciones de blando ternurismo o apartes con finalidad burlesca en los diálogos: "-Prometo no beberlo más; y añadió para su capote: hasta que brinde por tu exterminio, perro moro."⁶⁰ Por no citar aquellos que, por su aparición fragmentada, hay que considerar consustanciales a las novelas por entregas, cual los bruscos

cortes en la narración o los finales en suspense, cuyos pretendidos efectos se difuminan al poder disponer de todo el texto a la vez.

Las inverosimilitudes de contenido responden a muy diferentes causas. A veces tan sólo se trata del desconocimiento del autor o de su escasa documentación, no de otro modo puede entenderse que Rafael del Castillo confunda el Rif, ya bien alejado, por cierto, del escenario donde se desarrolló la guerra de África, con la amazonía:

"Estamos en uno de los pintorescos bosques que crecen en las faldas de las montañas del Rif./ Bosques impenetrables donde jamás planta humana se ha estampado, crecen las hierbas en todas direcciones, y arbustos y plantas forman cortinas sobre cortinas, y barreras insuperables, que sólo a fuerza de trabajo y de tiempo se pueden salvar."⁶¹

O que D. A. Cubero no atine con la fauna local:

"El enemigo que les había puesto en tan extremado trance era un tigre venido sin duda del desierto del Gar."⁶²

Otras veces la imaginación del narrador se desborda en una disparatada euforia verbal, creando situaciones cómicas donde no lo pretendía, así podemos ver lo sencilla que resulta una transformación de raza tal y como la propone Antonio Redondo:

"Los moros con un pedazo de raso negro cortaron e hicieron una careta y unos guantes amoldados a la cara y manos del teniente, que lo transformaban en un verdadero etíope, y teniendo la misma talla poco más o menos que Zulema podía muy bien pasar por éste a quien lo viese en compañía del fingido Ismael."⁶³

Las tres novelas siguen una misma pauta temporal. Los acontecimientos son narrados con una cronología lineal, quebrada, sin embargo, por dos procedimientos. El primero, por las muy abundantes analepsis insertadas, con más o menos esfuerzo, en el acontecer principal. Todo personaje que aparece, sea protagonista o secundario, tiene una historia personal que el autor no desea escamotear al lector y más tarde o más temprano nos la revelará. En general, más que para estructurar el relato o arrojar luz sobre los acontecimientos presentes - aunque en algún caso también cumple esta segunda finalidad- tiene una función amplificadora,

del número de páginas sobre todo, de manera que de cabida a nuevos personajes y un tronco argumental simple pueda cubrirse de múltiples ramas, mostrencas en su mayoría.

La otra forma de romper la linealidad, o al menos su percepción como tal por el lector, no consiste en un procedimiento temporal sino que depende del ya antes mencionado don de la ubicuidad que posee el narrador; de la nula restricción de su punto de vista. Se fundamenta en los sucesivos cambios de situación y personajes, de tal manera que una secuencia se interrumpe abruptamente mediante la aparición repentina de un nuevo personaje o por algún factor argumental trastornador de lo que hasta ese momento se hallaba en curso narrativo. El narrador deja en suspenso la situación anterior y se desplaza a otra distinta, con diferentes personajes y asunto ajeno a la primera. Con frecuencia, esta segunda situación termina de forma tan accidentada como la precedente, a veces para volver a ésta y a veces para iniciar o retomar -si había quedado abandonado antes- una tercera, cuya interrupción puede devolvernos al punto donde quedó suspendida cualquiera de las anteriores, pero también puede converger con alguna de ellas o iniciar una nueva. Esto supone que cada línea narrativa llega al lector fragmentada, y que entre esos fragmentos se han ido introduciendo otras distintas, divididas, a su vez, de igual forma que la primera. La temporalidad referida por estas líneas narrativas admite múltiples y variadas combinaciones, pueden ser simultáneas en diferentes escenarios; contiguas, bien por anterioridad o posterioridad; separadas por lapsos de tiempo más o menos distantes, pues hay que tener en cuenta las analepsis antes señaladas; o cualquier otra variación. La confluencia de parte o de todas ellas puede irse produciendo progresivamente, por integración de unas en otras, o puede dilatarse hasta llegar a una suerte de apoteosis final, tal y como sucede en El honor de España, donde en la casi familiar reunión previa a la conclusión de la novela convergen todas las historias individuales que el narrador ha ido creando para atender al devenir particular de cada uno de los personajes. Así, por ejemplo, en esta narración que, por su mayor número de historias diferentes, permite observar con más nitidez este procedimiento, el texto comienza durante la noche del 15 de agosto de 1859 -en los momentos previos a la agresión marroquí contra la fortificación

española- cuando el subteniente Carlos de la guarnición de Ceuta visita a su amada Zobeiba en casa de ella. Tras una escena de celos, él se marcha. Se interrumpe este asunto para pasar a otra dependencia de la misma casa en la que el padre de Zobeiba con otros cabileños notables traman el ataque a la fortificación española. Tras algunas otras cuestiones relacionadas con la conjura, volvemos al relato de Carlos, agredido esta vez a la puerta de la vivienda de unos judíos amigos a los que ha ido a visitar. La narración de esta línea queda en suspenso sin que el lector sepa cuál será el destino de Carlos. A continuación se refiere lo acontecido a otro buen número de personajes y el comienzo de la guerra, aunque todas estas historias van quedando en suspenso de manera semejante a la del subteniente agredido. Conocemos a una familia trabajadora del Avapiés, en la que un malentendido -que sólo se desvelará con posterioridad- empuja a uno de sus miembros a enrolarse en el ejército y partir hacia Marruecos. A un poeta, Alberto, enamorado de una señorita de la alta sociedad madrileña que, convencido de que ella no lo quiere, también ha decidido irse a la guerra, pues, aunque ella está enamorada de él -lo que podría haber acabado con sus pesadumbres y con su drástica decisión- no se lo puede confesar porque cuando va a hacerlo son interrumpidos por una misteriosa mujer que arranca al poeta de su lado. A un bravo oficial, amigo del poeta, que en el primer combate de la novela, perdona la vida al padre de Zobeiba impresionado por la belleza de ésta. Y, por supuesto, en una línea argumental que poco tiene que ver con la de todos estos personajes, los preámbulos y avatares del principio de la campaña. Finalmente, el narrador -casi cincuenta páginas después de haberla abandonado- retoma la historia del subteniente Carlos para contarnos que sólo quedó herido, fue introducido en la casa de los judíos -donde aún permanece recuperándose- y atendido por ellos. Su momentáneo despertar le permite declarar su amor a Ester, la hija del dueño de aquella casa, pero un repentino desvanecimiento del militar vuelve a interrumpir esta línea argumental. Mientras el narrador consigue volver en sí al sufrido subteniente, el tiempo sigue avanzando y continuaremos teniendo noticias -siempre fragmentadas; intercalándose unos asuntos con otros- de la guerra y de lo que les va sucediendo a los personajes, a los ya

conocidos y a otros nuevos que se han ido incorporando al relato en las cien páginas que Carlos permanece ausente. Su despertar coincidirá con la presencia en la casa del judío de Alberto, el poeta, que ha resultado herido en el frente y trasladado a este lugar seguro por Julia/Sara -pues de ambas maneras se la nombra, dependiendo del interlocutor-, antiguo amor del poeta, la mujer que lo separó de su actual amada madrileña y luego lo salvó de una muerte cierta en el campo de batalla. A su vez, Julia ve a Carlos y reconoce en él al hermano de Alberto, merced a un medallón -cuya clave no será desvelada al lector hasta muchas páginas más adelante- que pende de su cuello. Cuando unos capítulos después Carlos y Alberto sepan la relación de parentesco que los une, sus historias también se fusionarán ya en una sola, en la que se integrará Zelim, el tercer hermano, que hasta ese momento, por desconocer su origen, se creía marroquí. De este modo entrecortado continúa discurriendo la narración hasta su final, cuando toda una tramoya de intrincadas relaciones familiares y afectivas se desvele.

Este procedimiento para distorsionar el tiempo ya ha sido señalado por Romero Tobar como propio de este tipo de novelas: "La disposición lineal del tiempo recibe una elemental manipulación técnica con el recurso del paralelismo cronológico de acciones diversas"⁶⁴. Aunque, como hemos visto, en El honor de España, debido a su extraordinaria dispersión argumental, no pueda considerarse, en rigor, que tal paralelismo sea en todos los casos cronológico, sin que esto se deba a la voluntad del autor por romper los moldes establecidos ni al dominio de una superior técnica, simplemente hay que atribuirlo al desmesurado volumen de su relato. Aparecen tantas historias distintas entrelazadas que, cuando recupera alguna de las que ha abandonado para continuar contando las restantes, la cronología ya ha superado con creces el momento en que dejó aquella.

Resultaría ardua la tarea de diferenciar a los autores de estas tres novelas por el uso que del lenguaje hacen. Todas ellas se prodigan en usos que casi forman parte de la propia esencia en este tipo de obras y que, según comenta Ferreras⁶⁵, no cabe atribuir a carencias del escritor sino a imposición del proceso de dictar el relato. Entre ellos los epítetos vacíos de

contenido que anteponen a los sustantivos de persona: "el valiente soldado", "el rastrero moro", "la dulce muchacha"; o la repetición de asociaciones, por ejemplo, "la noche" con "manto negro", "oscuro" o "de sombras", que se repiten hasta el hartazgo. Tomemos a Cubero como muestra, aunque esto no resulte privativo de La cruz y la media luna:

"La noche había extendido por todas partes su crespón de sombras", (pág. 9).

"La noche extendía su manto de oscuridad y silencio", (pág. 304).

"Las melancólicas sombras de la noche se acercaban a paso de gigante", (pág. 370).

Otras múltiples citas podrían entresacarse del mencionado y de los otros relatos para corroborar estos usos. Sin embargo, al margen de las deudas estilísticas de este género, la característica más llamativa de su prosa reside en la pésima redacción y el descuido absoluto, en ocasiones, franca rebeldía contra la gramática, lo que resulta comprensible si consideramos que, como ya antes quedó señalado, la premura impedía su corrección. Véanse, a manera de mera ilustración:

"Era cajista como Andrés, y diferente a él era querido y mimado por el dueño de la imprenta en que trabajaban." (El honor de España, pág. 26).

"Los moros se llevaron otro intervalo de muy pocos días sin presentarse en acción." (El honor de España, pág. 192).

"Como quiera que no podía verse el más mínimo reflejo de la luz que iluminaba en aquellos momentos la casa del renegado, sino acercándose inmediatamente a su puerta, y como que los huéspedes que entonces encerraba hablaban sumamente bajo, nada podía traslucirse por de fuera", (La toma de Tetuán, pág. 41).

Esto no impide que de vez en cuando los escritores deseen elevar el tono artístico, claro que echando mano de un cursi retoricismo ya rancio en la época en que escribían. Como meros ejemplos, podemos leer: "Una luna que rodeada de su corte de estrellas, se enseñoorea en medio de la azulada cortina del firmamento", (El honor de España, pág. 7); "Hasan era ya su única esperanza, el único apoyo de su horfandad, el único que, con el bálsamo de sus amores, podía mitigar el dolor de su alma y hacerla dichosa", (La cruz y la media luna, pág. 65); "la hermosa africana bañaba con lágrimas su rostro angelical", (La toma de Tetuán, pág. 22).

Estos devaneos líricos conviven con ramplonerías e imprecisiones léxicas, cuando no neta ignorancia del significado de algunos vocablos, aún más conmovedoras que aquéllos: "Vio que por allí cogía [cabía] un cuerpo", (El honor de España, pág. 748); "los tetuanos", (La cruz y la media luna, pág. 483); "la criada o esclava, según quiera decirse, partió (...)", (La toma de Tetuán, pág. 15). Abundando en esta cuestión del léxico, cabe señalar ciertos hábitos de Rafael del Castillo, en el que estas insuficiencias pueden apreciarse de manera más acusada y quien, a juzgar por su proclividad a la repetición de vocablos da muestras de un muy escaso repertorio de adjetivos. Por ejemplo, podemos encontrar "delicioso" y sus variantes gramaticales hasta cuatro veces en algo menos de media página, como única calificación para todos los sustantivos complementados:

"Estamos en una quinta deliciosa, situada entre los pintoresco cármenes de Granada (...) Por entre las deliciosas calles del jardín (...) En uno de los cenadores (...) había otra pareja también que contempaba con delicia (...) El peregrino (...) se había ido a aquel retiro delicioso (...)" (Páginas 955-956).

De igual modo, hay que deplorar el empleo de "inexplicable" para situaciones del todo explicables, por ejemplo: "Miguel adoraba a María, con la más pura pasión de su alma. Prometido esposo de la joven, veía acercarse el día de su felicidad con una alegría *inexplicable* [!]", (pág. 27); o, "cuando se concentraban todas las afecciones de la vida en una sola persona, si por casualidad se pierde a esta queda un vacío, un desconsuelo *inexplicable* [!] en

el corazón", (pág. 216). A veces la pretendida belleza expresiva se torna franca vulgaridad por la torpeza del autor en la elección de alguna palabra, aunque intente transcribir expresiones de otra cultura y otra lengua, no de otro modo puede entenderse: "La mora, según el lenguaje figurado de los africanos, era más que la hija de un hombre, *aborto* [sic] de la sonrisa de una hurf", (pág. 95). Carencias léxicas que en menor medida alcanzan también a los otros dos autores. Cubero, por ejemplo, pretendiendo destacar la elevada estatura de un personaje lo deja reducido al tamaño de un muñequito infantil: "pasaba de cinco *pulgadas* de estatura"⁶⁶; y Redondo no acierta, al igual que Cubero, con algún gentilicio propio de esta guerra: "Tal es el respeto que los *cabilas* [cabileños] tienen a esta clase de soldados"⁶⁷.

Común resulta también el maltrato que deparan a la sintaxis mediante discordancias verbales y expresiones agramaticales de todo tipo, algunas de las cuales, aunque aparezcan en construcciones coloquiales, constaría mucho esfuerzo oír en boca de algún hablante español. A manera de ejemplo, entresaco sólo algunas:

"Todos tres ya en el suelo", (El honor de España).

"-(...) Si caemos en su poder *era* [será] peor lo roto que lo descosido", (La toma de Tetuán).

"Una poca de agua", (La toma de Tetuán).

"El alarma en el campamento", (La cruz y la media luna).

También casi común, hay que hacer una excepción con la narración de Cubero, es el muy abundante repertorio de faltas de ortografía que adornan sus textos. Algunas de ellas pudieran deberse a erratas de imprenta -bastante frecuentes en esta época, a tenor de lo observado en libros distintos de éstos- y el resto, como otros defectos ya mencionados, achacables a la premura que imposibilitaba corregir lo escrito, dado que con bastante probabilidad los escritores ni llegaban a ver el manuscrito que habían dictado. En El honor de España se pueden leer: "estubo", "daguerreotipo", "gabiotas", "ojas", "vulto" y otras muchas semejantes. En La toma de Tetuán: "humbral" y "tituveas", entre otras.

La novela por entregas de la guerra de África no responde a una voluntad literaria de recreación del acontecimiento desde un prisma artístico, ni tampoco a un acercamiento testimonial o a un afán divulgativo serio. Su finalidad sólo puede ser entendida en el contexto en que se genera, esto es, dentro de la corriente general de esta novelística, con sus mismos presupuestos y sus mismas intenciones, las cuales, según Juan I. Ferreras⁶⁸, se reducen a una: la obtención de un rápido beneficio económico, de ahí la artificial voluminosidad de algunas de ellas y sus insuficiencias de toda índole. Se narran las manoseadas historias de siempre, de peripecias aventureras y amor en pugna con su ambiente, cambiando el escenario y los elementos circunstanciales. La guerra y su acontecer se convierten nada más en un pretexto, utilizado de forma coyuntural por la popularidad que en su momento ostentó, lo que sin duda ampliaría el número habitual de lectores y las consiguientes ganancias. Basta para confirmar este punto recordar la acogida que el público dispensó al Diario de un testigo de la guerra de Africa, de Pedro Antonio de Alarcón, que, publicado también por entregas durante aquellos días, aun sin tener forma novelesca y en estrecha competencia con otras obras de semejante corte que se estaban publicando a la vez -puede citarse la Crónica del Ejército y Armada de Africa o Crónica de la campaña, como se la denominaba, que se escribía en Madrid por un colectivo de autores ayudados por mapas e informaciones varias, según apunta García Figueras⁶⁹-, alcanzó una difusión de cincuenta mil ejemplares y su editor, así lo confirman múltiples tratadistas⁷⁰, se veía acosado por las quejas de los suscriptores ante el retraso de las entregas.

Obligado se hace reconocer que estos autores, al menos los que escribían casi al filo de los sucesos bélicos, acuciados por la premura de editores y público, con un conocimiento menos que superficial del lugar y de los acontecimientos, y sin mediación temporal para digerir y reposar lo sucedido, no podían componer magnas obras. Ofrecían a los lectores lo que éstos, alimentados por la infraliteratura de entregas y enfervorecidos de belicismo patriotero por políticos y prensa, demandaban. No quedaba lugar para los matices, el moro

tenía que ser malvado y ruín; el español, gallardo y heroico; la mora, bella y enamoradiza; y la guerra, una epopeya que reverdeciera los ya por entonces mustios laureles españoles.

En consecuencia, la imagen que esta novelística ofrece de la guerra de África queda relativizada por todos estos condicionamientos. No pueden tomarse en consideración la mayor parte de las ideas vertidas en ellas por responder más a una momentánea euforia colectiva, de la que se hacen eco los novelistas, que a una meditada convicción personal. El universo narrativo creado y los personajes que lo habitan carecen de toda proyección artística y su valor literario, desde una generosa indulgencia, hay que estimarlo muy escaso. No puede, sin embargo, obviarse su existencia, en primer lugar porque constituye la más primitiva manifestación de una materia narrativa que, como veremos en las páginas siguientes, alcanzó en obras y en campañas posteriores un auge más que mediano, y en segundo lugar porque desde el punto de vista social disfrutaron de una gran popularidad en su momento y, aunque no fueron verdadero alimento, al menos sirvieron de tentempié literario, ya que una parte de sus lectores, según sostiene Rubén Benítez⁷¹, serían los de la novela realista del último tercio del pasado siglo.

Benito PÉREZ GALDÓS⁷² abre una segunda etapa en la narrativa de ficción sobre la guerra de África, al dedicarle parte de la cuarta serie de sus Episodios nacionales, el denominado Aita Tettauén y los primeros capítulos de Carlos VI en la Rápita, donde continúa y concluye la aventura africana, por lo que voy a considerar ambos Episodios como una obra única, ya que los acontecimientos narrados son consecutivos y no presentan diferencias de tratamiento o tono narrativo que pueda suponer alguna ruptura entre ellos. Al contrario, ambos constituyen una unidad de contenido, personajes e ideas.

Lo primero que hay que señalar para una cabal comprensión del punto de vista que el insigne novelista adoptó en su acercamiento al asunto es la gran distancia temporal que media entre los acontecimientos y el momento de su recreación. Ambos Episodios están fechados en 1905, cuando la guerra de África no constituía ya más que un mero suceso histórico sin

conexión alguna con el presente y cuyos protagonistas hacía tiempo que habían desaparecido. Todo ello permitía, además de un conocimiento mucho más amplio del suceso y sus consecuencias facilitado por la perspectiva temporal, una visión en absoluto deudora de la coyuntura momentánea, más ecuánime y, por consiguiente, más apta para su tratamiento literario. Viene esto al caso por la comparación que, a veces un tanto a la ligera, se ha establecido entre los planteamientos seguidos por obras anteriores y los mantenidos en estos Episodios, y no estoy pensando en la serie de novelas por entregas sobre esta guerra -que probablemente Galdós conoció, dada la popularidad que alcanzaron, pero que, a mi juicio, no han dejado rastro alguno en su obra- sino en el Diario de Alarcón. Si todo libro puede considerarse deudor de su época y de las ideas que en ésta imperan, más ha de serlo uno que como el de Alarcón quiere ser crónica de una parcela del acontecer simultáneo. El narrador granadino refirió los sucesos de la manera que el momento exigía, acentuando el ardor belicista que se había apoderado de la sociedad española y glorificando sin mesura la actuación de un ejército en el que se habían depositado las garantías del honor patrio. De hecho, pocas variaciones se pueden apreciar, salvo las derivadas de estilo y extensión, entre su obra y los diversos testimonios que con intención más o menos literaria se escribieron en los momentos de la campaña o en sus inmediatas postrimerías.

Galdós parte de lo que hasta entonces constituía visión única de la guerra de África en el panorama literario español -una gran hazaña militar- para darle la vuelta por completo. Contó para ello no sólo con el reposo que el tiempo había dado a los acontecimientos, sino con la muy estimable ayuda de los testimonios precedentes, de manera significativa el Diario de Alarcón y un relato del historiador marroquí Xej Sid Ahmed Ben Jâled En-Nasiri Es-Selaui, que unas veces aparece citado con el título de Istiksa Tsarij el Mogreb -así lo menciona Ricardo Ruiz Orsatti⁷³- y otras como Kitâb el-istiqsâ -como lo señala Hans Hintehäuser⁷⁴-, el cual más tarde fue recogido, en traducción al español, por Maximiliano A. Alarcón y Santón en su libro La guerra de Tetuán según un historiador marroquí contemporáneo⁷⁵. Título que presenta ciertas concomitancias, sobre todo en el enfoque de

los sucesos bélicos, con la narración que de ellos hace el personaje el Nasiry en Aita Tettau. Además dispuso de la información que por vía epistolar le facilitó Ricardo Ruiz Orsatti, de las impresiones que el novelista pudiera recoger en su parcialmente frustrado viaje a Marruecos y de otras probables aportaciones menos contrastadas⁷⁶.

El protagonista, Juan Santiuste, marcha a África acompañando al ejército expedicionario en calidad de entusiasmado cronista del acontecer bélico. Las primeras escaramuzas le mostrarán la descarnada realidad de la guerra, haciéndole olvidar los sones gloriosos que habían inundado sus oídos y su cabeza e impulsándole a abandonar el campo de batalla, mudar de concepciones y hasta de atuendo. Su peripecia personal da pie para desarrollar la idea central de la narración galdosiana: la frontal oposición a la guerra desde todos los posibles ángulos, como grave perjuicio para la salud de los individuos y de los pueblos, como fraude absoluto que encubre causas ajenas a las manifestadas y como desengaño ineludible, aunque su final se revista con caracteres de victoria. Con cierta frecuencia se ha querido ver en este Episodio, más que nada, una contralectura paródica del Diario de Alarcón. En tal dirección se pronuncian Antonio Regalado García: "Galdós (...) usa tan sustancialmente el Diario que sin él no hubiera podido hacer el Episodio como lo hizo"⁷⁷; Alfred Rodríguez: "both the parallelism and its ironic consequences may be seen as an overall parody of Alarcón's Diario de un testigo de la guerra de Africa"⁷⁸; y, aún con más contundencia, Juan Goytisolo: "Este curioso y sugestivo Episodio (...) se articula y homogeneiza decisivamente en relación con otro texto narrativo, Diario de un testigo de la guerra de Africa (...) la novela encuentra su coherencia interna en un enfrentamiento dinámico con el modelo de Alarcón (...) la supuesta lectura de la guerra de África se transformará insidiosamente (...) en una contralectura de Alarcón"⁷⁹. Tal paralelismo sin duda existe y hasta resulta de franca obviedad, sin embargo, no pueden pasarse por alto otros elementos que dan a la obra una dimensión más ambiciosa e incluyen esta parodia en una mayor, la representada por la guerra como concepción epopéyica en su totalidad, de la cual el Diario no es más que un capítulo destacado. Así lo aprecia, por ejemplo, Joaquín Casaldueiro: "una melodía de su Episodio

consiste en la parodia del Diario. Como en Cervantes, la parodia se llena de un profundo sentido.^{"80}

La narración discurre en paralelo al acontecer histórico, sin que Galdós hurte o tergiverse nada de lo sucedido, incluso aquello que en apariencia pudiera contradecir sus tesis. Comienza presentándonos las causas de la guerra y a sus personajes novelescos inmersos en la fiebre belicista que inundó España en los días de la declaración y los preparativos para la campaña. No obstante, el narrador ya nos pone sobre aviso de sus intenciones, distanciándose de las razones que deliberadamente habían sembrado para confundir el ingenuo sentir popular. Primero ironiza sobre el motivo: "no había español ni española que no sintiera en su alma el ultraje, y en su propio rostro la bofetada que a España dio la cabila de Anyera profanando unas piedras y destruyendo nuestras garitas en el campo de Ceuta"⁸¹; que tal y como está planteado, minusvalorando lo profanado, "unas piedras", hubiese escandalizado a cualquier narrador de los que refirió el hecho en su momento. Luego, explicita las verdaderas razones que, a su juicio, llevaron al ejército español a Marruecos:

"El agravio no era de los que piden reparación de sangre. Fueron los españoles a la guerra porque necesitaban gallear un poquito ante Europa y dar al sentimiento público en el interior, un alimento sano y reconstituyente. Demostró el general O'Donnell gran sagacidad política, inventando aquel ingenioso saneamiento de la psicología española (...) Los partidos de oposición, deslumbrados por el espejismo histórico, cayeron en el artificio." (Páginas 566-567).

Tampoco el ambiente callejero escapa a su socarrona ironía:

"Guerra clamaban las verduleras; venganza y guerra los obispos (...) Un representante de la nobleza, ofreciendo al trono el concurso de sus iguales, decía, *mutatis mutandis*, lo mismo que la ínfima plebe en tabernas y mercados. Contra el pobre agareno iba el furor de pobres y ricos, de clero y nobleza, de niños pequeños y niños grandes (...) En cada mesa de cada café funcionaba un consejo de grandes tácticos y peritos estrategas. Eran, por lo común, empleados de mediano sueldo, retirados del ejército

o cesantes (...) Allí se vio la grande generosidad de este pueblo, que olvidaba sus miserias, resignándose a comer entusiasmo y glorias, mal aderezadas con pan seco (...) Nadie dudaba del triunfo: el esplendor de nuestras armas traería después bienes sin cuento, que cada cual se imaginaba conforme a sus gustos y necesidades." (Páginas 566-568).

Toda esta festividad de ánimo e inmoderado jolgorio colectivo, de los que participa Santiuste antes de su partida y durante el viaje, se convierten en recurso narrativo para acentuar su caída desde la cima de sus ilusiones hasta el brutal choque con la autenticidad de la guerra. Mientras en su inexperiencia "ansiaba (...) ver moros, y presenciar una gallarda pelea" (pág. 577), una vez que lo ha visto y ha podido comprobar sus resultados, su entusiasmo belicista se desinfla con gran celeridad y le sumerge en unas tan desoladas como lúcidas -en cuanto a las verdaderas causas de la guerra- reflexiones, de las que pone en antecedentes a su amigo Pedro Antonio de Alarcón:

"-En pocas palabras te lo cuento todo, Perico. Estoy desilusionado de la guerra. Te reirás de mí, acordándote de aquel entusiasmo mío que más parecía locura (...) La guerra, vista en la realidad, se me ha hecho tan odiosa como bella se me representaba cuando de ella me enamoré por las lecturas (...) yo sostengo que la guerra es un juego estúpido, contrario a la ley de Dios y a la misma naturaleza (...) en el fondo de todo esto no hay más que un plan político: dar sonoridad, empaque y fuerza al partido de O'Donnell (...) De dentro de mi alma ha salido este movimiento, que al modo de terremoto ha trabucado mis ideas, poniendo arriba las que estaban debajo. Me siento hombre distinto del hombre que yo era." (Páginas 585-587).

La transformación del protagonista, que continuará alimentándose con nuevos sucesos que abundan en lo ya conocido, supone un punto de inflexión narrativa. Ha quedado probado que la guerra deja tras de sí un rastro de infelicidad, de despojos y de muerte, que en nada se parecen a la gloria imaginada, y que, además, constituye un cruel engaño. Esta idea de la guerra o, mejor dicho, de su transmisión o manipulación literaria como falseamiento de lo que

en realidad es, se convierte en uno de los pilares ideológicos de este Episodio. A las manifestaciones del propio narrador, se une la reflexión de Santiuste, la increpación que este lanza contra el proceder literario de Pedro Antonio de Alarcón: "-Eres aquí el poeta de la guerra. España trae artilleros para los cañones, y poetas que conviertan en estrofas sonoras los hechos militares, para fascinar al pueblo", (pág. 587); y el relato del Nasiry, que desde el punto de vista marroquí, incide en lo mismo, según el propio Nasiry confiesa al protagonista: "-¿Crees tú que es historia lo que escribo para el Zebdy? No, hijo; no es nada de eso, porque he tenido que escribirlo al gusto musulmán, retorciendo los hechos para que siempre resulten favorables a los *morios*. Y cuando no me ha sido posible desfigurar el rostro de la verdad, hele puesto mil mentirosos adornos y afeites para que no lo conozca ni la madre que lo parió", (pág. 663). Aparte del declarado antibelicismo que revela, cabe encontrar en esto una evidencia del carácter didáctico, del valor de la historia pasada como enseñanza para el presente, que don Benito, según amplios sectores de la crítica han señalado, quiso imprimir a sus Episodios.

Con el abandono del campamento español por Santiuste, enfermo en cuerpo y alma, la guerra pasará a un segundo plano, pues su cronista ha abjurado de sus ideas belicistas, transformándose, a partir de aquí, en poeta de la paz y del amor. Desde este momento el relato caminará por diferente senda, estableciéndose un paralelismo simbólico, de apariencia antagónica, entre el desarrollo de la acción militar española y el devenir del personaje. Mientras aquella continuará por los mismos derroteros hasta alcanzar su máximo triunfo con la entrada de las tropas en Tetuán, Santiuste emprenderá su particular campaña, de carácter amoroso, para conquistar el corazón de Yohar, una joven judía tetuaní, de la que también, a pesar de la patente hostilidad familiar contra la que debe luchar, saldrá victorioso. Este aspecto, sin embargo, parece prestarse a diferentes interpretaciones. Mientras Hinterhäuser - "Santiuste ve una estrecha y natural relación entre la toma de Tetuán por el cuerpo expedicionario español y su personal conquista de la blanca judía tetuaní, Yohar"⁸²- y Alfred Rodríguez -que refiriéndose al final de varios Episodios dice: "These volume endings (...)

emphasize an ideal belied by historical reality (...) In Aita Tettauen (...) Santiuste conquers by love, while Spanish troops enter Tetuán in military parade"⁸³- consideran este simbolismo de la misma forma que lo hago en estas páginas, Joaquín Casaldueiro le da un sentido radicalmente distinto: "El dolor de los personajes no está en relación con el relato, y a veces en oposición a él, por ejemplo: al entrar el ejército español en Tetuán, es cuando Santiuste descubre su fracaso"⁸⁴. Creo que atendiendo a las palabras con que el protagonista responde a su amigo Alarcón, al final de Aita Tettauen, no queda lugar para ningún tipo de ambigüedades: "-(...) Ya te demostraré que alguna hojita de los laureles que habéis conquistado me corresponde a mí (...) Si vosotros con el acero y la pólvora habéis hecho una gran conquista de guerra, yo, con pólvora distinta, he hecho una conquista de paz." (Pág. 664).

Si el éxito de esta conquista se caracteriza por lo efímero, dado que Yohar volverá con su familia, no menos lo semeja la toma de Tetuán respecto de las aspiraciones españolas, que esperaban conseguir la claudicación de Marruecos tras su entrada en la ciudad. La guerra continúa en ambos frentes: el ejército expedicionario fija sus miras en la toma de Tánger, hacia donde dirige sus pasos, y Santiuste intenta una segunda conquista en la persona de Erhimo, una de las mujeres del Nasiry. Ambas acciones resultarán frustradas antes de llegar a consumarse, aquella por la petición de paz marroquí, y ésta porque el marido se apercibirá de lo que su invitado, Santiuste, está tramando. Hasta este momento el simbolismo parece haber discurrido por vías opuestas, a las derrotas del personaje han correspondido triunfos de las armas, sin embargo, ambos se emparejan en el desenlace desvelando su alegórico sentido último. Santiuste, conminado a abandonar el país por el Nasiry, recibe una bolsa de monedas como compensación por la pérdida de sus conquistas amorosas. Otra bolsa, un poco más abultada, obtendrá España como contraprestación por sus muertos y heridos en la aventura africana. Escaso beneficio -al decir incluso del protagonista, quien comenta al Nasiry: "-Poco es lo que sacamos de esta guerra, costosa en dinero y más costosa en sangre"⁸⁵- teniendo en cuenta que los dos, España y Santiuste, han dejado jirones de su salud en tierras marroquíes.

Empresas que habían suscitado tanto entusiasmo y tan halagüeñas perspectivas concluidas con un decepcionante final, que deja un poso de desencanto, en nada parecido a la esperable euforia triunfadora. A estas alturas, la guerra, que antes había sido desmitificada en su calidad de epopeya heroica, no conserva ya ni un mínimo rastro de presentabilidad, ha quedado reducida a una sucesión de disparates no distintos, aunque sí mucho más atroces, que los llevados a cabo por Santiuste. Ambos, insensateces o desvaríos propios de una mente necesitada de cierta higiene.

El aspecto de la batalla o del combate, utilizado en las narraciones precedentes como momento estelar de la guerra en su exaltación del heroísmo, adquiere en estos Episodios otra dimensión. Constituye, antes que nada, el marco referencial necesario para suscitar los sentimientos antibelicistas del protagonista. La primera acción bélica que se narra, la del día 30 de noviembre en Sierra Bullones, comienza como un espectáculo que Santiuste presencia desde lugar seguro, disfrutando con la "gallarda pelea" que "ansiaba ver" desde que en España se preparaba para acompañar a las tropas. Desde lejos la función, que además le va siendo comentada por el joven hijo de un coronel, no defrauda sus expectativas:

"Arrimóse también allí. Un amigo le cogió por el brazo: era Enrique Clavería (...) pusieron toda su atención en el espectáculo que delante tenían (...) vieron que los moros salían por aquella parte como nube de moscas. Admiraba el cronista su agilidad de saltamontes (...) se les veía perderse entre matorrales y salir de ellos saltando, con rápida flexión de sus zancas oscuras (...) Los moros se corrían hacia las alturas del *Renegado*: querían envolver a Echagüe. Pero allí tenían la peor de las posiciones (...) Ya anochecía cuando Santiuste y los demás vieron regresar a O'Donnell con Zabala hacia el Serrallo; después bajó Echagüe. Todos traían cara de haber cumplido su deber con fruto." (Páginas 577-578).

Sin embargo, cuando el aspecto festivo de la batalla ha terminado, aquella noche y, sobre todo, a la mañana siguiente, Santiuste puede comprobar los verdaderos efectos del combate: el hospital, los heridos y los muertos camino de una improvisada fosa. Este otro espectáculo,

consecuencia de aquel que le había entusiasmado, le obliga a adquirir conciencia de la realidad de la guerra, no de las falsedades que cantaban los poetas en aquellos libros que "conmovían todo su ser y le disparaban el corazón a un palpar loco", (pág. 564). Ahora su ánimo se encoge y sus sentimientos son muy otros:

"Juan sintió el descenso de su entusiasmo, al ver que en una camilla traían al pobre Pulpis gravemente herido (...) Pero el descorazonamiento del cronista no llegó a las frialdades más negras hasta la siguiente mañana, cuando le dio por recorrer todo el lugar de la acción del 30. Los heridos que en las tiendas de sanidad veía eran cientos, y a él le parecían miles. Los muertos que vio recoger y conducir a las sepulturas, formaban en su mente fúnebre legión. Iba el capellán castrense de un lado para otro echando responsos con militar presteza, y a su paso desaparecían bajo la tierra tantos y tantos jóvenes que horas antes fueron vigorosos, sentían intensamente la alegría de vivir, y se juzgaban mantenedores del honor de su patria." (Páginas 578-579).

He aquí la guerra que Galdós pretende enseñar. No la mayor o menor plasticidad de una batalla, sino su fúnebre trastienda. No el arrojo y heroísmo del valiente soldado, sino la frialdad de la muerte de muchos jóvenes. De ahí que, en contra de lo que hasta entonces habían escrito los narradores de la guerra -Alarcón en particular, pero no sólo él sino, en general, todos los cantores de gestas bélicas-, se acentúen con mayor fuerza las funestas consecuencias de las batallas que el empeño corajudo o la habilidad estratégica desplegada en el combate, de forma que éstos no oculten aquéllas. En consecuencia, una vez logrados sus objetivos, desposeída la guerra de cualquier posible grandeza, su cronista abandona el campamento español y las narraciones de batallas desaparecen casi por completo, pues la del 4 de febrero, la denominada batalla de Tetuán, que el Nasiry cuenta en su parcela de Aita Tettauén tan sólo refuerza el carácter engañoso de los relatos belicistas, esta vez distorsionados desde la perspectiva marroquí. Acciones militares tan importantes como la de Samsa o la decisiva de Wad-Ras sólo son citadas de pasada o enfocadas desde la derrota.

Podría parecer la anterior afirmación gratuita o contradictoria con el acontecer del Episodio, ya que pocas páginas después acomete, con bastante detalle y en un tono adecuado al que la tradición de la literatura belicista ha fijado para las grandes gestas, la narración de la célebre batalla de Los Castillejos. Tal contradicción es sólo aparente, pues no puedo sustraerme a la idea de que Galdós encara deliberadamente el más famoso de los capítulos de esta guerra para hacerlo objeto de ese feroz sarcasmo, que a lo largo del relato va sacando de su trastienda narrativa en pequeñas dosis, mediante sutiles ironías humorísticas o con expresiones distanciadoras de la acción. A tal efecto, conviene analizar el texto con algún detalle:

"Ronco estaba Prim de las voces que les daba, inflamando su patriotismo con el nombre mágico de la reina cien veces pronunciado. Pero no había nombres de reinas ni invocaciones patrióticas que multiplicaran a los hombres [éste y los sucesivos subrayados del siguiente fragmento son míos y señalan las ironías o los distanciamientos del narrador a que hacía referencia en las líneas anteriores], y sólo multiplicándose y convirtiéndose cada uno en seis, podían romper los apretados haces de moros ensoberbecidos, rugientes, feroces. Un momento más sin que se efectuara el milagro de la multiplicación de los hombres, y todo se perdía sin remedio (...) las bayonetas segaban los haces enemigos. Morazos de tremenda estatura caían hacia atrás, elevando al cielo los remos inferiores como si fueran brazos (...) ¿Será verdad que la diosa, cuando bebe mucha sangre, se pone muy contenta, y en su seno acoge con amor a las innumerables víctimas de la guerra? Así por lo menos se dice en todas las odas que consagran los poetas a cantar batallas." (Páginas 593-594).

Se hace más patente esta idea si confrontamos la visión de la batalla en Aita Tettauen y la que Alarcón nos ofrece en su Diario, donde acaso encontrase cierta inspiración Galdós, dado que ambas presentan el mismo desarrollo de acontecimientos y en idéntico orden secuencial, aunque más breve y despojada de cierta exuberancia lingüística en el Episodio. El relato de Alarcón carece de cualquier elemento distanciador y el tono utilizado se decanta por lo

netamente epopéyico; no obstante, llegada la narración a cierto punto, es Galdós quien toma la delantera y su versión adopta un tono aún más hiperbólico en la descripción de la lucha, para concluir al final con la valoración de la hazaña de Prim, en la cual vuelven a distanciarse. Mientras que en la narración de Alarcón se la considera una proeza digna de héroe mítico, en Galdós se antoja simple locura:

"Las bayonetas se cruzan con las gumías, y mézclase la sangre infiel con la cristiana, y la victoria ciérnese indecisa sobre los revueltos combatientes./ Las cornetas siguen tocando ataque; los marroquíes asordan el espacio con sus gritos; el arma blanca y la de fuego juegan indistintamente; el humo se hace tan amigo del adversario, ¡pero la bandera española reluce siempre sobre la tormenta, y siempre en manos de nuestro afortunado caudillo! (...) Diríase que esta dotado de la virtud de Aquiles." (Diario de un testigo de la guerra de Africa⁸⁶).

"Ya no se vio más que el cruzarse de bayonetas y yataganes, el brillar de los ojos como brasas, el hervor de un mar en que sobresalían miles de brazos agitando las armas. La masa española se incrustó en la mora, El fiero caballo del general, aunque herido, descargaba sus patas delanteras sobre cuantos cráneos a su alcance cogía. Las bayonetas segaban los haces enemigos. Morazos de tremenda estatura caían hacia atrás, elevando al cielo los remos inferiores como si fueran brazos; españoles caían también de bruces, heridos de muerte, agujereados vientre y pecho (...) El general siempre delante, echando rayos de su boca, a todos deslumbraba con su locura increíble." (Aita Tettauen, pág. 593).

La feroz crítica contra la guerra no se ve acompañada de un tratamiento similar en cuanto a sus artífices y directores. Aunque no se oculta que O'Donnell es su instigador, y que la ha urdido para satisfacer sus ambiciones políticas y las de sus correligionarios, nunca se censura su persona, bien al contrario, se le considera hombre de recta moralidad y cabal comportamiento, así como cualificado militar de templado ánimo. Otro tanto sucede con la breve semblanza que de Muley el Abbás ofrece el Nasiry en su relato, mostrándolo como

digno ejemplo del honor aun en la derrota. El humanitarismo que despliega Galdós a lo largo de todo el texto alcanza también a estos personajes históricos, en los que, en un generoso rasgo narrativo, ve antes al hombre de estatura moral que al implacable guerrero. Escaso resulta, sin embargo, el protagonismo cedido a los personajes de exclusiva relevancia militar, Prim no semeja más que una temeraria figura alzada sobre un caballo, y el cabo Mur, héroe popular de la campaña, una mano que arrebata una bandera. Distinto parece el estatuto de Pedro Antonio de Alarcón, que, más que entidad propia como personaje literario del Episodio, diríase una encarnación de su libro, parodiable en cuanto "poeta de la guerra" pero, también, digno de afecto en su calidad de amigo.

El moro galdosiano hay que considerarlo, antes que nada, un hermano del español que vive al otro lado del estrecho, según ya deja dicho en las primeras páginas de Aita Tettauen el viejo Ansúrez:

"-(...) El moro y el español son más hermanos de lo que parece. Quiten un poco de religión, quiten otro poco de lengua, y el parentesco y el aire de familia saltan a los ojos. ¿Qué es el moro más que un español mahometano? ¿Y cuántos españoles vemos que son moros con disfraz de cristianos?" (Pág. 556).

Esta consideración inicial se desarrollará durante toda la narración, apartándose del todo de la imagen estereotipada que hasta ese momento había tenido en la literatura de la guerra de África. El proceso de cambio de las viejas concepciones a esta nueva imagen se lleva a cabo mediante la transformación del protagonista, quien al igual que en su euforia belicista, irá mudando sus planteamientos iniciales -"Carrasco y Santiuste afirmaron que moros y cristianos son en alma y cuerpo diferentes, como el día y la noche", (pág. 563)-, fruto del desconocimiento, hasta llegar no sólo a la comprensión sino a una morización de su persona.

No hay visceral enemigo de España ni del cristianismo, en todo caso, circunstancial adversario que, debido a su manifiesta inferioridad armamentística y de estrategia militar, unidas a una notable ingenuidad en su proceder guerrero, mueven a la conmiseración más que al odio. Sentimiento que en repetidas ocasiones entenece la acción:

"Las fragatas *Blanca* y *Princesa de Asturias* inutilizaron con pocos tiros el fuerte Martín y sus anexos militares. Los pocos moros que defendían con artillería vieja, del tiempo del diluvio, la entrada del río, huyeron a la desbandada, imprimiendo en el fango de las marismas la huella inequívoca de sus babuchas." (Pág. 609).

La decisoria batalla de Wad-Ras lejos de cantar el triunfo de las armas españolas, deja ver todo el patetismo de la derrota marroquí, de los heridos y hambrientos residuos de su ejército en retirada, de su desesperanzada actitud:

"Uno de estos jinetes venía malherido y medio muerto. Antes de que lo bajaran del caballo se cayó él como un fardo, y al rebotar en el suelo, dio señal de agónica vida en voces roncadas. (...) Un gran vocerío, clamor inmenso, como si todos los gemidos del dolor humano se tradujeran al lenguaje de la mar brava revolcándose en la playa pedregosa. Era la plenitud del ejército en dispersión, que a lo alto del monte llegaba ya con el imponente hervir de su cólera despechada, y la espuma de las maldiciones que escupía contra la tierra y el cielo (...) tenían hambre, y querían repararse con algún alimento hasta que pudieran llegar a sus casas en remotos aduares." (Pág. 683-684).

Aún más emocionados son los sentimientos de Santiuste, conmovido por igual ante los cadáveres de uno y otro bando, reconociendo en "el moro muerto" al "prójimo", al "hermano"; lo que añade a la ya señalada irracionalidad de la guerra el carácter de fratricidio. Idea que queda reforzada por el enfrentamiento de dos de los hermanos Ansúrez, Leoncio y Gonzalo, el Nasiry, a los que la contienda ha situado en campos contrarios, como ya han señalado Hans Hinterhäuser⁸⁷ y Alfred Rodríguez⁸⁸.

El moro "fanático", "rastrero" y "primitivo" a que nos tenía acostumbrados la literatura anterior desaparece por completo, dando paso a un hombre tolerante, hospitalario y pragmático. No porque a la idealización en negativo oponga Galdós otra tan irreal como aquella pero en positivo, sino más bien porque se produce una humanización donde luces y sombras se combinan. Sin embargo, sí que se acentúan ciertos rasgos que contradicen

tradicionales lugares comunes de escasa consistencia. Su intemperado fanatismo religioso se desvanece en la tolerancia de creencias que permite convivir a musulmanes y hebreos en el mutuo respeto. La indomabilidad de aquellas gentes, refractarias a toda autoridad, se torna "bárbaro despotismo del sultán". Su primitivismo se hace sinónimo de vida sencilla, en contraste con la complicada artificiosidad, absurda desde el punto de vista del protagonista, de los usos y maneras europeos. Santiuste evidencia, al decantarse por ciertas costumbres y formas de vida marroquíes en oposición a las españolas, un alineamiento con tendencias anarquizantes que, apoyadas también en el discurso del narrador -por ejemplo, con cierta ironía, emparenta el desconocimiento de las constituciones y la sencillez legislativa o judicial con una mayor facilidad para la existencia humana⁸⁹-, constituyen uno de los sustentos ideológicos de la narración. Esta adscripción doctrinal ya ha sido señalada entre las características peculiares de los Episodios a partir de la cuarta serie, por Hinterhäuser⁹⁰ y Montesinos⁹¹. Veamos algunas palabras de Santiuste que en Carlos VI en La Rápita ejemplifican este aspecto:

"Sabed que no pocas veces me acuesto y me levanto con la idea de que he venido a caer en un país donde debemos aprender la civilización antes que enseñarla (...) ¿Por qué ha de ser signo de incultura el anónimo de estas calles, plazoletas, encrucijadas y pasadizos? ¿Qué va ganando Tetuán con el furor bautismal de los españoles, que no paran estos días de clavar rótulos en todas las vías urbanas, trayéndonos acá la enfadosa titulación de las calles europeas? (...) Ambos se burlaron de mi ropa moruna [Alarcón y Rinaldi], invitándome a reponer en mi persona las decorosas prendas del vestir europeo (...) despotiqué furiosamente contra el odioso pantalón, incómodo y deshonesto, contra las chaquetas y levitas de lúgubres colores, contra los acartonados cuellos de las camisas y las ridículas corbatas que nos oprimen el pescuezo (...) Cuánto me acuerdo -les dije- del sombrero de copa (...) veo representada en ellos toda la impertinencia meticulosa y refistolera de lo que llamamos *administración pública*, la oquedad del *organismo burocrático* [subrayados del autor], nuevo poder erizado de

fórmulas, de ataduras, de pinchos (...) Vistos desde aquí los señores de mi tierra y los primates de la política, me inspiran miedo supersticioso." (Pág. 666).

Esta secillez de vida marroquí contrasta con el envarado y arcaico sentido del honor español. Así lo sintetiza con acierto el Nasiry, personaje que, a pesar de su origen español -"espejo de caballeros renegados", calificativo con el que también se trastoca la imagen tradicional del renegado-, se convierte en el principal transmisor de las ideas y la cultura de Marruecos: "El honor y la caballería consisten aquí en vivir como se pueda, guardando la religión y cumpliendo todos los deberes"⁹². Lo que viene a esclarecer que el grado de civilización del país norteafricano es parejo al de España, atendiendo a las palabras con que definía este término el viejo Ansúrez al comienzo de Aita Tettauén: "La civilización consiste en ser buenos, humanos y tolerantes, en hacer buenas leyes y en cumplirlas", (pág. 563).

Poco cabe hablar, en rigor, del tema judío en estos Episodios. Su presencia se reduce a cuatro pinceladas necesarias para la recreación del aspecto de mimesis ambiental que hay en la narración, en la que los hebreos, por mucho que Santiuste admire la convivencia religiosa, son presentados como ciudadanos de tercera en Marruecos, sobre todo en las zonas rurales. Sí devienen, sin embargo, elemento funcional dentro del relato. Permiten que el protagonista conozca y se integre en la sociedad tetuaní de forma verosímil, esto es, dentro de una comunidad lingüística que le permite la comunicación. Aspecto que la novela por entregas, poco preocupada por la verosimilitud del universo representado, había obviado; los españoles y las marroquíes, bien sin mediar explicación o aduciendo las más peregrinas razones, se entendían a las mil maravillas. Galdós, diligente en cuanto a la autenticidad de su narración, no puede pasar por alto este problema que, más tarde, será causa del imposible contacto entre Santiuste y Erhimo. La relación entre el protagonista y Yohar, una judía sefardita, resulta, atendiendo a la ideación narrativa, una de las pocas factibles que el novelista pudo adoptar sin que se tambaleasen sus presupuestos realistas. Lo demás resulta más bien nimio, pues no parece que la cuestión religiosa influya, al menos como elemento decisorio, para dar al traste con esta relación amorosa, según sugiere Juan Bautista Vilar: "la intolerancia está en este caso

del lado judío (...) la falta de un humanitario sentido religioso levanta entre los amantes una barrera no menos formidable"⁹³. Más bien me inclino a pensar que la feroz oposición de Samuel Riomesta, padre de la amada de Santiuste, y el progresivo apagamiento de la pasión en la propia Yohar tienen su origen en la cuestión económica, como parece desprenderse de las palabras de Hanna en Carlos VI en La Rápita:

"Ya lo tenían amasado el padre y la hija en el *forno* de sus codicias... Ya estaba tratado, de días luengos atrás, casarla con un *sephardim* de Costantinopla, que tiene casa en *Gilbartar*, Natham Papo Acevedo, de mucha *fazenda* y compraventa de *fierro*." (Pág. 673).

Ofrecen estos Episodios un testimonio lúcido y de notable consistencia en cuanto a su calidad narrativa sobre la guerra de África. Pueblan, además, la hasta ese momento vacía parcela del antibelicismo, llenándola con fraternos cantos humanitarios a la paz, de la que hasta la naturaleza se hace eco en una de las ensoñaciones líricas con que el Nasiry adorna su relato: "La obra de Dios no ponía ninguna parte de sí en la guerra que nos asolaba; bosques y peñas, montes y colinas eran indiferentes a los combates entre hombres, y si algo decían, era *paz* y siempre *paz* [subrayados del autor]", (pág. 628); y denuncia tanto las injustificadas causas del conflicto como sus costosas consecuencias. Aspecto que no toda la crítica parece haber entendido de tal modo. Basta reparar en la opinión de Antonio Regalado García, quien sostiene: "La farsa ridícula de la unificación nacional en la lucha de todos contra el moro como enemigo común, y la exaltación exagerada del valor del ejército, no le permitieron a Galdós ver la peligrosa inutilidad de aquella guerra"⁹⁴. Palabras con las que discrepo del todo y que estimo diametralmente opuestas al espíritu, las intenciones y los logros galdosianos, cuyo primer mérito reside no sólo en su nítida censura de la contienda sino en desvelar la falsedad e inconsistencia de lo que Juan Goytisolo denomina "ilusiones y raptos de los poetas que consagran odas a cantar batallas"⁹⁵, mediante la parodia del más popular de los testigos que esta campaña tuvo. Y no menor ha de entenderse su empeño por presentar una imagen humanizada del moro, encarnada con muy acertado trazo en ese cordial

personaje de nombre prestado que es el Nasiry, capaz de desterrar la falsa presencia de fanático y salvaje que ilícitamente le había deparado la literatura anterior.

La historia general y la historia privada discurren en este texto por caminos paralelos pero con antagónicas ideologías. El feo aspecto de aquélla impulsa el alejamiento de ésta, creando un posterior enfrentamiento dialéctico entre ambas, en el que, desde el punto de vista moral, la privada se situará unos cuantos escalones por encima.

Tras muchos años de silencio, el asunto vuelve a ser retomado por Luis Antonio de VEGA y RUBIO⁶, que en 1944 publica Amor entró en la judería, última novela hasta el momento sobre la campaña militar de 1859-60. No puede considerarse en sentido estricto una narración sobre la guerra, dado que el asunto sólo recibe un tratamiento tangencial, sin pretender ningún testimonialismo ni recreación histórica interpretativa alguna. A tenor del momento en que aparece, más bien cabe entenderla como un escapismo de la realidad hacia lugares y épocas que acercan al lector a un universo con cierta presunción de exótico. Su propósito se orienta a mostrar un cuadro sobre la forma de vida y determinadas costumbres, principalmente relacionadas con el amor y el casamiento, de los judíos marroquíes, en el cual engarza algunas historias de índole sentimental entre hebreas y españoles, centrando la atención narrativa en el oculto e inmotivado amor que la figura del general Prim a su entrada en Tetuán despierta en la joven Sultana Cohen.

La guerra, a pesar de su escasa presencia en el relato, se convierte en una buena ocasión para resucitar la España imperial, cumplir las disposiciones testamentarias de Isabel la Católica y ensalzar las virtudes de heroísmo guerrero y la caballerosidad desplegadas por el ejército español tanto en el campo de batalla como en la ciudad ocupada. La acción llevada a cabo en los Castillejos se asemeja a una distanciada descripción pictórica sin sentimiento ni carne narrativa, en la que el general Prim, a pesar de reproducir su apasionada arenga, sólo semeja una fría imagen, mantenida en los restantes episodios de la novela y desposeída de entidad y verosimilitud:

"Teatral y valiente, el general don Juan Prim se aupaba sobre los estribos, una mano en las riendas del caballo, en la otra la bandera del regimiento, que a petición suya acababa de entregarle el abanderado (...) bandera desplegada al viento, estampa romántica de una romántica época, corría en dirección al enemigo, sin volver la cabeza, ignorando si cabalgaba solo o si tras él los soldados de España reaccionaban arrastrados por su gesto." (Páginas 77-84).

Iguales insuficiencias aquejan a los soldados, a los enemigos y a cuantos demás elementos intervienen en la guerra, a los que el narrador no parece capaz de insuflarles ni una ráfaga de vida. A modo de mero ejemplo, véase el desvaído y sintético relato de la batalla de Wad-Ras:

"En la cabila yeblíe de Uad Ras fue el choque de los dos ejércitos. Los aduares - chozas de estacas, techos de secas ramazones- se perdían y se ganaban en cada hora, hasta que al día siguiente de iniciada la batalla quedaban todas las cumbres por España." (Páginas 173-174).

Otros aspectos se mueven entre lo descabellado y el lugar común. El más llamativo entre los primeros lo representa la rabieta que la reina Isabel II sufre al conocer que entre los acuerdos de paz figura el abandono de Tetuán por las tropas expedicionarias, sentimiento del que se hace partícipe a los oficiales del ejército y al pueblo español, reflejo de la simplicidad con que el autor interpreta la popular frase que circuló en la época, "la paz chica de la guerra grande". Sin embargo, para el sultán y su corte, pálida imagen de Las mil y una noches, la marcha del ejército invasor deviene fruto de la derrota que Muley-el-Abbás les ha infringido.

El enemigo marroquí presenta dos caras bien distintas. Por un lado, el árabe del interior semeja un caballero distinguido que acude al combate luciendo sus mejores galas y atavíos, perfumado con esmero, lujosamente armado y adoptando ante la guerra una frívola actitud deportiva: "habían ido a la guerra para ser admirados por los largos ojos de sus esposas múltiples, para que se hablase de ellos y de sus proezas en las terrazas almendradas de Fez, en las blancas de Rabat, en las agroselladas de Marrakech", (pp. 82-83). Por otro, los

beréberes, rifeños y yebalíes, poco más que pobres diablos sin sentido del decoro guerrero, sólo aptos para la trampa ruín y cuya exclusiva motivación, como quedará bien patente en el saqueo de Tetuán, reside en el botín. Parece, a tenor de sus preferencias a lo largo del texto, que motivos de índole más estética que conceptual mueven al narrador hacia una cierta admiración por aquéllos, que sin duda ofrecen una superior plasticidad frente a estos últimos, oscurecidos en una astrosa uniformidad.

No falta tampoco la figura del renegado español, en un personaje episódico e inmotivado, cuyo enterrado patriotismo español vuelve a surgir conmovido por el bello espectáculo que ofrecen las endomingadas tropas españolas al entrar en Tetuán.

Tampoco los judíos, a pesar de su absoluto protagonismo, traspasan la barrera del más superficial folklore. Conocemos su actividad comercial, su afán ahorrativo, su proceder avaro, sus costumbres más llamativas y los más pintorescos aspectos de su religiosidad; en suma, cáscara que no encierra nada. Los personajes se quedan en el mero semblante externo, incluso el enamoramiento a primera vista que Prim ha engendrado en la protagonista carece de vitalidad narrativa; la ya escasa consistencia de este sentimiento se pierde en un verbalismo que queriendo ser florido resulta repetitivo y retoricista. Sirva como ejemplo lo que el autor debió de considerar un feliz hallazgo expresivo en la caracterización del general, que, merced a una abusiva reiteración, reduce la figura del militar a una barba adjetivada: "Los espesos tirabuzones. Sultanita Cohen se los peinaba por una barba galana", (pág. 125); "casi ajena a la fiesta del Pessah, ilusionada por la barba galana de un general español", (pág. 136); "callaba, pensando en la barba galana del general don Juan Prim", (pág. 140); "una sonrisa se le había enredado en la barba galana", (pág. 199).

A esta superficialidad temática se añade una notable inconsistencia estructural. Los diversos asuntos quedan dispersos en una suerte de deslabazado collage narrativo carente de cualquier armazón. No hay elemento organizador del mundo representado, de manera que Amor entró en la judería no puede considerarse una novela sobre la guerra de África, ni sobre los judíos marroquíes, ni siquiera una narración de carácter amoroso. Por todo ello resulta

en extremo bondadoso el juicio que emite Quais Bakir Kamal, al considerarla sustentadora de alguna idea central: "La novela presenta la tesis de que, a mediados del siglo XIX, el amor era un sentimiento muy relativo entre los judíos, lo mismo que entre los marroquíes, a tal extremo que las bodas se celebraban sin conocerse los novios, y más que una boda era una compra, una adquisición"⁹⁷. Más bien puede considerarse que se trata de una historia de corte romanesco, semejante a alguno de los romances apócrifos -el denominado del conde Velo y la Niña Blanca, y el de la Renegada- que, a modo de relatos parentéticos, refieren las jóvenes hebreas Sultana Cohen y su amiga Rica Bandolai a los militares españoles que se hospedan y celebran tertulias en las casas judías de Tetuán. Aunque, frente a la brevedad narrativa de aquéllos, en este caso una considerable cantidad de ganga recubra y amplifique lo poco que de sustancial encierra, y que bien podría quedar resumido en las palabras casi finales del narrador:

"Los españoles habían llevado el amor, y con los españoles se había ido cuando a regañadientes evacuaron la plaza." (Pág. 203).

Tan desfallecido asunto y poco elaborada trama se convierten, no obstante, en objeto de un recubrimiento lingüístico pomposo y grandilocuente, más preocupado de la declamación altisonante y de la audacia metafórica -a manera de mero ejemplo: "Ojos y nariz eran clarines de que al nacer no había sido recogido en pañales romanos", (pág. 11); "un viento de derrota formaba manto en la espalda de su Alteza Imperial Muley el Abbás", (pág. 103)- que de la precisión y variedad léxica, alguna de cuyas repeticiones denota una deuda con la época y la coyuntura política en que se escribió, pues difícilmente puede explicarse de otro modo la casi exclusiva utilización de "encarnado" para denotar determinado color. Un estilo, en definitiva, que entronca con ciertas corrientes modernistas proclives a subordinar el contenido al adorno expresivo para acentuar una eufonía y brillantez en el decir.

2. El relato breve.

En este tipo de narraciones, al igual que en la novela, la guerra de África fue asunto que nutrió la inspiración de los autores durante un largo periodo. Los primeros títulos son casi contemporáneos a la campaña, otros, por el contrario, aparecieron en la última década del pasado siglo, acaso por el interés que en el público se había despertado hacia Marruecos al calor de los acontecimientos que en Melilla habían dado origen al nuevo conflicto de 1893. De tal forma que, durante los años noventa, en las páginas de la prensa pueden encontrarse relatos breves ambientados en ambas campañas.

En los que refieren los sucesos de 1859-60 resulta común, tanto en los escritos a primera hora como en los tardíos, un carácter popular y una más bien escasa consistencia literaria. Muy diversos motivos sirven de eje argumental, sin embargo, en general - exceptuando alguno en que el acontecer militar constituye asunto sólo tangencial o muy secundario en la narración- predominan aquellos que tienden a considerar la experiencia de la guerra como causa de superación personal y hallan en la exaltación bélica el reflejo de lo patriótico.

Las primeras manifestaciones dentro de este género se deben a la pluma de *FERNÁN CABALLERO*⁹⁸, que compuso dos narraciones alusivas al acontecimiento: Deudas pagadas y Promesa de un soldado a la Virgen del Carmen, ambas publicadas en 1863⁹⁹. Se trata, según reza en el subtítulo del volumen en que se hallan incluidos, de dos cuadros de costumbres populares de actualidad, y, en efecto, unen el costumbrismo campesino con una visión de la guerra de África desde un enfoque popular y rural, aunque no exento de una exaltada glorificación del acontecimiento. El primero de los relatos del libro, Deudas pagadas, por sus sesenta y tantas páginas de extensión más puede considerarse una novela breve que un cuento, y los beneficios que de él se obtuvieron se destinaron, al decir de Mariano Baquero Goyanes¹⁰⁰, a los heridos en campaña. Narra la incidencia que el conflicto tuvo en una familia de humildes labradores andaluces. Juan José y María, vecinos de Bornos, recogen en su casa a un niño, Miguel, cuyos padres mueren al poco de llegar al pueblo. Miguel crece junto a los verdaderos hijos del matrimonio campesino y cuando a Gaspar, uno de sus hermanos de adopción, le llega la hora de incorporarse al ejército, lo sustituye en tal

obligación como pago de la deuda contraída con la familia que lo había prohiado. Más tarde, el propio Miguel es llamado a filas y Gaspar debe incorporarse para cubrir su plaza de soldado. Cuando se declara la guerra, ambos, Gaspar por obligación y Miguel por reenganche voluntario, acuden a Marruecos llenos de fervor patriótico. Este ardor belicista alcanza incluso al padre que, a pesar de sus sesenta y cinco años, aprovecha una escapada del pueblo con fines en principio comerciales para acercarse al escenario de la contienda y tomar parte en ella durante un periodo tan breve como intenso, teniendo en cuenta que, además de obtener un buen precio por sus peros, participa en una carga de bayoneta y da muerte a tres enemigos. El final del conflicto devuelve a los hijos a casa. Gaspar regresa con un brazo inútil pero cargado de cruces, medallas y honor, lo que llena de satisfacción a sus progenitores porque él también ha pagado su deuda con la patria, mientras que Miguel, que ya había pagado la suya con anterioridad, se ve recompensado al casarse con Catalina, la otra hija de sus padres adoptivos. No cabe, pues, imaginar mayor felicidad.

La narración encuentra su fuente de inspiración, y así lo apunta la autora repetidas veces en notas a pie de página, en lo que ha visto y oído a los campesinos de estos lugares, de tal forma que, por ejemplo, la recompensa militar que recibe Gaspar está tomada de un hecho real acaecido a un tal Francisco López, soldado natural del pueblo de Fuentes¹⁰¹. Asimismo, intercala en su texto expresiones escuchadas en labios de soldados, compone una carta con retazos de otras escritas por verdaderos participantes en la guerra y añade un apéndice con diversos testimonios sobre la campaña en el que la ficción ha desaparecido por completo. Sin duda, todo ello constituye una de las señas de identidad de la obra de *Fernán Caballero* - como, por otro lado, ella misma se encargó de manifestar en múltiples ocasiones¹⁰²-, sin embargo, esta fidelidad en los detalles no se traduce en una sentida verosimilitud narrativa, pues, la historia narrada está mechada con continuas intromisiones del narrador, en las que va destilando una prédica ideológica que no termina de avenirse con su declarado propósito notarial. Este discurso ajeno al propio argumento le permite idealizar a los campesinos: "Esta buena familia, tan unida, tan amante, como suelen serlo todas en los pueblos del campo",

(pág. 21); hacerse eco de un catolicismo tradicional: "El hombre para aprender a apreciar bien esta vida y la otra necesita las lágrimas, llegó el caso de que se vertiesen muchas en aquella casa, para probar a sus moradores que su beneficio, casi con preferencia, se lo concede Dios a los pobres y a los buenos", (pág. 18); o expansionar sus convicciones belicistas, uniéndose, llegado el caso, a la alegría que la toma de Tetuán ha producido en sus personajes: "¡Y vosotros [a los soldados] que estáis en África y tan inmenso regocijo habéis proporcionado a vuestra patria y no podéis ser testigos de la gratitud con que os paga!", (pág. 50).

Este afán por recoger el testimonio directo puede que generase un escrúpulo narrativo para acercar el punto de vista del narrador a una realidad que le era desconocida, de tal forma que todos los acontecimientos bélicos aparecen referidos por distintos narradores, bien desde España -así sucede con el relato que transmite Juan José tras su fugaz viaje o con las noticias que un arriero lleva al pueblo-, o bien interponiendo un elemento mediato entre lo sucedido y su recepción, cual la carta que Gaspar envía a sus padres desde el campo de batalla. El relato no se articula, sin embargo, en torno a esta pluralidad de narradores, cuyos discursos vienen a constituir una suerte de paréntesis explicativos sobre la guerra que se integran en el del narrador general, el pilar arquitectónico reside en el discurrir temporal. Dos secuencias y un desenlace, excluyendo el antes mencionado apéndice que nada tiene que ver con lo que aquí se cuenta, organizan el contenido. La primera transcurre "por los años de mil ochocientos treinta y tantos" y da cuenta de la llegada a Bornos de los míseros forasteros y del lamentable desenlace de este matrimonio. Tras un breve cuadro de tránsito, una *bisagra* - en terminología de Francisco Javier del Prado¹⁰³ -, la sustitución de Gaspar por Miguel en la plaza de soldado que le había correspondido a aquél "en mil ochocientos cincuenta y tres", se produce el paso a la segunda secuencia. Ésta se desarrolla en la época de la guerra y se ocupa de su desarrollo visto desde el pueblo, con las salvedades ya citadas para acercarnos al escenario del conflicto. La conclusión se produce "meses después" del regreso de los

soldados y refiere el final feliz para todos: la boda de Miguel y Catalina y el pago de la deuda que Gaspar había contraído con la patria.

Lo demás resulta poco significativo en esta breve narración. Los personajes jóvenes carecen de cualquier indicio de vida, son poco más que un nombre y, en algún caso, una convencional y vacía descripción del narrador. Por ejemplo, Catalina, a la que en ningún momento se le cede la palabra, queda reducida a "esa linda joven, recogida y hacendosa como la madre a cuyo lado se había criado". Los mayores gozan de algo más de entidad, aunque siempre dentro del consabido tópico de los pueblerinos sencillos y bondadosos. Juan José encarna la masculinidad exaltada que pugna con su edad para ir a luchar y sólo alcanza a ver el perfil heroico de la guerra: "- (...) Yo no sé cómo me contengo que no me voy también; porque habéis de saber que los pies me hacen hormiguilla, y el día que menos lo penséis agarro el fusil y la manta, y allá me encampo". Mientras que María, la madre, une la religiosidad con una actitud piadosa propia de su condición de mujer -"sexo que llaman *bello* [subrayado en el texto], y que con más propiedad pudiera llamarse piadoso"-, que la lleva a condenar los perniciosos efectos de la guerra desde su cristianismo caritativo:

"- (...) Porque a nosotros nos haya sido favorable (...) no debemos olvidar los muchos males que origina; los infelices que sufren, los que quedan inutilizados, los que mueren, y las muchas familias que a estas horas lloran y visten luto; que la guerra es una calamidad, y así debemos pedir a Dios con toda nuestra alma y corazón por la paz, que el cántico de los ángeles es: ¡Gloria a Dios en las alturas, y paz a los hombres en la tierra de buena voluntad!"

Claro que esta misericordia lacrimógena que se impone a menudo como tono del relato sólo alcanza a los bautizados. Para los moros, dada su condición de "salvajes hijos de África", se reserva la brutalidad, según razona Juan José: "- (...) El que es valiente sin ser piadoso, es valiente a lo bruto como lo son ellos."

La nota costumbrista se manifiesta no sólo en los rasgos de ambientación, por ejemplo, en la descripción de los ingredientes del gazpacho -como comida típica andaluza- o en las

esteras que sirven de cama a los campesinos, sino en la reproducción de los errores fonéticos y léxicos propios del habla de los personajes, que contrasta con el elaborado retoricismo que caracteriza el discurso del narrador, sobre todo en lo que a descripciones a partir de imágenes de la naturaleza se refiere. Como simple muestra, puede leerse: "Bornos, que es uno de los pueblos que, como ramas, lleva la sierra orlando su falda"; o "un ambiente fresco y perfumado, como si la naturaleza, esa buena madre, hiciese abanico de sus árboles para refrescar con el la frente de su predilecto ser, el hombre."

Aún menor vuelo literario presenta Promesa de un soldado a la Virgen del Carmen, cuento que comparte la fuente de inspiración con el anterior, aunque aquí el acento se ponga en las coplas y cantos populares de la guerra de África. Su argumento resulta bastante endeble. Unas vecinas del pueblo sevillano de Dos Hermanas entablan una charla sobre su cotidianidad, cuando aparece Roque, el hijo de una de ellas, que ha regresado de Marruecos con licencia temporal tras la guerra. Las coplas que acompañado de su guitarra canta estimulan la curiosidad de una de las vecinas que le pregunta sobre un percance sucedido durante la contienda. Roque refiere la disputa que tuvo con un compañero por rivalidades pueblerinas. Poco más tarde, éste fue encontrado muerto y él acusado del crimen. Cuando iba a ser fusilado por tal acción, se encomendó a la Virgen del Carmen, cuyo escapulario llevaba colgado al cuello, y Ésta le libró de la muerte mediante la aparición de unos moros que habían caído prisioneros y se confesaron autores de la muerte que le imputaban a Roque.

En realidad, la guerra constituye sólo una cuestión tangencial en esta narración y mínimo lo que sobre ella se dice: un par de pinceladas sobre la bravura de los soldados españoles y su cristiano proceder al socorrer a los judíos tetuanés tras su entrada en la ciudad. Todo el relato parece girar sobre dos asuntos: las coplas y cancioncillas alusivas a la contienda, de las que hay un mediano muestrario; y, sobre todo, la devoción religiosa. Ambas cuestiones ya aparecen como pórtico del cuento en dos coplillas introductorias. Las primeras, las cancioncillas y aleluyas, se sirven de Roque como vehículo transmisor, aunque también se

introduce alguna más en nota a pie de página; todas ellas de carácter popular y laudatorio para los participantes en la campaña militar.

La religiosidad impregna todo el relato, bien puede considerarse su eje central y el motivo sobre el que en esta ocasión moraliza la autora. Tal predicación puede resumirse en: la devoción te salva. Esta religiosidad no sólo motiva que la adversa fortuna de Roque se trueque en final feliz, sino que anega cada rincón del cuento. Las alusiones al fervor cristiano y a la vida piadosa se hacen constantes en el discurso de todos los personajes, que suelen apoyar sus opiniones con alguna invocación a Dios, a la Virgen, o a algún aspecto de la doctrina eclesiástica, eso sí, más como atavismo popular o retahíla aprendida que como expresión propia. Con ello se configura la personalidad del campesino percibido por *Fernán Caballero*: bueno, de vida sencilla y creencias simples, ya que los personajes carecen de cualquier otro rasgo definidor.

El costumbrismo rural adopta la misma forma que en Deudas pagadas. De nuevo, el gazpacho alimenta su cuerpo y las peculiaridades léxicas -a menudo, incorrecciones no exentas de cierto gracejo, sobre todo en tía Manuela, cuyo marido padece dolores en una pierna a causa del "romantismo", y pondera la buena voz de Roque como si fuera la de un "ruinseñor"- personalizan su habla.

Ambos relatos hay que estimarlos obras menores, y no por sus dimensiones sino por sus más bien escasos logros artísticos, tanto en el marco de la narrativa de la guerra de África como en el de la producción literaria de su autora. La ficción malamente puede crecer entre las reflexiones moralizantes y las distanciadoras notas extratextuales de erudición campesina.

Una semejante inconsistencia caracteriza los cuentos que fueron apareciendo con posterioridad. La única excepción, dentro del tono de general mediocridad, la pone una breve narración de corte orientalista publicada por Cecilio NAVARRO¹⁰⁴ en 1865, Thacla. Leyenda oriental¹⁰⁵, cuyo antetítulo, Episodio de la guerra de Africa, más confunde que ilustra sobre el contenido, ya que lo que en él se narra poco tiene que ver con la campaña. Se trata de un relato a medio camino entre lo realista y lo fantástico, una leyenda -según reza

en su subtítulo- con abundantes pinceladas de lirismo. Cuenta una desdichada historia de amor con final feliz, que nos retrotrae a un idealizado universo oriental más cercano a Las mil y una noches que al Marruecos contemporáneo. Thacla, joven marroquí, ama a Djimma, la hija de su amo, y ella le corresponde. Enterado Hamet, el padre de la amada, lo encierra en una mazmorra para que muera de hambre y sed. Con la ayuda de Djimma escapa y acude a la guerra contra los españoles. Capturado en la batalla de Guad-el-Jelú, entabla conversación con el general Ríos, al que cuenta su desafortunada historia pasada. Hamet era el esclavo de sus padres y, tras la muerte de aquéllos, con malas artes se convirtió en su amo. Ríos lo toma a su servicio y, una vez que sus tropas han entrado en Tetuán, obtiene del sultán la reparación para Thacla, que vuelve a disfrutar de los bienes pertenecientes a sus padres. Hamet, al enterarse, huye con su hija. Thacla encuentra vacío el palacio de su antiguo amo. Cuando se arrulla melancólico con el sonido de su guzla en el jardín, Djimma aparece de repente gracias a la intervención de una hada buena.

A pesar de que su relación con la guerra de África resulta bastante remota, refiere una bella fábula, tradicional en su arquitectura narrativa y con un logrado aliento poético en su expresión. Un estilo que remeda el de las genuinas narraciones orientales, dotado de una prosa eufónica y sensual: "Un ruido ligero, blando, leve, como el de una flor que se desprendiera de su tallo"; y rico en comparaciones e imágenes que remiten al mundo de la naturaleza: "Blanca como un rizo de espuma, poética como un suspiro de virgen, recostada muellemente en el seno de sus siempre verdes montes, como una limpia paloma arrullando sus amores en el árbol del azahar, he allí a Tet-tagüen, la sultana de Guad-el-Gelú, río de plata que lame sus pies divinos, como besa su frente real un sol de oro." Tan sólo afeado por algunas intromisiones del narrador, que mediante algún "nosotros" se incluye en el bando español, o sufre descuidos como el de adjetivar al general Ríos con el término "malogrado", que no se haría realidad hasta pasado el tiempo de los acontecimientos referidos en el relato.

En 1893, José IBÁÑEZ MARÍN¹⁰⁶ publica Una cruz laureada. (Episodio histórico)¹⁰⁷. Más que un cuento de ficción es lo que indica su subtítulo, una anécdota militar de la

campaña; la narración de una escena de combate adornada con alguna descripción ambiental de cierto voluntarismo literario. Un narrador testigo rememora en tono epopéyico el heroico comportamiento del comandante de caballería Gutiérrez Maturana. A pesar de su brevedad y de la sencilla trama, puede observarse un notable desacierto de construcción, al adelantar indicios del desenlace de la acción central antes de que ésta comience, lo que resta interés a un relato cuyo atractivo ya resultaba bastante escaso.

En 1894 aparece Currito Carrizales¹⁰⁸, de Angel R. CHAVES¹⁰⁹. Cuento de remota relación con esta guerra, cuya factura denota una ambición artística mínima. En él aparecen reflejados algunos tópicos populares: el chico que desea ser matador de toros y al que un golpe de fortuna permite brillar en su primera faena; la ruina de la familia tras la muerte del padre; la enfermedad materna que requiere una costosa operación; el hijo bueno y sacrificado; y, para finalizar, la oscura muerte del soldado en el campo de batalla, único momento en que la narración entra en contacto con la campaña militar:

"Su nombre no volvió a sonar más que una vez [después de su aplaudida faena]. En la lista de muertos de una de las acciones que precedieron a la batalla de los Castillejos de nuestra gloriosa guerra de África, figuraba, entre otros igualmente oscuros, el de Currito Carrizales."

El tono y el estilo no desentonan con respecto al argumento. El primero destaca por una sentimentalidad nada elaborada, que busca conmover al lector sin exigencias, y el segundo carece de todo brillo.

M. FERRER Y LALANA¹¹⁰ publica en 1896 el hasta ahora último cuento sobre la guerra de África entre los que alcanzo a conocer: Cabezota¹¹¹, una historia de temática alusiva a la valentía y a la bondad, y con inequívocas resonancias de religiosidad cristiana. El soldado Sebastián Expósito, apodado "Cabezota", un hospiciano solitario y no muy despierto, es víctima del mal humor del sargento Jiménez. Al iniciarse el conflicto en Marruecos ambos son enviados allí. Un día, en el curso de una operación bélica, el sargento resulta herido y queda abandonado a merced del enemigo. Sebastián se abre paso entre los

musulmanes para rescatar al sargento que tantas veces lo había humillado. El soldado logra salvar a su superior, pero él resulta gravemente herido. Jiménez se arrepiente ante el moribundo por las humillaciones que en el pasado le ha infringido y "Cabezota" expira perdonando a su verdugo.

Sus escasas dos páginas de texto resultan suficientes para ensalzar la guerra como digna heredera de gloriosos hechos de armas pasados, para poner de manifiesto el fervor patriótico popular, el heroísmo de los soldados españoles, la ferocidad de los moros, su "religión semibárbara", y otros cuantos lugares comunes de carácter patriotero ya establecidos por la precedente narrativa sobre la campaña. El tono de burda sensiblería queda todavía más acentuado que en la narración de Chaves. No obstante, comparte con ésta todos los rasgos negativos que caracterizan a la literatura disociada de cualquier voluntad artística.

3. Los testimonios no novelescos.

En este apartado de título poco definido daré sucinta cuenta de aquellos títulos que sin ficcionalizar la campaña, a diferencia de los comentados hasta el momento, tampoco cabe entender como meras crónicas históricas dedicadas a relatar los acontecimientos sin propósito literario alguno. Todos, a pesar de las diferencias que los separan, aportan una visión personal de lo sucedido e intentan transmitirlo con una prosa dotada en mayor o menor medida de cierto aliento artístico. Sus heterogeneidades derivan más que nada del momento en que se escribieron. Frente a los que lo hicieron a pie de guerra, como Alarcón o Núñez de Arce, surgen tardíos testimonios como el de Monedero Ordoñez. Todos persiguen una finalidad próxima, que va desde la personal notación directa hasta la afirmación ejemplificadora para épocas venideras.

Pedro Antonio de ALARCÓN¹¹² marchó a Marruecos para incorporarse al ejército expedicionario en calidad de cronista independiente de la campaña, aunque con posterioridad sentaría plaza como soldado voluntario en el batallón de cazadores de Ciudad Rodrigo, desempeñando el cargo de ordenanza del general Ros de Olano. El 17 de enero de 1860

abandonó esta unidad para incorporarse al cuartel general de O'Donnell, donde permaneció hasta su regreso a España. Desde su nueva posición podía contemplarse una perspectiva de la guerra más amplia, al decir de su colega francés Charles de Iriarte: "En el cuartel general de Ros, sus impresiones estaban localizadas y no daban conjunto a las operaciones. Pensó que haciéndose agregar al general O'Donnell y viviendo en su campamento la obra tendría un carácter más histórico y menos limitado"¹¹³. Ofrece los primeros testimonios de lo que con posterioridad devendrá el Diario de un testigo de la guerra de Africa en las crónicas que envía a España y cuyas entregas comienzan a llegar al público en 1859. Publicadas en Madrid por Gaspar y Roig, alcanzaron un impresionante éxito, llegando a los cincuenta mil ejemplares de tirada, y proporcionaron gran popularidad al autor y considerables beneficios económicos tanto para él como para los editores, que, acosados por las demandas del público suscriptor, urgían a Alarcón con telegramas¹¹⁴. El Diario, además del primero, constituye también, aunque podamos discrepar de sus puntos de vista y opiniones, el más importante de estos testimonios, tanto por la ambición de intenciones en los asuntos reflejados como por los logros artísticos conseguidos. Su difícil adscripción a un género definido ha posibilitado su consideración como libro de viajes, crónicas periodísticas, evocación de Marruecos en la época y otras variantes. Todas ellas hay que considerarlas, con más o menos precisión, aceptables, pues ni siquiera el propio Alarcón define su propósito de manera uniforme. En el prólogo lo considera "la *única* historia circunstanciada y completa de la guerra de África" y "un documento auténtico, o mejor dicho, una especie de fotografía de la campaña"¹¹⁵. Pero ya en el interior del texto, precisa con más acierto: "Para quien, como yo, se ha propuesto referir al público la historia *privada* de la guerra", (t. I, pág. 147). De cualquier forma, no cabe duda de que nos encontramos ante un testimonio personal -y como tal, subjetivo- de la guerra y de cuantos motivos circunstanciales y anejos llaman su atención o se adecúan a sus fines, lo que no constituye obstáculo para que dentro de esta visión propia tengan cabida informaciones y hechos de indiscutible objetividad y rigor histórico que anclan el relato a la realidad y lo alejan de la narrativa de ficción, según ya ha señalado, por

ejemplo, Gaspar Gómez de la Serna, quien lo excluye de entre los episodios nacionales españoles por su falta de carácter novelesco¹¹⁶. Abarca casi la totalidad de la campaña, da minuciosa y colorista cuenta de todos los enfrentamientos bélicos, retrata a los personajes principales y ofrece un menudeo de impresiones y detalles sobre población, costumbres, ambientes y otras cuestiones marroquíes más secundarias que enriquecen la narración con toques costumbristas.

Gaspar NÚÑEZ DE ARCE¹¹⁷ partió para Marruecos el 1 de noviembre de 1859 en calidad de corresponsal de guerra del diario La Iberia. Sus crónicas, al decir de García Figueras¹¹⁸, alcanzaron un considerable éxito y eran reproducidas en otros periódicos. En 1860 aparecieron sus Recuerdos de la campaña de Africa, publicados en Madrid, en la imprenta de José María Roses¹¹⁹. Libro que, aunque en lo básico puede considerarse del mismo corte que el de Alarcón -ambos fueron cronistas oficiales y pudieron vivir los mismos acontecimientos-, presenta algunas diferencias con el Diario. Resulta bastante menos exhaustivo en el aspecto bélico; no pretende hacer un relato de todas las batallas y combates, como se apunta en el propio texto: "No es mi ánimo, ni cabe en los estrechos límites de la tarea que acometo, las descripciones de todas las acciones que he presenciado, sino sólo de aquellas de verdadera importancia por sus consecuencias o por sus incidentes"¹²⁰; y también hay que atribuirle una menor efusividad en su entusiasmo. Su narración transmite un mayor sosiego y se encuentra más apegada a la realidad, sin los delirios idealizadores alarconianos. Pero, en contraste, su tono se hace bastante más mate.

En 1863 se publica en París Sous la tente. Souvenirs du Maroc. Recits de guerre et de voyages, libro excluido de estas páginas por motivos de lengua, pero que estimo oportuno siquiera mencionar por cuanto mantiene una comunidad de origen con los demás aquí tratados y un enfoque, a pesar de sus peculiaridades, semejante a los de Alarcón y Núñez de Arce. Su autor fue el dibujante y cronista francés Charles de IRIARTE, que dedicó esta obra a Pedro Antonio de Alarcón, con el que compartió tienda y vivencias durante la campaña. A pesar de que su motivo central se encuentre en la guerra, por su perspectiva se aproxima a

los libros de viajes, y adopta una cierta distancia ante lo narrado, que le permite referir tanto los aspectos gloriosos como los miserables.

Antonio ROS DE OLANO¹²¹, general en jefe del tercer cuerpo del ejército expedicionario y conocedor de Marruecos por haber vivido en Ceuta con anterioridad a la guerra en calidad de capitán general de las posesiones españolas en África, publicó unos Episodios militares en 1884¹²². En la segunda parte de este libro, titulada "África", recoge diversos aspectos relacionados con el país norteafricano y con la campaña. No se trata, sin embargo, de un testimonio sobre el conflicto -del que sólo destaca el ataque sufrido por la tropas españolas durante la misa del día de Navidad, como hecho que le impresionó y no como crónica del mismo- sino una colección de imágenes e impresiones de carácter variado sobre gentes, costumbres e incluso estados anímicos sugeridos por Marruecos. Todo ello, junto al tono lírico y un tanto nostálgico de que está teñida la narración, lo distancian por completo de los otros libros de tipo testimonial aquí presentados.

En 1892 fueron publicados unos Episodios militares del ejército de Africa¹²³, obra del burgalés Dionisio MONEDERO ORDÓÑEZ¹²⁴, que a los diecisiete años se había alistado como soldado voluntario en el ejército expedicionario. Son una especie de memorias de la campaña desde su limitado punto de vista, cuya finalidad, según indica el propio autor, parece orientarse hacia el valor ejemplificador que aquella actuación española pudiera tener para el momento contemporáneo a su escritura, cuando los caminos seguidos por los políticos respecto de Marruecos eran ya muy otros. A la vez, pretende vindicar la guerra frente al injusto olvido en que a su juicio ha caído. El libro, de exaltado tono belicista, resulta un tanto indeciso en cuanto a su composición, se inicia en forma que recuerda las antiguas narraciones de aventuras personales, pero pierde pronto este impulso inicial y se ve arrastrado hacia maneras más convencionales.

Todas estas obras, excepción hecha de la de Antonio Ros de Olano, difieren en esencia bastante poco. Relatan un mismo acontecimiento, vivido por todos desde posiciones de protagonismo, incluso en algunos casos desde un espacio físico común -tal sucede con Alarcón

e Iriarte, y no muy alejado debió de hallarse Núñez de Arce- y, lo que viene a ser más importante, desde concepciones ideológicas muy próximas en cuanto a la guerra se refiere. Por consiguiente, resulta dificultoso encontrar puntos de vista divergentes entre ellos, fuera de aquellas apreciaciones que afectan a la amplitud del relato, a la minuciosidad de detalles, a una mayor o menor exaltación en el tono o a la capacidad estilística que imprimen a su prosa.

Sin apenas deserción alguna -sólo en la narración de Iriarte, que queda fuera de este comentario, por los motivos antes señalados, puede observarse alguna diferencia¹²⁵- se aplaude la guerra con encendido fervor belicista. Actitud que no decae ni en los momentos en los cuales el conflicto presenta su más espeluznante rostro, aquéllos que hicieron temblar y desorientaron al Santiuste galdosiano. Y sus consecuencias no declaran la verdad de la tragedia, aunque tnpoco se enmascaren con deliberación, ya que hay un verdadero museo de los horrores bélicos en estas obras, de forma especial en el Diario de Alarcón y en los Recuerdos de Núñez de Arce. Resulta ejemplificador, por lo brutal, el cuadro que ambos ofrecen después de la batalla de Tetuán:

"En aquel lugar nos aguardaba otro espectáculo mucho más espantoso (...) Véfase allí el efecto producido por nuestra artillería en el campamento de Muley-Ahmed. Tiendas incendiadas, armas rotas, centenares de cadáveres destrozados; aquí una mano, allá una cabeza; en este lado un cuerpo hecho carbón, en el otro charcos de sangre (...) Era una cosa horrible (...) y muchos heridos que se quejaban lastimosamente." (Diario, t. II, pp. 29-30).

"¡Horrible fue entonces la escena que presenciábamos! Necesitábamos apartar la vista del suelo para no ver como los caballos hollaban los sangrientos despojos de nuestros enemigos; por aquí un tronco sin cabeza, por allí los esparcidos miembros de un moro destrozado por una granada; más allá un cuerpo completamente quemado (...) un poco más lejos dos heridos moribundos, espantosamente desfigurados (...) y por donde

quiera trozos de carne ennegrecida, entrañas palpitantes aún, exterminio y muerte (...) También allí mezclada con la sangre enemiga había corrido en abundancia la sangre de nuestros hermanos; allí vi sus cadáveres." (Recuerdos, pp. 249-250).

Tales escenas se integran con indiferencia en la habitual lógica de la guerra como mal necesario o como portadoras de honores añadidos. Así, con esa misma indiferencia, se manifiesta el relato de Núñez de Arce ante los heridos y sus percances:

"Pasó por delante de mí multitud de heridos, entre otros, un soldado del regimiento de Córdoba, a quien una bala había atravesado el hombro izquierdo. Venía incorporado en la camilla, y viéndole tan animado, un oficial le preguntó (...)

-¿Sufres mucho?

-*Algo; pero por no haber podido disparar más que un solo tiro.*" (Páginas 176-177).

O el de Alarcón ante la muerte en la batalla: "Un solo grito se oía por cada uno que recibía un balazo; grito sordo, prudente, de resignación, paciencia y heroísmo." (T. I, pág. 87).

La pintura de la guerra, en su faceta de combate, se convierte de forma unánime un reflejo de las virtudes militares españolas, tanto por la depurada estrategia de que hacen alarde sus organizadores, alabados sin medida una y otra vez, como por el arrojo y valor que muestran sus ejecutantes, los cuales se imponen una y otra vez sobre un enemigo superior en número, que también derrocha audacia y valor, que no se da nunca por vencido y que prefiere la muerte a la derrota. A pesar de esto, entre líneas, y a veces manifestado de forma explícita por los narradores, podemos ver que la victoria española se debe en gran medida a las insuficiencias tácticas y armamentísticas del enemigo. Así reconoce Alarcón:

"Esta belicosa raza está dando hoy muestras de su completa impericia militar. ¡Cualquier guerrillero de Europa, con un solo batallón, hubiera disputado días y días el paso por tan quebrado monte a los ejércitos de Jerjes." (T. I, pág. 263).

No hay, empero, el menor distanciamiento crítico. La actuación del ejército expedicionario siempre resulta loable, aun cuando sus victorias parezcan atribuibles a la fortuna y hayan sido precedidas de errores obvios, cual en el caso de la famosa hazaña de Prim en los Castillejos.

Tanto Alarcón como Núñez de Arce en sus respectivas narraciones¹²⁶ dejan bien al descubierto que tal acción fue fruto de un previsible descuido estratégico previo, que dejó sin cobertura a unas cuantas unidades. Lo que no impide que ellos pongan el acento en la temeraria proeza individual como paradigma de conducta militar, silenciando el error que la hizo necesaria.

Y con idénticos modos narrativos se transmiten los otros combates y batallas, de forma que, salvo por la mayor o menor extensión que cada uno les dedica, podrían considerarse hijas de una misma pluma. Alarcón en este aspecto, al igual que en casi todos los demás, se muestra más prolijo y exaltado, dotando a sus narraciones bélicas de un vigor y un colorido del que carecen las otras. Además, su afán de cronista total le lleva a hacerse eco de todos los enfrentamientos habidos, tanto de los importantes -que refiere todos- como de las escaramuzas poco significativas. Sólo el combate final, la batalla de Wad-Ras, está ausente de su texto, y esto, debido al mismo motivo que en el caso de Núñez de Arce, porque ambos abandonaron el campo de batalla y regresaron a Madrid con la intención de presionar, desde su posición privilegiada de testigos directos y prestigiosos, para que se aceptasen las condiciones marroquíes, que rebajaban las pretensiones españolas, y alcanzar la pronta paz, dado que determinados sectores de la política eran partidarios de continuar la guerra. Ninguno de ellos lo dice con claridad, pero ambos aluden a esta razón en el final de sus respectivos libros.

En suma, su reflejo del acontecer bélico se aproxima al espectáculo festivo, en la mejor tradición del relato belicista. Incluso el léxico alarconiano apoya esta idea:

"¡Decididamente, hoy es día de gran fortuna para nosotros, pues vamos a tener a un tiempo función por mar y función por tierra!" (T. I, pág. 133).

Tan imponderadas expresiones se extienden a todas las piezas que hacen girar el engranaje de la guerra. Las tropas participan de la misma euforia desmedida de los cronistas, disfrutando de la vida de campaña cual si de unas vacaciones se tratase; acatando las desgracias con estoicismo y acudiendo a una probable cita con la muerte endomingados de

atuendo y de espíritu, rozando en ocasiones la paranoia, según deja ver Dionisio Monedero en sus Episodios militares del ejército de Africa: "¡Cuánto envidié aquel día a los heridos que venían en las camillas y como ya he dicho, hasta a los muertos!", (pág. 120). Y todo ello, a pesar de que las fuerzas expedicionarias fueron víctimas de un sinnúmero de privaciones y padecimientos, en especial del cólera, que causó más bajas que el propio enemigo. Asunto también recogido en los testimonios, e incluso con intenso dramatismo en la narración de Núñez de Arce:

"Desembarcamos en Ceuta sin ningún contratiempo. Aun cuando nadie ignoraba la aparición del cólera en nuestras divisiones, la verdad es que nos sobrecogió a todos el aspecto lúgubre y horroroso que ofrecía la ciudad en el momento de nuestra llegada. No se daba un paso sin tropezar con una camilla, sin ver un rostro lívido y desencajado, donde había impreso su funesto sello la muerte. Ceuta estaba consternada; sus hospitales no bastaban ya a contener el número de enfermos que la epidemia arrancaba diariamente a la vida y a la gloria, y fue preciso habilitar para este servicio hasta los templos." (pág. 149).

Cualquier rastro de abatimiento o pesadumbre en los combatientes queda silenciado, aunque, a veces, por alguna ranura de la narración escapa la enmudecida realidad. Así sucede en el Diario, claro que Alarcón no deja que esto enturbie su tarea:

"Los soldados toman esta vida por el lado alegre, alejando, cuanto les es posible, su imaginación de toda idea lúgubre y dolorosa... Verdad que otras veces, al referirse a su existencia pasada, todos lo hacen con aquel acento de supremo juicio que se emplea en la redacción de los testamentos, cual si ya mirasen el mundo a gran distancia, y hablan de los afectos y de las pasiones con la severa frialdad característica de los ascetas o de los ancianos (...) Prescindamos también nosotros de estas consideraciones, que hoy es día de paz y de contento." (T. I, pp. 75-76).

No hay, por el contrario, una identidad tan absoluta en cuanto al reflejo del marroquí. Las diferencias comienzan en la intensidad de su tratamiento. Algunos -Dionisio Monedero,

por ejemplo- sólo se ocupan de su figura como guerrero, como enemigo, mientras otros dilatan su perspectiva para ver al hombre, no sólo en la guerra, sino en su dimensión cultural e incluso antropológica. No supone esto, empero, una profundización rigurosa, más bien una mirada superficial y achicadora, cuando no un desahogo para ciertas fobias. En general, la visión que del moro ofrecen estos testimonios nace del cruce entre un tanto de admiración hacia el guerrero y otro tanto de desprecio y hasta cierta repugnancia hacia el hombre. No cabe, sin embargo, en estos parámetros Núñez de Arce, cuyas páginas destilan una feroz inquina contra todo lo marroquí, convirtiéndose así en relativa excepción, no tanto por la diferencia de sus juicios cuanto por la exageración con que los expone. Desde una presunción de superioridad cultural y racial no deja parcela de vida o conducta moruna sin reprobación. Los moros por él vistos son producto de una degradación histórica que les ha conducido desde su antaño esplendor a la ignorancia de hoy, a la brutalidad, al atraso, al fanatismo, a la tiranía, a la inmundicia; a una vida inferior y grosera en una tierra "salvaje y maldita". Las ocasiones en que el autor da rienda suelta a su sentimiento de superioridad y a su racismo sin rebozo se hacen casi incontables, pero, posiblemente, ninguna tan cruda y explícita como aquella en la que les niega hasta la naturaleza humana: "Pueblos como el africano, sólo sienten necesidades materiales; ¿qué significan para ellos las necesidades del espíritu? Satisfácelas suficientemente recitando algunos versículos del Corán", (pág. 287). Hasta el ensueño orientalista -que tan presente está en Alarcón- se desvanece en su texto; lo que era refinamiento se torna vulgaridad y las delicadas vestiduras, andrajos:

"Mostrábase en el terrado una estrambótica figura que así podía ser de hombre como de mujer. Llevaba generalmente los pies calzados con babuchas, la pierna desnuda hasta la rodilla donde terminaban unos pantaloncillos, no precisamente de seda y oro, como se lee en los cuentos orientales, sino de basto percal o grosera lana." (Pág. 266).

En extremo contrario hay que situar a Alarcón, quien en su Diario presenta una mayor variedad de registros. En cuanto al combatiente, más o menos igual que los restantes

testimonios, comienza censurando un fanatismo bélico que les hace optar por la muerte antes que la rendición, y en ese sentido se hacen habituales las consideraciones de incomprensión:

"Esa raza fanática combate por placer o por devoción: no con ilusiones patrióticas ni con plan de campaña, sino porque lo creen su necesidad, su obligación o su destino. Diríase que su fe les trae a nuestro campo a quemar pólvora en honor de su Dios, como nosotros quemamos incienso en los altares (...) Y si tampoco es esto, ¡digo que estas gentes son más aficionadas a matar que las fieras a sus montañas!" (T. I, pp. 94-95).

Reprueba la crueldad y barbarie con que decapitan a los soldados españoles heridos que caen en sus manos, aspecto -en el que aún abunda más Iriarte en su relato- que sólo pone de manifiesto su desconocimiento, al ver ferocidad y primitivismo donde sólo hay estricto seguimiento de los preceptos religiosos musulmanes, que atribuyen la imposibilidad de alcanzar la placentera vida futura a quienes no puedan presentar su cuerpo entero. Este mismo desconocimiento llevará a las tropas españolas a una brutal venganza sobre los marroquíes tras el combate del 25 de noviembre, según señala el propio Diario en uno de sus apéndices:

"Las pérdidas de los moros fueron mucho mayores que las nuestras, pues además de los muertos en la refriega, perecieron otros muchos, cortados después por la rapidez de la marcha de aquellas tropas y pasados a cuchillo sin compasión ...; vengando así la suerte que había cabido a algunos soldados españoles a quienes los bárbaros y crueles marroquíes habían degollado y puesto en cruz." (T. II, pág. 347)¹²⁷.

Brutalidad que no resulta obstáculo para que haga constantes elogios de su bravura y gallardía en el campo de batalla.

Sin embargo, más tarde, con el avanzar de la narración, irá comprendiendo la causa de esa aparente indiferencia ante la muerte y de la irreductibilidad ante la derrota patente, que sólo cabe atribuir a una independencia consustancial a su personalidad individual y colectiva, el orgullo profundo que constituye su idiosincrasia, que el autor evidenciará en reflexiones como:

"La actitud de estos salvajes es sublime. ¡Yo no he visto nunca llevar con tanta nobleza la desgracia! Sufren, y no lloran. Están indignados, y no se encolerizan. Se hallan resueltos a morir todos antes que transigir con nuestras leyes, nuestros ritos y nuestros hábitos, y no manifiestan su decisión con estériles alardes de patriotismo. Ni nos temen, ni nos provocan... ¡Bástales con su propia convicción de que jamás serán nuestros esclavos!/ De todo esto se deduce que los moros son inconquistables por la fuerza; que su libertad de espíritu en el vencimiento los hace y los hará siempre *independientes*." (T. II, pág. 158).

Al final, con una comprensión más sentida, reconocerá que tras esta en apariencia inexplicable conducta no se encierra sino una defensa de su tierra y de sus costumbres consustancial a cualquier hombre: "Debemos confesar que la actitud de los moros ante la invasión española es la misma que adoptamos nosotros con la invasión francesa", (T. II, pág. 249). Acabará sintiendo incluso conmiseración con el derrotado, según muestra tras la victoria española en Samsa: "¡Pobres moros! ¡Tan heroicos como inocentes!". Similar sentimiento provocan en Dionisio Monedero que, más explícito que Alarcón, los ve así tras la derrota:

"Yo, que había ido a la guerra para matar o ser muerto en las lides, no me explicaba la compasión que me causaban aquellos hombres famélicos y casi desnudos, pues desde el momento en que se firmaron los preliminares de la paz, ya no recibían socorro alguno del gobierno del Imperio, y como los más estaban muy lejos de sus hogares no podían subsistir sino merodeando." (Pág. 152).

Semejante fluctuación existe también en el moro como hombre, en el reflejo de su conducta, de sus costumbres y hábitos. Elogía su "profunda y sincera fe religiosa", pero denigra el islamismo, al que considera causa de sus padecimientos sociales y del primitivismo en que vive. Desdeña su condición personal y su proceder individualista por contrarios al avance social; sin embargo, aprecia ciertos rasgos de sensibilidad diferente, por ejemplo, el amor que el marroquí siente por el perfume de las flores, revelador de delicadeza en el carácter. Lo que contrasta con la actitud de Núñez de Arce, que les niega cualquier aptitud

espiritual, escarneciendo su música, sus costumbres y su cultura. En realidad la percepción que Alarcón va recibiendo de Marruecos está mediatizada por las preconcebidas ideas de raíz orientalista y literaria que él desea revivir. Así lo ha señalado con acierto Juan Goytisolo: "La continuada oscilación entre el desprecio al moro real y la fascinación por su imagen idealizada es una constante del Diario de un testigo de la guerra de África y muestra una vez más que la maurofilia literaria y el respeto al adversario vencido y remoto no son óbice para que el autor asuma los prejuicios y tópicos propios de una conciencia engreída con la creencia en su presunta superioridad moral"¹²⁸. De ahí los constantes devaneos poéticos con que filtra la realidad circundante. De tal modo puede comprenderse que la vista de lo que no es sino un vulgar campamento le parezca la encarnación de una fantasía; que la sinuosidad, pobreza y suciedad de Tetuán le fascinen; o que confunda la guerra de África con las cruzadas y se crea el Torcuato Tasso de la edad moderna, como señala en sus Souvenirs su amigo Iriarte:

"Para él Tetuán es Jerusalem, y sus compatriotas son los cruzados; vive en la piadosa ficción en la cual se sume por completo, y al descubrir la ciudad santa desde la altura del cabo Negrón, ha repetido como un creyente los versos que Tasso pone en boca de sus héroes." (Pág. 97).

Más ecuánime y ajustado a la realidad resulta la imagen del moro que presenta Antonio Ros de Olano en sus Episodios militares, mostrándonos el haz y el envés de su carácter en un tono comedido y respetuoso. Pondera su conducta desde el conocimiento y la comprensión hacia el diferente, comparando las "pretenciosas manifestaciones" de la cultura europea con el íntimo recogimiento de la musulmana, e incluso llega a sentirse más cerca de ésta, en la que, saliendo al paso de infundados tópicos, "puede asegurarse que no hay un solo hombre disipado".

Si el musulmán aún goza de alguna consideración, no sucede lo mismo con el judío. Tanto Alarcón como Núñez de Arce -Dionisio Monedero también se ocupa algo de ellos, pero limitándose a describirlos con bastante asepsia- lanzan contra los hebreos sus más punzantes dardos. Su absoluta degeneración externa no es más que pálido reflejo de una oscura

abyección y de una desmedida avaricia, que si hace dudar al autor del Diario de la sinceridad de sus lamentos por las pérdidas que el saqueo de Tetuán les ha ocasionado, no le nubla la certeza de que más tarde son ellos mismos los que están robando en las casas de los moros que han tenido que abandonar la ciudad. No extraña, pues, que la comparación entre ambas razas resulte tan desigual: "¡Cuánta dignidad en el agareno! ¡Qué miserable abyección en el israelita!" Y aún más inmisericorde se muestra Núñez de Arce, que si bien los reconoce portadores de una virtud, ésta es la de su tradicional apartamiento, lo que impide que puedan contaminar a otros pueblos:

"En el corazón de esta degenerada familia hebrea, que vive bajo el techo marroquí, tan baja, tan abyecta, tan cobarde, tan pobre de sentimientos elevados, hay, sin embargo, una cuerda que vibra siempre, sonora y admirable: la fe está unida a su espíritu como el aliento a la vida. La Providencia parece como que la fortaleció en su alma, para que no pudieran asimilarse con las demás naciones; para que siempre tuviese sobre quién recaer la tremenda maldición que los ha esparcido por la faz de la tierra." (Pág. 276).

Leídos hoy, la mayoría de estos libros -hay que exceptuar los Episodios militares de Ros de Olano, que en modo alguno participa de las intenciones comunes a los demás- conforman un muy acertado, por lo que tiene de clarificador y paradigmático, *corpus* del testimonialismo mixtificador, por mucho que algún autor se empeñe en mimetizar su relato mediante prolijas referencias a personajes, batallas, fechas, y otro buen número de aspectos auténticos. Tanta loa al patriotismo belicoso, tanta gloria pasada desempolvada, tanta desmedida evocación literaria, no cabe entenderlos sino acicates para espolear a la opinión pública en determinada dirección, en la de una efusiva adhesión a la guerra, como reconoce Alarcón:

"Canté a mi modo la guerra, y procuré, en fin, inflamar más y más, si esto hubiera sido posible, el entusiasmo del pueblo y del ejército." (T. II, pág. 301).

El mismo o parecido propósito animó sin duda a Núñez de Arce, que, como aquél, escribió su crónica en paralelo al discurrir bélico. La multitudinaria y fervorosa acogida que el

público, ya excitado por políticos y prensa en los momentos previos al inicio de la campaña, dispensó a estos testimonios, y a otros que hubo, debió de servir de ayuda para crear aquel estado de opinión tan favorable como poco meditado hacia la hostilidad. De ahí que, más que de una guerra popular en sí misma, quepa hablar de una guerra popularizada por todos aquellos medios con capacidad para crear opinión pública, que -de manera semejante a lo recreado por Baroja con respecto al desastre del 98 en El árbol de la ciencia- no dudaron en edulcorar e incluso en falsificar la realidad en pro de un presunto patriotismo. Lo que ha sido sostenido con casi total unanimidad por la mayoría de los autores que posteriormente han dedicado páginas a historiar la campaña, desde el imparcial Davis S. Woolman: "Con el apoyo entusiástico de la prensa, la campaña marroquí fue presentada al público -público aquejado de una general apatía- en forma de cruzada religiosa. Una ola de propaganda chauvinista inundó España"¹²⁹; hasta el poco sospechoso de antibelicismo García Figueras: "A través de los poetas, de los literatos, de los artistas y hasta del pueblo mismo, excitadas las fibras del sentimiento heroico de las masas, la guerra de África se idealizó en forma tal que ella constituyó, en definitiva, una página más de nuestro viejo y heroico Romancero"¹³⁰. Tal es el principal mérito, además de aquellos de orden estilístico intrínsecos a cada texto, de estos testimonios, a los que se une más tarde el de Dionisio Monedero en un intento de recordárselo a la generación sucesiva.

Cabe preguntarse si todo ello no refleja una cierta insuficiencia social en la época, ayuna de enfoques críticos y de opiniones discrepantes que, o por no existir o por impedimentos para difundir sus postulados, no nos permite hoy tener otras visiones de la guerra de África distintas de este ensalzamiento epopéyico -"Romancero de cartón-piedra", en palabras de Juan Goytisolo al referirse al Diario de Alarcón¹³¹- a que nos empujan sus testigos, tal y como más tarde sucedería con posteriores conflictos en Marruecos, que si desde el punto de vista histórico, militar y social resultaron mucho más desdichados, desde la perspectiva del testimonialismo literario gozaron de mayor fortuna, ofreciendo una considerable riqueza y variedad de percepciones.

NOTAS.

1. Por lo que respecta a esta obra y a la de Rafael del Castillo, utilizo como fecha de inicio de la publicación la que figura en la portada de cada uno de los libros, pues sólo he podido consultarlas como volúmenes completos y no en los cuadernillos correspondientes a las entregas originales, que ignoro si existen hoy. En cualquier caso, aunque en el contenido de ambas se ofrezcan datos que parecen corroborar sus respectivas dataciones iniciales, éstas deben aceptarse con cierta reserva, dado que, como sostiene Juan Ignacio Ferreras (La novela por entregas 1840-1870. Madrid, Taurus, 1976): "Toda novela por entregas que se respete no lleva nunca fecha, y aun en el caso rarísimo de que la lleve, hay que calcular según el número de entregas, el tiempo de publicación de la misma."

2. El honor de España. Episodios de la guerra de Marruecos. Madrid, Impr. de Antonio Gracia y Orga, 1859, pp.521-526.

3. Fue editado en Madrid, Impr. Nacional, 1859 2ª. Esta segunda edición -único ejemplar que he podido encontrar, en la Biblioteca Nacional de Madrid, incompleto, le faltan las primeras veintiocho páginas- debió de ser consecutiva a la primera, teniendo en cuenta las fechas del asunto desarrollado en su texto.

4. Aquí, y en adelante, utilizo el término "moro" como estricta denotación léxica, por ser el vocablo con que más habitualmente viene designándose a los naturales de Marruecos en estos y otros libros que iré comentando en páginas posteriores, sin que de ello deba desprenderse ninguna connotación irrespetuosa o peyorativa por parte de quien esto escribe hacia los habitantes de aquel país o, por extensión, hacia los practicantes de la religión musulmana o los miembros de la raza árabe.

5. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

6. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

7. Ninguna información he podido recabar sobre este autor.

8. Sobre el que tampoco poseo ninguna información.

9. O, dada la dificultad para acceder a este tipo de textos, no encontradas por mi propia negligencia.

10. Madrid, Cátedra, 1979.

11. Pág. 286.

12. Instituto Nacional del Libro Español, Exposición de libros españoles sobre historia de Africa. Madrid, Gráficas González, 1947, pág. 54.

13. Utilizo el término en su acepción de disposición lineal del argumento y opuesto a "trama", siguiendo la oposición terminológica establecida por Tomashevski, en su Teoría de la literatura (1925), y adoptada por otros muchos teóricos de la literatura con posterioridad.

14. Ideología del folletín español. Wenceslao Ayguals de Izco. Madrid, Porrúa Turanzas, 1979, pág. 185.

15. Desconozco si tal segunda parte llegó a escribirse. No he encontrado ninguna referencia al respecto.

16. La novela por entregas 1840-1870. Madrid, Taurus, 1976, pág. 31.

17. Hinterhäuser, Hans, Los "Episodios nacionales" de Benito Pérez Galdós. Madrid, Gredos, 1963, pág. 338, (Traducción al español de Die "Episodios nacionales" von Benito Pérez Galdós. Hamburg, 1961).

18. España y Marruecos. Historia de la guerra de Africa escrita desde el campamento. Cádiz-Madrid, La Publicidad-D.S. Monserat, 1859-60.

19. El honor de España, pp. 365-366.

20. La toma de Tetuán, pág. 208.

21. El honor de España, pág. 319.

22. El honor de España, pág. 56.

23. El honor de España, pág. 194.

24. El honor de España, pág. 246.

25. El honor de España, pág. 890.

26. Ibidem., pp. 328, 168, 190 y 168 respectivamente.
27. El honor de España, pág. 194.
28. La cruz y la media luna, pág. 474.
29. La toma de Tetuán, pp. 112-113.
30. Ibidem., pág. 172.
31. La cruz y la media luna, pp. 156-157.
32. La toma de Tetuán, pág. 109.
33. El honor de España, pp. 355 y 369.
34. El honor de España, pág. 341.
35. El honor de España, pág. 296.
36. La toma de Tetuán, pp. 18-19.
37. El honor de España, pág. 803.
38. La toma de Tetuán, pág. 7.
39. La novela popular española del siglo XIX. Madrid, Fundación Juan March-Ariel, 1976.
40. La novela por entregas 1840-1870, pág. 249.
41. El honor de España, pág. 372.
42. El honor de España, pág. 101.
43. El honor de España, pág. 13.
44. La cruz y la media luna, pp. 357-358.
45. Ideología del folletín español: Wenceslao Ayguals de Izco, pág. 184.
46. La novela por entregas 1840-1870.
47. El honor de España, pág. 301.

- 48.La toma de Tetuán, pág. 167.
- 49.El honor de España, pág. 207.
- 50.El honor de España, pág. 930.
- 51.*Ibidem.*, pág. 579.
- 52.*Ibidem.*, pág. 43.
- 53.*Ibidem.*, pág. 49.
- 54.La cruz y la media luna, pág. 493.
- 55.La cruz y la media luna, pág. 66.
- 56.El honor de España, pág. 521.
- 57.La toma de Tetuán, pág. 167.
- 58.La novela por entregas 1840-1870.
- 59.La novela popular española del siglo XIX.
- 60.La toma de Tetuán, pág. 50.
- 61.El honor de España, pág. 959.
- 62.La cruz y la media luna, pág. 489.
- 63.La toma de Tetuán, pág. 129.
- 64.La novela popular española del siglo XIX, pág. 160.
- 65.La novela por entregas 1840-1870, pp. 248-249.
- 66.La cruz y la media luna, pág. 49.
- 67.La toma de Tetuán, pág. 173.
- 68.La novela por entregas 1840-1870.
- 69.Recuerdos centenarios de una guerra romántica.

70. Entre otros, Charles de Iriarte, Sous la tente. Souvenirs du Maroc. Recits de guerre et de voyages. París, 1863 (Traducido al español como Recuerdos de la guerra de Africa. Barcelona, B. Casterllá, s.a.); Julio Romano, Pedro Antonio de Alarcón. El novelista romántico. Madrid, Espasa Calpe, 1933; Luis Monguió, "Crematística de los novelistas españoles del siglo XIX", Revista Hispánica Moderna. XVII, 1951, pp. 111-127; Tomás García Figueras, Recuerdos centenarios de una guerra romántica. Madrid, CSIC, 1961; Gonzalo Torrente Ballester, Panorama de la literatura española contemporánea. Madrid, Guadarrama, 1965, (1ª ed., 1957); Enrique Pardo Canalis, Pedro Antonio de Alarcón. Estudio y antología. Madrid, Compañía bibliográfica española, 1965; Armando Ocano, Alarcón. Madrid, EPESA, 1970; o Luis Morales Oliver, "La guerra de África en Pedro Antonio de Alarcón", Archivos del Instituto de estudios africanos. Madrid, CSIC, núm. 54, s.a.

71. Ideología del folletín español: Wenceslao Ayguals de Izco, pag. 167.

72. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

73. En "Aita Tettauen", La Gaceta de Africa. Número extraordinario dedicado a la obra de España en Marruecos. Tetuán, enero de 1935.

74. Los "Episodios nacionales" de Benito Pérez Galdós. Madrid, Gredos, 1963.

75. Madrid, Estanislao Maestre, 1920.

76. El aporte documental con que contó ha suscitado un considerable interés por parte de estudiosos y crítica. A tal efecto, además de las obras ya citadas de Ruiz Orsatti y Hinterhäuser, pueden verse: dos artículos de Robert Ricard, "Note sur la genèse de l'Aita Tettauen de Galdós", Bulletin Hispanique. XXXVII, 1936, pp. 473-477 y "Cartas de Ruiz Orsatti a Galdós acerca de Marruecos (1901-1910)", Anales Galdosianos. Pittsburgh, University of Pittsburgh, 1968, t. III, pp. 99-117; Tomás García Figueras, Recuerdos centenarios de una guerra romántica. Madrid, CSIC, 1961; Antonio Regalado García, Benito Pérez Galdós y la novela histórica española. Madrid, Ínsula, 1966; R. Cardona, "Apostilla a los Episodios nacionales de B. Pérez Galdós, de Hans Hinterhäuser", Anales Galdosianos, Pittsburgh, University of Pittsburgh, 1968, t. III, pp. 119-142; y Juan Bautista Vilar Ramírez, "Galdós y los judíos de Aita Tettauen", Africa. Madrid, núm. 358, 1971, pp. 8-10.

77.Obra cit., pág. 429.

78.An introduction to the "Episodios nacionales" of Galdós. New York, Las Américas, 1967, pág. 148.

79.Crónicas sarracinas. Barcelona, Ruedo Ibérico, 1982, pp. 63-64.

80.Vida y obra de Galdós (1843-1920). Madrid, Gredos, 1970 3ª (1ª ed., 1951), pág. 259.

81.Aita Tettauen. Madrid, Obras de Pérez Galdós, 1905. (Todas las citas que menciono están tomadas de las obras completas, 2ª edición, publicadas por Aguilar), Vol. IV, pág. 566.

82.Obra cit., pag. 239.

83.Obra cit., pág. 165.

84.Obra cit., pág. 161.

85.Carlos VI en La Rápita. Madrid, Sucesores de Hernando, 1905. (Al igual que en el otro título, todas las citas que menciono están tomadas de las obras completas, 2ª edición, publicada por Aguilar), vol. IV, pág. 700.

86. Madrid, Gaspar y Roig, 1959 (Todas las citas pertenecen a la décima edición, publicada en Madrid por Sucesores de Rivadeneyra en el año 1931), t. I, pág. 170.

87.Los "Episodios nacionales" de Benito Pérez Galdós.

88.An introduction to the "Episodios nacionales" of Galdós.

89.Aita Tettauen, pág. 652.

90.Obra cit.

91.Galdós, t. III.

92.Carlos VI en La Rápita, pág. 676.

93."Galdós y los judíos de Aita Tettauen", pág. 10.

94.Benito Pérez Galdós y la novela histórica española, pág. 429.

- 95."Vicisitudes del mudejarismo", Crónicas sarracinas, pág. 65.
- 96.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.
- 97.Obra cit., pág. 36.
- 98.Ver apéndice de narradores para información sobre la autora y su obra.
- 99.Recogidas en su libro Deudas pagadas. Madrid, Impr. del Establecimiento de Mellado.
- ~~100.El cuento español en el siglo XIX~~. Madrid, CSIC, 1949, pág. 274.
- 101."Deudas pagadas", obra cit., pág. 35, nota.
- 102.Javier Herrero, Fernán Caballero. Un nuevo planteamiento. Madrid, Gredos, 1963.
- 103.Cómo se analiza una novela. Madrid, Alhambra, 1983.
- 104.Autor sobre el que carezco de cualquier información.
- 105.En El Museo Universal. Núm. 25, 18 de junio de 1865.
- 106.No poseo información alguna sobre su figura y obra.
- 107.Blanco y Negro. Núm. 129, 21 de octubre de 1893.
- 108.Blanco y Negro. Núm. 159, 19 de mayo de 1894.
- 109.Tampoco poseo información sobre su persona y posible obra literaria.
- 110.Sobre quien tampoco poseo información alguna.
- 111.Blanco y Negro. Núm. 248, 1 de febrero de 1896.
- 112.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.
- 113.Carlos Iriarte, Recuerdos de la guerra de Africa. Bajo la tienda. Barcelona, B. Casterllá, s.a. (versión española de Sous la tente. Souvenirs du Maroc. Recits de guerre et de voyages).

Paris, 1863). Para todas las citas utilizo la traducción española.

114. Para más información sobre este aspecto, pueden consultarse, entre otras fuentes: Iriarte, obra cit.; Julio Romano, Pedro Antonio de Alarcón, el novelista romántico. Madrid, Espasa Calpe, 1933; Luis Monguió, "Crematística de los novelistas españoles del siglo XIX", Revista Hispánica Moderna. XVII, 1951, pp. 111-127; Tomás García Figueras, Recuerdos centenarios de una guerra romántica. Madrid, CSIC, 1961; Armando Ocano, Alarcón. Madrid, EPESA, 1970; o Luis Morales Oliver, "La guerra de África en Pedro Antonio de Alarcón", Archivos del Instituto de Estudios Africanos. Madrid, CSIC, núm. 54, s.a.

115. T. I, pág. 10.

116. Gaspar Gómez de la Serna, España en sus Episodios Nacionales. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1954, pág. 31.

117. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

118. Recuerdos centenarios de una guerra romántica.

119. Más tarde, en 1886, fue incluido, junto con otras obras del autor, en el volumen denominado Miscelánea literaria.

120. Pág. 164. Todas las citas corresponden a la edición incluida en Miscelánea literaria. Barcelona, Biblioteca "Arte y Letras", 1886.

121. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

122. En Madrid, en la imprenta de Manuel Ginesta.

123. En Burgos, en la imprenta de sucesores de Arnaiz.

124. Carezco de cualquier información sobre el autor.

125. Su conciencia parece removerse ante el patético espectáculo que la contienda origina: "D. Juan de Molins y Cabanayes, del cuerpo de artillería, ha muerto de un balazo en la cabeza (...) De continuo tuve ante mis ojos el brazo que colgaba fuera de la camilla. Es la primera vez que comprendo cuánta sangre y lágrimas

se encierra en esa palabra horrible ¡guerra!", pp. 12-13 de la edición española.

126. Y otro tanto sucede en la de Iriarte.

127. Este no es el único testimonio de la brutalidad de los españoles que, aunque poco aireada, también se puede entrever en otras narraciones. En la de Charles de Iriarte se menciona el trato dispensado a la cabila de Anyera:

"Se les han quemado las mieses, cortando por el tronco los árboles frutales que mantenían a esas tribus; hasta los manantiales han sido cegados para lograr la dispersión de las hordas que se agrupaban en aquellas abrupteces", (pág. 16).

Y también Dionisio Monedero, en sus Episodios militares, da cuenta de este tipo de acciones:

"Les habíamos causado tantas desdichas persiguiéndolos por todas partes y sembrando el exterminio y el espanto en sus propios lares", (pág. 152).

128. "Cara y cruz del moro en nuestra literatura", Crónicas sarracinas, pág. 19.

129. Abd el-Krim y la guerra del Rif.

130. Recuerdos centenarios de una guerra romántica.

131. Crónicas sarracinas, pág. 67.

II. DOS CAMPAÑAS DE TRÁNSITO: 1893 Y 1909.

Frente al interés literario en general, y narrativo en particular, que suscitó la guerra de África, las dos contiendas de 1893 y de 1909 no debieron de resultar estímulo suficiente para la inspiración de los narradores, a tenor de la escasa cosecha que tras ellas pudo recogerse. Bien es verdad que ninguna de las dos concitó el fervor popular ni el aspaviento patriótico de aquella. La primera, a pesar de que amplios sectores de la prensa se aprestaron a desempolvar los ritmos del patriotismo marcial¹ y del importante desplazamiento de fuerzas peninsulares que acarreó, quedó reducida a un conflicto menor en todos los sentidos, cuyo más llamativo acontecimiento lo constituyó la muerte del gobernador militar de Melilla, el general Margallo, de ahí que en adelante se la conociera como guerra de Margallo. Los pocos acercamientos de la prosa de ficción a este suceso hay que considerarlos más bien pretextos de los autores para desarrollar otros asuntos, dentro de los cuales la presencia de la guerra sólo semeja motivo anecdótico o adecuada ambientación.

Mientras que la segunda, acaecida cuando las coordenadas históricas españolas eran ya muy distintas y lo militar no podía considerarse un valor en alza, alcanzó eco entre numerosos sectores de la población, claro está que por su neta impopularidad y por las sangrientas consecuencias sociales que de ella se derivaron, sin embargo, esto tampoco se canalizó en un adecuado reflejo literario. Lo que no resulta extraño, teniendo en cuenta que la mayor parte de la considerada literatura seria -léase, por ejemplo, el grupo denominado modernista y la llamada generación del 98- andaba embarcada por aquellos días en una renovación estilística bastante alejada, en sus presupuestos y temas, de cualquier testimonialismo del momento, cuando no rumiando todavía los desastres coloniales de fin de siglo e interrogándose sobre el ser de España. Su escasa repercusión narrativa ha quedado reducida a algunos relatos breves que creadores de segunda o tercera fila escribieron para colecciones populares.

Dentro de la historia de la narrativa de las guerras de Marruecos, los frutos de estas campañas vienen a constituir un mero enlace entre la mediana -en cuanto a la cantidad- producción que generó la campaña de 1859-60 y la muy abundante y variada nacida al calor del largo conflicto posterior.

1. La guerra de Margallo.

Atendiendo a la cronología de publicación², tan sólo tres cuentos aparecen en el periodo que puede considerarse contemporáneo a la campaña. A una segunda etapa, ya a notable distancia temporal de los sucesos, pertenecen Del cuartel y de la guerra, de Manuel Ciges Aparicio, libro a medio camino entre lo novelesco y el testimonialismo, y una novela de aventuras, Antonio Real y Real (Media Peseta).

Del mismo año del conflicto, 1893, es El pacto con la comadre³, de José ZAHONERO⁴. Cuento de carácter popular, en el que la burla del islamismo y la exaltación patrioter española se dan la mano. Su argumento promete alguna originalidad en su disparatado comienzo: una charla en el infierno entre el diablo y su "compadre" Mahoma, en la que aquél encarga a éste que azuce a sus fieles para que entren en guerra con España. Las expectativas, sin embargo, pronto se disipan, el relato pierde su frescura y humor iniciales, y pasa a narrarnos una historia tan sintética como insustancial: la peripecia de Juan Lanas, personaje que, tras haber superado una grave enfermedad, vive en la creencia de que la muerte no acude hasta que uno no la convoca. Su animosidad y convicciones hace superar a Juan cuantos reveses le depara la vida. Comienza la guerra y, por su condición de reservista, es llamado a filas. Allí acude pletórico de optimismo y confianza, hasta que en medio de un combate, cuando entre sus compañeros comienzan a manifestarse los síntomas del desánimo, comprende que ha llegado el momento en que la muerte merece ser llamada y, buscando servir de ejemplo a los restantes soldados, se lanza el primero contra el enemigo, haciendo que su creencia se convierta en realidad. De tal actuación, el diablo y Mahoma extraen la siguiente conclusión: "la raza española se rehace y revive por su amor a la muerte", macabra moraleja

del cuento, que, si la distancia temporal no lo impidiese, hubiera hecho recelar al mismísimo José Millán Astay sobre la precaria originalidad de su más difundido patrimonio ideológico y cultural.

La narración se articula de la manera más tradicional, en tres secuencias: un planteamiento, el encargo del diablo a Mahoma; un nudo, lo que acontece a Juan Lanas; y un desenlace con moraleja. El registro lingüístico, sin distinción entre el correspondiente al narrador y el de los personajes, remite a una literatura de carácter popular deseosa de conseguir el agrado de un público poco exigente. A tal fin, el primero adereza su discurso con expresiones de coloquialismo oral: "ardiendo estaba la tierra en cierto día de un caluroso verano; ¡calculad cómo estaría el infierno, que ya de suyo es tierra caliente!"; "pues, señor, ésta era la preocupación de Juan Lanas y no había quien se la quitara". Así como bromas fáciles y de simplona factura: "[Mahoma] dio un salto, alzó una pata al aire y arrojó por él una babucha, que vino a caer en uno de los cuernos del diablo". En los segundos, se acentúan aún más estos rasgos de habla, sobre todo en Mahoma y en el diablo, que hacen gala de una oratoria cuajada de frases hechas y de réplicas tan chuscas como: "-¡Vaya, morito, tú te estás mamando el dedo! ¡Naciste ayer!" o "-(...) te viniste maldiciendo del vino, y eso no se le ocurre ya ni al que asó la manteca". Tono humorístico del que se sirve el autor para lanzar una burda mofa, una caricatura carente de toda agudeza, sobre el islamismo y su profeta a lo largo de todo el relato, el cual, sin embargo, se torna altisonancia patrioterica cuando se refiere al ejército español:

"Entonces sintió Juan en su pecho todo el calor de su raza; no la débil angustia de la desesperación, sino una viril y fiera alegría que le hizo (...) saltar el encrestado borde de una trinchera, y allí llamar a la muerte con todas las energías de su alma (...) murió cumpliendo con el más noble y más vehemente deseo que había sentido en su vida."

En suma, un cuento que abunda en los consabidos lugares comunes de la superioridad de creencias religiosas y actitudes personales del español sobre el marroquí, escrito con trazo

grueso y atento a unos objetivos que, según se desprende de su texto, más parecen atender a la circunstancia del momento que al logro artístico.

Leopoldo Alas, *CLARÍN*⁶, único narrador de reconocida talla que se acercó a esta campaña, la toma como motivo para dos de sus cuentos. Más que relatos sobre la guerra, ésta se convierte en excusa útil para que el escritor asturiano ponga de relieve algunos modos o conductas sociales censurables.

El primero de ellos, El sustituto, aparecido en 1893⁶, y con posterioridad incluido en la colección denominada Cuentos morales⁷, aborda un asunto no extraño en su obra: el servicio militar, abordado ya desde perspectiva diferente en su muy famoso ¡Adiós, Cordera!. La anécdota refiere como Eleuterio Miranda, hijo único de un propietario rural, ha eludido sus obligaciones militares, que suponían un destino en Marruecos durante la campaña, mediante la compra de un sustituto pactada entre su padre y Ramón, uno de los hijos de una mísera arrendataria de aquél. Los responsables del ayuntamiento del pueblo han solicitado a Eleuterio que, en su condición de poeta, escriba unos versos para el acto público que están organizando con objeto de recaudar fondos para la guerra. Mientras lo está haciendo se acuerda de Ramón con vergüenza y remordimientos. Nada más acabar la fiesta municipal, parte para Málaga con la intención de incorporarse al ejército de cualquier forma. Allí encuentra a su sustituto moribundo. Ramón muere en brazos de Eleuterio y éste acude a Melilla, donde, con la connivencia del capitán y de toda la compañía, ocupa el lugar y suplanta la personalidad de su sustituto a todos los efectos. Llegada la ocasión, Eleuterio busca la muerte en una acción heroica. Muere bajo la personalidad de Ramón Pendones, el sustituto, sobre quien recaen todos los honores, ascenso y medalla pensionada, cuya cuantía recibirá su pobre madre. Entretanto, Eleuterio Miranda -con su auténtica entidad- también ha encontrado la muerte en la guerra, pero en este caso oscura y anónima.

Cuento contra la discriminación que a la hora de ir a la guerra se establece entre los que tienen algunos posibles y los desheredados de cualquier fortuna. El relato se organiza en dos secuencias, marcadas por el espacio -el pueblo, en la primera, y el viaje y Marruecos en la

segunda- y por la actitud del protagonista, cuya mala conciencia en la primera parte se resuelve en abnegación y heroísmo en la segunda. No obstante, El sustituto no se queda sólo en esto, sino que, como es habitual en el autor, la narración remite a otros múltiples asuntos, secundarios, a menudo nada más que insinuados o sugeridos con algunas pinceladas, pero de suma importancia, los cuales configuran un mundo rico en matices y detalles, capaz de dar profundidad al relato. Acaso a esto se refiera Baquero Goyanes cuando comenta los deseos literarios del autor: "*Clarín* preconiza y anhela lo que él llama la novela poética (...) lo que (...) probablemente deseaba era una novela en la que el lirismo emanase no del ropaje verbal, sino de la misma trama, de la desnuda acción"⁸. Entre estos elementos cabe mencionar, por su peso dentro de la narración, la propia literatura -otro aspecto temático no infrecuente en la obra de Leopoldo Alas-, que aquí se presenta cargada de sentidos irónicos, e incluso, en alguna ocasión, sarcásticos. De la inicial parodia, vemos al protagonista afanado en la búsqueda de rimas que perfilen su pensamiento con justeza, o la ironía humorística, la poesía no ha podido librar a Eleuterio del servicio militar: "lo de poeta lírico no era exención suficiente"; se pasa a la influencia de la literatura en la elevación del tono moral del protagonista, deviene el acicate que despierta la mala conciencia en Eleuterio; finalmente será el motor de su más que honorable redención. Llegados a este punto, la conducta del personaje imita la ficción y no la realidad, aquélla constituye un modelo sin duda más noble que ésta, al escribir sus mejores versos con el ejemplo de su propia muerte: "No en vano era, además de valiente, poeta (...) sus recuerdos de la Iliada, del Ramayana, de la Eneida, de los Lusiadas, de la Araucana, del Bernardo, etc., etc., llenaron su fantasía para inspirarle un *bell morir*." La literatura ha elevado a Eleuterio sobre la indignidad que injustas normas sociales y su origen familiar le reservaban. La poesía establece al cabo distinciones morales entre los individuos, según se desprende de la bella metáfora que encierra la doble moraleja final:

"Era verdad. Eleuterio fue exagerado [en su sacrificio]. Pero no hay que olvidar que era poeta; y si la mayor parte de los señoritos que pagan soldado, un soldado que

muera en la guerra, no hacen lo que Miranda, es porque poetas hay pocos, y la mayor parte de los señoritos son prosistas."

No olvida *Clarín* la vertiente realista, al reflejar la vida de los campesinos. Miserable existencia para todos, para los pequeños arrendadores, que, como don Pedro Miranda, no disponen de la cantidad necesaria para pagar la redención a metálico de su hijo. Y mucho más infortunada aún para los desdichados arrendatarios, que, como María o su hijo Ramón, se ven obligados a vivir en la más absoluta penuria y a pagar las deudas con su propia vida. Tampoco falta el crítico juicio, aunque sólo se haga presente en fugaz aparición, sobre la política de la época: "Como no mandaban entonces los del partido de Miranda, sino sus enemigos, ni en el Ayuntamiento ni en la Diputación provincial hubo manera de declarar a Eleuterio inútil para el servicio de las armas". Y, por supuesto, la guerra, enfocada desde una irónica lucidez: "Era el caso que estaba la patria en un grandísimo apuro, o al menos así se lo habían hecho creer a los del pueblo de Miranda."

Las escasas páginas de este breve relato resultan suficientes para que Alas dote a sus personajes de una humanidad capaz de dejar poso en el lector. Con muy acertado trazo diseña a su protagonista, Eleuterio Miranda, al que conocemos desde su interior merced a una depurada técnica, la cual permite al narrador simultanear un punto de vista externo -en la presentación del personaje- con otro coincidente con el pensamiento íntimo de Eleuterio, cuando éste ya ha llegado al punto de reflexión que aquél considera adecuado. Lo encontramos primero enfrascado en la composición poética, malhumorado por su disyuntiva interior; luego, peleando con el fantasma de Ramón, el sustituto, cuyo recuerdo no puede apartar ni echando mano a Don Quijote; poco después, cuando ya no hay bálsamo que alivie su zozobra, su pensamiento alcanza el grado de inflexión necesario para modificar su conducta futura -y el devenir de la narración, que encuentra aquí su eje-, llegando al lugar donde se identifica con el del narrador, que, tras un monólogo mental de Eleuterio -marcado con comillas-, recupera el discurso: "Rasgo la oda, o elegía, *que era lo más decente que, por lo pronto, podía hacer en servicio de la patria* [subrayado mío]". El comentario destacado puede

atribuirse tanto al contenido mental del narrador como al del protagonista. Alcanzar este momento ha requerido una elaborada preparación. En la parte precedente, *Clarín* ha ido sembrando la narración de sutiles detalles. En un principio, por ejemplo, la reiterada acción de Eleuterio mordiéndose las uñas. Con posterioridad, las repetidas alusiones a la condición débil y enfermiza de Ramón, y, sobre todo, a su apodo: *el gallina*, lo que por un lado ha ido manifestando la creciente ansiedad del personaje y, por otro, ha servido para dirigir los sentimientos del lector en la dirección que él deseaba, de forma tal que la opción escogida por Eleuterio parece la única honrada.

Tampoco se descuidan los personajes secundarios, a pesar de su mínima presencia. El autor tiende una mirada de compasiva ternura hacia los más desfavorecidos, hacia los pobres y débiles como María o su hijo Ramón, cuya calamitosa situación social roza en ocasiones lo lacrimógeno. Más difuminado queda don Pedro, el padre de Eleuterio, un terrateniente menor que, a pesar de disfrutar de una posición económica más desahogada, también acusa los malos tiempos que corren. Aunque sus figuras no se contraponen, *Clarín* matiza su toma de postura: "María Pendones tenía que pagar las rentas atrasadas o... dejar la finca (...) A esto lo llamaba *disyuntiva* don Pedro, y María *el acabóse* [subrayados del autor]."

No se trata, en definitiva, de un cuento directamente enraizado en la guerra, pero su fronteriza relación le sirve al narrador asturiano para ponerla en solfa, denunciando tanto su propia iniquidad como las desgracias que acarrea. A la vez, elabora la más acabada obra, desde el punto de vista artístico y literario, sobre esta campaña.

La segunda de las narraciones breves de Leopoldo Alas lleva por título Don Patricio o el premio gordo en Melilla, incluido también en la colección Cuentos morales, de 1896. Su mínimo argumento refiere una sencilla anécdota acerca de un indiano tan rico como avaro, Don Patricio, al que sus conciudadanos instan a que aporte alguna ayuda para los heridos de Melilla. Él se zafa del compromiso proponiendo que todos jueguen a la lotería de Navidad, y los que resulten agraciados con el premio gordo entreguen la mitad de la cantidad para los heridos. Como contribución a la causa asegura que ha comprado un billete entero. El día del

sorteo, los del Círculo de recreo le intentan gastar una broma haciéndole creer que él afortunado ha sido él. Don Patricio revela entonces que no jugaba cantidad alguna.

Su conexión con la guerra, según puede verse, aún resulta bastante más remota y periférica que la de El sustituto; en realidad, no va más allá de una mera cuestión circunstancial. Tampoco, ni por su planteamiento ni por sus logros, alcanza la altura de aquél, incluso se hace difícil incluirlos dentro del mismo género, pues, como apunta Baquero Goyanes: "No es propiamente un cuento, sino un cuadro más de la galería de tipos grotescos y casi simbólicos que son *Cuervo*, *Don Urbano*, *Doctor Pértinax*, *Doctor Sutilis*, etc."⁹

Manuel CIGES APARICIO¹⁰ publica en 1906 El libro de la crueldad: Del cuartel y de la guerra¹¹, perteneciente al ciclo del autor denominado Los cuatro libros. Obra que ha suscitado entre la crítica una cierta controversia en cuanto a su género. Ya Gómez de Baquero en una reseña de la época lo considera "relato autobiográfico (...) tal vez algo novelado en la composición y en sus episodios"¹². Estos dos elementos, autobiografía y novela, han dividido a los comentaristas posteriores, de tal forma que mientras, por ejemplo, Eugenio G. de Nora¹³ y Cecilio Alonso¹⁴ lo incluyen dentro de los relatos testimoniales autobiográficos pero no novelescos; Víctor Fuentes¹⁵ y Jesús Arribas¹⁶ no dudan en tomarlo como una novela, al igual que los restantes libros de esta serie. Los primeros apoyan su tesis en la intención del autor, que según señala Nora es: "traspasar la superficie de los hechos, pero en modo alguno recrearlos estéticamente en novelas". Mientras que éstos atienden más a la estructuración formal del libro y al concepto que del género novelesco se tenía en la época, como señala Arribas: "Responden efectivamente [la serie de Los cuatro libros] a la estructura de la novela, tal como entonces se entendía, porque el autor somete la anécdota a un proceso de descripción, narración y diálogo fácilmente reconocible para el crítico y el lector". No estimo fundamental para los objetivos perseguidos en estas páginas la adscripción del libro a uno u otro género, teniendo en cuenta que sólo en un fragmento del mismo se refieren los acontecimientos de la guerra de Melilla del año 93 y, en consecuencia, no voy a aventurarme en comentarios totales de la obra que distraerían la atención del asunto aquí tratado. Sin

embargo, me inclino más a pensar que hay sobradas razones para considerarlo un texto de carácter autobiográfico-testimonial, atendiendo a la evolución histórica que este género ha ido teniendo, en el que no resultan infrecuente los artificios de índole novelesca tanto en la configuración de los personajes como en las tramas urdidas, baste recordar La forja de un rebelde, de Arturo Barea, al que más adelante me referiré¹⁷.

La serie Los cuatro libros compone una suerte de retrato de la España finisecular y de comienzos del presente siglo, escritos de forma visceral y descarnada, sin concesiones ni contemporización de ningún tipo con un sistema y unos personajes fundamentalmente ineficaces y corruptos. Se parte del relato autobiográfico para hacerlo trascender hasta la radiografía social, en la que el autor se convierte en "testigo de cargo"¹⁸ de la época reflejada. Este cometido testimonial se complementa como una suerte de acceso a la experiencia social del protagonista, en cuanto que su figura no se limita a la de mero testigo de lo que está narrando, sino que en su otra faceta dentro del texto, como personaje, cada acontecimiento va dejando huella y conformando su personalidad.

Del cuartel y de la guerra es el tercer libro de la tetralogía; sin embargo, en el orden cronológico del relato ocupa el primer lugar, aunque en un paréntesis de este periodo se enmarque el segundo, Del hospital. Refiere la experiencia militar de Ciges Aparicio entre los años 1893 y 1896: su incorporación a filas, la vida cuartelera peninsular y las campañas de Melilla y Cuba. Constituye un duro alegato contra el sistema militar en su conjunto. Desde la legislación por la que se rige: "salvaje Código militar, baldón de los hombres, protección de todas las tiranías"¹⁹; hasta los miembros que de él forman parte, entre los que la justicia y nobleza de espíritu hay que considerarlos atributos de excepción dentro del cuerpo de oficiales y jefes. No olvida tampoco dar cuenta de la corrupción y el robo como prácticas habituales; o de la absurda, ineficaz y brutal pedagogía imperante; del cultivo de la apariencias frente a la eficacia real, que se manifiesta desde la limpieza personal hasta las operaciones bélicas; o de la deplorable existencia del soldado en filas, víctima de constantes abusos y humillaciones físicas y psicológicas, de una pésima alimentación, de unas menos que

inadecuadas condiciones higiénicas y sanitarias, y de una nula calidad de vida. Todo este cuadro de horrores se completa con la perversa instrucción ideológica que, con la peculiar pedagogía militar y con el ejemplo observado, va anidando en el ánimo del soldado, en lo cual cifra Ciges la razón del absoluto divorcio entre lo civil y lo castrense:

"Poco a poco le han imbuido [a la tropa] la idea de que el militar es superior al paisano (...) Algunos meses bastan para que el soldado sienta desprecio del hombre civil. ¿Qué será del que ha convertido en carrera su adhesión al ejército?" (Pág. 109).

Libro, pues, cuyas páginas encierran un alegato antimilitarista sin rebozo alguno. Planteamiento que no deriva de sesudas y meditadas reflexiones sino de la experiencia más epidérmica, de la crueldad cotidiana y de la rebelión contra la injusticia.

De la campaña de Melilla se ocupa en la denominada segunda etapa, de las cuatro que forman Del cuartel y de la guerra. Posiblemente resulte la parte menos jugosa de la narración, en buena medida por la propia futilidad de aquel conflicto, que contrasta con el mucho más interesante relato de la guerra de Cuba que refiere en las páginas siguientes. La unidad en la que se encontraba encuadrado Ciges llegó a Melilla en noviembre, cuando las refriegas ya habían acabado casi del todo, y su visión se centra en dos aspectos: las pésimas condiciones de vida del soldado y la arrogancia y fatuidad de los generales y jefes. Por lo que respecta al primero, el narrador continúa observando -y padeciendo- un ineficaz y ridículo sistema que obliga a vivir a la tropa en la indigencia: mal calzados, mal vestidos y maltratados. Y por encima de estas desventuras, aún ha de soportar las que impone el propio teatro de operaciones: la carencia de agua en especial, que tampoco se suple con un adecuado aprovisionamiento. La sed obliga a beber de pozos putrefactos y, junto con la suciedad y la falta de higiene, llena los hospitales y degrada al soldado:

"Con el litro de agua [diario] hemos de tener para beber y lavarnos. Como la sed es mucha, las abluciones huelgan./ La suciedad nos cobija de la cabeza a los pies. Revueltos en las tiendas hombres y ropas, el parasitismo se manifiesta fértil. Para contener su reproducción nos llevan, después de diana, a que nos lavemos en el agua

salobre del mar. Cada diez o doce días nos ordenan lavar -¡mojar!- las ropas./ Y el jabón, en las fábricas." (Páginas 158-159).

Miseria que contrasta con el empaque de los directores de la campaña, a los que Ciges va pasando su particular revista con sarcástica mirada, empezando por Martínez Campos, el general en jefe del ejército expedicionario:

"(...) ¡Oh, el duro y sublime caudillo, hecho para todas las resistencias! ¿Pues no se niega a residir en Melilla? El general ha dicho que la vida en poblado enerva, y como él es un soldado más, quiere vivir a campo raso entre soldados./ Y se viene a Horcas Coloradas para hacer plena vida de campaña./ A cien pasos de nuestro campamento levantan su tienda. Es una tienda grande, redonda, doblemente forrada para que la lluvia torrencial no la acribille. Sobre sacos de serrín derraman dentro nuevos sacos de corcho hasta formar un pavimento de media vara. Sobre el serrín extienden alfombras. Sobre las alfombras ponen mesas, lechos de campaña.../ Y el soldado murmura al pasar:

'-Por esta tienda cambiaría su casa el alcalde de mi pueblo." (Páginas 163-164).

De él para bajo, vamos viendo desfilar a un nutrido grupo de pavos reales que han venido a Marruecos a lucir sus gallardos y variados plumajes, desde el aristocrático empaque del general Salcedo, hasta la chulesca actitud de Arolas. Y no le van a la zaga los jefes de menor rango, ansiosos de entrar en combate porque "se dice que todos traen en las maletas los fajines para volver a España de generales", (pág. 163).

El resto, poco más. El aventurar de forma velada la posibilidad de que Margallo no perdiera la vida por bala rifeña sino española, como aclara Cecilio Alonso²⁰, y alguna anécdota ilustrativa de lo que dio de sí aquella guerra. La brutalidad que reviste la vida de campaña, ejemplificada en el deseo de algunos soldados por obtener unas orejas de moro como trofeo, asunto que, de hecho, se convirtió en recurrente durante posteriores conflictos, y que en éste materializa al fin un soldado, al que Martínez Campos, obrando con no menos brutalidad -según el texto deja ver-, castiga con el inmediato fusilamiento. Antonio Farreu,

miembro de una unidad especial formada por presidiarios y conocida como la "Guerrilla de la Muerte", pagó con su vida la mutilación de un rifeño adicto a España.

Y se despide el narrador del lugar de los acontecimientos con palabras harto reveladoras de lo que a su juicio fue aquello: "Nos vamos por donde hemos venido./ La comedia ha terminado." (Pág. 192).

Imprime Ciges a esta obra un estilo con decidida voluntad artística. Acaso en ello resida la principal razón para fijar en el lector la idea de que se encuentra ante una obra de ficción y no ante un testimonio real. Una prosa en la que abundan los recursos literarios y las expansiones líricas. Unas veces orientadas hacia la notación de sentimientos conmovedores y naturales sugeridos por algunas descripciones:

"La paz reina otra vez en torno. Por el antepuerto van entrando las barcas de blancas velas que tornan de la pesca. La luz de la tarde se degrada, y el ópalo remoto que flota sobre el mar, ciudad y montes, se confunde con las primeras sombras y parece un vaho gris que ennegrece con la lenta ascensión de la noche. Es tan dulce la muerte del día, que hasta el aire se desmaya." (Páginas 120-121).

En tanto que otras, las palabras se cargan de un retoricismo carente de frescura: "El manto tupido del sueño cae sobre los sentidos", (pág. 61); y llegan incluso a lo francamente añoso y manoseado: "Las primeras perlas de sudor asoman en nuestras frentes." (Pág. 129).

Hay ciertos usos que, por su reiteración, imprimen carácter a su estilo. Uno de ellos consiste en la frecuente ausencia de determinación en los sustantivos, que, además de atraer la atención, desdibuja un tanto los contornos de la realidad referida. A modo de ejemplo: "desembocamos en extenso patio cuadrangular", pág. 50; "sacudió reciamente costillas del sargento", pág. 189; o, "densa columna de polvo dorado dice por dónde va la brigada", pág. 212.

Otro lo constituye la frase sintética con la que, a modo de resumen, suele cerrar cada cuadro o exposición precedente. De ella se sirve el narrador para ir orientando el sentido que ha de darse a su narración. A veces refleja su sarcástica revancha ante la brutalidad o

estupidez circundante, según puede verse en el cuadro XIII de la primera etapa. En él se plantea el robo en las dependencias de los soldados, cuya solución consiste en "pintar" lo desaparecido, lo que hace concluir al narrador: "Hay que ser buenos pintores", (pág. 74). En otras ocasiones, sirve para dar curso a un deliberado afán didáctico. Así, el cuadro IX de la primera etapa, donde pone en solfa los métodos brutales de instrucción militar, se cierra con la siguiente reflexión: "No es sabio decir que 'la letra con palo entra'", (pág. 65); en el XI de la misma etapa se refieren los abusivos precios de la cantina cuartelera y concluye con este grito del protagonista: "-¡Es un robo consentido!", (pág. 70); o en el cuadro VIII de la segunda etapa, donde la aparición de un personaje episódico, un presidiario, lleva al narrador a sintetizar la actitud vital de aquél: "Admirable filósofo", (pág. 169). Finalmente, hay veces en que lo metafórico resulta el más explícito comentario, tal sucede en el cuadro XVIII de la cuarta etapa, donde la lívido de la tropa es excitada por la visión que ofrecen unas mujeres cubanas a la entrada de un pueblo: "Marte sufre por Venus", (pág. 321).

El último de estos recursos consiste en un paralelismo simbólico que, en varias ocasiones a lo largo del relato, se establece entre el paisaje o la climatología y el ánimo del protagonista, fenómeno que en parte ya ha sido advertido por algún crítico²¹. Así, cuando el personaje se incorpora a la vida militar en los primeros pasos de la narración, lo que él mismo ve por una ventana no aventura nada bueno: "Por las ventanas miro pensativo el lento rodar de negras nubes preñadas de amenazas", (pág. 43). Vuelve a repetirse en el cuadro XXXVII de la primera etapa, cuando una noche de tormenta sirve de marco para las turbulentas reflexiones del protagonista, que se encuentra esperando el posible inicio de una revuelta política -al final no llevada a cabo- en la que va a tener destacado papel.

Sin duda, pretendió Ciges escribir un libro de testimonialismo vivido y veraz, a la vez que capaz de conmover tanto por su áspero contenido como por su elaborada expresión. Y a fe que lo consiguió.

Aurelio BÁIG BAÑOS²² publica, en 1918, Antonio Real y Real (Media Peseta). Héroe fabuloso de la guerra de Melilla del año 1893²³, novela de tan largo título como escasa

entidad artística. Se trata de una narración de las consideradas, con plena justicia en este caso, subliteratura. Con tono más bien humorístico da cuenta de algunas peripecias sucedidas al personaje que le da título, especie de moderno mosquetero hispano, al menos esto es lo que, venga o no a cuento, él mismo y el narrador se afanan por aparentar y repetir. Soldado, y más tarde sargento, de carácter desenfadado, valiente y bravucón; frecuentador de tabernas, donde acude en busca de vino, juego y aventuras galantes; y fiel amigo de sus amigos. Su relación con la campaña, aparte del altisonante subtítulo, hay que considerarla bastante escasa. En realidad queda reducida a un incidente del pasado del personaje y de la narración, el momento en que Antonio Real y Real ingresa en la milicia. Allí destaca por su bravura y conoce a un compañero de armas, un presidiario falsamente acusado del asesinato de su madre, cuya inocencia intentará probar el protagonista a lo largo del resto del relato. Por supuesto, conseguirá su objetivo con creces: su antiguo camarada -perteneciente, por cierto, a la unidad mandada por el famoso capitán Ariza y conocida como "Guerrilla de la muerte", que Ciges Aparicio menciona en su libro- quedará rehabilitado del todo y él logrará el ascenso a oficial por méritos de guerra.

La novela, por sus planteamientos y factura, puede emparentarse con las aparecidas por entregas durante la guerra de África, aunque su extensión en poco rebase las noventa páginas. Al igual que sucedía en aquéllas, la campaña no semeja sino mero pretexto para hilvanar otros asuntos, nimios en este caso. La acción en su casi totalidad queda restringida al relato que de los sucesos van realizando los personajes, pero rara vez se desarrolla de forma directa ante los ojos del lector. Y resulta habitual que algunos personajes desaparezcan de manera inmotivada, fingiendo muertes cuya posterior aclaración sólo cabe dentro de lo inverosímil. La fábula, a pesar de su brevedad, se sobredimensiona merced a un dar cuenta del pasado de casi todas sus criaturas. La conducción de lo contado se deja en manos de varios narradores alternantes: una voz impersonal, el propio Antonio Real y Real e incluso el presidiario, a través de unas memorias que ha ido redactando. No obstante, tal multiplicidad de voces no supone un aquilataamiento de la función narradora, pues resultan del todo frecuentes las

intromisiones del contador impersonal en su relato, unas veces dirigiéndose al lector: "El mozalbete, a quien conocimos en el cafetín", (pág. 51); otras, encubriendo su inmoderado punto de vista con idénticos procedimientos que lo hacían los de aquellos viejos novelones: "Este pliego son unas *Memorias*. Las leemos al mismo tiempo que *El Inmortal*, por encima de sus anchos hombros", (pág. 60).

Tan insustancial asunto y anticuada arquitectura se recubren con una prosa un tanto chocante. Manifiesta una deliberada proclividad a orientar el habla de los personajes, de lo que también se hace partícipe al discurso del narrador, de un registro chulesco; una jerga de hampones con algunas resonancias valleinclanescas, con la que intenta reproducir los particulares modos idiomáticos orales de los encanallados tipos que refleja. Usos que resultan verosímiles y hasta adecuados cuando los emplea el bandido *Malas Tripas*: "-Si yo supiera quién era el causante..., *le limpiaba el comedero* [subrayado en el texto] para siempre"; alguno de sus comparsas, como *La Frescales*: "-Han meneado bien la sin hueso"; e incluso el propio Antonio Real y Real: "No quedó ni uno [moros atacantes] para simiente de alcuzcuz", "toda la noche pasé en vela cosiendo la guerrera y los pantalones, aunque por ahí no me daba el naípe". Pero que hay que entender fuera de lugar cuando se ponen en boca de personajes que nada tienen que ver con esos ambientes, como el capitán que manda la compañía del protagonista: "-Una lanza o un alfanje que me cercene la guardilla donde arrinconan los sesos y cuatro ambiciones de gloria"; o un teniente coronel que ampara a ambos: "-(...) Las *Memorias* que hemos leído son una copia (...) ¿Quién tiene el verdadero autógrafo? ¿El presidiario de Melilla? ¿Para que lo quiere teniendo el cliché en su diestra y presentes todos sus recuerdos?" No cabe considerar sino desatino esto de asemejar el decir de las gentes del hampa o sus próximos con los oficiales militares, a pesar de que sólo en este aspecto, en el lingüístico, alcanza algún brillo la narración, ya que lo demás carece de todo interés.

2. El Barranco del Lobo y algo más.

Esta campaña ha quedado prendida en el recuerdo de las gentes más por las coplas populares que por aquellos días se difundieron que por su reflejo literario, reducido al campo de la novela breve y a plumas hoy casi del todo olvidadas²⁴. A ello habría que añadir un par de libros de carácter no novelesco, de testimonialismo periodístico, y una alusión de pasada en uno de los Episodios contemporáneos de Francisco Camba, el titulado ¡Maura, no!²⁵, en cuyas páginas se hace una mínima mención del acontecimiento, aunque la nula relación entre su hilo argumental y la guerra lo deja fuera de los objetivos aquí perseguidos. En tiempos recientes la guerra de 1909 ha vuelto a convertirse en objeto de evocación imaginativa en Hermanos mayores, una novela publicada en 1987 y de la que me ocuparé en capítulo venidero, dado que su asunto trasciende esta contienda para adentrarse en las sucesivas. Los relatos contemporáneos a los sucesos recreados fueron apareciendo en algunas de las colecciones que, con carácter de publicación periódica y precios económicos, trataron de acercar la literatura a públicos que por falta de hábito o de recursos materiales no tenían acceso a otro tipo de libros. Seis narraciones, en lo que alcanzo a conocer, recogen en sus páginas este acontecimiento histórico. Aparte de esta común forma de publicación, no puede hablarse de un factor común entre todas ellas, ya que cada una lo enfoca desde una perspectiva diferente y responde a un planteamiento literario bastante distinto, que va de la novela galante a una suerte de testimonialismo didáctico, pasando por el relato heroico y patriotero o aquel de corte más bien naturalista. No obstante, los tres títulos publicados más tardíamente, a pesar de sus divergencias argumentales, mantienen una cierta comunidad ideológica: su exaltación del heroísmo.

En el mismo año del conflicto apareció En la guerra, de Carmen de BURGOS, *Colombine*²⁶. Publicado en El Cuento semanal²⁷ con fecha de 29 de octubre de 1909, cuando la campaña aún no se había dado por concluida. La narradora había sido testigo directo del discurrir de los acontecimientos, ya que en agosto de aquel año se había desplazado a Melilla en calidad de corresponsal de guerra. Era la primera mujer que desempeñaba tal cometido²⁸ y lo desempeñó para el Heraldo de Madrid. La novela, aunque encierra una historia de

ficción, tiene un claro objetivo reporteril, sobre todo en cuanto a la descripción de ambientes y lugares, lo que tal vez tenga algo que ver con su subtítulo, Episodios de Melilla. La anécdota se centra en un personaje femenino, Alina, quien acude a Melilla acompañando a su marido, el comandante Luis Ramírez, que se reincorpora al ejército al tener noticia del conflicto. Allí conoce al capitán Gonzalo Ruiz, antiguo compañero y amigo de su marido, por el que se siente primero impresionada y atraída, y más tarde, ante las insinuaciones del militar, enamorada. Alina ocupa su tiempo visitando los variados escenarios de la guerra mientras se debate entre el amor hacia Gonzalo y la responsabilidad hacia su marido. Un día el capitán Gonzalo Ruiz resulta muerto en acción bélica y, cuando es trasladado a la ciudad, Alina, en presencia de su marido y de cuantos testigos se habrían acercado para presenciar el regreso de las tropas tras el combate, se lanza sobre el cadáver para abrazarlo y besarlo, mostrando ante todos el amor que había estado reprimiendo. El comandante Ramírez, su marido, muere más tarde en otra batalla. Su final queda abierto a varias interpretaciones, la muerte ha podido deberse a la propia acción militar o propiciada por el despecho ante la conducta que su mujer ha exhibido en público. La narración se cierra con un "¡Paz a los héroes!", imprecisa exclamación que, por la orientación que el texto va dando, parece aplicable tanto a los héroes con nombre como a los anónimos.

Este argumento de novela de amor constituye, sin embargo, sólo una parte del relato. Se plantea al principio, se deja a un lado, y vuelve a retormarse en la última parte de la narración. Por medio quedan toda una serie de estampas descriptivas de lugares, ambientes y gentes diversas -el entorno de la guerra- que van presentándose ante los ojos de la protagonista en su deambular cotidiano, y cuyo peso dentro del texto, tanto por las páginas que ocupa como por el interés que suscita, hay que estimar superior al de la peripecia amorosa. De tal forma que bien puede considerarse una novela antes descriptiva que narrativa, incluso por la propia disposición del contenido, que se organiza en una especie de cuadros ilustrativos de diferentes ambientes: el comedor del hotel Victoria, con el que se abre la novela, donde se reúnen los oficiales y cuantos por una u otra razón han acudido al escenario

de la guerra; con posterioridad, la atmósfera de la ciudad y los tipos melillenses; los campamentos militares y la vida cotidiana de la tropa; los rifeños, los enemigos y los que viven en torno al ejército expedicionario; e incluso la tensión con que se sigue el desarrollo de una batalla desde la retaguardia.

La principal deficiencia argumental reside en que ambas líneas narrativas, la ficción amorosa y la descripción documental, no llegan a fundirse en un mismo tejido, ni siquiera van avanzando en paralelo. Por lo que respecta a la primera, el sentimiento entre ambos personajes no crece ante los ojos del lector, pasa casi de la nada al todo. Sabemos de su existencia por algunas insinuaciones esporádicas de Gonzalo y por algunas reflexiones de la protagonista que la voz del narrador va intercalando entre las descripciones. En la parte última del relato se revela, sin embargo, como una verdadera pasión, nacida no se sabe de qué. Por otro lado, la conducta de Alina -único personaje destacado- resulta cuando menos sorprendente, debido, en gran medida, a los deseos de la autora por dotar a su heroína de unos rasgos que a ella se le podían antojar muy gratos, pero poco adecuados al perfil de este personaje. Resulta poco verosímil que una mujer poseedora de una "educación cosmopolita" y "libre de prejuicios", según se la describe al principio del relato, reprima una pasión tan honda como la que siente hacia Gonzalo: "Alina lo esperaba ansiosa en la ventana (...) no respiraba a gusto hasta que le veía aparecer (...) todos sus actos iban impregnados de la ternura de un amor verdadero"²⁹; y menos aún que por "atavismos" o por el recuerdo de su ausente marido no atienda a los casi castos requerimientos del capitán, que sólo solicita de su amada un beso antes de partir para una batalla en la que, como en efecto sucede, puede perder la vida. Parecen excesivos prejuicios para quien se nos había presentado como libre de ellos. Y el final, arrojándose inmeditadamente sobre el cadáver de su amado y olvidando a su ileso marido, más se antoja opción de la propia autora que consecuente comportamiento del personaje. Más coherente habría sido despojarla de cosmopolitismos educacionales y de liberación de prejuicios, mostrándola tan sólo como lo que pugna por ser: una heroína romántica de historia amorosa. Con ello habría logrado, además, una mayor adecuación del

contenido con el tono y la técnica de presentación y configuración física de la protagonista y de los restantes personajes, del todo convencional y próxima a los modos de la novela galante. Basta reparar en la presentación de Alina y su marido:

"Un comandante alto, moreno, de aspecto distinguido y luenga barba gris, cruzaba el salón, dando el brazo a una dama (...) Su figura elegante, noble y ruda, formaba un conjunto seductor con la frágil belleza de su esposa. Alina, veinte años más joven que él, apenas frisaba en los veinticuatro; parecía envolverlo en esa dulce ternura admirativa, que ofrenda la mujer al valor y a la fuerza."

La parte descriptiva sirve de vehículo transmisor de las impresiones e ideas que la estancia en Melilla produjo en Carmen de Burgos. Delega para ello en un narrador en apariencia impersonal, pero cuyo punto de vista las más de las veces se acomoda al horizonte de la protagonista, cuando no se adentra con omnisciencia en las más íntimas reflexiones de Alina:

"Una inquietud extraña se había apoderado de su alma, la imagen de Gonzalo la perseguía, se mezclaba en sus ensueños y en sus recuerdos; dejando en segundo término la de su marido. Se reprochaba aquel sentimiento involuntario al que se esforzaba en dar el nombre de amistad para evitarse el remordimiento (...)"

Otras veces presta su voz a la propia conciencia de la autora, que se deja ver vertiendo algún comentario más propio de un reportaje o documento periodístico que de una novela: "el barrio de Reina Victoria, que con el barrio del Buen Suceso (...) constituirán, no sólo el ensanche de la población, sino la base de la futura ciudad española, cuando pueda vivirse sin el amparo de las murallas". Y, en este mismo aspecto, tampoco se hacen infrecuentes las digresiones de carácter histórico-cultural o pedagógico:

"Tal vez el retraimiento de las mujeres no era voluntario: las sujetaba la costumbre tradicional que dejaron los musulmanes en España, imperantes aún entre los mismos que combatían a los moros en nombre del progreso. Un espíritu atávico, que indica los siglos de nuestro atraso, en relación a la cultura mundial."

La guerra, el asunto central del relato, y todo lo que en su órbita gira tiene un tratamiento que con justeza podría calificarse de ambiguo. No puede decirse que lleve a cabo un canto laudatorio de la campaña y de sus vencedores, pero queda bastante alejado de ese antibelicismo neto que quiere ver Concepción Núñez Rey³⁰, y menos aún que este antibelicismo se engendre y desarrolle en el devenir de la propia acción argumental. Es cierto que en varios momentos hay reflexiones del narrador que parecen denigrar la guerra. Unas veces por cuanto de engañoso tiene para el mero espectador: "la guerra ofrecía arteramente un espectáculo seductor y épico"; otras, por su perniciosa influencia en los participantes: "la guerra influía funestamente sobre las almas, endurecidas para el dolor ajeno, en el triunfo del egoísmo"; y hasta por las desgracias que conlleva: "En las largas salas del viejo hospital, se le presentaba todo el horror de la guerra en aquellos despojos (...) Vefía a muchos [heridos] inmóviles con los ojos cerrados sobre los aparatos que indicaban haber sufrido la amputación de piernas o brazos". Y también resulta innegable que se denuncia su hipocresía, tal puede apreciarse en la escena de la misa de campaña: "Tal vez en el mismo instante en que el sacerdote católico entonaba las últimas preces, iban a reunirse con Alá algunos sectarios de Mahoma destrozados por los proyectiles. Alina creía oír resonar en el aire la voz augusta de la Escritura: 'Si al ir a depositar tu ofrenda recuerdas que tu hermano está enfadado contigo, deja tu ofrenda al pie del altar y corre a desenojar a tu hermano'; y hasta su crueldad, al contrastar en la conciencia de Alina la alegría de los vencedores con el triste olvido de los caídos: "Le parecía una crueldad olvidar la sangre que la victoria había costado para entregarse al júbilo". En esa misma dirección cabría incluso añadir el desgarrado grito condenatorio que la protagonista lanza ante el cadáver de su amado al final de la novela: "¡Maldita guerra!", aunque en este pasaje, considero más atinado interpretar la maldición de Alina como fruto del desgarró interior de quien ha perdido a un ser querido, que como una consciente reflexión opuesta a lo bélico.

Todo lo anterior contrasta, sin embargo, con otros pasajes de claro regusto guerrero. Así, por ejemplo, se considera conveniente la presencia de la mujer cerca del militar porque: "el

alma de las mujeres dignas sabe envolver la misión del combatiente, rimando la hermosa poesía de la epopeya". Y aparentes condenas de la guerra no encierran, en realidad, más que velados ataques contra la táctica seguida por los rifeños:

"Aquel espectáculo seductor ocultaba el horror de la guerra con una crueldad suprema. Sabía que algunos de aquéllos no habían de volver; se jugaba todos los días una triste lotería de muerte. Más que guerra parecía una cacería de hombres; los rifeños esperaban tendidos a lo largo del camino, ocultos en sus barrancos, y desde los escondites hacían blanco, cobrando una lenta contribución de sangre, sin que se supiese de dónde habían salido los tiros."

Con todo, lo que más aparta la narración de un sostenido tono antibelicista y contribuye a crear en el lector una sensación casi opuesta es el tratamiento de algunos otros elementos directamente relacionados con el conflicto. El primero de ellos viene dado por el enfoque del estamento militar y de cuanto forma parte del universo castrense, al que alaba sin moderación desde la primera a la última línea del relato, comenzando por la propia actitud del comandante Ramírez, el marido de la protagonista, que, tras unos años de retiro, se había reincorporado al servicio activo "cuando la patria lo necesitaba de nuevo". Oficiales y jefes semejan un dechado de virtudes, nada comparable a lo que en otros ejércitos pueda haberse visto: "la noble franqueza y la mesurada dignidad de los oficiales españoles. Sólo en el valor y la caballerosidad se asemejan los hijos del Cid y los soldados de Napoleón. Nada justifica el alejamiento de las señoras del trato de nuestro caballeresco ejército, en el cual hasta los soldados no desmienten la condición hidalga del viejo solar castellano." Y en lo tocante a los soldados, volvemos a encontrarnos con la alegre tropa que, en esto sigue los pasos de Alarcón en su Diario, acude a la guerra cual si de una fiesta se tratase, a la vez que disfruta de abundante comida y gratos momentos de solaz en los campamentos, donde la risa y el canto se convierten en su divisa: "aquellos muchachos españoles acostumbrados a llevar la guitarra al lado del fusil". Incluso aunque desconozcan lo que allí se está cociendo -según se revela en algún momento- se muestran imbuidos de un inmovible espíritu de admiración hacia

sus jefes y de un sano patriotismo para el odio al marroquí. No es que el antibelicismo deba llevar aparejado por fuerza el antimilitarismo, pero tampoco puede olvidarse que éstos son los artífices y ejecutores de la guerra. Tampoco puede pasarse por alto la conmoción que en España supuso el embarque de tropas hacia Marruecos; no todos los soldados vivirían aquello con tan festivo ánimo. Claro que, y en esto sí parece cargarse de razón Núñez Rey³¹, tan decidido elogio al ejército pudo deberse al pago de una cierta deuda de gratitud contraída por Carmen de Burgos con los militares de Melilla por el trato recibido durante su estancia en aquellos lugares como reportera.

En estrecha relación con lo militar, toda la narración está transitada por una exaltación de lo patriótico, en su vertiente castrense y como recuperación de las glorias pasadas. Este sentimiento llega incluso a adueñarse del ánimo de la protagonista, a la que el espectáculo de las tropas españolas hace sentirse: "orgullosa de haber nacido en la tierra española con la superioridad innegable de una raza ennoblecida por la selección natural del sentimiento", lo que resulta un tanto chirriante al pensar en la "educación cosmopolita" con que nos había sido presentada al inicio del relato. No obstante, tal manifestación sólo constituye el inicio de su patriótica confesión, ya que, andando la narración, este sentimiento se enfatizará aún más, hasta que la rutinaria pregunta de un centinela haga aflorar un patriotismo cursi y añoso: "A la pregunta de '¿quién vive?' los labios repetían siempre cariñosamente, con el amor, con la devoción suprema con que se pronuncia el nombre de la madre: '¡España!'"

El tratamiento de los rifeños constituye otro de los motivos que hacen desconfiar de la voluntad antibelicista del relato. El moro combatiente se caracteriza ante todo por cuanto de traicionero y cruel encierran sus actos, y baste para darse cuenta de ello recordar el énfasis con que se acentúa, en negativo, su táctica de guerra de guerrillas como medio de acoso al ejército expedicionario. Tampoco los denominados "moros amigos", aquellos que conviven con los españoles, salen mejor parados: "muchos, después de ir a Melilla a vender sus productos y explotar a los cristianos, se reunían con la jarca a combatir contra ellos". Por no mencionar las repetidas veces en que el acento recae en su "salvajismo" y barbarie con los

soldados españoles heridos o muertos en combate. Buena prueba de ello nos la ofrece la descripción del mácabro paisaje que presentaba el barranco del Lobo meses después de la batalla:

"Los que llegaban hasta él contaban con horror el espectáculo lúgubre de los cadáveres insepultos, desnudos, despedazados por los cuervos y profanados por los rifeños feroces (...) Todos presentaban bárbaras mutilaciones; las cabezas machacadas con piedras, las sienes atravesadas con palos; saltados a punta de gumía los ojos, los cuerpos, abiertos, rellenos de piedras y los brazos y las piernas cortados (...) en una pequeña casita, se veían los esqueletos de multitud de soldados, clavados a la pared, cuyas cabezas, descarnadas y secas, se mecían en lo alto de los árboles próximos, como una siniestra decoración veneciana."

No se aplica, sin embargo, el mismo baremo para medir la brutalidad y el dolor causado por el ejército expedicionario, aunque Concepción Núñez Rey, en su análisis de la narración, sostenga que "la autora está siempre al lado del que sufre, del perdedor. Es notorio frente al enemigo rifeño, denostado por sus crueldades en la lucha, y dignificado por su dolor cuando es sometido"³². Lo que a mi juicio resulta bien notorio es la discriminación que se establece entre el nativo y el español, según puede apreciarse cuando la artillería destroza los poblados y los cuerpos de sus habitantes de forma indiscriminada, sin reparar en mujeres ni niños, y provoca la consecuente huida de los rifeños hacia las líneas españolas, único lugar a cubierto de los obuses. En ese momento la mirada del narrador pierde los rasgos del piadoso humanitarismo mostrado hacia las víctimas españolas, sólo queda lugar para la más feroz incomprensión: "El único refugio estaba en el campo español, y la bajeza de los cabileños se demostró una vez más acudiendo a pedir con humildad amparo al enemigo." Palabras poco cercanas al sentimiento del que sufre y, además, de difícil comprensión, a no ser que Carmen de Burgos considerase que en el aniquilamiento reside el desenlace más honroso para el vencido.

Esta inquina contra el moro alcanza también a sus mujeres y a sus niños. Éstos pululan por los campamentos intentando vender sus humildes mercaderías a los españoles, y para perfilar su retrato novelesco, aparte del aspecto físico -"feos" y "medio salvajes"-, parece suficientemente elocuente la actitud de la protagonista: "-¿No habría medio de obsequiarlos?- preguntó Alina dejándose llevar por la ternura que inspiran los *animalillos pequeños* [subrayado mío]". Cualquier otra apreciación sólo tiene la finalidad de abundar en lo mismo. En cuanto a las marroquíes, no acierta a ver en ellas más que rasgos depravados y groseros, tanto en el aspecto físico como en el moral. Caracterizadas mediante un popurrí, mezcla de la incompreensión por la cultura ajena con sus propias ideas sobre el papel social que la mujer ha de desempeñar, todo ello aderezado con ciertos toques de pésimo gusto. Entre ellos, por ejemplo, las peyorativas alusiones a la obesidad -teniendo presente que Carmen de Burgos tampoco era el más acabado modelo de estilizada sílfide- como condición necesaria para alcanzar el rango de favorita del señor. En suma, puede apreciarse bien a las claras que la narración no constituye más que una visión subjetiva del Marruecos de la guerra, filtrada a través de las propias concepciones de la autora -lo que, por otro lado, es obvio y consustancial a cualquier recreación literaria- y nada tiene que ver con "el rigor objetivo del documento socio-histórico" que Núñez Rey³³ considera uno de los fundamentos de esta novela.

La laudable configuración de la milicia, el patriotismo exacerbado y la denigración del moro en cualquiera de sus perfiles no resultan, a mi entender, los más adecuados mimbres para tejer una narración antibelicista, aunque diseminados entre sus páginas haya algunos comentarios que quieran dar la impresión de que se acaricia esta idea. Ciertamente es que no puede negársele a Carmen de Burgos una inclinación humanitarista hacia los que sufren, siempre, claro está, que sean españoles.

La prosa de En la guerra se caracteriza también por su irregularidad. No puede decirse que no haya un decidido voluntarismo, orientado sobre todo hacia la expresión lírica. A menudo, sin embargo, abusa de metáforas y comparaciones que denotan franca cursilería: "El

capitán se inclinaba a besar aquella mano de hostia que le ofrecía la comunión de un afecto tan santo, las pupilas de Alina temblaban detrás del velo de oro de sus pestañas, como flores de campanilla azul bañadas de rocío"; a las que de vez en cuando acompañan usos retóricos, envejecidos y carentes de toda frescura: "Las noches de sombra, cuando la luna dejaba caer su disco de plata detrás de las crestas del Gurugú". Junto al lirismo, no resultan infrecuentes las expresiones que remiten a una literatura de carácter popular, que buscan el impacto inmediato con escasa exigencia artística. A manera de ejemplo: "los sencillos uniformes de elegantes soldados" o "ser madre es sentir rajarse las entrañas en la conmoción de un dolor supremo". Con todo, lo que resulta más afeante procede de una no muy acertada elección del léxico para la adjetivación, que en algunos momentos produce cierta ampulosidad: "la alegre risa de Alina", "el mar azul", "con la pura corrección de sus perfiles", "ascua candente" o "la blanca luz matutina". En contraposición a lo anterior, en el capítulo de los aciertos cabe señalar que Carmen de Burgos recoge en su narración algunas muestras del léxico de la guerra poco difundidas hasta entonces en textos de carácter literario, tales son los casos de "rumi" o, el más generalizado, "paco", pero en especial la voz "capona", localismo melillense procedente de ciertos usos sociales relacionados con el mundo militar y con la contienda. Vocablo que no volveremos a encontrar en ningún otro relato hasta aquellos que compusieron narradores enraizados en Melilla sobre la campaña de los años veinte, de los cuales se tratará en capítulo venidero.

En 1910, se publica Carne y alma en Los Contemporáneos³⁴, una novela breve de C. José de ARPE³⁵ que, tanto en su conjunto como en cada uno de sus elementos, responde a los patrones de la más incuestionable infraliteratura, en su vertiente de relato galante. Argumento y personajes resultan identificables con meros estereotipos dentro del subgénero: una pareja de la aristocracia, el conde Alberto Riamela y Rosalía, marquesa de Villaflorida, los cuales mantienen una relación adúltera. Una noche, Alberto, al abandonar la casa de su amante, se pilla dos dedos en la verja y, para no llamar la atención, se los cercena. El asunto se convierte en comidilla dentro del círculo de amistades y conocidos. A los pocos días,

Riamela acude a despedirse, con su uniforme de comandante y con los guantes reglamentarios, antes de partir para el frente de Melilla. Allí se porta como un héroe y la prensa se hace eco de su hazaña. Tras su regreso a España, visita a los marqueses, a quienes manifiesta su intención de iniciar un largo viaje por Europa. Alberto no ha perdido su apostura, pero sí un brazo, que él achaca a la herida de guerra ya anunciada en el periódico, sin embargo, en secreto, confiesa a Rosalía que la mutilación es fruto de un disparo suyo, con el que ha querido evitar el deshonor de su amada. Las convenciones sociales han obligado a ambos amantes a sacrificar una parte de su ser: él, un brazo: la carne; y ella, su sentimiento: el alma.

La trama puede considerarse inexistente; todo queda reducido a una sucesión de escenas de salón de baile para aristócratas ociosos y al inverosímil artículo de prensa donde se glosan las hazañas del protagonista en la guerra de Marruecos. El artificio narrativo hay que entenderlo mínimo, prácticamente todo sucede a espaldas del lector, que sólo presencia conversaciones, aunque el narrador le brinda la oportunidad de ser cómplice suyo y poder vivir los avatares de la ilícita y secreta -para el resto de los personajes, incluyendo al marido, a los que sólo les cabe la sospecha- relación entre los dos enamorados.

La guerra sólo aparece en un parcial segundo plano dentro de la narración, limitado a alusiones indirectas, donde, de pasada, se mencionan los más llamativos acontecimientos bélicos de la campaña, entre los que se destaca la hazaña apócrifa de Riamela. Episodio de tratamiento tan simplista como el resto del relato, poco más que un inmóvil cuadro de tono epopéyico y laudatorio: oficiales y soldados españoles valientes hasta la temeridad batiéndose en empeñado combate contra moros feroces.

Tan desvaída novela está escrita con un estilo donde se mezclan la cursilería y la altisonancia en tópica amalgama. La primera ilustra y recubre la aristocrática sociedad reflejada en el texto: los objetos, los ambientes y los personajes que pueblan ese mundo. Sirvan los siguientes ejemplos sólo como indicio de tan relamida y gastada prosa: "El jardín que había sido un ascua de oro, quedó sumido entre las sombras de la noche"³⁶ o "Rosalía,

en cuyo bello semblante se había posado la palidez, marchitando las frescas rosas de sus mejillas". Este almibarado registro se torna, sin embargo, grandilocuente y altisonante en todo lo referido a la guerra y a la milicia, aunque para no diferenciarse de lo anterior, siempre dentro del más convencional lugar común:

"Alberto vestía el honroso uniforme militar; pero no el de gala, sino el de faena, el más honroso de todos, porque es el que se lleva en campaña, el que se ennoblece con el polvo de los campos de combate, el que se cubre de gloria cuando la sangre lo tiñe, el que se conserva siempre y algunas veces pasa a los museos."

Poco, más bien nada, aporta esta novelita de tercera clase a la recreación literaria de la guerra. Puede que la clave haya que buscarla en su subtítulo, Boceto dramático, con el que el autor, tal vez sin quererlo, nos da idea de sus generalizadas insuficiencias: sólo se trata de un proyecto y su relación con la obra acabada era aún remota.

La tercera de estas tres novelas es Un sol bárbaro. muere., publicada por Luis ANTÓN DEL OLMET³⁷ también en Los Contemporáneos, con fecha de 7 de julio de 1911. Esta breve narración rompe con los moldes precedentes y supone una innovación dentro de los relatos de la guerra de Marruecos en algunos aspectos que más tarde serán explotados por otros autores en la recreación de la siguiente campaña. Puede considerarse una novela de personaje, no obstante, la propia peripecia del protagonista da pie para poner de relieve el trasfondo general de esta campaña. Se trasciende el acontecer personal y se ofrece un rico y certero retrato colectivo en el que tal vez sólo sobren algunas excesivas alabanzas a la oficialidad española, deudoras del momento de la redacción o, más probablemente, de la ideología personal del autor, que en varios momentos deja ver su proclividad hacia la nostalgia por el pasado imperial español o hacia los militares con graduación. Actitudes personales que, sin embargo, no enturbian el relato, ni restan un ápice de crudeza al reflejo de la guerra.

La primera de estas innovaciones consiste en ceder el protagonismo del relato a un rifeño, Mohamed, y a lo que le sucede. Hijo único de un marroquí notable, emigrado desde tiempo

atrás al Rif desde su originaria Fez por no poder soportar la presencia e influencia extranjera en el sultán, Mohamed es impulsado por su padre para que acuda a combatir contra los españoles. Enrolado en la harca de El Mizziam, resulta capturado tras la batalla del Barranco del Lobo. Su situación como prisionero en Melilla le sorprende, ya que puede moverse por todas partes con libertad bajo la única condición de no intentar abandonar la plaza. Allí va viendo las bondades que la vida depara a los moros amigos en cuanto aliados de los españoles, y siente deseos de participar de ella. Se alista en la Policía Indígena y, aunque con una cierta mala conciencia, combate contra los suyos. Un día, cuando regresa al aduar para visitar a su familia, va observando por el camino las desgracias que la guerra ha acarreado a los rifeños. Se le recibe como a un traidor, todo su mundo anterior se le vuelve hostil. Mohamed se debate entre ambos caminos, y, al final, decide ser fiel a su raza. Regresa a Melilla con la intención de asesinar al general en jefe de las tropas invasoras. Cuando está a punto de culminar su plan un centinela dispara y lo mata.

La novela sostiene una tesis de raíz naturalista: la idiosincrasia del rifeño, sus lazos con el ambiente que le rodea, le impiden cambiar, o, por decirlo de manera más explícita, su primitivismo no se aviene con la civilización. Mohamed, al que la vida española ha deslumbrado durante un momento, regresa a sus principios tan pronto como vuelve a tomar contacto con lo que le era propio. A pesar de este planteamiento, no puede considerarse que el reflejo de ambos contendientes, el moro y el español, responda a un burdo maniqueísmo. Los rifeños son, en efecto, salvajes guerreros: "una taifa garrula y brutal (...) hablan a gritos pidiendo venganza, clamando brutales injurias, sedientos de matanza y exterminio. Entre sus manos prietas se blande la espingarda que propende a matar, y las gumías se erigen, blandidas por brazos fuertes, afilados hierros heroicos que anhelan segar cuellos cristianos"³⁸; y carecen de toda piedad hacia el enemigo caído, de lo que da buena muestra el aterrador paisaje que se describe tras el combate del Barranco del Lobo: "Al día siguiente aparecieron dos cadáveres abrazados fuertemente. Uno tenía destrozada la cabeza. Otro ostentaba, mordidos en la boca los atributos de su virilidad." Pero la parte contraria, el ejército español,

excepción hecha de algunos elementos entresacados de la oficialidad, tampoco se queda a la zaga. Desde el grupo de soldados que, cual fieras se disputan la violación de una joven rifeña; hasta la siembra de muerte que en su avance van dejando por los poblados, donde sólo quedan ruinas, mujeres viudas y tullidos de guerra; pasando por el cruel ensañamiento de los vencedores con las víctimas:

"Algunas mujerucas seniles, llegábanse [a las tropas que avanzan por las zonas sometidas] como en un aquelarre, y clamaban furibundas en su idioma primitivo:

'-¡Hijos de perra!

'-¡Cobardes cristianos!

'-¡Habéis matado a mis hijos!

'-¡Ladrones! ¡Bellacos!

'Y los soldados, alegres, jubilosos, sin parar mientes en las brujas cetrinas, magras y esqueléticas, proseguían el camino sin tornar la cabeza con un jovial estoicismo de victoria. Una vez, sin embargo, fue mostrando un infante, clavada en su bayoneta, a una de estas mujerucas trágicas. Atravesada por el vientre, izada como un trofeo, las piernas y los brazos desnudos."

Los combatientes constituyen sólo una parte de la guerra, que en su conjunto aparece reflejada como acontecimiento viril y brutal a la vez. Abundan los momentos de altisonancia épica: arengas, soflamas sobre el heroísmo y actitudes temerarias; pero, junto a ellos, también menudean las más descarnadas escenas del horror bélico sin rebozo alguno, con prosa tremendista y en primeros planos: "un cacho de plomo le hizo saltar el cráneo. Sus sesos, calientes, pringosos, cayeron sobre la faz del herido". Este regusto de brutalidad no se enfatiza como mal derivado de la propia guerra, porque no pretender ser una narración antibelicista, ni se escamotea por afeante de las glorias militares, porque tampoco se trata de una fábula almibarada, simplemente se muestran las lógicas consecuencias de la situación. De ahí que la destrucción, la desolación y la muerte muestren la misma crudeza en un campo que en otro. Al atroz panorama con que refleja la derrota española en el Barranco del Lobo le

corresponde en paralelo otro no menos pavoroso de los aduare rifeños tras el paso del ejército expedicionario, del que da buena prueba la siguiente descripción:

"Pasó [Mohamed cuando regresa a su casa] junto a una mezquita desmoronada por los cañonazos. El santón oraba en éxtasis (...) recitando aquellos pasajes del Corán que piden venganza. El cementerio próximo dibujaba las siluetas de cien cadáveres que se pudrían a flor de tierra, despidiendo una pestilencia bárbara. Todo era triste en el campo musulmán./ Pasó junto a un aduar en ruinas. Había sido tomado al asalto, y todos los sigilos, y todos los misterios del rito bereber habían sido violados y esparcidos. La sacra intimidad de los hogares había sido puesta al descubierto. No valió ni el alarido de la virgen púdica, ni el aullido del guerrero audaz. Quedaban algunas paredes, un cobertizo, un momento de vida paralizada por el terror y la fuerza."

No se establece, por tanto, una distinción significativa entre los dos adversarios desde el punto de vista bélico. Ambos se enfocan desde una óptica próxima, ya que los dos acuden al combate empujados por su primitivo coraje, no por la fría y civilizada álgebra de los pueblos europeos, denostada por ser contraria al valor: "los españoles eran invencibles (...) no lo eran por sus matemáticas, por esa bagatela supersticiosa y mentecata que ha hecho, en el concepto de la Europa burguesa, alma de los combates, el cálculo infinitesimal."

Y a pesar de que la guerra, al menos en su sentido de narración de batallas no puede considerarse el asunto central del relato, sin embargo, sí cabe entender que nos encontramos ante una novela de guerra en sentido neto, de esas que respiran violencia, crueldad y muerte por todos y cada uno de sus poros. A ello contribuye de forma decisiva la trama argumental, atenta al devenir de un guerrero, el protagonista, en absoluta imbricación con la propia campaña, y cuyos destinos coinciden en el simbólico final: el enterramiento de aquél -y de la resistencia rifeña- marca el inicio del renacer colonial español oscurecido tras el desastre del 98. En tal fin coopera la técnica narrativa utilizada para transmitirnos la historia y la

vigorosa prosa con que se recubre, aspectos en los que también resulta innovadora Un sol bárbaro, muere.

El naturalismo no sólo se limita al destino del protagonista y, por extensión, de su raza, cuyo cambio no cabe dentro de lo posible, sino que la naturaleza misma se implica en el acontecer de los personajes. Desde el comienzo, y a lo largo de todas sus páginas, la fauna, la vegetación y todo el universo ambiental acompaña en forma de indicio o de subrayado a la tragedia humana desatada, como si el hombre sólo fuera un elemento más de este cosmos hostil, fundido en una violencia común para ejercitar la guerra:

"Hablan [los guerreros rifeños] a gritos pidiendo venganza, clamando brutales injurias (...) Todo ruge, brama, en el Rif. En las chumberas se han erizado las púas, hostiles al invasor. Las pitas (...), mansas pitas de cuento musulmán, parecen estrecharse, cohibirse, tímidas al empuje cristiano (...) La tierra (...) parece estremecida por un íntimo soplo de cólera. El sol, un bárbaro sol de salvajismo, ilumina las crestas del Gurugú con una luz de incendio, poniendo en las cumbres una aureola de brutalidad."

Más tarde, la naturaleza subrayará el terror que siente Mohamed cuando es trasladado a Melilla en calidad de prisionero: "parecía como si todo en la naturaleza se hallara despavorido, mudo de terror"; e incluso la ansiedad que se apodera de él cuando se encamina a dar muerte al general español:

" Tiene la noche un prestigio violento de brutal emoción, noche agorera, víspera de grandes sucesos (...) Cantan desesperados, ebrios, los sapos nocturnos, en un canto de alarido, como si barruntaran, como si advirtieran. El agua de los arroyos silba entre la hojarasca (...), agua de ciénaga traidora. Algún ave crepuscular, que se ha rezagado, huye al nido (...) Tiene el Mediterráneo una quietud sombría. Desde el confín de sus aguas, envía el rumor lejano de mil voces confusas que parecen gemir (...)"

Esta simbiosis entre la naturaleza y los personajes alcanza su punto álgido durante el breve regreso de Mohamed a su aduar para visitar a sus familiares. Todo el universo le manifiesta

su más furibundo rechazo, no sólo los humanos: su padre, su mujer, sus hijos, sus vecinos; sino hasta el paisaje, de consuno con aquéllos, se transforma en dedo acusador. El cielo: "¿por qué llegas bajo mi manto que se niega a cubrir tu vileza?"; el sol: "el sol de tu patria se niega a celentar tus huesos"; las chumberas: "nuestras púas anhelan rasgar tu piel de traidor"; las palmeras: "que nuestro fruto te envenene"; las casas: "no te detengas porque estamos mudas, inertes para tí"; la tierra: "así que te hayas ido, borraré tus huellas afrentosas"; hasta los perros: "roeremos tus huesos de traidor"; todos le apostrofan como inclementes testigos de cargo. El hombre es deudor de su estirpe y de su paisaje, no se puede traicionar a las raíces, y así lo entiende Mohamed.

No menos importante, por lo que de novedoso tiene dentro de las novelas de la guerra de Marruecos, resulta la técnica utilizada por Antón de Olmet para mostrar la zozobra interior que este recibimiento ha suscitado en el ánimo del protagonista. Sus sentimientos se desdoblan, el rifeño y el español que laten dentro de su ser afloran en alternante pugna, y en monólogos sucesivos vamos viendo la alteridad interna del personaje; como las opuestas razones de sus dos yoes se sopesan en lo más recóndito de Mohamed. Recurso que nos libera del habitual narrador omnisciente instalado en la mente del protagonista y que, además, nos muestra una más verosímil radiografía ideológica y sentimental del personaje.

El estilo también abunda en el naturalismo de la novela. Escrita con una vigorosa prosa, caracterizada sobre todo por una sucesión de imágenes truculentas e impactantes que acentúan la denotación de un universo brutal, en el que bien puede decirse que se huele la tragedia, cual puede apreciarse, por ejemplo, en los preliminares del desastre del Barranco del Lobo:

"Cundía un vaho de sangre. La tierra misma parecía agrietarse ávida, en unas bocas sedientas. Los cuervos, negros y lúgubres, habían llegado, y se cernían sobre el Gurugú barruntando carroña. En sus graznidos famélicos había un eco de glotonería horripilante."

Un estilo en el que el lirismo va surgiendo de entre lo horrible, de entre las ruinas y la desolación: "No ha quedado piedra sobre piedra, ni un mal rastrojo, ni una chumbera

mogrebina. Calvean huesos fraternos en todos los riscos. Rezuma la tierra ahíta sangre de paladines. El alma del Rif se duele en el silencio nocturno, en un lamento silencioso y profundo." Y un estilo en el que hasta el humor se convierte en mueca descarnada, tal puede verse en esa escena en que los soldados encuentran un cadáver a medio enterrar, una de cuyas manos ha quedado fuera de la tierra, y el miembro insepulto sirve para chanza de la tropa:

"Un soldado la cogió con su diestra y le dio un apretón cordial:

'-¡Hola, buen amigo!

'Cundió el chiste (...) Y la negra mano, enhiesta, soportó el jocundo apretón de tres regimientos."

Se apoya en un léxico bronco, proclive al más horroroso feísmo, transitado por animales famélicos, repugnantes, carroñeros; por seres despiadados, casi infrahumanos; por una naturaleza iracunda; por la muerte y todo lo que le es familiar y próximo.

Aunque el origen de esta prosa haya que entenderlo deudor de la tradición de la novela naturalista, tal vez también se recojan en él algunas influencias del movimiento expresionista alemán, no en sus presupuestos temáticos o argumentales, pero sí en su expresión, en el uso de los elementos naturales como índices de hostilidad, en la interiorización de lo objetivo y en su devolución al mundo de las palabras con imágenes tan escalofriantes como, por ejemplo: "Melilla, distante, se dibujaba ante sus ojos como un patíbulo". Será necesario esperar bastantes años para encontrar otra novela, dentro de las que recrean la guerra de Marruecos, que adopte una técnica narrativa y un estilo semejantes a los de ésta, ocurrirá con Imán, de Ramón J. Sender, que retratando otra campaña y desde una perspectiva ideológica radicalmente diferente a la de Un sol bárbaro, muere, mantiene con ella un emparentamiento en el tratamiento del paisaje y un estilo afín en su desgarró al de Luis Antón de Olmet.

En 1913, ya con una cierta distancia temporal de los acontecimientos, se publica en El libro popular, otra de las colecciones de relatos breves surgidas por la época, Episodios de las guerras de Africa contados por mi caballo³⁹, de Leopoldo BEJARANO⁴⁰, corresponsal de guerra durante la campaña. Se trata de un relato que comienza narrando el abuso padecido

por un periodista recién llegado a Melilla en los días del conflicto a la hora de procurarse un caballo. Por una cantidad de dinero desorbitada compra a un judío un jaco viejo y de mal aspecto, al que pone por nombre "Senador". No obstante, tan deslucido animal tiene la capacidad de hablar. Tras informar a su nuevo amo de que bajo su triste aspecto se encuentra ni más ni menos que Babieca, la montura del Campeador, le refiere un par de historias pretéritas. La primera se enmarca en la pasada campaña militar de 1859-60: Saisa, una joven marroquí de gran belleza se enamora de un capitán español, Genaro Ríos, con el que al final se marcha a España para hacerse cristiana y casarse. La segunda alude a la actual guerra de 1909 y cuenta la peripecia de un joven alférez que quedó herido en el campo tras un combate. Recogido por los rifeños, quienes intentan obtener algo a cambio de su vida, queda convertido en cautivo, hasta que más tarde le arrancaran los ojos. Liberado por un alma caritativa, terminará despeñándose cuando camina hacia las posiciones españolas. Tras contar estas dos anécdotas el caballo muere. Con la oposición de ambas quiere ilustrar el heroísmo y la grandeza de la España vencedora e incluso conquistadora del pasado frente a la humillación presente. En la actualidad el enemigo norteafricano se ha enseñoreado merced a la pasividad del ejército español, y lo que ayer fueron victorias y respeto, hoy se han trocado en derrotas y desprecio: dos tiempos y dos situaciones contrapuestas en torno a las que se vertebró el relato. Idea, única y reiterada, que recorre toda la breve fábula, ejemplificada con absoluta nitidez por esa desolada conciencia del pasado que viene a ser Babieca:

"-(...) No quiero sufrir más privaciones ni tengo corazón para ver cómo han cambiado las cosas de mi Patria (...) ¡Oh! ¡Quién me ha visto y quién me ve! ¡Quién ha visto y quién ve a los hombres de España!"

Nostálgica y amarga reflexión, desde los postulados mantenidos por el autor, y que en buena medida marcaría la pauta de las sucesivas actuaciones del ejército en Marruecos: los tiempos de gloria de la campaña de O'Donnell habían quedado por completo anclados en un irrecuperable pasado. Pero tan serio lamento se envuelve en un tono ligero y tendente al humorismo. De este enfoque cómico ya habla por sí misma la presencia de este semoviente

parlante que adquiere el periodista, pero, además, en puntuales ocasiones también se traslada al discurso. Ora en la voz del amo:

"(...) Creí que soñaba (...) avance con cuidado la mano diestra al maletín de grupa de la montura para ver si estaba en su sitio el frasquito de cognac que siempre llevo conmigo (...) Allí estaba intacto, pleno, el frasco. No era, pues, un delirio alcohólico el mío, ni tampoco el jaco se había permitido la licencia de libar a hurtadillas."

Ora en la del jamelgo: "-(...) Anda; saca lápiz y cuartillas y hazme una interview."

Momentos de humor que han de contarse entre los más acertados del relato y donde, además, la prosa de Bejarano alcanza su más acertada expresividad. El resto se mantiene en un registro funcional, aceptable pero sin alardes. Salvo los de utilizar un par de veces un poco oportuno neologismo, el adjetivo "joyoso" (de 'joya'), y la presencia de unas cuantas voces denotativas del que ya empezaba a convertirse en tradicional léxico de la guerra de Marruecos.

Al año siguiente, en 1914, aparecen otros dos relatos en la misma publicación: La carga de Taxdirt y Bu-Suifa (Copo de nieve)⁴¹. Ambos firmados por Víctor RUIZ ALBÉNIZ⁴², quien poco antes ya había comenzado su tarea de divulgador de asuntos marroquíes en un par de volúmenes sin componente de ficción: La campaña del Rif. La verdad de la guerra, de 1909, y El Rif. Estudio en paz. La guerra en el Rif. El pleito internacional, de 1912. Dedicación que continuaría en momentos y conflictos sucesivos, dejando constancia de ella en numerosos libros, entre los que se incluye una novela de la que en capítulo venidero se hablará.

La primera de estas narraciones, al igual que la de Bejarano, mantiene aún notables puntos de contacto con la mera crónica periodística. El narrador se presenta con el propio nombre del autor y sus particulares señas de identidad, mientras que el componente imaginativo casi deviene excusa para glosar la famosa carga de caballería que con audacia y valor perpetró el entonces teniente coronel Cavalcanti. La débil anécdota tiene por protagonista a un joven soldado de aspecto un tanto afeminado a quien conocemos por el

apelativo de *Galleguito*. Sus amigos y familia cuestionan la escasa virilidad denotada en su apariencia, por lo que ha sentado plaza de voluntario para rebatir esos rumores. Su euforia bélica ha chocado con una persistente diarrea que lo mantiene alejado del frente y recluso en el hotel Colón de Melilla. Allí traba conocimiento con Albéniz, médico y periodista, a quien solicita remedio para curar su mal, a la vez que le hace partícipe de su más profunda aflicción anímica. Desde ese momento el periodista quedará convertido en confidente del personaje y testigo de su acontecer, lo que al cabo traslada al lector. Una vez recuperado, el soldado toma parte en el combate del día 20 de septiembre, durante el cual tuvo lugar la recordada carga de los jinetes de Cavalcanti. Episodio en el que *Galleguito* resulta mortalmente herido. En semejante trance vuelve a encontrarse con el periodista, a quien confía su mayor preocupación, la cual deriva de haber recibido el fatal impacto en la espalda, lo que podría inducir a la sospecha de que huía. Algo que no es cierto, pero que le arrebataría el honor de esa muerte valerosa y capaz de acallar las pasadas habladurías. Tras el desenlace, Albéniz consigue, merced a una colecta, que el soldado reciba sepultura en una tumba individual en lugar de en la fosa colectiva. A la vez se entera de que un hermano del soldado, teniente de caballería ante quien aquél deseaba acreditar su valor, también ha muerto en combate y es enterrado con todos los honores en el panteón de oficiales. Ambos han caído por la patria: uno envuelto en honores de héroe y el otro en el anonimato, pero el honor y la virilidad del *Galleguito* han quedado más que probados, de lo que da fe pública el testimonio de su confidente.

Bajo este tema del honor cuestionado, laten los al más acendrado belicismo, presentado en el relato a través de tonos que aúnan lo epopéyico con la más blanda sensiblería. Ruiz Albéniz, cantor de la guerra en reiteradas ocasiones, gestiona las ideas de su relato de la misma manera en que a lo largo de los tiempos han venido haciéndolo esos poetas del heroísmo que denostaba Galdós en su *Aita Tettauén*: alabando cuanto de gallardo y espectacular tiene el combate y elogiando las brillantes actuaciones del ejército. Pero tampoco encuentra obstáculo alguno para apuntarse al más falaz populismo y clamar contra los muertos

y heridos que acarrea la campaña; como si esto no tuviese nada que ver con aquello. Asunto que acomete con absoluto desparpajo en reiteradas ocasiones y sin reparar en la obvia contradicción que encierra. De tal modo, lanza aparentes imprecaciones humanitarias y antibélicas:

"¡Ah, la guerra, la guerra! ¡¡De aquel millar de valientes, no podía haber ni uno solo en aquella mañana del triste calvario, que no sintiese germinar en su corazón un anatema para la sociedad, para los humanos, para los que aún se atreven a decir que el matarse unos a otros, que el luchar y destrozarse los pueblos entre sí, es un *mal necesario* [el subrayado es suyo], y que el morir y sufrir en la guerra es la mayor de las glorias a que un nacido de buena madre puede aspirar."

Para poco después, en la misma página, exclamar sin rubor: "-(...) Lo de ayer, lo de Taxdirt, ha sido una verdadera página de gloria para la historia de España."

Reflexión que habla por sí misma, sin necesidad de mayor comentario, sobre los postulados reflexivos e ideológicos que orientan al autor. Algo que mezclado con otros motivos y un poco más de habilidad narrativa vuelve a retomar en Bu-Suifa, el segundo de sus relatos sobre esta campaña. En esta ocasión el punto de vista se desplaza al campo enemigo, a los rifeños. En la cabila de Beni-Sidel se va a celebrar una *jonta* de notables para examinar la llegada del Roghi a la zona en un día de julio de 1901. Destacando entre estos jefes, se encuentra Funa, un gallardo y respetado guerrero al que todos rinden tributo y obediencia, agraciado además con una bella hija: Bu-Suifa. En la reunión intentan decidir qué hacer. Hamú, un joven razonable y atrevido, intenta convencer a Funa de que hay que pactar con el recién llegado, porque enfrentarse a él supondría la guerra contra un enemigo poderoso. Entretanto los hombres del Roghi han asolado un aduar y secuestrado a Bu Suifa. Hamú se ofrece para ir a buscarla y devolverla sana y salva a los brazos de su padre. Durante el desarrollo de su misión, sabemos que este joven no es en realidad rifeño sino un español renegado, un ex recluso de Melilla que escapó tras dar muerte a un carcelero cruel. Actuando con notable inteligencia logra su objetivo y el amor surge entre la prisionera y su libertador.

El jefe rifeño lo distingue con su amistad y cariño, e incluso le otorga la mano de su hija. Hamú corresponde con sus sabios consejos, que llegan a situar a Funa entre los hombres de confianza del Roghi, ahora señor de la zona. El caudillo pacta con los españoles el negocio de las minas, pero Funa y otros jefes van socavando su autoridad tratando a sus espaldas con el ejército extranjero. Al final, sin apoyos, el Roghi decide abandonar el Rif, sabiendo que pronto prenderá la guerra entre nativos y españoles. Sus palabras resultan proféticas. Estalla el conflicto de 1909 y Funa se convierte en uno de los cabecillas del levantamiento. Hamú, que durante los años previos ha tenido un hijo con Bu-Suifa, no se siente capaz de aconsejar a su mentor en este trance: su corazón se halla escindido entre la fidelidad a sus nuevos compatriotas o a los antiguos, contra quienes ahora se verá obligado a luchar. Su guerra interior cada día se resuelve más a favor de los españoles, a cuyo lado no puede volver porque le espera la horca o el presidio de por vida. Tal actitud suscita los recelos de Funa, que durante el combate del Barranco del Lobo lo somete a una estrecha vigilancia. Al concluir, los rifeños se lanzan a rapiñar sobre los despojos del destrozado ejército. Hamú encuentra a un joven oficial herido. Pide clemencia para la víctima pero sólo encuentra el odio de Funa, que desea arrancar el corazón al militar. El antiguo consejero se interpone entre el caído y el agresor, enfrentándose a su suegro. En este momento Bu-Suifa incita a su pequeño hijo para que dispare sobre Hamú. Su cadáver fue encontrado meses después, con un mortal disparo y desposeído de corazón, el trofeo que al fin se había cobrado Funa.

Tras el fervoroso patriotismo que destila la novela, subyace también una cierta originalidad al darle un nuevo enfoque al tópico del renegado español que convive con los rifeños. Hamú, a pesar de su condición de ex presidiario, guarda nobles y bondadosos sentimientos en su corazón, lo que le aparta de la estereotipada semblanza de este tipo de personajes. Algo que más tarde, con leves diferencias en su caracterización y desde un enfoque antibélico, volverá a repetir Francisco Fusimaña en su Chumberas y babuchas, un relato del que se hablará en capítulo venidero. Aquí, el motivo deriva hacia la oposición entre la humanitaria sensibilidad del español y el vil salvajismo del rifeño: un maniqueo

enfrentamiento entre el bien y el mal. Maldad de la que hace partícipes a todos los protagonistas nativos y que, falta de la necesaria ponderación, roza la caricatura en alguna ocasión:

"Cuando Funa encendió la guerra santa, Bu-Suifa puso en manos de su hijo [un niño de corta edad] una pequeña tercerola maüser, regalo del abuelo, y ella misma le construyó un grotesco muñeco para que le sirviera de blanco. El muñeco tenía en la parte correspondiente al pecho un a modo de escapulario, y la bravía mujer le dijo: 'Tira aquí y aprende a matar cristianos, españoles', y el chiquillo disparaba, sin descanso."

La ficción sirve además para ofrecer la interpretación de esta guerra según los planteamientos de Ruiz Albéniz: las causas y razones que la favorecieron. El Roghi se había granjeado la autoridad entre las cabilas y, convertido en señor de la zona, resultaba un idóneo interlocutor para las compañías mineras instaladas en la zona. El gobierno y los militares españoles cometieron un severo error al hacer caso a aquellos otros cabecillas rifeños que conspiraban a espaldas del caudillo, pues en el poder de aquél residían los fundamentos de la paz. Si España no se hubiera dejado arrastrar por esos cantos de sirena y hubiera respaldado, o cuando menos no entorpecido, las actuaciones del Roghi esta guerra no habría tenido lugar:

"Los políticos españoles, que con el Roghi tenían la paz en el Rif (...) cometieron la torpeza magna de dar oídas a las palabras de Funa (...) Las autoridades españolas, so pretexto de que los bocoyas eran vecinos de nuestra posición de Alhucemas, y que en esta plaza española comerciaban, pusieron al Roghi un severo veto, precisamente el día en que se iba a librar la batalla decisiva, de antemano ganada por las huestes del Pretendiente (...) El Roghi acató el veto y retiró a Zeluán a sus guerreros. Las cábilas se envalentonaron con el ejemplo de los bocoyas y cundió por todas ellas el sentimiento de insurrección (...)"

Ambas narraciones corresponden a un mismo tiempo, no obstante, desde el punto de vista técnico, en Bu-Suifa se aprecia un notable avance tanto en lo que constituye el componente imaginativo como en la construcción de la fábula. La carga de Taxdirt resulta todavía un relato bastante inmaduro: la débil anécdota del *Galleguito*, según se plantea, no da de sí para hilvanar todo el relato, lo que obliga a alternar la peripecia de este soldado con las andanzas del periodista, asunto de muy escasa entidad en torno a una figura cuya única función tendría que haber respondido a la de mero testigo. Poco importa en el entramado novelesco su deambular por los escenarios de la retaguardia o sus relaciones con otros colegas; esto resta concentración al hilo principal y se antoja simple ganga para alcanzar la dimensión final del texto. En contraposición el episodio militar que le da título, y que habría de suponerse eje de lo contado, queda oscurecido y falto de relevancia. Aspecto que llama poderosamente la atención en una ficción caracterizada por un tono e intención epopéyica. Tampoco se muestra muy acertado al hacer avanzar el relato mediante anticuadas fórmulas de suspense cuya incógnita queda al poco desvelada: el artificioso modo en que *Galleguito* entra en contacto con Albéniz al comienzo, a través de las falsas expectativas que crea la camarera del hotel:

"Una noche (...) una de las hebreas del servicio, la más guapa, terminada que fue la comida, se acercó a mí y, sigilosamente, me dijo: 'Sin que lo noten éstos, pásese usted luego por el cuarto número seis, aquel del rincón que está al lado del mío. Entre usted y espere sin encender la luz.'"

Estos no son los inicios de una estimulante relación amorosa, como sospecha el periodista y se hace creer al lector, sino el procedimiento elegido por el soldado para trazar relación con Albéniz. Situación que vuelve a repetirse poco más tarde con el asunto de la herida:

"Era detrás, en la espalda, donde tenía el balazo... ¿Por qué, pues, decirme que en el pecho?"

Secreto que se desvela casi de inmediato, unas líneas más abajo, cuando el herido aclara el motivo. Antiguados resabios de folletón improcedentes en una narración tan breve.

Procedimientos sin otro sentido que el de mostrenca retórica, y que Ruiz Albéniz deja ver casi como una declaración de intenciones al fingir un presunto carácter verídico en su fábula:

"Si la vida no fuese la más extraordinaria de las novelas, si no tuviéramos cada uno un recuerdo de nuestro existir, que al remozarse en la memoria nos provoca una sonrisa irónica y un pensar de. 'si esto se escribiese nadie lo creería', no se atrevería el autor de esta narración verídica a epilogar su trabajo con la verdad misma, por ser ella mil veces más extraordinaria que todas las novelescas mentiras."

Insuficiencias que en alguna medida han desaparecido en el siguiente relato. En lo que al argumento se refiere, por ejemplo, el de Bu-Suifa casi peca por lo contrario que el anterior: su amplia anécdota se llena de elipsis e incluso se esquematiza en no pocos momentos para que quepa en las dimensiones prefijadas. Algo que tampoco impide que el narrador, esta vez impersonal, intercale algún poco acertado excursu narrativo para denotar la cultura rifeña e ir preparando el terreno para su posterior prédica patriotera. A pesar de ello, las cosas han mejorado algo. La arquitectura de la narración denota una mayor elaboración, perceptible en el tratamiento del tiempo: organizado en fragmentos siméticos en su duración alternates con largas elipsis, de modo que cada secuencia ocupa un día en diferentes etapas. Y la anécdota se lee, en general, con más interés. Claro que éste aún se habrfa acrecentado más si Ruiz Albéniz hubiese prestado mayor atención al sentir de los personajes. Así, el resurgido patriotismo español de Hamú hubiese dado profundidad al personaje y no habrfa quedado en un apunte esquemático falto de explicación y un tanto inverosímil. A lo que no renuncia el novelista, ni en este caso ni en el anterior, es a recalcar con machaconería lo ya señalado en las páginas anteriores mediante una síntesis final que quiere acentuar la presunta paradoja entre lo habitual y lo narrado con elevadas dosis de efectismo expresivo. Otro rasgo desvelador de su carácter popular, que en este relato se concreta en: "Y se hicieron comentarios sobre la felonía de los viles renegados del Rif !!!". En tanto que el anterior se cierra con una aún mayor altisonancia:

"Se arriaba la bandera en el próximo reducto. Un clarín, pausado, solemne, desgranaba los sonos de la Marcha Real, y fue un periodista quien, ya ignorado entre las sombras de la noche que caían, puso sobre los brazos de la cruz hincada en la tumba del pobre soldado, un sudario de seda con el color de la bandera de España."

En menor medida, también la prosa distingue ambos relatos. Siempre dentro de una proclividad hacia el retoricismo y el tópico, común a ambos, La carga de Taxdirt se inclina hacia la altisonancia, quizá por su contenido épico: "La víspera de una gran batalla el soldado hace testamento de sus amores" (pág. 178)⁴³, "el último rayo de sol centelleó en aquel saludo de los sables españoles en honor de los caídos; la última claridad del día pudo aún adiamantar lágrimas de emoción en todos los ojos" (pág. 183). Mientras que Bu-Suifa se decanta por registros más próximos a la cursilería: "los copos de nieve figurábansele pétalos de flores, sin duda deshojadas por celestiales hurfs" (pág. 628), "el amor jugaba a trabar con hilos de oro el alma del cristiano de los blandos mirares, y la de la hija del Profeta, la del fuego en los ojos y en el corazón" (pág. 640). Ambos textos se adornan con vocablos derivados de aquella guerra y del dialecto rifeño, del chelja, si bien en el segundo su presencia se acentúa y sobrepasa lo que viene siendo habitual en la narrativa de la época. Voces como: "jonta", "yebel", "tebib", "chau-chau", "muna", "besitas", "amán", "magzhet", etc; acompañadas, cuando el autor la estima rara o poco conocida, de su correspondiente nota a pie de página indicando su significado. Muestra del conocimiento y la erudición de Ruiz Albéniz en la materia, de la que luego dejará más amplia muestra en ¡Kelb rumi!, una novela sobre la posterior campaña militar, también adornada con profusas muestras de este léxico según se verá en capítulo venidero.

A tenor de lo visto, no puede decirse que la literatura imaginativa evocadora de esta campaña brillase a mucha altura. Pero, además de esta media docena de novelas breves, dos libros de tipo testimonial se ocupan de ella, aunque no quepa en ellos voluntad alguna de recreación literaria. Se escribieron algunas obras más de esta clase⁴⁴, sin embargo, su nulo parentesco con cualquier intencionalidad artística, tanto por la trayectoria de sus autores, sin

ninguna relación con la literatura, como por la propia índole de los textos, los aleja de los objetivos perseguidos en estas páginas. Si estos dos testimonios, diferentes entre sí, se incluyen aquí se debe a que ambos aportan una visión personal; algo más que un mero retrato del acontecer bélico, y, también, porque sus respectivos autores tuvieron dedicación literaria, aunque dentro de las figuras menores en lo que a uno se refiere y entre las casi del todo desconocidas en el otro.

Este tipo de obras, tanto las de esta campaña como las de la siguiente, en la que fueron mucho más numerosas, se ajustan de manera casi indefectible al modelo establecido por Pedro Antonio de Alarcón en su Diario, hasta tal punto que muchos de ellos lo citan expresamente como ancestro de sus páginas. No obstante, lo que estos nuevos testigos toman de su predecesor queda circunscrito por costumbre al esqueleto compositivo de aquel libro, puesto que, en general, ni por la calidad de la prosa, ni, sobre todo, por el contenido y las ideas vertidas se asemejan al original ni tienen mucho que ver con él. Lo cual, por otro lado, resulta del todo explicable, ya que Alarcón escribió su crónica desde una perspectiva idealista, desde una fascinación un tanto ingenua por cuanto le rodeaba; no sólo quería reflejar el aspecto bélico sino el exotismo de una cultura diferente cuyo presunto orientalismo él exagera. Todo esto ha desaparecido en los nuevos cronistas y, además, las coordenadas históricas y sociales son distintas. Aquella guerra, aun con las salvedades señaladas con anterioridad, había contado con el aplauso unánime de la mayoría de las gentes, mientras que ésta era impopular y muy contestada desde amplios sectores sociales por causas distintas, algunas de las cuales -las menos radicales- se ponen de manifiesto en estos testimonios. Difícil hubiera resultado para estos testigos sustraerse a ese rechazo popular suscitado por este nuevo enfrentamiento, lo cual va a irse convirtiendo en consustancial a cualesquiera campañas marroquíes, pues aún se acentuará aún más en las ulteriores, según veremos más adelante.

En 1910 publica Fernando de URQUIJO La campaña del Rif en 1909⁴⁵, subtítulo Juicios de un testigo. Se trata de un libro de crónicas de este reportero de El Globo, que fue enviado por su diario a Melilla, para informar de la guerra *in situ*. Permaneció dos meses en

la zona del conflicto, y, aunque durante este tiempo de poco pudo informar a sus lectores por causa de la férrea censura -de la cual se lamenta en repetidas ocasiones- que se impuso a los informadores de prensa, sus impresiones sobre la guerra quedaron recogidas en este volumen. A pesar de que su llegada se produjo cuando los sonoros acontecimientos de julio -entre ellos el desastre del Barraco del Lobo, del que se ofrece una escalofriante estampa cuando, transcurridos ya los sucesos, se pudo acceder al escenario y a lo allí acontecido- ya habían tenido lugar, aún tuvo tiempo de presenciar algunos combates que nos narra bien por testimonio directo, como el sucedido el 20 de septiembre, o por referencias mediatas. Resultan suficientes, sin embargo, para que ponga de manifiesto sus constantes elogios a la actuación del ejército español y su censura de los políticos gobernantes, sobre los que hace recaer la responsabilidad de las acciones inmeditadas que han causado los precedentes desastres y de la penuria material con que soldados y oficiales se ven obligados a combatir y a vivir:

" (...) Nada de esto logra quebrantar el admirable espíritu de estas tropas bizarras y sufridas. ¡Pero cuánta deficiencia, cuánto abandono por parte de aquellos que, desde Madrid, tenían el deber, como gobernantes, de prevenir esta campaña! (...) Nuestros políticos han creído siempre que los ejércitos se improvisan, que las campañas se comienzan en cuestión de horas, y que para vencer al enemigo basta con enviar muchos hombres en forma de rebaño. ¡Error inmenso del que no salimos nunca, y en el que caemos con perseverancia estúpida!" (Pág. 93).

He aquí una de las ideas centrales de este libro probelicista, que se lamenta de las condiciones de las fuerzas españolas, pero no por humanitarismo sino porque esas deficiencias restan eficacia a su labor punitiva sobre el rifeño. Urquijo se muestra partidario, y en ello reside la otra idea central de sus crónicas, de una guerra total, mucho más dura, de absoluto escarmiento y humillación del adversario, hasta el extremo de lamentar que las operaciones no puedan continuar porque "Europa no lo consiente y paraliza nuestra acción", (pág. 272). Y en esta opinión, además de sus lamentos sobre la censura impuesta a la prensa, hay que

cifrar el origen de algunas críticas vertidas sobre la persona del general Marina, al que se tacha de tener mano blanda con el cabileno, sobre todo con los denominados "moros amigos", figura que no cabe en los presupuestos ideológicos de Urquijo: "Cree Marina en el 'moro amigo', como si el moro fuese capaz de sentir hacia nosotros algo que no fuera un odio a muerte, un odio de religión y de raza." (Pág. 248).

La inquina contra el rifeño, presente de principio a fin del libro, más parece concepción apriorística del autor que fruto de sus observaciones. De tal forma que, al comienzo del texto y con absoluto simplismo, los hace responsables de la guerra, cuya causa, siguiendo sus reflexiones, no fue otra que "extender nuestros límites, ensanchando, por instinto de conservación, ese nudo corredizo que había puesto a Melilla el odio y la perfidia mora", (pág. 10). Para continuar, en las sucesivas páginas, destilando la más feroz animadversión contra un enemigo al que se caracteriza como: "Hordas primitivas y sanguinarias, fuera de todo derecho y de toda ley de humanidad", (pág. 125). En tal contexto se inscribe el lamento de que la artillería no haga fuego contra algunos núcleos de jinetes rifeños porque entre ellos se encuentran mujeres, ni que censure la benevolencia de Marina, ya que, en su opinión, sólo hay una forma de conducirse con el rifeño:

"Al moro no se le domina ni por la persuasión ni por la benevolencia. Ambas cosas las interpreta como señales de debilidad y de cobardía. Por el hierro y con el hierro; ése es el único camino, ésa es la política racional que allí debe aplicarse." (Pág. 249).

Fuera de lo bélico y militar poco más hay que destacar en esta crónica. Su mínima impresión de la Melilla de la época queda limitada a un superficial retrato del ambiente de periodistas y corresponsales que allí acudieron, entre los que pueden mencionarse a Carmen de Burgos y a Ruiz Albéniz. La primera porque, según deja ver Urquijo, gozó de cierto predicamento entre sus colegas y entre los jefes y oficiales militares; y el segundo, por su temeraria valentía a la hora de asistir a los heridos en medio del fragor de algún combate. Tampoco destaca por una especial brillantez estilística, limitándose a una prosa correcta pero sin ningún tipo de alarde, de carácter funcional las más de las veces, alejada de cualquier

lirismo descriptivo y en la que no se hace infrecuente la presencia de léxico coloquial. Incluso puede apreciarse algún comprensible error cuando intenta explicar la etimología de una palabra que adquirió amplia difusión en estas guerras: "blocao", a la que considera voz de origen inglés en vez de alemán⁴⁶.

En resumen, un conjunto de crónicas escritas desde un punto de vista de beligerancia radical a la vez que habitadas por el más profundo desprecio al rifeño, y donde los únicos atisbos críticos se orientan en la dirección antes señalada.

Mucho más colorista resulta el conjunto de crónicas que Eugenio NOEL⁴⁷ reúne en Lo que vi en la guerra. Diario de un soldado⁴⁸. El autor se alistó voluntario en el ejército expedicionario y, tras servir como soldado, comenzó a publicar sus testimonios en el periódico España Nueva. La aparición de la primera de estas crónicas, "Cómo viven un duque y un marqués en campaña", le acarreó un proceso y dar con sus huesos en la cárcel, según señalan González Ruano y Carmona Nenclares⁴⁹. Durante su estancia en prisión -así lo revela él mismo en sus páginas: "desde la cárcel escribo"⁵⁰- continuó redactando los artículos que conformarían la primera edición de sus impresiones sobre la campaña, Notas de un voluntario en la guerra de 1909, cuya publicación se llevaría a cabo por suscripción pública⁵¹.

El libro de Noel en la disposición de sus contenidos se aparta un tanto de los habituales modelos de diarios al uso, en cuanto que no está sujeto a un férreo orden cronológico marcado por los acontecimientos y tampoco pretende ser una crónica con exclusivas intenciones historiográficas. Se trata de una sucesión de cuadros de variado asunto, en los que enfoca todo aquello que le llama la atención. Ofrece una visión de la guerra desde dentro, desde el sentimiento que en el testigo suscita lo que acontece, y siempre con una notable visceralidad, lo que no impide que muchos de sus juicios posean un innegable valor objetivo y universal. No sólo repara en lo bélico sino que abarca un contexto más amplio, en esto -que no en sus presupuestos organizativos ni ideológicos- se asemeja al Diario de Alarcón, al que hace referencia en más de una ocasión.

Abre su obra con unas notas dirigidas al lector a modo de preámbulo, en una de las cuales el autor manifiesta una declaración de intenciones - "que él [el libro] os lleve el odio a la guerra"- que, sin embargo, no guarda la esperable consonancia con lo que después va exponiendo en el conjunto del texto. Resulta más que difícil encontrar un sólo pasaje en el que Eugenio Noel ponga de relieve un rechazo a la guerra de forma genérica, ni siquiera a ésta en particular. Por el contrario, son abundantes las narraciones de hazañas donde se exalta el heroísmo bélico, cuyo más acabado ejemplo puede encontrarse en la crónica titulada "El epílogo de la batalla de Taxdirt", en la que, por cierto, confunde la fecha, retrasándola hasta el 30 de septiembre cuando en realidad tuvo lugar el 20. En este cuadro Noel relata, por lo menudo y con palmario tono epopéyico, uno de los pocos hechos favorables a las armas españolas, y uno de los que alcanzaron mayor popularidad merced al arriesgado comportamiento del teniente coronel Cavalcanti y los escuadrones de caballería a su mando, que concluye con unas palabras bien expresivas de su nula intención antibelicista:

"Sobre el escuadrón resplandece una luz imperecedera y una nueva página de oro ha costado raudales de sangre al arma. El orgullo de poseer tales hombres en la raza pone en boca de los soldados los más cariñosos laudos. Sangre de leones." (Pág. 127).

Este sentimiento belicista no se deja ver sólo en un episodio aislado como el anterior, sino que está bien presente en todo el libro, el cual en ningún momento cuestiona la legitimidad de la guerra ni las desgracias que lleva aparejadas, algo que habría resultado esperable si su intención hubiese sido denostarla. Lo que le mueve al rechazo de esta campaña -de manera fundamental, aunque se añadan otras razones que se comentarán más adelante- es la ocasión que sus organizadores han desperdiciado para regenerar la moral nacional decaída desde la pérdida de los residuos coloniales en el desastre de fin de siglo, el no haber sido capaces de rehacer el maltrecho pabellón patrio cuando se brindaba la oportunidad:

"Marina ha fracasado, y el Estado Mayor con él. No volverán tan fácilmente ocasiones como esta infausta guerra, donde se puedan hacer demostraciones de energía nacional. Y ha fracasado, porque no es vencer acabar una guerra de cabilas con un tan grande

dispendio y una tan exigua remuneración (...) Nuestro triunfo es débil, pálido, incierto. Melilla respira un poco más; eso es todo." (Pág. 297).

Sin duda, mantiene una actitud de patriotismo regeneracionista, que de alguna manera entronca con los escritores de la denominada generación del 98, pero de un regeneracionismo reaccionario, que propende a cifrar la prosperidad nacional en un neocolonialismo sustitutivo de la anterior situación y emparentado de raíz con ella.

Los otros aspectos de su crítica apuntan a cuestiones menos originales, difundidas también por otros autores. Comenzando por la causa de la guerra, de la que, a pesar de mostrarse escéptico ante los motivos oficiales, no parece tener una idea muy clara, a tenor de los bandazos que va dando. En algún momento, aunque sin centrar la razón, parece atribuírsela al gobierno español: "(...) Impuesta la guerra por el Acta de Algeciras o por una tardía necesidad de dar vida a Melilla, o por el acicate de las minas, el castigo de los hechos cometidos el 9 de julio fue solamente una ocasión próxima", (pág. 285). En otros pasajes parece decantarse, sin embargo, por la insurrección rifeña como motivo, debido a que las autoridades españolas dejaron caer al caudillo local conocido como el Rogui, y su desaparición excitó la codicia de otros cabecillas menos proclives al acuerdo sobre los yacimientos mineros⁵². Tampoco se muestra conforme con la forma en que la guerra se ha conducido: por el desconocimiento del terreno de las operaciones, por la falta de un adecuado plan de operaciones y por las malas condiciones de vida de las tropas. Su censura no se dirige contra el ejército como institución ni contra los militares en particular, a los que elogia con frecuencia, sino contra los defectos que han propiciado los desastres y han impedido la victoria contundente, según ya ha señalado con acierto Marra-López: "No hay en esta obra una verdadera oposición a la estructura militar en sí, sino al modo de cómo es empleada dicha estructura"⁵³. De lo que sí se duele Eugenio Noel es, por una parte, de que el triunfo haya quedado tan minimizado que más se asemeje a una derrota: "la harca se ha disuelto por la heterogeneidad de sus elementos, no porque nosotros la hayamos derrotado en alguna ocasión de una manera completa", (pág. 233). Y, por otra, de ciertos hábitos de la vida de campaña

que le resultan ilógicos o denigrantes: el hacinamiento de soldados en las tiendas de campaña; la escasa calidad de unas comidas repetitivas; la puntillosa atención a la higiene externa, en lo aparente, frente al descuido absoluto y la falta de medios para la interna, la que queda debajo del uniforme, de los botones bien cosidos y del correaje abrillantado; en definitiva, de una disciplina ciega y mecánica más atenta a una desfasada ordenanza que al hombre, producto de la falta de presupuesto o de la generalizada ignorancia -"yo no he visto durante toda la campaña un libro en manos de nadie", pág. 108-, pero nunca achacable al propio carácter de la institución militar. También en este aspecto deja ver su afán regeneracionista, que no su rechazo a lo castrense ni antimilitarismo alguno.

En el tratamiento de los rifeños se establece una diferencia de enfoque entre los que participan en la guerra y aquellos otros que quedan al margen de ella. En cuanto a los primeros, el enemigo, abunda Noel en sus presupuestos belicistas: "A estos enemigos es imposible tratarlos sino a sangre y fuego y desmenuzarlos desde lejos con cañones, sin piedad", (pág. 128). Y anota con insensible frialdad los resultados de la actuación española:

"Las montañas de Leddara, recorridas de extremo a extremo en algaradas de incendios y devastaciones, volando aljibes y dejando a nuestro paso, con el horror y el escarmiento de la destrucción, hogueras de casas y silos." (Pág. 72).

La única virtud que Noel descubre en el cabileño combatiente es que, debido a la ineficacia del ejército español, se haya hecho acreedor a la victoria: "ha sabido vencer, dados sus medios, en la ciudad y en el campo." (Pág. 233).

Los que no participan directamente en la guerra, los niños y las mujeres, por ejemplo, entran a formar parte de cuadros en los que el autor retrata tipos y aspectos del entorno social y cultural que rodea a la campaña. Describe algunas figuras de niños cabileños con ternura y se conmueve ante la dureza de sus vidas, el penoso trabajo que les obligan a realizar y los crueles castigos de que se les hace objeto. De la mujer rifeña anota algunas costumbres y modos de conducta que le resultan llamativos. Atiende también a muchos otros aspectos circunstanciales que enriquecen el libro y le dan carácter varipinto: la manera de ser y vivir

de los hebreos; la encanallada usura de los cantineros, que expolían al soldado; el encanto que descubre entre la fealdad de la plaza de Melilla; impresiones paisajísticas; breves narraciones de anécdotas, por ejemplo, la relación amorosa entre Manolita, la dueña de un figón, y el sargento Antón; o la descripción de personajes que pululan por aquellos lugares: desde miss Alejandrina Wolffe, la inglesa que ha acudido al escenario de la guerra en busca de emociones fuertes y ejerce como enfermera; hasta Afra, la Pantera, favorita del Chaldy, uno de los cabecillas del levantamiento rifeño, a la que todos los soldados quieren ver y sobre la que se cuentan las más increíbles leyendas; pasando por el colaboracionista moro Gato o el corresponsal sueco David Sprengel, cuyas presuntamente equívocas inclinaciones sexuales son motivo de generalizada chanza.

Están escritas estas crónicas en una prosa fluida y amena, de sintaxis ágil, y con un acertado tono en el que menudean la ironía y la sátira suave junto a algunas pinceladas de atemperado lirismo. En conclusión, hay que entenderlo libro donde el ruido supera a las nueces, pues su crítica resulta más aparente que real, más llamativa por el énfasis en el grito que por lo disolvente de sus planteamientos. Ante la realidad de su contenido se antojan incluso excesivas algunas apreciaciones hechas con posterioridad. Así, por ejemplo, la de Juan Chabás que lo considera "de protesta violenta y justa, pero declamatoriamente demagógico"⁵⁴, donde, aunque no lo especifica el crítico, habrá que pensar que la violencia en la protesta se circunscribe sólo a la forma de manifestarla y no a la raíz de las ideas vertidas. Aquellos que enviaron a Eugenio Noel a la cárcel al publicarse la primera de sus crónicas se dejaron llevar, sin duda, por la vehemencia expositiva y no prestaron la debida atención al moralizante contenido, pues esto es lo que su fondo revela: la prédica de un moralista que pone el acento sobre lo que considera viciado con intención regeneracionista y afán didáctico.

En 1912 el ya mencionado Manuel CIGES APARICIO⁵⁵ vuelve a ocuparse de la cuestión de Marruecos en Entre la paz y la guerra, un libro de factura periodística y cuyo carácter lo sitúa a medio camino entre lo descriptivo y lo ensayístico, fruto del viaje realizado por el

autor a tierras del Protectorado español durante el año anterior. Sin vinculación directa con la campaña militar de 1909, sirve de puente entre ésta y la siguiente, la denominada guerra del Kert, la cual resultó, en lo que alcanzo a conocer, un conflicto sin literatura de creación. Algunos de los artículos que forman el volumen, acaso todos, habían ido aparecido con anterioridad en la prensa, según manifiesta el escritor en su texto, donde a la vez declara los graves problemas que la publicación de éstos le acarreó con los mandos del ejército y con la censura gubernativa, llegando a dar con sus huesos primero en la cárcel y más tarde en el exilio.

Elabora Ciges en esta obra una crítica nada contemporizadora, documentada e incontestable en no pocos aspectos sobre la pasada y presente acción de España en Marruecos. Sintetiza en sus páginas la reciente historia de enfrentamientos militares entre los dos pueblos, los descalabros bélicos españoles habidos en la anterior centuria, y de los que los gobernantes parecen no haber extraído lección alguna:

"Ese imperialista de última hora, que tantos papeles extranjeros rebusca para hablar de Marruecos, tenía que consultar los nuestros y se enteraría de que el Rif es de mal agüero para los españoles. Tantas veces como allí hemos armado zambra, otras tantas hemos salido con las manos en la cabeza./ En 1860, el día 8 de febrero, quedo deshecho el batallón provincial de Granada, perdiendo la mitad entre muertos y gravemente heridos./ En 1863 tuvo el sultán que enviar una mehalla para que los moros nos dejaran medir los límites./ En 1871 se opusieron a la desviación de Río de Oro; bombardearon a Melilla con unas piezas viejas, y tuvo que acudir el príncipe marroquí para aquietarlos, y que la gente pudiera salir de la plaza./ En 1893 no conseguimos nada, y también tuvo que acudir Muley Arafá para tranquilizar a los moritos." ("Pues alarguemos la mano", pág. 74).

Repaso que culmina en los aún más graves sucesos acaecidos poco tiempo atrás, en 1909, cuando la improvisación y los errores tácticos procuraron un desastre superior a los precedentes:

"Por este campo avanzaban las tropas formadas de a cuatro en fondo, en correcta formación. Esto dice lo escabroso que será el lugar; pero también explica que las balas rifeñas hiciesen frecuente blanco cayendo sobre tan densa masa. Análogamente se empieza uno a explicar la derrota; pero no la inteligencia y cordura en la dirección del combate." ("En el Barranco del Lobo", pág. 18).

Pero, dejando a un lado las cuestiones de estricta índole castrense, ya que se trata de un problema de mucho más calado, revisa los presuntos intereses que se han venido esgrimiendo en favor de este nuevo colonialismo nacional. Intereses que, a decir verdad, sólo lo son de algunos, de aquellos que se están enriqueciendo a costa del sacrificio de otros muchos, en realidad, de todo un pueblo, al que se le ha vendido la cuestión marroquí con falacias y apelaciones a la grandilocuencia patrioter. Vacuidad de la que se han ido haciendo cómplices los políticos y gobiernos de turno, y bajo la que se oculta el más obvio engaño:

"Porque en el fondo de esta cuestión sólo se trata de eso, de ambiciones que tienen su raíz y fundamento en los apetitos de la gula. Queriendo disfrazar los verdaderos móviles de las acciones, se habla de empeños civilizadores, de derechos históricos, de nacionales destinos, de exigencias patrióticas, de otras muchas ficciones que enmarañaron el juicio del lector hasta hacerle desvariar./ Y la razón evidente de todo este complicado juego, sólo es la mercadería: sociedades que quieren multiplicar sus capitales construyendo puertos y ferrocarriles; compañías que aspiran a poner sus minas al amparo de los cañones españoles o franceses; usureros que piden buenas garantías por el dinero que prestan al sultán; parlamentarios remunerados por capitalistas; periodistas untados para que pulsen la cuerda patriótica; grajos que van a buscar las plumas de los pavos reales, aunque en la contienda queden desplumados..." ("El embrollo", pág. 213).

Y para que sus acusaciones no se queden en bruma general, las concretiza con las obras iniciadas para la construcción de sendos puertos en Melilla y Ceuta. El primero adjudicado a un civil, cuya actuación se ha caracterizado por la negligencia y los nulos resultados. El

segundo, iniciado como labor militar y continuado por promotores civiles, pero sin mejores logros que en aquél:

"El negocio es ruinoso, y Comillas tiene interés en que los trabajos no avancen para escatimar gastos. ¡Naturalmente! Como que en prolongando las obras indefinidamente, indefinidamente se prolongan sueldos cómodos y pingües dietas (...) Yo oí decir en Melilla a un alto empleado de las obras del puerto que avanzaban con tanta lentitud porque sólo se podía trabajar los días tempestuosos (...)

'-¡Es verdad; en días revueltos como éste las olas arrastran los bloques y los asientan... en el fondo del mar!

'Esa es la obra que estamos haciendo: tirar bloques y dinero al fondo del mar./ Porque nosotros somos así de generosos./ El caso del puerto de Melilla se reproduce en su hermano gemelo el de Ceuta, donde se trabaja con igual parsimonia. Durante varios años lo han dirigido los ingenieros militares (...) Como los gastos no escaseaban y el puerto iba a convertirse en el puerto o cuento de nunca acabar, sacáronse las obras a pública subasta, quedándose las los señores García Arango y Compañía, famosa compañía que está haciendo buenos y envidiables a los primitivos constructores (...)"

("El puerto de Ceuta/ Los émulos de Comillas", pp. 38-40).

Ante tales considerandos no le cabe al autor sino abogar por el rápido y total abandono de tan insensata empresa que a lo que se echa de ver sólo interesa a esas compañías comerciales ya mencionadas y a otras de semejante jaez; a unos cuantos individuos desaprensivos que al amparo de las autoridades locales están obteniendo jugosos beneficios económicos, y de cuyo perfil también se ofrecen promenorizadas muestras; y a los militares que han encontrado en Marruecos terreno abonado para su medro profesional o para ejercitar el mando extramuros de los acuartelamientos:

"El anciano [moro] sigue sonriendo incrédulo:

'-Sí; los españoles la quieren [la guerra]. Los militares quieren tirar tiros y ganar mandos.

'-Los militares...

'Voy a ser imprudente diciendo que ellos son los únicos belicosos; pero me contengo."
("Lo que me cuenta un moro", pp. 51-52).

"El Sr. Nougués ha hablado de los tribunales militares que en Melilla han de entender en todos los asuntos: lo mismo en un proceso por aborto, que en un litigio sobre una marca de fábrica (...) porque como Melilla es una plaza fuerte, jueces y defensores han de ser militares (...) Dije en cierta ocasión que el juez de primera instancia melillense era militar. Como me cortaron súbitamente la palabra, no tuve tiempo de añadir que el juez municipal también lo es, y que de secretario actúa un cabo de infantería (...)" ("Continúa el caciquismo militar", pp. 143-144).

Todo ello sin reparar en el capítulo de los gastos, que en esa época ya cifra el autor en una cantidad desorbitada: "Doscientos millones de pesetas nos llevamos gastados en menos de año y medio, y apenas si nuestros dominios se han ensanchado con un pedazo de terreno improductivo que puede recorrerse en algunas horas", ("Ellos y nosotros", pág. 208). Años en los que todavía no se había alcanzado el punto álgido en el presupuesto que llegaría a consumir el Protectorado y la consecuente guerra⁵⁶. Desmesurada factura para tan escasos logros y sin expectativas de cambio, porque, según comenta un testigo al autor: "Esto es una bolsa sin fondo, y el dinero es como agua que se desliza entre los dedos"⁵⁷. Proyecto de ruina nacional o cuando menos presupuesto difícil de mantener para la escuálida hacienda de un país cual la España de la época, donde los haberes no alcanzaban ni para resolver algunas palmarias penurias en amplias zonas de su geografía, aquellas que se pretendían mitigar al otro lado del Estrecho:

"(...) No somos un pueblo conquistador, sino civilizador... Debemos crear en nuestras posesiones vías de comunicación, difundir la instrucción, construir puertos en Melilla y Ceuta' (...) ¿Y cuándo se va a hacer todo eso en España, señores? (...) ¿A quién vamos a civilizar, si las dos terceras partes de los españoles son analfabetos? ¿Cómo

fundar escuelas en Marruecos, si Marruecos está a algunos grados de latitud norte de África y aduare por civilizar son los centenares de pueblos donde no tenemos maestros? ¿Difundir la instrucción de que nosotros carecemos?" ("Contra la guerra", pp. 223-224).

Su denuncia de la ineficacia española alcanza hasta a la institución eclesiástica, poniendo en tela de juicio la presunta labor evangelizadora que las órdenes religiosas llevan a cabo en aquellas tierras. Tarea a la que el escritor dedica también cierta atención y no deja a salvo de sarcásticas inyectivas:

"Desde que los Redentoristas llegaron al Mogreb en el siglo XIII, la religión católica no puede apuntarse un solo caso de conversión. Su fracaso es evidente. Los franciscanos que les reemplazaron cuatro siglos después aún han hecho menos y son más costosos (...) ¿Qué hacen, pues, estos santos hombres? Secundar los intereses reaccionarios, oponerse a toda tentativa innovadora para que persista la política de la inercia, que a la larga sólo favorece a los belicosos (...) No simplifican dificultades, no convierten moros; pero molestan al súbdito cristiano, y le ponen trabas si no se les somete (...)" ("La obra de los franciscanos", pp. 62-63).

En definitiva, Entre la paz y la guerra compendia el pensamiento abandonista español, las ideas sostenidas por una izquierda política con insuficiente representación en el Parlamento de la época para hacer valer su disconformidad con las aventuras neocolonialistas emprendidas por los partidos gobernantes. Pero sus páginas no han de entenderse sólo como un mero discurso ideológico radical, lo que en léxico de hoy diríase políticamente incorrecto, sino que a la vez traza un pormenorizado y certero retrato sobre el fiasco marroquí en sus inicios, cuando aún no había llegado Annual ni toda la retahíla de desgracias que vendrían después, y sobre las que Ciges Aparicio ya advertía con cabal juicio y proféticas palabras en este libro publicado bastantes años antes:

"(...) para conquistar y pacificar el Rif, necesitará muchos años, muchos millares de hombres y algunos miles de millones./ Y ni comprado al peso vale tanto el Rif." ("Compás de espera", pág. 177).

"¡Y aún hay quien dice que nuestro porvenir está en esa exigua zona rifeña, cuyos montes serán sepulcro de españoles, ruina de la nación y motivo de conflictos internacionales [tan sólo en esto último le falló la previsión a Ciges, pues los conflictos fueron internos]." ("Ellos y nosotros", pág. 208).

En sus modos expositivos se aproxima, salvadas todas las posibles distancias, al modelo establecido por Mariano José de Larra en sus Artículos de costumbres. No sólo por su censura de tipos concretos o de vicios nacionales, que de lo uno y de lo otro ofrece Ciges un amplio muestrario: la ineptitud, la ignorancia, la imprevisión, la pereza y la indolencia perfilan en sus páginas el colonialismo del momento. Sino, sobre todo, por ese tono de amargura ante lo irremisible que envuelve en una expresividad ligada con frecuencia a la ironía y al humorismo sarcástico:

"¡Paciencia y no desanimar! (...) Así como hemos esperado cuatrocientos años en comenzar el puerto de Melilla, bien podemos aguardar otros cuatrocientos para terminarlo. ¿No son inmortales nuestros históricos destinos? ¡Paciencia, y procedamos poquito a poco!" ("El puerto de Ceuta/ Los émulos de Comillas", pág. 38).

"En las dos últimas partes de su divagación ocúpase de enumerar las opulentas minas, de existencia reconocida, de vagas presunciones o de oídas, que van a sacar a España de su miseria. El Rif, como el mismo articulista dice, 'es de suelo montuoso y abrupto'; pero el preña sus entrañas de fabulosos tesoros californianos. Como otro día promete hablar 'de su riqueza agrícola y de su prosperidad pecuaria', presiento ya que en la exaltación de su entusiasmo nos va a revelar el hallazgo del Paraíso Perdido." ("Pues alarguemos la mano", pág. 69).

"Allí a nuestra izquierda, vecinos del mar, se alzan los plumizos barracones de madera, donde la tropa se alberga (...) Estos famosos barracones tienen la propiedad de que en verano se tuestan, y sus moradores han de huir del calor y de los piojos, para acostarse a cielo raso. Menos mal que en invierno se calan y encharcan (...)

'- Una friolera: ¡CUATRO MILLONES DE PESETAS!" ("¿Cuánto gastamos/ El otro Barranco del Lobo", pág. 125).

Palabras que ni siquiera precisan comentario, pues ellas mismas hablan con absoluta elocuencia de la desencantada percepción que el autor extrajo de su viaje por el Protectorado español en Marruecos, lo que algunos interesados estaban vendiendo sin rubor como el resurgir imperial de la nación.

NOTAS.

1. Según puede verse en el relato que de los prolegómenos de tal acontecimiento hace Manuel Ciges Aparicio en Del cuartel y de la guerra.

2. Dentro de los materiales que he podido localizar, lo que no significa la inexistencia de otros posibles relatos breves relacionados con esta campaña.

3. Publicado en Blanco y Negro. Núm. 136, 9 de diciembre de 1893.

4. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

5. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

6. Publicado por vez primera en Los Lunes de El Imparcial, núm. 9538, 4 de diciembre de 1893.

7. Publicada por La España Editorial, en 1996. Lugar de donde proceden las citas mencionadas en este trabajo.

8. "Clarín, creador del cuento español", Cuadernos de literatura. Madrid, CSIC, enero-junio 1949, pp. 145-169.

9. El cuento español en el siglo XIX, pág. 274.

10. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

11. Tercer volumen de la serie denominada Los cuatro libros, publicado en Madrid, Impr. de Bernardo Rodríguez, 1906.

12. "M. Ciges Aparicio: El libro de la crueldad. Del cuartel y de la guerra", Cultura Española (antes Revista de Aragón), Madrid, noviembre de 1906, IV, pp. 1033-1034. Cita tomada del "Preámbulo" de Cecilio Alonso a Manuel Ciges Aparicio, El libro de la crueldad. Del cuartel y de la guerra. Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1986.

13. La novela española contemporánea (1898-1927). Vol. I, Madrid, Gredos, 1979, 2ª ed., pág. 301.

14.Loc. cit., pp. 33-34.

15."La literatura comprometida de Manuel Ciges Aparicio", Insula, núm. 305, 1972.

16.Ciges Aparicio: la narrativa de testimonio y denuncia. Madrid, Novecientos, 1984.

17.Por no mencionar un muy reciente libro de tipo reportaje periodístico sobre cierto famoso ex-banquero más tarde caído en desgracia. Nada más alejado de una novela, pero en cuyo texto el autor hace abundante uso de las técnicas expositivas de ésta.

18.Así lo ha denominado con gran acierto Víctor Fuentes, Loc. cit.

19.Del cuartel y de la guerra. Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1986, pág. 107. En adelante, todas las citas remiten a esta edición.

20.En nota núm. 27 de la edición a su cargo de esta obra de Ciges Aparicio. La que estoy utilizando, según quedó antes señalado. En este lugar Alonso comenta como años después, en España bajo la dinastía de los Borbones, el propio Ciges atribuye esta muerte al entonces teniente de Infantería Miguel Primo de Rivera. Al parecer actuó así movido por los rumores de que Margallo permitía, e incluso obtenía beneficio, del contrabando de armas a los rifeños.

21.Jesús Arribas en Ciges Aparicio: La narrativa de testimonio y denuncia, pág. 51.

22.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

23.En Madrid, Impr. del asilo de huérfanos del S. C. de Jesús.

24.En el ámbito teatral también dio sus frutos. En lo que alcanzo a conocer, hay tres obritas breves, de muy escaso valor, que refieren acontecimientos de la campaña. Dos de ellas se deben a Julio Sánchez Godínez, La guerra del Rif o la dama de la Cruz Roja, estrenada el 29 de agosto de 1909 e impresa en Alcalá de Henares, en la imprenta de V. Corral, en 1910; y El cabo Noval, estrenada el 23 de enero de 1910 e impresa ese mismo año en Madrid, en la imprenta de Emiliano Sánchez. La tercera es una obra de Enrique Prieto y Jesús Villamil, titulada Los héroes del

Rif, cuyo estreno tuvo lugar en el teatro Novedades de Madrid el 11 de noviembre de 1909, y ese mismo año se imprimió en el establecimiento de R. Velasco.

25.Tercer volumen de la primera serie de estos Episodios, cuyo título genérico, La monarquía, alude al periodo del que se ocupa. Fue publicado en Madrid, editorial Reus, en 1944.

26.Ver apéndice de narradores para información sobre la autora y su obra.

27.Con el núm. 148, correspondiente al año III. Esta colección había aparecido en 1907, fundada por Eduardo Zamacois, y su vida se prolongaría hasta enero de 1912. Fue la pionera de este tipo de publicaciones en España. Para una más amplia información sobre ésta y otras publicaciones dedicadas a la narrativa breve, puede verse el artículo de Luis S. Granjel, "La novela corta en España (1907-1936)", Cuadernos Hispanoamericanos, núm. 222, junio de 1968, pp. 477-508.

28.Según sostiene Elizaberth Starcevic en Carmen de Burgos. Defensora de la mujer, pág. 53.

29.La edición publicada por El Cuento semanal, de la que están tomadas las citas, carece de número de página, por lo que ni ésta ni las restantes que incluyo en el comentario llevan indicación al respecto.

30.Tanto en la "Introducción" al conjunto de novelas breves de Carmen de Burgos que la propia comentarista selecciona en el libro La flor de la playa y otras novelas cortas, donde hay un breve estudio dedicado a esta narración, pp. 55-59, como en su tesis doctoral -desconozco si en este momento aún continúa sin publicarse- Carmen de Burgos "Colombine" (1867-1932). Biografía y obra literaria. Madrid, Universidad Complutense, 1991. Texto en el que acerca de En la guerra sostiene aproximadamente lo mismo que en la introducción del título anterior.

31.Introducción a La flor de la playa y otras novelas cortas.

32.Introducción a La flor de la playa y otras novelas cortas, pág. 58.

33.Loc. cit., pág. 56.

34. En el número 74, con fecha 27 de mayo. Publicación cuyo nacimiento auspició Eduardo Zamacois, que dos años antes había fundado El cuento semanal. Cuando fue desplazado de esta -como señala Luis Granjel en su artículo "La novela corta en España (1907-1936)- se asoció con el impresor Blass y creó otra colección de novela popular que pudiera competir con aquella. Los Contemporáneos apareció por primera vez el 1 de enero de 1909 y se estuvo publicando hasta marzo de 1926.

35. Autor de quien no he logrado encontrar ni una sola noticia.

36. El texto se presenta sin numeración en sus páginas, por lo que ésta y las sucesivas citas carecen de tal indicación.

37. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

38. Al igual que en el título anterior, las páginas no se acompañan de numeración alguna.

39. Número 34 dentro de ese año de la publicación, y con fecha 26 de agosto.

40. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

41. El primero con el número 7 de ese año, del 7 de febrero, y el segundo con el número 23 y fecha de 9 de junio.

42. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

43. Número de página correspondiente a la publicación, contando sus anteriores títulos, no a este relato concreto.

44. Puede citarse, por ejemplo, el libro de Enrique López Alarcón, Melilla 1909. Diario de la guerra -editado en Madrid, en la imprenta Hijos de R. Alvarez, en 1910-, que viene a ser lo que indica su subtítulo, Crónica de un testigo, pero más como un diario de operaciones militares que como una visión personal portadora de alguna originalidad. Su interés, por condiguiente, se circunscribe más bien a quienes deseen conocer el acontecer de la campaña desde una perspectiva histórica o, sobre todo, militar.

45. En Madrid, editado por Pueyo.

46.Procedente de *blockhaus*, según señala el DRAE desde 1884, y cuyo mismo origen apuntan Corominas y Pascual en el DCECH.

47.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

48.Libro editado en Barcelona en 1912. Es una segunda edición ampliada de un anterior volumen de Noel titulado Notas de un voluntario en la guerra de 1909, publicado en 1910, en el que no aparecían algunas de las crónicas que recoge en Lo que vi en la guerra.

49.En el libro de ambos, ~~Nuestros contemporáneos: Eugenio Noel~~. Madrid, Renacimiento, 1927.

50.En el artículo "Málaga, benemérita de la patria".

51.José Ramón Marra-López, Narrativa española fuera de España (1939-1961), pág. 323.

52.Como apunta en el artículo "La morita Katsba, Antor y Jafar", en concreto en las páginas 226 y 230, donde alude a las ambiciones del Mizziám y a la figura del Rogui.

53.Narrativa española fuera de España (1939-1961), pp. 323-324.

54.En Literatura española contemporánea 1898-1950. La Habana, Cultura, 1952, pág. 253.

55.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

56.A tal efecto, en 1921-22 los gastos de Marruecos alcanzarían los 502 millones de pesetas, según señala Juan Pando en Historia secreta de Annual (pág. 79) y, abundando en esta progresión, añade: "Para entonces, el déficit del presupuesto español ascendía a 1410 millones. Y había sido de 35 millones en 1909. En tan sólo doce años se había multiplicado por cuarenta veces: Marruecos tenía la culpa", (*Ibidem*).

57."El otro Barranco del Lobo", pág. 124.

III. DEL PROTECTORADO A LA PACIFICACIÓN

1. LA NOVELÍSTICA.

Como quedó visto en el capítulo primero, desde el final de la campaña de 1909 la escalada de España en Marruecos había sido continua y progresiva. Primero, la expansión territorial que llevó a la ocupación de ciudades marroquíes o a dilatar los límites de las históricas plazas de soberanía española, lo que dio origen en la zona de Melilla a la denominada guerra del Kert. Más tarde llegaría el establecimiento del Protectorado y los primeros pasos para hacer efectivo este régimen de tutela pactado con Francia. Los españoles se habían ido acostumbrando a convivir con esta realidad. Unos, los que cifraban en ello el resurgir imperial del país, con entusiasmo; otros, los que se dolían de ver que aquella aventura se iba convirtiendo en una sangría humana y económica insostenible para la debilitada hacienda nacional, con disgusto y protesta. La derrota de Annual vino a alterar este estado de cosas, provocando una intensa conmoción social y colocando la guerra que se estaba sosteniendo en Marruecos en primer plano de la política y de la vida española durante los años siguientes. A partir de este momento, el mundo de la literatura, de la narrativa en particular, vuelve sus ojos hacia lo que se había convertido en una cuestión candente, tomando el asunto como motivo para relatos de índole diversa, desde las novelas de amor a las narraciones heroicas pasando por el más crudo testimonialismo antibelicista o la parodia humorística. Este es el origen de una extensa novelística que, desde múltiples enfoques, centra sus historias en algún aspecto del conflicto. A diferencia de lo que había sucedido durante las anteriores campañas, cuya repercusión literaria había sido poco numerosa y, en general, contemporánea a los acontecimientos, la propia longevidad de ésta, unida al predicamento que, por su impopularidad, alcanzó entre una mayoría de la población, hizo posible que el asunto fuera visitado y revisitado una y otra vez en obras con planteamientos ideológicos y narrativos de lo más dispar, a menudo, incluso, antagónicos.

Los primeros relatos comienzan a aparecer tras el desastre de julio de 1921, lo que da fe de que hasta entonces el Protectorado no había presentado atractivo suficiente para mover la pluma de los narradores. Salvo algún libro de carácter periodístico o divulgativo, lo demás había sido un completo desierto. Sin embargo, a partir de esta fecha, y durante los inmediatos años sucesivos, se produce una eclosión narrativa. Novelas, largas y breves; testimonios de combatientes y cautivos, bien soldados o bien militares con graduación; crónicas de corresponsales enviados al lugar. Toda suerte de libros sobre esta guerra o sobre cualquier asunto concomitante con ella se asoman al panorama bibliográfico español. La mayor parte de ellos fueron publicados durante el periodo de actividad bélica, hasta 1927, aunque continuaron escribiéndose testimonios y novelas - en algunos casos las de mayor calidad- que referían o recreaban estos hechos hasta los primeros años de la siguiente década. No se agota, empero, la narrativa sobre la guerra de Marruecos en lo escrito hasta ese momento. De manera más esporádica, y con la perspectiva que da el tiempo, se volvió al asunto en repetidas ocasiones hasta nuestra más estricta contemporaneidad; lo prueba el las últimas novelas que fabulan sobre algunos de estos sucesos están fechadas en los años noventa.

Varias son las razones que explican tal proliferación de relatos sobre esta guerra. En primer lugar cabe mencionar aquellas derivadas de la expectante perturbación que durante varios años introdujo en el ánimo de los españoles, lo que induce a pensar que habría un buen número de potenciales lectores deseosos por conocer cuanto allí sucedía, ya fuera en forma de testimonio directo o mediante la interpuesta ficción de la novela. De ello da cuenta, por un lado, el amplio despliegue informativo llevado a cabo por la prensa, que mantuvo multitud de corresponsales -muchos de ellos autores de libros de todo tipo sobre la campaña- en Marruecos durante largo tiempo. Por otro, que el número de publicaciones oscilase al unísono con el vaivén de los acontecimientos bélicos y que los escritores de esta etapa inicial fueran primerizos o de segunda fila, dispuestos probablemente a aprovechar motivos extraliterarios para hacerse conocer o para aumentar su habitual número de receptores. De tal forma que, aunque estas cifras haya que tomarlas con cierta cautela porque algunas de las narraciones

carecen de fecha de publicación, durante el periodo 1921-1928 se editaron más de treinta novelas y otro buen número de libros de carácter no imaginativo sobre muy variados aspectos del acontecer bélico o de la presencia española en el norte de Marruecos. Y, precisando un poco más, puede observarse que el ritmo de aparición estuvo muy ligado al discurrir de los acontecimientos y, es de suponer, que al interés del público. En 1921 sólo ven la luz dos relatos de breves dimensiones, sin duda no hubo tiempo material para urdir, redactar e imprimir más historias. Sin embargo, durante 1922, cuando las consecuencias y responsabilidades derivadas del desastre estaban en pleno apogeo, se alcanzó la cima de publicaciones, hasta ocho novelas -puede que alguna más, contando aquellas que no poseen datación- y al menos media docena de obras con referente real llegaron a manos de los lectores. Durante los siguientes años del mencionado periodo la cifra se estabilizó, en gran medida debido a la censura primoriverista, aunque pueden computarse entre tres y cinco narraciones de ficción anuales, además de algunos testimonios, crónicas y diarios. Claro está que todos ellos sostenían posturas progubernamentales y no chocaron con la prohibición administrativa. Transcurrida esta etapa, cuando ya se había alcanzado la pacificación, continuaron publicándose libros ambientados en la guerra, aunque de forma más espaciada. Entre estos últimos se encuentran aquellas novelas que alcanzaron una mayor altura literaria.

Aparte de esta razón, tras la que no resulta difícil aventurar motivos comerciales, hubo otras más cercanas a la propia creación literaria o colindantes con ella. En primer lugar hay que mencionar la existencia de un buen número de jóvenes que dieron sus primeros pasos dentro de la narrativa con relatos centrados en esta guerra, como les sucedió, por ejemplo, a Ernesto Giménez Caballero, José Díaz Fernández o Ramón J. Sender, por recordar sólo aquellos que alcanzaron mayor difusión. Esta nueva generación había realizado su servicio militar en Marruecos y, tras su regreso, transformaron en materia literaria sus impresiones, metabolizando en sus narraciones las impactantes e indelebles experiencias que habían vivido o los testimonios que otros soldados les transmitieron. No muy distinto fue el caso de otro tipo de testigos, los periodistas y corresponsales de guerra, algunos de los cuales, además de

su labor de cronistas, también se aventuraron en el terreno de la novela aprovechando los conocimientos que su trabajo les había brindado. Para otros narradores, los que por su edad o por otras razones no habían tenido conocimiento directo de lo sucedido, esta campaña también les habría nuevo campo para sus creaciones. Eran, por lo general, escritores sin demasiada relevancia artística, algunos de ellos anclados a modos narrativos caducos o a subgéneros que gozaban de poca estima literaria, en muchos casos habituales colaboradores de colecciones de novela popular. Otros, modernistas de segunda o tercera fila que a estas alturas habían devenido meros retratistas de la casi periclitada vida bohemia de los primeros lustros del siglo, y, junto a ellos, colaborando en las mismas o semejantes publicaciones, los superficiales indagadores de los sórdidos submundos urbanos, conocidos jornaleros de la pluma que habían encontrado un más que menguado filón económico en la fácil sentimentalidad o en el descarado erotismo. Pata todos ellos la cuestión de Marruecos, a pesar de que había perdido su perfil novedoso, al existir ya un nutrido retrato novelesco de las anteriores campañas, seguía presentando elementos muy atrayentes. Como cuestión de actualidad, las noticias de a guerra se agolpaban todos los días en las páginas de los periódicos y mantenían una permanente atención en el público, en una ciudadanía por múltiples razones ávida de informaciones. Unos, porque se trataba de una de las cuestiones de política nacional más candentes del momento. Otros, para su desgracia, porque la estaban sufriendo en la carne de sus hijos, enviados a combatir a un lugar geográficamente cercano pero remoto y misterioso en el subconsciente popular. No cabe duda de que el germen del interés estaba ya sembrado. Cualquier relato con el asunto del momento en sus páginas, poco importaba que se tratase de una disparatada fabulación sin punto de contacto alguno con la realidad, disfrutaba de un añadido de expectación. Esto no podía ser echado en saco roto por quienes buscaban más el logro económico que el artístico. Pero es que, además, los acontecimientos marroquíes presentaban elementos novelescos muy atrayentes. Permitía engarzar argumentos de amor, abnegación y heroísmo -los convencionales asuntos que solían referir aquellas narraciones- en un marco diferente, dando un nuevo barniz a las obras. La

novela galante, por ejemplo, podía renovar -como de hecho hizo- sus fábulas amorosas con nuevos personajes y escenarios. Ya no había que circunscribirse a las historias sobre incautas criadas que resultaban engañadas o deshonradas por señoritos calaveras, ni a las imposibles y siempre frustradas pasiones amorosas entre protagonistas de distinta clase social. Ahora entre sus páginas encontrarían cobijo apasionados romances entre militares españoles y mujeres marroquíes en escenarios exóticos y con situaciones algo diferentes de las habituales. De ahí que surgiera un nutrido grupo de relatos que *mutatis mutandis* presentan una machacona identidad argumental, repitiendo personajes y situaciones hasta la saciedad.

Por otro lado, para este tipo de narradores, la guerra en sí misma era un soporte adecuado para la aventura y para la narración de gestas heroicas, ya no era necesario rebuscar en la historia pasada ni perderse por lugares remotos o ficticios para recrear lances extraordinarios. Además, ésta contaba con un nuevo Cuerpo militar, la Legión, que había nacido envuelto en una aureola de bravura temeraria y parecía creado *ad hoc* para ser carne de literatura, para poder dar cumplida cuenta de las hazañas más viriles, para recuperar del olvido al héroe anónimo, tal y como sucedió en los múltiples relatos escritos *ad maiorem gloriam* de estas tropas. Y aquí tampoco importaba gran cosa que tales estampas no fueran más que una falsa caricatura de la realidad más superficial, según puso de manifiesto alguna otra narración con voluntad de justicia. Materia narrativa que, a lo que ha podido verse con posterioridad, creó un afortunado precedente, pues lejos de agotarse con el fin de aquel conflicto, ni siquiera con su olvido, ha continuado estimulando la inspiración de otros narradores, que no sólo en posteriores guerras, sino incluso en consolidadas paces han acudido a la Legión como segura fuente de aventuras. Su estela ha continuado hasta el más inmediato presente, y para comprobar el efecto redentor que aún se atribuye a estas tropas, basta recordar una reciente novela de Martín Casariego, La hija del coronel, donde un desertor de la miseria busca su medro social entre los novios de la muerte.

La incipiente novela social surgida a finales de los años veinte, también encontró en esta guerra motivo para censurar algunas lacras de la colectividad, empezando por el propio

conflicto en sí mismo, la discriminación que se establecía entre los que pagaban para poderse quedar en España y los que se veían abocados a cumplir tres años de servicio militar en el "avispero marroquí" o las múltiples injusticias y calamidades que sobrevenían a los jóvenes que para su desgracia se veían obligados a combatir en Marruecos. Además, una guerra de carácter colonial e impopular como ésta brindaba en bandeja la ocasión para reivindicar con fundamento dos de los postulados tradicionales de la izquierda de la época -en cuyas filas ideológicas estaban adscritos la mayoría de los narradores de esta orientación-: el profundo antimilitarismo y el radical antibelicismo.

Con el tiempo, hasta algunos narradores proclives al humorismo y la parodia encontraron fuente de inspiración en estos acontecimientos y trataron de llevar la sonrisa al lector buscando los posibles encuadres grotescos de la contienda o haciendo recreaciones bufas de lo sucedido. Bien puede decirse, dando la vuelta a la afirmación barojiana, que esta guerra fue un saco para la novela, pues en su recreación cupieron todo tipo de narraciones.

Por último cabe mencionar la motivación ideológica, especialmente significativa en esta campaña por cuanto supuso de revulsivo dentro de la sociedad española, obligando a tomar partido en su pro o en su contra a todo grupo, camarilla o individualidad que gozase de algún predicamento público. En consecuencia, esta guerra movilizó las plumas de buen número de escritores para lanzar agrias censuras contra lo que allí había sucedido o, por el contrario, para rellenar páginas laudatorias hacia los héroes de la milicia, llegando incluso a convertirse en vehículo de desagravio para alguno de los artífices de las más sonoras derrotas de aquellos días. Baste para ello recordar el fuego cruzado que se estableció entre los libros de crónicas o interpretaciones periodísticas que señalaban al general Fernández Silvestre como máximo responsable del desastre de Annual y los que se inclinaban a cargar las culpas sobre el Alto Comisario, general Dámaso Berenguer. Si bien estos planteamientos fueron más propios de las obras de carácter testimonial -a algunas de las cuales aludiré más tarde- o de los análisis divulgativos de la realidad inmediata, tampoco estuvieron ausentes en las ficciones narrativas, donde los relatos panegíricos de la campaña, del ejército o de algunos de sus protagonistas

convivieron con los que desde posiciones antibelicistas, antimilitaristas, o ambas a la vez, trazaron los más espeluznantes cuadros de degradación y muerte. Por medio quedan todos aquellos libros, generalmente no novelescos, que sin atacar la guerra ni la actitud mantenida por España en Marruecos, arremetieron contra la estrategia militar que se había seguido, contra la forma en que se venían desarrollando las operaciones día tras día o contra los responsables de tácticas erróneas. Esta última postura fue muy común en las crónicas escritas en los meses que siguieron al desastre de Annual, más tarde decayeron y no se ocuparon de otros descalabros posteriores por causas imperiosas: la férrea censura impuesta tras el advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera. A tal efecto, es suficiente con recordar los malos momentos que le acarreó a Giménez Caballero la publicación de sus Notas marruecas de un soldado, libro, a pesar de todo, sostenedor de una actitud sólo ligeramente crítica. Fiel reflejo de ello es que en los primeros años treinta, cuando la situación política era otra y ya no existían problemas administrativos que amordazasen a los escritores, se publicaron las novelas que con mayor contundencia censuraban la guerra, ponían de manifiesto la ineptitud y la crueldad de los militares africanistas, denunciaban la humillante situación de los soldados o derribaban falsos mitos, como el de la hasta entonces heroica Legión. No obstante, estas divergencias ideológicas continuaron presentándose en las narraciones publicadas cuando la polémica ya era sólo historia pasada, fueron incluso adaptándose a la horma de los nuevos acontecimientos políticos y de las actitudes tomadas ante ellos, como lo prueban los muy contrarios enfoques con que se tratan hechos de esta contienda en los varios episodios nacionales que pretendiendo recoger el testigo de Galdós se escriben en momentos diferentes pero ya muy posteriores a la finalización de esta campaña de Marruecos.

Esta abundante obra, además de reflejar muy variados asuntos y temáticas, se convierte también en paradigma de algunos de los modos y formas de novelar de casi todo el presente siglo, sobre todo de aquellas muy dispares corrientes que cohabitaron durante los años veinte y treinta en el panorama literario español. Junto a relatos de corte tradicional, con fisonomía decimonónica en muchos casos, se encuentran modelos representativos de la novela social de

los años treinta o la más acabada obra -*El blocao*- de la tendencia conocida como *Nuevo Romanticismo*¹, e incluso alguna narración adscrita a la narrativa de vanguardia, a la denominada literatura *deshumanizada*². Al lado de textos con clara voluntad innovadora y artística, cuyos autores bucean en nuevas formas de expresividad, aparecen otros repetitivos y anodinos, de difícil justificación acabado el momento coyuntural, e incluso deliberados productos infraliterarios.

Antes de adentrarse en comentarios sobre la novela de esta guerra conviene establecer algún criterio que sirva para ordenar tan heterogéneo material. Teniendo en cuenta, como ha quedado dicho antes, la disparidad formal e ideológica que hay entre muchas de estas narraciones, además del dilatado periodo durante el que se escriben, resultaría poco productivo atender a pautas organizativas de índole estética o cronológica. Más clarificador parece ajustarse a una estructuración temática, por el asunto dominante que recrean, aunque he escogido este criterio entre otros varios que hubieran sido posibles. Este agrupamiento responde más a una voluntad metodológica que a parámetros de estricto sentido literario y no está exento de problemas, dado que algunas de las novelas emparentadas por un mismo asunto difieren en todo lo demás. Sin embargo, a pesar de ello, considero que esta forma de asociación puede resultar más fructífera para el análisis de estos textos y facilitar la comprensión de lo que fue la narrativa de ficción sobre esta campaña. Una vez escogido el criterio rector se plantean otras dos cuestiones: por un lado, qué hacer con aquellos relatos cuya propia indefinición temática los aparta de cualquier posible grupo; y, por otra parte, los que podrían ser encuadrados en más de uno. En cuanto a los primeros, he optado por darles un tratamiento individualizado, dada su imposible clasificación junto a cualesquiera otros. Los segundos, un número muy reducido, quedarán enmarcados atendiendo al asunto predominante en su desarrollo argumental, haciendo referencia a ellos en otros lugares, si se hace preciso, para que esta organización no suponga reduccionismo alguno.

De acuerdo con los criterios expuestos, todas las narraciones, con independencia de sus dimensiones, se han distribuido en nueve grupos con mayor o menor grado de homogeneidad,

pero que guardan entre sí una cierta sintonía en cuanto al asunto del que se ocupan. Para el final queda un décimo grupo, una suerte de miscelánea temática -éste será su título, a falta de otro más adecuado- donde se aglutinan aquellos textos que no cabe incluir en ninguno de los apartados anteriores:

1. La legión.
2. El amor en la guerra.
3. El hombre en la guerra.
4. Descripciones de ambiente militar.
5. El rifeño.
6. Los episodios nacionales.
7. Humor, parodia y sátira de la guerra.
8. Melilla.
9. Biografías noveladas.
10. Miscelánea temática.

Algunas de estas agrupaciones resultan obvias y poco discutibles, otras pueden parecer meros productos de la arbitrariedad. Cómo justificar, por ejemplo, un apartado denominado "el hombre en la guerra", cuando esta relación *a priori* ha de ser una constante de todo capítulo, ya que aquélla no es concebible sin el hombre. Siendo ésta, en efecto, una verdad de perogrullo, conviene aclarar que bajo tal epígrafe se tratará de aquellas narraciones orientadas más hacia una interiorización de la guerra, un intimismo del soldado, que hacia la simple acción exterior. En consecuencia, su centro gravita en torno a las repercusiones de toda índole que la guerra ejerce sobre el individuo como combatiente y/o como ser humano, relegando a la umbría o a un discreto segundo plano aquellos otros aspectos que pueden alcanzar mayor relieve en los relatos encuadrados bajo otras cabeceras, para cuyo establecimiento se ha seguido un criterio semejante. Aunque seleccionadas desde mi personal juicio, a falta de otro más clarificador, espero no haber traicionado la intención de sus autores.

1.1. La Legión.

El Cuerpo creado a instancias de Millán Astray a finales de enero de 1921 se convirtió desde primera hora en uno de los focos de atención para los novelistas de esta guerra de Marruecos, lo que no resulta extraño teniendo en cuenta las peculiaridades de estas tropas y sobre todo el énfasis propagandístico que sus promotores le infundieron desde sus comienzos. Tal vez alguna influencia tuviesen también los precedentes literarios sobre sus colegas de la Legión extranjera francesa³. Había nacido con vocación de fuerza de élite y como lugar donde podían encontrar cobijo los valientes y los temerarios, y también redención todo tipo de desesperados con alguna desdichada historia pasada que deseaban olvidar. En ello incidieron los reclamos, que ofrecían la posibilidad de integrarse en una nueva familia, de alcanzar galones y estrellas o una honrosa muerte en el campo de batalla. Se aderezaba todo ello con una ambientación gesticulante y necrófila, materializada en la hiperexaltación de un honor propio, en uniformes y estandartes diferenciados del resto del ejército, en himnos altisonantes y en todo aquello que pudiera contribuir a dotar a esa unidad de una aureola mítica. La mayor parte de todo esto no era más que cáscara que envolvía una realidad bien distinta, como dejan ver algunas de las recreaciones novelescas y testimonios escritos por quienes lo vivieron, además de no pocas constancias historiográficas que rebajan notablemente parte de estos falsos mitos. Para empezar, por ejemplo, la tan alardeada presunción del cosmopolitismo de sus miembros distaba bastante de la realidad, dado que sólo una minoría de los que combatieron bajo aquellas banderas eran extranjeros⁴. Tampoco fue el afán heroico o la sed de aventura lo que había impulsado hacia sus filas a muchos de ellos, sino argumentos menos elevados, como la necesidad económica o la huida de la represión que se había llevado a cabo contra el movimiento sindical en Barcelona, por lo menos en los primeros tiempos del Cuerpo, como apunta Gabriel Cardona⁵. Sin embargo, no cabe duda de que una parte de los narradores que se ocuparon de esta campaña encontraron en los a menudo falsos y siempre interesados lugares comunes sobre la Legión una fecunda fuente de inspiración. Estos soldados podían reflejar muy bien la quintaesencia de la aventura heroica

moderna, el contrapunto de romanticismo literario adecuado para recrear una guerra tan prosaica como aquella.

La novela de ambiente legionario creó un universo de ficción bastante homogéneo, en el que los tópicos al uso fueron su columna vertebral. Sus páginas aparecen repletas de animosos hombres derrochadores de valor, heroísmo y abnegación, o de impenitentes solitarios tras los que se ocultan otrora descarriados individuos expulsados de un mundo que ya no les pertenecía, reconciliados con ellos mismos y con la sociedad en la fraternal camaradería que les brinda su nueva familia. Al antaño rufián ha tornado hogaño caballero; al que ayer había sido cobarde hoy le hace pugnar por la primera línea; al que su origen había propiciado natural altanería y feroz individualismo, la Legión le ha enseñado a convivir con humildad y camaradería; hasta las mujeres que habían equivocado sus pasos transitando los caminos de la prostitución y el malvivir al contacto con los caballeros legionarios se vuelven virtuosas, hogareñas y maternas. Todo ello tal vez consecuencia de la deformada imagen que sobre estas tropas se había difundido, o tal vez voluntaria contribución de algunos novelistas a su deliberada deformación, acaso simplemente porque una gran parte de los que escribieron sobre el asunto sólo eran jornaleros de la pluma con escaso rigor intelectual, dedicados a ofrecer a un público poco exigente lo que éste esperaba oír.

La autoría resulta aspecto poco destacable en la narrativa sobre la Legión, no sólo porque en su nómina no puedan encontrarse ni siquiera figuras medianas dentro del panorama literario de la época, sino porque en su gran mayoría se trata de auténticos desconocidos - novelistas ocasionales- o de plumas de tercera fila que alternaron su labor en la prensa con la de ínfimos narradores de productosseudoliterarios, buen ejemplo de lo cual podría ser José María Carretero -más conocido como *El Caballero audaz*, apodo con el que solía firmar sus infranovelas- o Carlos Micó España, una suerte de legionario y periodista que tras su paso por este Cuerpo intentó rentabilizar la experiencia y divulgar las bondades de la unidad creada por Millán Astray en un falso y enfático libro de carácter propangandístico, Los caballeros de la Legión -al que más tarde, en el capítulo de los testimonios no novelescos, dedicaré

mayor atención-, y en algunos disparatados relatos breves. La única excepción es la de Luys Santa Marina, a cuyo libro, Tras el águila del César, pueden ponerse todas las objeciones y reparos que se quiera, hay múltiples motivos para hacerlo, pero no puede negársele ni su vocación artística ni su decidida intención rupturista en cuanto a los moldes literarios establecidos.

Buena parte de estos relatos pueden considerarse contemporáneos a los acontecimientos militares. Fueron apareciendo durante el transcurso de la guerra o en los años inmediatamente posteriores a su finalización, en un periodo que abarca desde agosto de 1921 -fecha en la que comienzan a publicarse las primeras entregas de Memorias de un legionario- hasta el año 1932, cuando se editan las dos últimas novelas de los tiempos próximos a la campaña: ¡Los que fuimos al Tercio! y La conquista de Alhucemas o en el Tercio está el amor, evocadoras todas ellas de la actuación de los legionarios en aquel conflicto. La actuación de los hombres del Tercio en la guerra marroquí aún volverá a convertirse en motivo central de otras dos fábulas aparecidas ya a gran distancia de los sucesos rememorados, y su presencia en un segundo plano se hará habitual en otras múltiples narraciones.

Esta novelística se articula en dos etapas casi del todo diferenciadas. La primera, simultánea al desarrollo del conflicto bélico, está representada de manera casi única por el relato breve, aunque por medio aparezca alguna narración más amplia, como Tras el águila del César, libro, por otro lado, de difícil clasificación debido a su multiforme estructura y a la utilización de variadas formas de expresión, publicado en 1924. A partir de los últimos años de la década de los veinte y los primeros de los treinta desaparecen las formas anteriores y dejan paso a la novela de dimensión estandarizada. Conviene, sin embargo, reparar en que hay constancia de que alguna de estas obras fue redactada con anterioridad, éste es el caso de La barbarie organizada, relato de Fermín Galán compuesto entre los años 1925 y 1926⁶ pero que no vio la luz hasta 1931. Las causas no se antojan difíciles de imaginar, dado que, al margen de razones de índole editorial, comercial o personal -que también pudo influir, teniendo en cuenta que la mayor parte de sus escritos permanecían inéditos en la fecha de su

muerte- que hubieran podido pesar en el ánimo del militar para no dar su obra a las prensas, tampoco habría podido publicarse mucho antes, pues su muy crítico tono hacia la Legión y la guerra no le habría permitido sortear los obstáculos de la censura administrativa.

La práctica totalidad de estos relatos responde a dos modelos básicos de planteamiento argumental. O bien son narraciones de carácter individual, centradas en un personaje solitario, cuyo recóndito pasado irá aflorando a lo largo de la historia. O bien son narraciones grupales, esto es, retratan las peripecias militares y humanas de un reducido número de hombres que han acudido juntos a la Legión o se han encontrado allí, pero cuyos destinos, en cualquier caso, discurrirán en paralelo. Aunque, a veces, lo uno no excluya lo otro, destacándose la personalidad de un personaje en medio de un cuadro coral, de forma que éste adquiere un protagonismo que podría denominarse de *primus inter pares*. Las de tipo colectivo se ajustan a un molde utilizado con frecuencia en la novela bélica de cualquier época y sobre cualquier guerra. Recordemos, sólo a título de muestra, algunas de las que unos años antes o por estas mismas fechas se escribieron sobre la I Guerra Mundial: El fuego (1916), de Henri Barbusse; Cuatro de Infantería (1929), de Ernst Johannsen; o, la que por la difusión alcanzada se convertiría en paradigma del género, Sin novedad en el frente (1929), de Erich Maria Remarque. Esto no quiere decir que los autores españoles reprodujesen modelos foráneos, entre otras razones porque ya se habían publicado novelas con protagonista múltiple sobre la campaña de Marruecos cuando aún no habían aparecido algunas de las que se ocuparon de la Gran Guerra, y, desde luego, mucho antes de que se generalizase su conocimiento al publicarse las correspondientes versiones traducidas al español en 1929 y 1930⁷. La coincidencia de esquemas parece más bien producto de la propia realidad reflejada y de su aprovechamiento literario. Por un lado, desde una perspectiva más general, la guerra es un acontecimiento colectivo que cada uno de sus partícipes vive de modo diferente. En consecuencia, unir los destinos de varios individuos ensancha el punto de vista del relato y ofrece unas posibilidades de enfoque y tratamiento de los asuntos más amplias, aspecto que, según veremos más adelante, explota José Asenjo Alonso en ¡Los que fuimos al Tercio!. En

segundo lugar, ya centrando la atención en las propias características de la Legión y de los soldados que en ella combatieron, el protagonismo colectivo permite mostrar cómo personajes de las más dispares procedencias y con trayectorias pasadas muy diferentes se han visto obligados a recalar entre estas tropas y compartir idéntico presente, en el cual no hay lugar para otro distinguo que el de la mayor bravura en el campo de batalla. Todo ello no es sino la transferencia al universo fabulado de otro de los tópicos de la presunta realidad legionaria, lo cual ejemplifica de forma palmaria Bajo el sol enemigo, de Antonio de Hoyos y Vinent.

La narrativa de los primeros tiempos, la que comenzó a publicarse en los meses sucesivos al desastre de Annual y se prolongó durante algunos años, responde casi exclusivamente al formato de la novela breve y, en casi todos los casos, su línea argumental discurre tras los pasos de algún personaje individualizado al que, en ocasiones, un revés de la fortuna ha arrojado en los brazos del Tercio. Estos relatos son poco más que expansiones de aquellos versos de la famosa canción legionaria El novio de la muerte que dicen: "Nadie en el Tercio sabía/ quién era aquel legionario/ tan audaz y temerario/ que a la Legión se alistó./ Nadie sabía su historia/ mas la Legión suponía/ que un gran dolor le mordía/ como un lobo el corazón."

A tal esquema se ajustan las dos narraciones breves de Julián FERNÁNDEZ PIÑERO, autor que firma con el seudónimo de *Juan Ferragut*⁸. Sus Memorias de un legionario, que comienza a publicarse en breves entregas en el diario madrileño Nuevo Mundo entre los días 26 de agosto de 1921 y 3 de febrero de 1922⁹, y La misma sangre, que aparece en la colección La novela semanal como número extraordinario con fecha de 31 de diciembre de 1921¹⁰. En lo que alcanzo a conocer, constituyen los dos primeros relatos de ficción relacionados con las tropas legionarias. Relación que en el segundo de los títulos hay que entender más bien circunstancial, motivada por una cuestión de intertextualidad -que más adelante comentaré- y no por el asunto tratado, pues, ateniéndose a éste, en sentido estricto, tendría que haber sido encuadrada en un epígrafe diferente. Las Memorias narran la peripecia de Juan Ferragut, legionario de primera hora bajo cuyo seudónimo se oculta "un hombre que

ha amado y ha sufrido mucho". En los ratos que la guerra o la actividad cuartelera le dejan libres va redactando un diario en el que da cuenta de los hechos de armas en los que participa y de la vida cotidiana de los legionarios, además de echar, de vez en cuando, la vista atrás para referir con nostalgia la turbulenta historia de amor que lo empujó hasta su situación presente.

Comienza su narración en Melilla en los inmediatos días posteriores al desastre de Annual. Allí ha acudido Ferragut con las primeras fuerzas que acompañaron a Millán Astray para defender la plaza. Los episodios bélicos que cuenta corresponden al avance español para intentar recuperar el terreno perdido en los meses siguientes a la derrota. En la vanguardia de este avance se encuentran siempre las tropas legionarias, de tal forma que el narrador va dando testimonio de la magnitud de la tragedia: cadáveres y desolación por todas partes, hasta llegar a Monte Arruit, donde lo visto hasta ese momento alcanza grado superlativo. Allí, entre los cuerpos semiputrefactos, encuentra el protagonista el cadáver del hombre causante de sus penalidades: un teniente de húsares. Esto sirve a Ferragut para contar la parte de su pasado que le ha traído a la Legión. Este militar, hermano de Gloria, su amante, se opone a las relaciones entre ambos y humilla a Ferragut. La afrenta se resuelve en un duelo donde el protagonista cercena dos dedos al oficial. Su habitual vida de legionario se ve perturbada cuando recibe una carta de Gloria en la que le comunica que está en Melilla y desea verlo. Esto cambia por completo los planteamientos del personaje, la guerra ha perdido todo su interés, ya no desea morir, de nuevo ha encontrado sentido a su existencia. Deserta y se marcha con Gloria en busca del amor, abjurando de su hasta poco antes exaltación belicista y de sus deseos necrófilos con palabras harto elocuentes:

"Lejos el horror y la grandeza y la crueldad de la guerra... ¿Para qué sirve? Hija maldita del odio, es estéril... Será inútil que la humanidad busque por ella su depuración.../ Dejad, en cambio, al amor que haga su obra bendita; que el hombre busque a la mujer y el amigo al amigo... Esa atracción será fecunda y es la que hace eterno el vivir (...) ¡Qué bella imaginación la del heroísmo! ¡Y qué inútil!"¹¹

Un final como éste bien podría inducir a creer que nos encontramos ante un relato de raíz antibelicista, lo cual poco tiene que ver con la realidad. Lo que Fernández Piñero hace en Memorias de un legionario es tomar una mínima anécdota de ficción para dar forma novelada al acontecer real de la campaña. Despojada de la parte que refiere el pasado del protagonista y de cuatro pinceladas imaginarias sobre la vida de los legionarios, no habría sido más que una crónica de la guerra. Su trabajo responde a unos planteamientos muy semejantes a los ya vistos en las novelas por entregas sobre la guerra de África. La forma de diario le permite ir insertando en su novela, con un ligero desfase temporal, lo que va sucediendo en la realidad; va escribiendo al hilo de los acontecimientos, sin ningún plan novelesco previo. Buena prueba de ello es que, por ejemplo, el día 26 de agosto -cuando apareció la primera entrega en Nuevo Mundo- todavía no habían sucedido algunos de los hechos que él incluye en su relato, entre los que cabe mencionar la reconquista de Monte Arruit. Esto no sólo aclara algunos puntos -de los que más tarde me ocuparé- sobre la estructura y formas narrativas, sino que también explica este final un tanto inverosímil. El autor hace desertar a Ferragut, y concluye su relato, cuando las operaciones militares habían quedado detenidas y, en consecuencia, ya no tenía nada que contar, de hecho, la última parte del diario se centra en la cotidiana vida legionaria, pero no hay combates. Resulta casi obvio que Fernández Piñero utilizó este paréntesis en espera de que se reanudaran las operaciones en la zona. Como esto no sucedió y la vida legionaria no daba para más dilaciones, envió a Gloria a Melilla y obligó a desertar al protagonista por acabar la fábula de alguna manera. Cualquiera que lea la novela no podrá dejar de sorprenderse al comprobar la repentina mudanza que se opera en el ánimo del personaje, aunque aún más sorprendente resulta el cambio de tono apreciable entre el final y el resto de la narración. De la desaforada alabanza al belicismo y al heroísmo militar se pasa al enaltecimiento de los sentimientos pacifistas, a las loas a la vida y al amor. Tal parece que hubiera saltado de la épica a la lírica sin intermedio alguno, y lo que en un principio era: "¿Qué importa la historia y la tragedia de cada uno ante la tragedia que sufre España y la página de su historia que ha empezado a escribirse?" (pág. 5) o "esa locura gloriosa que es

la guerra" (pág. 49), al final se ha tornado en: "¿Para qué ese heroísmo que hace morir? Es mayor heroísmo el de vivir todos los días, cada cual con la cruz de sus deseos y sus dolores y sus esperanzas" (pág. 117) o "¿Para qué sirve [la guerra]? Hija maldita del odio, es estéril" (pág. 116).

La misma sangre relata lo sucedido a Ricardo Santisteban, personaje que en su madurez se ve obligado a pagar los pecados de su alocada juventud. Sin reparar en el perjuicio que su egoísmo iba a ocasionar, años atrás abandonó a su novia embarazada y se marchó a América con su nueva amante, una conocida actriz. Allí, con el paso del tiempo, hizo fortuna como actor, llegando a convertirse en una figura de fama y prestigio. Ya encumbrado y gozando de respeto y consideración por parte del público, regresa a Madrid, donde un día la fortuna le juega una mala pasada. Durante una despedida de soldados en la estación es reconocido por su antigua novia que ha acudido a despedir a su hijo, el fruto de su relación con Santisteban. Resentida aún por el abandono, denuncia al actor como prófugo, lo que le obliga a realizar el servicio militar que no hizo en su día, más los correspondientes recargos. En Melilla, donde también se encuentra su hijo, hallará la ocasión de referir su historia a un viejo amigo, que a su vez se la transmitirá al lector, y el destino le brindará una oportunidad para redimir sus pasadas faltas. El hijo cae herido en combate y él acude a socorrerlo. Sin embargo, en los últimos momentos el egoísmo y la cobardía volverán a imponerse sobre el inicial rasgo de generosidad, pues Santisteban, mientras carga con el cuerpo del muchacho, sólo piensa en salvarse él mismo. Al final ambos caeran abatidos por las balas rifeñas.

La relación de este lacrimógeno relato con la Legión resulta en apariencia inexistente, puesto que, además, ni padre ni hijo forman en las filas de este Cuerpo. Sin embargo, el amigo del pasado al que Santisteban refiere su historia en Melilla no es otro que el legionario Juan Ferragut, que, en algunos pasajes de la novela, actúa como narrador interpuesto entre Santisteban y el lector, además de hablar de sí mismo y de hacer algunas alusiones al libro que está escribiendo, las Memorias. Se teje así una suerte de autorreferencias y relaciones intertextuales entre esta narración y la anterior, en las que el personaje de Juan Ferragut opera

como enlace entre ambas, hasta el punto de que podrían considerarse casi un mismo relato, en el que La misma sangre fuera una porción, una historia parentética, independizada de las Memorias, en las que no ha querido incluir uno de esos sucesos personales que algunos de sus compañeros, atentos a la popularidad que Ferragut ha alcanzado, se acercan a contarle para que él los incluya en sus escritos, como el propio legionario comenta en esta última obra¹². Aunque se lamenta del escaso interés que tienen la mayoría, en este caso la historia de su amigo Santisteban debió de parecerle lo suficientemente atractiva como para decidirse a ponerla por escrito.

No muy distinta factura a las de Fernández Piñero presenta la novela breve El héroe de la Legión¹³, cuyo autor, José María CARRETERO, más conocido por el seudónimo de *El caballero audaz*¹⁴, estaba relacionado profesionalmente con el de las Memorias de un legionario, ya que en aquella época Carretero ejercía de director de Nuevo Mundo. Además, Fernández Piñero, según proclamaba él mismo¹⁵, era quien le escribía parte de sus narraciones. Debió de publicarse por aquellos días, o tal vez más tarde, dado que la obra no lleva fecha expresa. En cualquier caso, si su aparición se produjo en años posteriores, no debió de sufrir problema alguno para sortear la censura impuesta a toda obra que tratase el asunto de Marruecos durante la dictadura primorriverista¹⁶, teniendo en cuenta su tono elogioso para las armas españolas y la trayectoria personal de Carretero, que, merced a su labor de vocero del régimen, figuraba entre los protegidos del dictador.

A pesar de su grandilocuente título es éste un relato bastante insustancial, donde el heroísmo, la Legión y hasta la propia guerra se quedan en elementos más bien secundarios. *El caballero audaz* toma prestado el estandarizado esquema de las más trilladas y cursis narraciones amorosas, semejante al de algunas de las que él mismo solía escribir, para injertar en él una inverosímil historia en la que de nuevo nos encontramos con un personaje al que el destino parece no ofrecerle más solución que la Legión. Claro que aquí lo fundamental no reside en la peripecia personal, sino en un exacerbado patrioterismo que ya se anuncia desde

la dedicatoria de la novela, dirigida a los caídos en Monte Arruit con palabras falsas y, teniendo presente la realidad de lo sucedido, casi obscenas:

"A los héroes de Monte Arruit, que en las horas trágicas del desastre supieron sentirse españoles, y durante días de heroica resistencia, escribir con su sangre generosa una brillante página que será timbre de honor y orgullo en la historia de nuestra raza."

El planteamiento argumental, con ligeros retoques en lo accesorio y en el desenlace, resulta muy semejante al de las Memorias de un legionario. Leonardo Álvarez de Toledo, un petulante y ocioso aristócrata madrileño, ha quedado expulsado de su ambiente natural por la mala fortuna, a la que él ha contribuido con su afición al juego y a la vida libertina. A un mismo tiempo se ve acuciado por deudas que lo llevan a la ruina y a ser abandonado por su hasta ese momento amante, la joven condesa María de las Mercedes, que va a casarse con otro. Ante la disyuntiva de pegarse un tiro o enrolarse en la Legión, opta por esta última solución para hallar una muerte honrosa. Desde ese momento, sin embargo, la suerte le sonreirá. Primero, antes de partir para Marruecos, haciéndole ganar una importante suma de dinero, que ofrece a su amada como regalo de bodas. Más tarde, durante la guerra, frustrando sus planes de muerte. No sólo no muere, sino que, por el contrario, su temeraria actuación lo van convirtiendo en un legionario distinguido que alcanza las estrellas de capitán. Un día resulta herido en una arriesgada acción y en el hospital de Melilla se reencuentra con María de las Mercedes, cuya infelicidad matrimonial la ha llevado hasta allí en calidad de enfermera voluntaria. Ella le declara su amor incondicional, pero Leonardo lo rechaza porque él ya se siente un hombre distinto. Ha olvidado su vida disipada y su amor por la condesa, ahora sólo vive para su nuevo ideal: servir a la patria luchando en aquella guerra.

La moraleja se hace tan obvia como ilustrativa de las ideas de Carretero: la Legión ha rehecho ese espíritu descarriado que habitaba en Leonardo. No obstante, o el autor duda de su propia capacidad para transmitir el mensaje o, seguramente consciente de la sutileza con que lo ha expuesto, no confía en que la inteligencia del lector le permita descifrarlo en su

totalidad, por lo que empuja al narrador para que de forma telegráfica lo sintetice en los últimos párrafos de la novela:

"Los dos años de lucha le habían transformado totalmente..., purificado tal vez. De noble arruinado, con el corazón deshecho, inútil para todo, se había mudado en el capitán heroico y famoso, en un militar cuyo nombre se pronunciaba con unción... ¿Quién le había dado todo esto? La Patria, España, que cuando él no era ya nada supo acogerle y brindarle la Gloria."

De 1922 datan otras dos novelas breves, Lupo, sargento¹⁷ y El camillero de la Legión¹⁸, de Carlos MICÓ ESPAÑA¹⁹. Estas dos narraciones responden también a la fórmula de protagonista único, pero en su línea argumental se introducen algunos elementos innovadores con respecto a las anteriores. El mundo de los legionarios, desde su vertiente más inmoderada para la alabanza, el patriotismo militarista y el decidido belicismo, se mezcla aquí con las creencias teosóficas de su autor, dando como resultado un producto más caracterizado por la absurda extravagancia que por la originalidad de planteamientos.

La primera de ellas refiere la insólita anécdota ocurrida a Lupo, un legionario que había acudido a la llamada de Millán Astray por idealismo patriótico y por hallar cauce adecuado para su natural instinto combativo, el cual le hace ganarse la estima de iguales y superiores durante su periodo de instrucción y entrenamiento en el campamento de Dar Riffien. El día en que entran en combate, Lupo se comporta como un héroe, pero una bala acaba con su vida. Cuando ya ha sido dado oficialmente por muerto se produce un fenómeno sorprendente. Un sargento nativo de Regulares, cuyo cuerpo herido había sido rescatado por Lupo durante la batalla y sobre el que había caído cuando el mortal proyectil lo alcanzó, se comporta de igual modo que el legionario y asegura ser Lupo aunque continúe manteniendo el aspecto físico del sargento marroquí. Pasados los primeros momentos de estupor, la evidencia de los hechos obliga a reconocer hasta a los más incrédulos que en efecto dentro de aquel cuerpo ajeno se encuentra la personalidad de Lupo. Ante la muerte, el espíritu del legionario buscó otro envoltorio y lo halló en el sargento de Regulares caído junto a él, cuyo espíritu debió,

a su vez, hacer lo mismo y se introdujo en la forma corporal de Lupo, produciéndose así una suerte de transubstanciación de personalidades que el autor quiere documentar con abundantes citas bíblicas. A partir de ahora el bravo legionario vivirá dentro de un cuerpo prestado.

Aún más disparatado es el caso que narra en El camillero de la Legión. Todo el relato gira en torno a Arjona, un legionario sanitario que pasa por ser el individuo más extraño de cuantos se han visto por allí. Su cuerpo es bicolor, hasta los hombros de piel blanca y de ahí hacia arriba negra. Siendo esto ya raro, su peculiaridad más distintiva viene dada por las ideas que postula. Arjona predica entre sus compañeros la fraternidad universal y el humanitarismo trascendente. Se considera a sí mismo una reencarnación del jefe de una remota secta religiosa y miembro, o protegido, de la por él denominada Gran Hermandad de la Magia Blanca, cuyos maestros velan para conservar su vida. Aunque tales planteamientos no impiden que se comporte como puntual y hasta entusiasta cumplidor de sus deberes como soldado legionario, termina siendo expulsado del Cuerpo por la perniciosa influencia de su proselitismo. La novela no deviene más que un dislate que rebosa cualquier parámetro aceptable como inverosimilitud narrativa, porque ¿qué iba a hacer un tipo así entre las tropas de Millán Astray? Por lo que se deja ver en estos dos relatos, teosofía y Legión no semejan buenos compañeros de viaje literario.

Y si Carlos Micó nos da cuenta de las andanzas del legionario más extraño, Rafael LÓPEZ RIENDA²⁰ hace lo propio con el más viejo en Juan León, legionario²¹, última de las novelas breves que se publicaron sobre la actuación de este Cuerpo durante esta campaña. Si bien conviene advertir que con anterioridad este prolífico narrador sobre la campaña de Marruecos ya había acometido una primera incursión fabulada sobre el Tercio en otro relato corto: Mi legionario, aparecido en Los Contemporáneos en 1924²². En este primer acercamiento, la presencia y actuación de este Cuerpo ha de considerarse tangencial o cuando menos secundaria dentro de la ficción. En realidad, más bien se trata de una novela de carácter amoroso, llena de convencionalismos sobre la figura de la mujer caída en desgracia por el abuso masculino, en cuya segunda mitad se da cabida a la guerra y aparece la figura

de un gallardo capitán legionario. Narra las desventuras de Lolilla, una joven gitana del Sacromonte granadino, cuyo atractivo suscita la pasión de don Pedro Guzmán, un adinerado comerciante de la ciudad. El maduro galanteador comienza a requebrarla y, con la ayuda de la madre de Lolilla, consigue que la joven inicie un viaje con él y pase una temporada recorriendo varias capitales andaluzas. Transcurrido un tiempo comienzan los problemas: el negocio y su mujer reclaman a Guzmán, que, satisfechos sus ardores amorosos, vuelve a Granada y a su vida habitual dejando abandonada a la gitanilla. A partir de ahí, para la deshonrada se inicia una vida de degradación, primero en un prostíbulo malagueño y más tarde en otro antro melillense. Allí se viven los días siguientes al desastre de Annual, cuando la Legión ha acudido a reforzar las desgarnecidas posiciones, y Lolilla conoce a Paco Valverde, un capitán del Cuerpo famoso por su heroísmo. El amor surge entre ambos y el militar desea "retirarla" para iniciar una nueva vida juntos. La fatalidad se interpone, sin embargo, en su destino, al resulta muerto Valverde en una acción bélica. La joven, sumida en la desesperación, abandona Melilla y regresa a la Península para arrastrar de prostíbulo en prostíbulo su total desinterés por la vida. Un argumento, a lo que puede verse, dentro de los más artodoxos cánones del relato popular, donde la presencia de la guerra y de la Legión han de entenderse meros motivos circunstanciales al momento de composición.

En el segundo de los relatos, el Tercio ya constituye el soporte arquitectónico de la fábula. De hecho, ejemplifica de manera más fideligna que ninguno de los vistos hasta el momento los argumentos expuestos en los versos antes citados de la canción El novio de la muerte, lo que queda ya anunciado desde el inicio, con la presentación del protagonista, Juan León, de quien se dice que "nadie conocía su historia", y cuyos pasos irá siguiendo la narración para que al final el lector sí llegue a conocerla. Es éste un legionario al que por su edad llaman "el abuelo", su carácter solitario y taciturno encubre toda la pena y el dolor de su pasado. Antaño fue hombre de vida ordenada y ciertos posibles, pero el vino y el juego lo arruinaron, hasta empujarlo a abandonar familiar y hogar. Tras unos años en América que no mejoraron su adversa fortuna, volvió a España y, solo y sin arraigo alguno, se incorporó

a la Legión. Su temeraria conducta en la batalla, donde exhibe un absoluto desprecio por su vida, y un mutismo que sólo rompe con la Marquesa -una de las mujeres que siguen a las tropas legionarias como enfermera y consuelo de los soldados- le han granjeado fama de héroe y lo han rodeado de una aureola casi legendaria. Un día, en mitad de un combate, Juan León recoge a un joven legionario herido y lo pone a salvo. Poco más tarde, merced a un retrato de la madre del joven, se dará cuenta de que aquél es su hijo. Años después, el ex legionario vive en apacible compañía con su hijo y su nuera, la Marquesa, y, por si esto no pareciera satisfacción suficiente, recibe una cuantiosa recompensa del ejército por "haber sido el legionario más valiente durante mucho tiempo". No pudo, pues, resultar más fructífero su paso por la Legión.

Menos afortunado resulta para Gustavo Pedrol de Nieva, falso nombre con el que se enrola el protagonista de la novela La barbarie organizada, de Fermín GALÁN²³. Obra aparecida en 1931 aunque, como ya señalé antes, había sido redactada a mediados de la década precedente. Se trata de un relato a medio camino entre los que refieren historias individuales y los colectivos. Sigue teniendo como eje de su argumento un solo personaje -incluso como punto de vista desde donde se cuenta, ya que este personaje ejerce también de narrador- y una peripecia individual, pero intenta ofrecer una visión de conjunto mediante la relación que el protagonista establece con otros legionarios cuyas desventuras vamos conociendo. También sus planteamientos ideológicos se antojan innovadores con respecto a las restantes novelas aparecidas hasta el momento. Aquí no son el heroísmo; el afán de aventuras; los amores desgraciados; o la excesiva amistad con el vino, el juego y la jarana, los que han descarriado los pasos de su personaje, sino la falta de trabajo, el hambre y la miseria, que lo han convertido en un desgraciado sin otro futuro que alistarse en la Legión. En Marruecos se convierte en un legionario anónimo que, de forma semejante a tantos otros que va conociendo, vive sometido a una disciplina brutal y animalizadora de los hombres, participa en combates en los que siente la muerte pasar a su lado, es hecho prisionero por los cabileños, consigue escapar y, al final, cuando termina el tiempo por el que se había

comprometido a permanecer en el Cuerpo, regresa a España para poder comprobar que se encuentra en idéntica situación a la que se encontraba antes de iniciar esa especie de descenso a los infiernos que ha vivido. La novela muestra una evidente vocación de crítica social generalizada, queriendo poner de manifiesto cuantas injusticias y abusos caracterizaban la España de aquellos días, desde una tan descarnada como absurda guerra, a las desdichas que acarrea la miseria impuesta a amplios sectores de la población, pasando por la opresiva y brutal estructura militar, la falsedad del pregonado heroísmo legionario o la falta de libertad que sume al ser humano en la más solitaria desesperación. En suma, aventa mucho de lo que desde diferentes posiciones críticas se consideraba la carcoma de la sociedad española del momento. Se convierte así en una narración que anticipa planteamientos ideológicos, preocupaciones sociales y una finalidad de denuncia que en años sucesivos se erigirá columna vertebral de algunos otros relatos, por ejemplo, El blocao o, de forma aún más contundente, Imán. Sin embargo, en las páginas de Galán la denuncia fundamentalmente no nace como consecuencia implícita de lo narrado, sino que, a la manera de las antiguas y denostadas novelas de tesis, el mensaje se sobrepone a la peripecia narrativa, la entorpece y, en ocasiones, la hace discurrir por caminos nada verosímiles, buen ejemplo de lo cual es la insólita capacidad reflexiva que muestran algunos de estos legionarios, teniendo en cuenta que con anterioridad han sido descritos como pobres hombres de escasos recursos culturales; o la enorme abundancia de excursos narrativos, monólogos reflexivos y, en general, discursos ideológicos ajenos al discurrir de los acontecimientos que aparecen sembrados a lo largo de todas sus páginas. Por todo ello, podría decirse que La barbarie organizada más que una novela social, entendiendo por tal la que mediante la literatura pretende concienciar al lector ante determinadas injusticias sociales²⁴, se asemeja a los relatos de tesis, en el que la ficción no aparenta más que pretexto para un adoctrinamiento que tal vez hubiera encontrado cauce más adecuado en un libro de perfil testimonial pero no novelesco, teniendo en cuenta que el resultado final deviene una obra bienintencionada y laudable desde una perspectiva ética, pero irrelevante en el plano artístico.

Cuando cualquier eco de aquella guerra ya se había extinguido, fueron publicadas otras dos narraciones evocadoras del mundo legionario. Ambas reconstruyen el ambiente del Tercio casi desde el momento de su fundación y, merced a la completa perspectiva temporal que les permite el narrar acontecimientos del pasado, extienden su fábula hasta el final o avanzados momentos de la campaña bélica. La primera de ellas, La Legión desnuda, apareció en 1955²⁵ y es obra de Antonio MACIÁ SERRANO²⁶, un militar profesional de alta graduación con ciertas inclinaciones literarias y conocedor del Cuerpo fundado por Millán Astray, ya que allí realizó una parte de su carrera profesional. Guarda una cierta semejanza con el relato de Fermín Galán en cuanto que al comienzo parece orientarse hacia una forma de retrato colectivo, para poco a poco irse decantando por la peripecia personal y relegar lo grupal a un mero segundo término. Ahí concluye todo paralelismo entre ambas novelas, pues ésta opta por el más cerrado elogio al militarismo y al belicismo. Al inicio nos presenta a José Solano, un señorito madrileño, calavera y de buena familia, que borracho, desorientado y deseoso de imprimir un nuevo rumbo a su desnortada vida se enrola en la Legión. Llega a Ceuta cuando la recién creada Unidad está dando sus primeros pasos organizativos. Allí traba conocimiento y amistad con Juan Zunueta, un cabo de procedencia y trayectoria social bien distinta a la suya. Tras dar cuenta de la cotidiana existencia legionaria a través de variadas anécdotas, la fábula centra su atención en Zunueta, convertido desde ese momento y ya hasta la conclusión en verdadero protagonista de la ficción, a la vez que en paradigma de la virtud del caballero legionario. Su arrojo en el combate le lleva a conocer pronto los ambientes hospitalarios. Más tarde, la tragedia de Annual y la necesidad de apoyo en la zona de Melilla dará ocasión al Tercio y a Zunueta, cuyos destinos discurrirán en paralelo, a cubrirse de gloria en la acción emprendida para reconquistar el territorio perdido en aquellos días del verano de 1921. La gesta colectiva va alcanzando su reflejo novelesco en los sucesivos ascensos del protagonista, que al detenerse las operaciones de esa fase de la campaña ya ha alcanzado el empleo de brigada y una incuestionable reputación de bravura y eficacia. La guerra se reanuda ahora en la zona occidental, y allí son enviados Zunueta y Solano. Éste pierde la vida en un combate

y aquél resulta herido de gravedad, lo que obliga a su traslado a la Península para un largo tratamiento de recuperación. Su obligada estancia en España resulta propicia para conocer personalmente a Carmen, una hermana del fallecido Solano y su madrina de guerra, con la que ha venido carteándose desde tiempo atrás. Surge el amor entre ambos y, tras una promesa de noviazgo, el brigada, sólo medio recuperado de sus heridas, regresa a Marruecos. Desoyendo los consejos médicos, se incorpora a las unidades en cobate y toma parte en la retirada de Xauen, lo que le proporciona nuevas ocasiones para dejar constancia de su heroísmo y el consiguiente ascenso. Aún participa en el desembarco de Alhucemas y en la fase final de la campaña. Concluída ésta, Zunueta, luciendo ya las estrellas de capitán en la bocamanga de su guerrera, regresa a España con la intención de casarse con Carmen. Su deseo choca con la oposición familiar de la amada, que estima en poco la valía del oficial legionario para contraer matrimonio con una chica de buena posición social. Mediante un malintencionado y poco verosímil ardid, consiguen sembrar la sospecha entre ambos y separarlos. El militar regresa a Marruecos abatido y desorientado. Estado que no se prolongará mucho, pues la repentina presencia de Carmen, ya aclarado el malentendido que los separó, le devuelve el ánimo. Ahora ambos van a casarse y nada podrá interponerse en su amor. Concluye así este epopéyico -y muy convencional- relato, donde la peripecia particular de un personaje sirve para ir mostrando el heroísmo y la grandeza de este Cuerpo militar, en un tono de imponderada alabanza en nada diferente del que habían dejado ver las novelas publicadas en los años veinte. Al igual que en aquéllas, la Legión no sólo cumple una importante función en la redención del hombre, sino que se hace depositaria de casi todas las virtudes humanas y castrenses.

Con parecidos mimbres ideológicos pero peores maneras literarias se tejió Del breviarío de Juan Morena. Una novela firmada por Francisco CANÓS FENOLLOSA, otro profesional de la milicia también perteneciente a la Legión, aunque, en este caso, desconozco si sus inclinaciones literarias dieron algún fruto distinto de éste. Publicada todavía a más distancia de los sucesos referidos que la anterior, en 1981, en sus páginas se detecta el haber bebido

de la narración de Maciá Serrano, pero por su contenido y forma expositiva se aproxima más al tipo de relato de exaltación legionaria publicado en la década de los veinte. Ya desde su inicio se aprecia una situación si no del todo imposible, sí cuando menos difícil de asumir dentro de una razonable verosimilitud. Se deriva de la misma elección del protagonista, insólita donde las haya. Hasta el momento, la ficción había escogido personajes de muy variada índole, condición y características para redimirlos de sus pasados errores y transformarlos en caballeros legionarios, pero esta vez la imaginación se antoja que ha ido un poco lejos al ceder ese protagonismo a un joven catedrático de enseñanza media, de filosofía por más señas, a quien unos pasados avatares tan inconsistentes como su propia figura han arrastrado hasta las filas de los desesperados y sin arraigo. Entre los filiados a primera hora, se encuentra ahora este antaño intelectual y hoy hombre roto, bajo el falso nombre de Juan Morena. Nadie, a semejanza del legionario de la canción, sabe de su pena interior, pero todos intuyen que ha de ser muy honda. Decidido a poner fin a su vida, su arrojo en el combate le conduce a la cama hospitalaria en una de las primeras escaramuzas en que toman parte las tropas legionarias, lo que le granjea la estima de compañeros y jefes, pero también le impide acudir en defensa de Melilla durante los días siguientes al desastre de Annual. No obstante, tan pronto se recupera, Morena da muestras de su bravura y buen hacer en el campo de batalla, y de una conducta modélica que sus superiores desean recompensar con ascensos que él rehusa una y otra vez. En el entretanto de su brillante trayectoria bélica, se irán desvelando las procelosas razones que lo trajeron a la Legión. Morena, brillante profesor, se enamoró y suscitó el mismo sentimiento en una de sus alumnas, la hija del director del centro, que un día al acabar la clase se acercó a él y le dio un beso furtivo. Otro estudiante, presenció el hecho y el joven catedrático fue separado del cuerpo hasta que se aclarara el incidente. La mala conciencia de enamorado de esa alumna, aunque él no hubiera tenido ninguna participación activa en lo acontecido, a la que vino a sumarse el internamiento de la joven en un convento religioso y su casi inmediata muerte, recortó la propia capacidad de defensa del encausado. Pero, sobre todo, su ánimo quedó del todo abatido y apesadumbrado por la muerte

de su amada y por la desmesurada desdicha que tan leve incidente había acarreado. Incapaz de suicidarse debido a sus convicciones religiosas, Morena buscó el final en el lugar que parecía propicio para encontrarlo. No obstante, el fortuito encuentro del legionario con Jacobo Bentata, un judío antiguo amigo de la época en que ambos ampliaban estudios en Berlín, viene a cambiar esta situación. El antiguo amigo lo invita a su casa y allí conoce a Estrella, una de las hermanas del hebreo, con quien trabará amistad y poco a poco irá surgiendo el amor entre ambos. Morena ha encontrado un nuevo sentido a la vida, ya no desea morir sino terminar su compromiso con la Legión y reanudar una nueva vida. Además, el expediente profesional que se le había abierto, según le informa un compañero, se ha resultado favorablemente y podrá reincorporarse a su carrera. Este giro en los acontecimientos no impide, sin embargo, que el legionario siga derrochando valor y concite el elogio de sus superiores en cuanta acción bélica toma parte. Pero, la suerte que durante esos años de dedicación guerrera siempre había preservado su vida, incluso cuando Morena no lo deseaba, se tuerce a tan sólo unos días de su licenciamiento. Recibe un disparo que, a pesar del denuevo médico, pone fin a su existencia cuando, olvidados los pasados quebrantos, el provenir se le mostraba más propicio. Lacrimógeno final para un relato que más parece surgido del túnel del tiempo que de la época de publicación, pues a semejanza de buena parte de aquellos compuestos muchos años antes, encuentra su casi único aliño argumental en esos conocidos versos de El novio de la muerte que rezan: Nadie en el Tercio sabía/ quien era aquel legionario/ tan audaz y temerario/ que a la Legión se alistó./ Nadie sabía su historia/ mas la Legión suponía/ que un gran dolor le mordía/ como un lobo el corazón./ Mas si alguno quién era le preguntaba/ con dolor y dureza le contestaba:/ Soy un hombre a quien la suerte/ hirió con zarpa de fiera,/ soy un novio de la muerte/ que va a unirse en lazo fuerte/ con tan leal compañera (...)

La otra vertiente del relato legionario la ejemplifican aquellas novelas cuya línea argumental reparte el protagonismo entre varios personajes. Continúa reproduciendo algunos esquemas idénticos a la de personaje individual y además añade otros nuevos, que suelen

mostrarse solidarios en casi todas las narraciones. Las causas que empujan a los hombres a convertirse en legionarios suelen ser las mismas, lo único que ahora, en vez de ensimismarse y rumiar su pasado en solitario, lo comparten con los miembros de su nueva familia. Esta sociabilidad genera novelas de ambiente más eufórico, en las que la camaradería balsamiza o difumina los quebrantos personales, y donde al hermetismo habitual de las anteriores, sucede una notable facundia. Lo demás, con los ajustes pertinentes, suele mantenerse donde estaba.

La primera narración con protagonista múltiple es Bajo el sol enemigo²⁷, novela breve de Antonio de HOYOS Y VINENT²⁸. Une el destino de tres jóvenes a los que distintas causas han llevado a la Legión. Hernán Ramírez de Velasco, vizconde de Nuevo México, un aristócrata calavera, un señorito al que el juego, las mujeres y las juergas ahogaron en deudas impagables. Salió del aprieto falsificando la firma de su padre. Éste aceptó el pago, pero, a cambio, exigió a su hijo el enganche en el Tercio a modo de penitencia rehabilitadora. Ahora pasea su elegancia de porte y maneras entre los demás legionarios. El segundo personaje es Benito, un campesino poco instruido que conoce a Hernán desde la infancia porque su familia trabajó para la del vizconde. Sólo la necesidad económica, la urgencia por reunir la cantidad necesaria para poder operar a su madre de cataratas, justifica su presencia entre estas tropas. El instinto de conservación, junto a una humilde y resignada actitud, son sus únicos móviles como soldado. El último, Diego, hijo de unos nobles arruinados, que ha llegado aquí "un poco por nostalgia guerrera" y otro poco por "patriotismo". En el pasado cometió un crimen accidental e involuntario, lo que unido a la falta de dinero y a la soledad, lo llevó hasta las filas de la Legión Extranjera francesa, con la que combatió durante la I Guerra Mundial. Hoy presenta perfil de ardoroso soldado, curtido por la vida y por la guerra. Una vez que los tres se han contado sus respectivas historias, salen de patrulla formando parte del covoy de avituallamiento para una posición. En el camino son atacados por los rifeños. Tras un empeñado combate, en el que Diego se comporta como un héroe, todo el pelotón, excepto Benito y Hernán, resulta aniquilado. Aquél, levemente herido, se incorpora y socorre a

Hernán, cuyo estado reviste mayor gravedad. El campesino, cargando sobre sus hombros el cuerpo del señorito, emprende durante la noche el camino de regreso hacia sus posiciones. Al amanecer son encontrados por una patrulla española. Concluye así este heroico relato con claro regusto popular.

Tres novelistas ocasionales, es de suponer que no se prodigaran mucho más en el ejercicio narrativo dada la total ausencia de noticias sobre ellos, publican en los años siguientes sendas novelas de ambiente legionario. La primera de ella es Los del Tercio en Tánger²⁹, de Francisco TRIVIÑO VALDIVIA³⁰. Relato más de aventuras que de guerra, escrito desde unos planteamientos no muy alejados de los vistos en la novela por entregas. Cinco legionarios, con otras tantas penosas historias a sus espaldas, son encargados por el mando para espiar e intentar desarticular una red de tráfico de armas hacia los rifeños que opera desde Tánger, ciudad que, por su estatuto de internacionalidad, quedaba fuera de la jurisdicción española. En la trama de espionaje en la que se ven envueltos los legionarios van injertándose otros personajes secundarios de lo más variado, desde unas señoritas de vida ligera que ayudan a los militares, hasta un buen número de malvados, traidores de diferentes nacionalidades, que hacen todo lo posible para ponérselo difícil a los protagonistas. Con todo ello pretende el autor mostrar el hervidero de intrigas que era la ciudad en aquellos días. Al final, los legionarios no sólo abortan la operación de contrabando e impiden el secuestro de una de las chicas que los ha ayudado, sino que regresan a su unidad a tiempo para participar en un heroico combate contra los marroquíes. Dos de ellos pierden la vida, pero Pepe Cruz, el más destacado de todos, al que su brava actuación en la batalla sólo le ha supuesto algunas heridas menores y tres dedos de una mano, se casa con su antigua novia, a la que, pérdida tiempo atrás, había reencontrado durante su aventura tangerina. Tan ingenuo argumento no resulta al cabo más que débil pretexto bajo el que, según el autor, se encubre la verdadera motivación de este libro, señalada por él mismo en el prólogo: "la doble idea de difundir en España el conocimiento de Tánger y de su modo de vida y dejar consignado al mismo tiempo el inventario de nuestros derechos sobre aquel territorio". Desconozco si lograría los objetivos

divulgativos y concienciadores previstos, lo que sí se puede asegurar es que en el plano literario, su "novela histórica" -como él la denomina- gozó de absoluta intrascendencia, si bien es cierto que tampoco Triviño se había fijado cotas artísticas muy elevadas teniendo en cuenta que adoptó la foma novelesca "para desarrollar el asunto, huyendo de la aridez propia de una exposición escueta de los hechos".

En 1932, J. Bautista ROS ANDREU³¹ publica otra "novela histórica" -según reza en su portada-, cuyo largo título, La conquista de Alhucemas o en el Tercio está el amor, remite a aquellos que popularizaron los folletones. Y, en efecto, éstos son los modos narrativos predominantes en este relato. Refiere lo sucedido a Lisandro Morisqueta del Valle, seudónimo bajo el que se oculta Telmo de las Eras de Castilla y Aragón, marqués que ha abandonado a su adúltera mujer y se ha alistado en la Legión. Allí se hace amigo de Teodorino, un joven italiano con el que comparte aficiones, y se siente incapaz de corresponder al amor de la *Machona*, una joven descarriada que acompaña a los legionarios como lavandera. Aunque durante su permanencia en filas se producen los acontecimientos de la retirada de Xauen y el desembarco en Alhucemas, dos de las fases más críticas de la campaña para las armas españolas, éstos no se convierten en acontecimientos centrales de la narración, sino que ésta se pierde por los poco verosímiles vericuetos de una conspiración comunista dentro de la Legión, una intriga urdida por unos legionarios extranjeros que desean minar la moral del Cuerpo. Gracias a la entrega y al patriótico proceder de Lisandro y Teodorino, los conspiradores serán descubiertos y todo acabará felizmente. Una vez más la Legión ha cumplido su misión reorientadora de vidas, merced a la cual los dos bravos legionarios, ayer nada más que ociosos señoritos, han encontrado hoy, tras su licenciamiento, una ocupación adecuada a su vocación y sensibilidad: "dedican sus energías físicas e intelectuales a la propaganda anticomunista".

En este mismo año de 1932 aparece la tercera de las obras de estos narradores ocasionales, ¡Los que fuimos al Tercio!, de José ASENJO ALONSO, ex capitán de la Legión y redactor de El Telegrama del Rif³². La novela es considerada por su autor como

"periodística", con lo que seguramente no quiso inaugurar un nuevo género, sino más bien referirse a la forma del relato, que adopta la de crónicas escritas por los propios protagonistas en torno a lo que les sucede en su vida de legionarios, y que luego parecen ser enviadas a un innominado periódico que les paga por ellas. En consecuencia, el aspecto colectivo de la narración no se debe sólo a la multiplicidad de los personajes principales, que también, sino que se extiende al propio discurso textual, formado por las diferentes crónicas que cada uno de los cinco legionarios va escribiendo. En ellas se enfoca lo sucedido desde la particular perspectiva de cada uno, aunque conviene advertir que las variaciones debidas a la diversidad de autoría son más bien escasas, con lo que la novela pierde parte de las posibilidades expresivas que esta original forma - me refiero, claro está, dentro de los relatos sobre la actuación de la Legión en la guerra de Marruecos- le brindaba. Este aspecto resulta aún más llamativo al tener en cuenta la plurinacionalidad de los personajes, un francés, un portugués, un español y dos alemanes -uno de los cuales es una suerte de ahijado del otro-, con lo que tal vez quiso el autor dar idea del cosmopolitismo de estas fuerzas. Juntos han llegado de América, huyendo de sus turbulentos pasados, como es casi obligado en la semblanza literaria de los legionarios. Se enrolan tras el desastre de Annual y, a partir de este momento, tomarán parte en los más importantes combates que se van produciendo. Sus peripecias serán compartidas por Marieta, una mujer que ha reconvertido su anterior vida disipada en dedicación y entrega como enfermera legionaria. A lo largo de la narración irán muriendo uno tras otro, hasta que sólo quede Mayer, el más mayor de los dos alemanes, para escribir la última crónica. Además de la estructuración del texto, presenta algunas otras diferencias con respecto a las novelas precedentes, sobre todo en el más crudo reflejo de la guerra y en una mayor elaboración de los personajes. También se observan algunos ligeros cambios en el tono, pues junto a las inmoderadas alabanzas militaristas y patrioterías habituales de estas obras, aparecen algunos trazos de liviana crítica, en general dirigida hacia alguna decisión política de escasa relevancia o hacia tácticas militares que ya por estos años -1932- habían sido casi unánimemente reconocidas crasos errores.

He dejado para el final de forma deliberada una obra que, aunque cronológicamente anterior a la mayoría de las vistas hasta el momento, tanto por su forma y tratamiento del asunto como por su mayor vuelo literario se aparta de lo que fue la generalidad de la narrativa sobre la Legión. Me estoy refiriendo a Tras el águila del César. Elegía del Tercio, 1921-1922, de Luys SANTA MARINA³³. Texto publicado por vez primera en 1924³⁴, y que desde entonces no ha dejado de causar sorpresa en los críticos que lo han tratado, tanto por la descarnada brutalidad de su contenido como por la originalidad de sus planteamientos formales, en los que lírica y narrativa se entrecruzan para ofrecer una visión épica de estos soldados. No se puede considerar una novela a la manera tradicional del género, sino más bien una serie de estampas e impresiones sobre la guerra y la vida legionaria. Su trama argumental resulta mínima, aunque mantiene cierto hilo narrativo en cuanto que refiere una historia con principio y final. Comienza con el embarque de unos hombres en el puerto de Nueva York con destino a Marruecos para enrolarse en la Legión. Luego, con técnica un tanto impresionista -en el sentido de mostrar algunas escenas aisladas, pero significativas-, sabemos de su trayectoria como soldados legionarios. Termina con el regreso a casa de los que han sobrevivido. Sin embargo, gran parte de los elementos novelescos fundamentales han desaparecido o están difuminados. No hay protagonistas a la manera habitual, ni siquiera personajes destacados a partir de los cuales avance la acción. En realidad el protagonismo se ha desplazado hacia las propias anécdotas -las que antes he denominado estampas- de la vida cotidiana del soldado, que, aunque tomadas como instantáneas individuales, en su conjunto retratan un ambiente, un estado moral y una sensibilidad colectiva; la atmósfera desde la cual vivieron esta guerra las tropas de Millán Astray. Éste es el elemento que da unidad a la obra, y sus ejecutores -actantes, si se prefiere- no se llaman Pedro o Juan, sino toda la Legión como grupo. A la destrucción del concepto de personajes, sigue el difuminado de tiempo y espacio narrativos. Éste no tiene más valor que el referencial, donde se desarrollan los propios acontecimientos bélicos, y aquél pierde gran parte de su sentido, aunque en efecto existe, pero sin su valor de fluir de acontecimientos con algún orden cronológico rector de una trama -

también inexistente-, ya que aquí a lo que se atiende es al momento en que un chispazo llama la atención del narrador, que se hace eco de lo sucedido. Tal vez la clave de esta obra haya que buscarla en este último elemento.

El libro se conforma por tanto en una especie de diario o, con más exactitud, anecdotario -"suerte de memorias líricas y colectivas", lo denomina José Carlos Mainer³⁵- de esos noventa futuros legionarios que partieron del puerto de Nueva York, y en sus páginas se van anotando aquellos detalles que resultan significativos, bien por su rareza o por el humor o gracia que puedan encerrar. No pretende dar cuenta ordenada y exhaustiva de lo sucedido, sino reflejar acontecimientos puntuales, a menudo simples chascarrillos. Lo cual resulta más verosímil que los largos y minuciosos diarios de soldados en campaña, tanto por el ánimo de quien lo escribe como por la propia situación en que lo hace. No parece que la vida en el frente sea el lugar más adecuado para sesudas reflexiones -como, por ejemplo, muestra la novela de Fermín Galán- y, por otro lado, cabe suponer que la premura temporal tampoco permite las narraciones bien elaboradas y estructuradas, pero sí las breves notas sin más trabazón que su ser de meras anécdotas. Claro que la viveza de lo referido no implica desaliño expresivo alguno, bien al contrario, presenta una elaboración más que notable, empezando por la alternancia de verso y prosa como formas de elocución, lo que no es sino otro modo de quebrar los habituales moldes narrativos. El libro expresa una intención del todo literaria, está plagado de cultas referencias intertextuales y mantiene una clara vocación de originalidad que va desde un novedoso y provocativo uso del léxico hasta unos no menos provocativos planteamientos ideológicos, reflejados en un humor negro corrosivo y en una desgarrada crueldad, una brutalidad de planteamientos más truculenta y exagerada que real. Motivo éste que le acarreó censuras y sanciones administrativas bajo casi todos los gobiernos habidos desde la época, según apunta García Serrano: "vino a ser prohibido tanto por la Dictadura como por la Dictablanda, igual por la República que por el Estado nacido un 18 de julio"³⁶. Y, lo que resulta más preocupante, la incomprensión de una buena parte de la crítica, que, a mi manera de ver, extrapolaron parte de la ficción literaria al plano de la

estricta realidad, leyendo lo que no eran más que extemporaneidades y exabruptos tonales como insultos a las comúnmente aceptadas buenas costumbres de palabra y pensamiento, pues sólo mediante esa translación de planos puede entenderse que a un libro situado en el orbe de lo imaginario se le apliquen los adjetivos de "imperialista, militarista, machista, racista y sádico" que le dedica, por ejemplo, Rodríguez Puértolas³⁷, o la más cercana -en el tiempo- apreciación de Andrés Trapiello que, además de volver a calificarlo de "racista", considera que está "mechado de coplas insensatas"³⁸, como si la insensatez en la ficción narrativa dependiera de los contenidos que refleja el mundo creado, y no de su torpe disposición o de las insuficiencias técnicas que lo hacen inverosímil o desvaído. Estos juicios tendrían su lugar si se tratase de una obra con referente real, pero carecen de pertinencia en cuanto se traspasa el umbral de la ficción. Creo que la lectura del propio texto deja claro que los excesos pertenecen a lo literario, diría aún más, a su profunda voluntad literaria, a su intento de subvertir ciertos esquemas e ideas burguesas y acomodaticias, que son las concepciones más fustigadas a lo largo de sus páginas. Y difícilmente podría entenderse empeño artístico alguno que por principio no se planteara la subversión de lo establecido, cuando en ello radica la más sólida raíz de su propia existencia. Planteamientos desde los que es presumible que escribiese Luys Santa Marina Tras el águila del César, buscando la originalidad e intentando ofrecer una mirada nueva sobre la actuación de los legionarios en la guerra de Marruecos, lo cual confiere al libro un aire de modernidad -incluso algún crítico lo ha considerado antecedente de la posterior corriente tremendista³⁹- del que no gozan las restantes narraciones sobre este mismo asunto. Distinto es que no se esté de acuerdo o no guste el enaltecimiento e imponderado elogio de la Legión que destila casi cada una de sus líneas, pero eso ya queda fuera de la sanción literaria.

Si con justeza puede sostenerse que la novelística sobre la guerra de Marruecos, tomada en su conjunto, recrea los múltiples aspectos que conformaron el entramado y ambiente del conflicto, ficcionalizándolo con amplia panorámica, el grupo de novelas legionarias enfocó el asunto desde un casi único ángulo: el del combate. No sólo porque abunden en todas ellas

los momentos de lucha, sino porque, junto con la descripción de vida y costumbres de estos soldados, el elemento bélico representa la razón de ser de la mayoría de estos relatos, lo que constata, como ya quedó dicho antes, que los narradores encontraron en estas tropas el filón que necesitaban para desarrollar épicas historias de heroísmo.

Buena parte de estos relatos crea una imaginería bélica de corte realista, a pesar de que, salvo contadas excepciones, en el mundo evocado por la novela de la Legión, no haya vocación testimonial de ningún tipo, sino mera narración de aventuras y hazañas militares. A ello contribuye con bastante frecuencia el ir engarzando algunos episodios históricos en sus argumentos. Tal sucede con el desastre de Annual, que en la casi totalidad de estas novelas aparece enfocado desde su final, cuando las tropas legionarias fueron enviadas a guarnecer la zona oriental del Protectorado. Así puede verse, por ejemplo, en las Memorias de un legionario, de *Juan Ferragut*, cuyo punto de arranque son los momentos posteriores a la derrota. El narrador protagonista, que ha acudido a Melilla formando parte de la primera columna al mando de Millán Astray, va desvelando con ojo de cronista periodístico -pues en poco se diferencia de las informaciones que en su momento habían aparecido en la prensa- lo que queda de la Comandancia al mando de Fernández Silvestre:

"Siguen llegando heridos, prisioneros que logran el rescate... Vienen sucios, aspeados, flacos, enfermos... En sus ojos parece leerse todo el pesar de la derrota."⁴⁰

Y en términos aún de mayor crudeza refleja aquellos momentos Maciá Serrano, en La Legión desnuda:

"Al atardecer montaron las guardias, que fueron recogiendo algunos fugitivos que llegaban escapados del desastre. Venían locos, torturados, extenuados, dementes y nunca contestaban a lo que se les preguntaba (...)/ Después llegó un tercero, casi desnudo. De arrastrarse, del sol, traía la carne viva. El vientre era todo una llaga repulsiva. Contaba que había bebido su propio orín, que había cavado mucho para encontrar piedras frescas, de cómo aquel enemigo castigaba y acuchillaba sin piedad (...)"⁴¹

No obstante, entre esos retazos de la más descarnada realidad, también hay quien, para preservar el honor de los profesionales de la milicia, cubierto de tal desdoro en ese episodio, no encuentra inconveniente en tocar el curso de los sucesos y de las conductas. Falacias que pueden leerse en Del breviario de Juan Morena, un relato aparecido en 1981, cuando la historiografía, hasta la más proclive al ejército, ya había dejado fideligna y repetida constancia de lo acontecido durante aquella retirada:

"Muerto o desaparecido el general Silvestre comenzó la retirada cada vez más célebre [ya se había iniciado antes]. Los jefes y oficiales derrocharon valor y heroísmo [!], pero el pánico cundió y tan sólo los jinetes de Primo de Rivera cubrieron el repliegue hasta Monte Arruit." (Pág. 104).

En los días y meses sucesivos, con el avance legionario para recuperar el terreno perdido, se irá conociendo la verdadera magnitud de la catástrofe. Momentos que, de forma total o mediante detalles fragmentarios aparecen recogidos no sólo en las novelas más recientes, sino también en algunas de la primera hora: El camillero de la Legión, Tras el águila del César y ¡Los que fuimos al Tercio!. En esta última, desde una lejana perspectiva temporal -fue publicada en 1932-, no sólo se refieren los hechos, sino que también se interpretan y se apunta a sus responsables:

"Hubo en verdad una provocación: la de un buen mozo que quería dominar un territorio rebelde llevando por todo bagaje guerrero unos bigotes y un puñado de hombres [el general Silvestre], sin pensar que dejaba a sus espaldas dos clases de enemigos: las cábilas armadas por los propios españoles y esas otras cábilas del interior... de España, que no quisieron comprender nunca que al moro había que enseñarle primero los dientes, para darle después un beso." (Pág. 169).

Una crítica evidente, pero que se silencia en los dos relatos compuestos a gran distancia de los acontecimientos. Ambos autores, miembros del ejército, no han querido reconocer los errores de sus colegas del gremio, al dejar recaer la entera responsabilidad en los políticos. Media verdad o completa falsedad, pues si éstos pecaron de dejadez a aquéllos cupo el

exclusivo mérito de huir abandonando tropas y materiales. Para Macía Serrano, en La Legión desnuda, todo, sin embargo, se debió a: "(...) los políticos. A ellos habría que traer aquí, y que lo vieran, que lo respiraran. Ellos son los culpables, porque no supieron gobernar, mandar", (pág. 182). Cantinela que vuelve a repetir Canós Fenollosa en Del breviario de Juan Morena:

"Todos se emplearon en el enterramiento de aquellos restos acusadores de las culpas de quienes desde el gobierno les habían llevado al aniquilamiento." (Pág. 44).

Todo este episodio se cierra con la entrada de los legionarios en Monte Arruit, momento en el que los narradores concitan toda su sabiduría expresiva para describir la horrible faz de la guerra y de la muerte en los términos más aterradores y sombríos que su léxico les permite. Sobresale por su elocuente concisión el escalofriante lirismo de Luys Santa Marina:

"Acaso recordéis un enjambre de abejas que los fríos y escaseces invernales exterminaron: es una masa oscura de cuerpos confundidos en el suelo de la colmena muda. Así, tras la pared acribillada, montones de carroña y harapos, que fueron hombres y padecieron sed, y hambre, y martirio, y profanación tras la muerte.../ Allí estaban, muchos con los vientres llenos de piedras.../ Y un silencio frío en los batallones de muertos, y en los de los vivos que iban por ellos..."⁴²

Junto a éste, otros capítulos de la guerra van apareciendo en diferentes novelas con el mismo fin: crear una ambientación realista donde enmarcar y hacer verosímil la peripecia de los protagonistas. Este empeño resultó baldío las más de las veces, pues, a pesar de la fideligna -incluso a veces minuciosa- reconstrucción de los acontecimientos bélicos, la torpeza en el tratamiento de los elementos de estricta filiación novelesca hizo naufragar cualquier posible verosimilitud del mundo de ficción creado, tal y como ya había sucedido en la novela por entregas que recreó la campaña militar del siglo anterior. Resulta harto ilustrativo el caso de La conquista de Alhucemas o en el Tercio está el amor, donde el narrador refiere por lo menudo los episodios históricos de la retirada de Xauen y del desembarco en Alhucemas, pormenorizando en ocasiones hasta el nivel de la mera anécdota, que, como en la sucedida

al equipo de servidores de un camión blindado, debió de acontecer poco más o menos en los términos que Ros Andreu la recoge⁴³. Sin embargo, sobre este documentado cañamazo de acontecimientos verídicos con el que el autor pretendía, según él mismo confiesa repetidas veces en su libro, escribir una novela histórica - es de suponer que en el sentido de referir realidades, que no en el de acercarse a hechos del pasado- se teje un relato que si se caracteriza por algo es por su inverosimilitud, merced a sus muy notables defectos de construcción. De poco sirve detallar todos y cada uno de los escalones de la retirada de Xauen o especificar la distribución de hombres y naves en el desembarco de Alhucemas, si en paralelo el narrador se está incluyendo en la narración como si fuera parte de ella, o establece diálogos con el lector fingiendo una inexistente complicidad, o, lo que aún resulta más contrario a cualquier credibilidad narrativa, cae en olvidos que le llevan a contradecir las acciones de los personajes o a torcer sus intenciones. Este último despropósito, por ejemplo, puede apreciarse de forma palmaria en la página 133, cuando refiriéndose a los sentimientos que el personaje conocido como la *Machona* alberga hacia el protagonista, dice: "Su apasionado amor a Lisandro tenía más de capricho que de sinceridad, aunque ella creyese lo contrario. Por eso no se necesitó gran cosa para que esa llama, al parecer inextinguible, se apagase prontamente." Si la primera parte del juicio del narrador resulta ya bastante discutible, por no decir del todo inadecuada, en la segunda cae en flagrante contradicción con la historia que está contando. Buena prueba de ello es que en el final de la novela, en la página 328, la *Machona* "en sus horas de añoranza, sueña con ser algún día la esposa legítima de Telmo de las Eras de Castilla y Aragón [personaje que, como se recordará, se había enrolado en la Legión con el falso nombre de Lisandro Morisqueta, por tanto, el mismo de la cita anterior]." Modos de contar y descuidos que no cabe considerar sino como productos todos ellos del emparentamiento de este relato con las añejas -y no precisamente verosímiles- formas de la novela por entregas. Por no hablar de otra larga serie de absurdos ya no achacables a filiación literaria alguna, sino al simple descuido del autor, entre los que merece ser mencionado que un personaje pretenda pedir el divorcio en 1924⁴⁴, sin tener en cuenta

que la primera ley reguladora de este derecho no aparece en España hasta 1932. Ros Andreu ha confundido el tiempo en que viven sus personajes con la contemporaneidad de la propia redacción del texto. Grueso error de documentación capaz de arruinar cualquier pretensión historiográfica en una novela cuya verosimilitud estaba ya bastante agrietada.

La evocación de los sucesos de la guerra cobra una dimensión diferente en los dos relatos que, a tenor de su fecha de aparición, pueden considerarse históricos: en La Legión desnuda y en Del breviario de Juan Morena. Ambos ofrecen un más completo retrato de la campaña, el primero hasta su total conclusión y el segundo hasta la retirada de Xauen. Su voluntad no responde tanto a enmarcar la peripecia de los personajes -aunque esto haya que entenderlo necesario para el desarrollo de la fábula- como a exaltar la gesta bélica y militar de la Legión. Acaso porque, transcurrido el tiempo, la ideación novelesca haya variado no poco sus intereses. En las narraciones contemporáneas o próximas a la guerra, la ficción se sustenta en un halo imaginativo, por escaso que éste sea y a pesar del componente propagandístico que en no pocas ocasiones contenga. Por el contrario, en las publicadas cuando todo aquello ya había entrado a formar parte del pasado, el valor propagandístico se antepone a casi cualquier consideración literaria, y no tanto por sus carencias estéticas -en este sentido incluso pueden considerarse más logradas, sobre todo la de Maciá Serrano, que la mayoría de las anteriores- sino, sobre todo, por su insistencia en hacer recaer toda la responsabilidad de los errores acontecidos en Marruecos sobre las espaldas de los políticos, mientras que los aciertos y logros se atribuyen a la acción militar, en concreto, a las fuerzas del Tercio, quintaesencia de aquélla. Diríase que anteponiéndose a esa voluntad imaginativa inherente a cualquier texto literario, se sitúa una reescritura del pasado capaz de engrandecer la gesta bélica de este Cuerpo del ejército. En ambos casos, la particularidad de sus autores, jefes legionarios, ayuda a confirmar la hipótesis. Algo que incluso, en La Legión desnuda, podría venir avalado por su fecha de publicación: 1955, unos años proclives al ditirambo sobre aquellas pretéritas hazañas militares y en los que, además, comenzaba a barruntarse una próxima descolonización de Marruecos. Asunto que no se intuye con la misma claridad en Del breviario de Juan

Morena, pues 1981 era ya una época bien diferente, en la cual la irrupción de este trasnochado panegfrico sobre la gesta legionaria acaso sólo quepa atribuirle a la nostalgia

Otra característica de lo bélico, que también contribuye a crear una atmósfera de verismo, es la narración de combates y de todo tipo de enfrentamientos entre legionarios y rifeños desde puntos de vista que evidencian la inmisericorde ferocidad del conflicto. En tales secuencias, estos relatos, salvo alguna excepción, se alejan de planteamientos edulcorados y ofrecen, por el contrario, abundantes escenas de descarnada brutalidad. A veces, tan sólo las consecuencia del propio devenir de la guerra: bombardeos que destrozan a los hombres - "Materialmente vemos saltar la tierra junto con miembros humanos"⁴⁵-, heridos o lisiados para siempre - "(...) quedará ciego... Tiene un tiro que le roza de parte a parte las sienes. Se le ha llevado los ojos"⁴⁶-, y muertos que sólo producen hedor e indiferencia:

"Los cadáveres venían formando ordenadas hileras (...) Cuantos esperaban la trágica descarga de los camiones ya se habían prevenido contra la fétida nube de olores que iba estallando y haciendo insoportable la atmósfera por donde pasaban, cada vez que los transportes se hundían en un bache y removíanse los cuerpos maltrechos, en pleno estado de descomposición, dado el calor sofocante que hacía."⁴⁷

Pero en otras ocasiones, la narración apunta hacia los contendientes, cuya crueldad de comportamientos eleva el tono de la violencia y llena las páginas de muchos de estas novelas con un catálogo de horrores de la más variada índole. Si los feroces rifeños se entregan a todo tipo de atrocidades con los heridos españoles: "Vi como a 150 metros, invertidas, las imágenes de dos rifeños junto a la camilla de un herido abandonado.../De un gumiazo le degollaron"⁴⁸, y su brutal sadismo adquiere ribetes de truculencia cuando de prisioneros se trata, por ejemplo, de los de Monte Arruit:

"Mayer refería haber visto un cadáver, que debía ser de oficial, porque aparecía sin dentadura, a quien le habían arrancado los ojos y la lengua y éstos habían sido colocados en las narices. Este mismo cadáver tenía arrancadas sus partes y atravesadas por un palo, que asomaba por el ano."⁴⁹

Los legionarios no se quedan atrás y perpetran unas atrocidades que en nada desmerecen la conducta de sus enemigos. Su dedicación al saqueo y al incendio de cuanto poblado encuentran en su camino se convierte en asunto redundante en la mayoría de las narraciones -"roto el dique por la Legión heroica, la ola humana inundó el valle, quemando los poblados rebeldes, que fueron pronto reducidos a cenizas"⁵⁰-, hasta el punto de que en el relato de Ros Andreu se ejemplifica como los oficiales adiestraban a estos soldados, cuando uno de aquéllos dice a éstos: "Al buen legionario no han de faltarle nunca las cerillas para incendiar en estas ocasiones todo lo que encuentra a su paso."⁵¹ Unas palabras con las, por otro lado, el autor seguramente sólo pretendía reflejar una realidad cotidiana, si atendemos al retrato novelesco que sobre la actuación española dejó un ex oficial del Cuerpo, Fermín Galán:

"De madrugada salimos. Caemos sobre los poblados de esta o aquella fracción rebelde. Por la tarde regresamos trayéndonos nuestros heridos y nuestros muertos.

Tras de nosotros queda generalmente la destrucción y el incendio."⁵²

Pautas de comportamiento que, aunque con muy diferentes intenciones, resultan casi del todo coincidentes con las señaladas por el entonces comandante legionario Francisco Franco, en su Diario de una bandera, y ya no se trata de una mera ficción novelesca:

"La columna ha de regresar, recorriéndola [la cabila de Beni-bu-Ifrur] e imponiendo un duro castigo a los aduare./ A nuestro paso, las columnas de humo se levantan de las pequeñas casas y la ola de fuego alcanza a los poblados de la montaña, todo va quedando devastado."⁵³

Para no desmerecer ante las atrocidades de los rifeños, los legionarios tampoco reparan ante el estado de sus enemigos. Bien lo deja ver Luys Santa Marina, en cuyo relato hay pocos heridos marroquíes porque como, no sin cierta dosis de humor negro y truculento, revela: "rematábamos a machetazos a los heridos moros, y como se hacían los muertos, para evitar olvidos, acuchillábamos a todos."⁵⁴ Y ni siquiera la edad o el sexo resultan impedimento alguno para llevar a cabo su irracional venganza:

"Al entrar en Nador [en su avance tras el desastre de Annual]; por todas partes muertos y olor a muertos./ En una casucha derruida, la encontramos, con el fusil caliente al lado. Muy jovencita, como de dieciséis años. No pudo huir.../ Toda la Compañía, toda la Bandera después, acuchillóla al pasar, y a poco las bayonetas herían ya en otras heridas... Y le cortaron los dedos y las orejas, codiciosos de sus sortijas y de sus bellas arracadas." (Pág. 37).

Este brutal encuadre panorámico de la Legión se completa con otro más individualizado, pero no menos brutal. En el terreno de la anécdota personal o del pequeño grupo destacan las múltiples alusiones a las más primitivas conductas. El legionario parece soldado que tras la victoria gusta de las recompensas y, a falta de otras mejores, no duda en cercenar miembros de su enemigo vencido. Se añade así otro valor a esta novelística, el de servir como mediano catálogo de anónimos decapitadores y desorejadores, pues éstas son sus habituales preferencias:

"Vimos llegar a Otto (...) trayendo como trofeo tres horribles cabezas de moro (...) entre la admiración de todos y el reproche, no muy enérgico en aquellos momentos, de los oficiales."⁵⁵

"Un jovencito demacrado que envolvía cuidadosamente dos orejas de moro en un papel de estraza."⁵⁶

Tan atávicos comportamientos no parecen atribuibles al mero artificio novelesco, sino que reproducen con fidelidad la salvaje realidad en que se desenvolvía la vida militar de estos hombres. Abundan las noticias y testimonios confirmatorios de tales hechos⁵⁷. Entre ellos cabe mencionar de nuevo -por la irrefutabilidad que supone la información de primera mano- al comandante Francisco Franco, que en su Diario de una Bandera se hace eco de estas prácticas al referir la anécdota del pequeño Charlot⁵⁸. Más tarde, así lo señala Juan Goytisolo entresacando citas de algunas obras literarias⁵⁹, estas mismas acciones serían reproducidas por los marroquíes que participaron en la guerra civil española, aunque esta vez los

descabezados y los desorejados serían los españoles del bando contrario, dando aquéllos muestra del aprovechamiento con que habían aprendido la lección.

Quien también obtuvo provecho, pero en este caso literario, de tan bárbaro proceder fue Luys Santa Marina, en cuyo relato menudean este tipo de escenas, enfocadas desde el prisma de un humorismo tan truculento que las convierte en chascarrillos de la guerra:

"Desengancharon el burro y se fueron por las calles de Melilla unos cuantos locos, pregonando.

'-¡Sandías! ¡Sandías!

'-¿A ver cómo son? -preguntó una criada desde un antepecho.

'-Buenas. ¡Y están maduras! -respondió uno.

'Y sacó por la coleta una testa de mojamed (...)"⁶⁰

En ocasiones, la fiereza de los legionarios ya no alcanza sólo a los combatientes, sino que, así sucede en la novela de Ros Andreu, ni siquiera se detiene ante los más indefensos paisanos marroquíes:

"En un rincón vimos, muerta de miedo, a una anciana que se arrodilló ante nosotros en actitud de pedir clemencia. Un legionario le clavó en el pecho su machete, y la anciana, dando un grito estertóreo, cayó sin vida."⁶¹

Todas estas abundantes muestras de brutalidad podrían haber conferido a buena parte de las novelas sobre la Legión un aire de hiperrrealismo, que, sin embargo, queda reducido -y sólo en algunos casos- al aspecto bélico. Este vigor descriptivista a la hora de referir el combate y el antagonismo de los contendientes queda empañado por las folletinescas y lacrimógenas historias de la mayoría de sus personajes y por el tono sensiblero con que suelen narrarse, que malogran el resultado final. Sólo Tras el águila del César queda fuera de este generalizado desaliño narrativo. Los cuadros o escenas en que se estructura ofrecen una panorámica espeluznante de la guerra, pero sin la carga mostrenca que suponen los convencionales relatos sobre los protagonistas. Y en extremo contrario, es decir, despojados de toda esa aureola de salvajismo, se sitúan los dos relatos más próximos al presente, La

Legión desnuda y Del breviario de Juan Morena, atentos en cada una de sus páginas a preservar la buena imagen de los caballeros legionarios.

Hay un par de novelas, La barbarie organizada y ¡Los que fuimos al Tercio!, que aportan una cierta variación en cuanto al punto de vista desde el cual se narra el combate, aunque en la última haya que objetar no pocos reparos a esa presunta voluntad de innovación. Esta novedad consiste en intentar transmitir las sensaciones y sentimientos que experimenta el combatiente durante la lucha, de tal forma que quien está viviendo el suceso lo refiere desde su personal experiencia en lugar de enfocar los acontecimientos narrados desde fuera, como un mero testigo, que suele ser la técnica habitual en estos relatos. Esto, en realidad, no aporta ninguna innovación al género narrativo, pues no se trata más que una de las fórmulas que utiliza la narración desde la primera persona, y además ya había sido utilizada en anteriores fabulaciones bélicas, baste recordar El fuego, el relato de Henry Barbusse sobre la I Guerra Mundial, donde alguna escena presenta un tratamiento semejante al de La barbarie organizada⁶². A pesar de ello, en la novela sobre la Legión resulta novedoso, y, en realidad, en toda la narrativa de la guerra de Marruecos, si se exceptúa Imán, de la que más tarde me ocuparé, en la que este enfoque es fundamental en su estructuración. Hay otras narraciones desde el yo, por ejemplo, Memorias de un legionario o Tras el águila del César, pero en ninguna de ellas hay diferencia alguna con respecto a las de narrador ajeno a la historia a la hora de enfocar las escenas bélicas.

En ambos relatos el momento escogido para narrar desde este punto de vista, que a falta de otra etiqueta más adecuada llamaré interno, es el mismo: el asalto a una bien defendida posición enemiga; uno de los episodios sin duda más dramáticos y arriesgados de cualquier combate por cuanto de peligro encierra para los atacantes, que deben cubrir un trecho de terreno sin protección y expuestos al continuo fuego enemigo. Comienza este proceso cuando el soldado recibe la orden de avance y, al iniciar su ejecución, se produce una cierta alteración en su capacidad perceptiva, de tal modo que se ensimisma y su conciencia queda reducida en exclusiva al yo particular, como si todo lo que le rodea hubiera dejado de existir.

Describe con bastante acierto cómo opera el mecanismo del miedo en el individuo ante un peligro cierto, similar a la instintiva reacción de cerrar los ojos como respuesta ante el estímulo de ver venir algo hacia nuestra cara con rapidez.

En ¡Los que fuimos al Tercio!, el empleo de esta técnica está muy poco elaborado, más bien queda limitado a un mero apunte, lo que unido a su ocasional aparición -sólo una vez, en la tercera de las crónicas que forman el libro- hace pensar en la ausencia de intencionalidad. Para empezar, el lance se presta a alguna confusión, pues el personaje narrador, como él mismo manifiesta para autojustificar su reacción, se encuentra bajo los efectos del alcohol. Además, en seguida borra con determinación cualquier huella o atisbo de que el miedo haya podido ser la causa de su transitoria perturbación anímica. Por último, la alternancia de singular y plural en la narración de este momento vuelve difusos sus contornos. A pesar de todo ello, algún cambio perceptivo ha debido de producirse, teniendo en cuenta las palabras finales del protagonista:

"A una simple voz y pitada de silbato, la trece compañía se puso en pie de un salto y emprendió a toda carrera el avance (...) Nadie miraba atrás. ¡Adelante! *A cada detonación encogíamos la cabeza, como si quisiera rehuir alocado y desgarrador que rasgaba el espacio por encima de nosotros.* Las ametralladoras, con su constante teclear, completaban la infernal armonía. *El coñac o aquella borrachera de tiros habían hecho su efecto, y ya lo mismo me daba morir que matar.* Llegamos deshechos al sitio designado como final de este salto, y si no me contiene el banderín, *hubiera continuado corriendo hasta las posiciones enemigas, hasta caer rendido o muerto.* Antes de iniciar el avance primero, todavía leía claro en mi conciencia (...) Después de este salto en el abismo y de haber visto los primeros muertos y heridos (...) renació la confianza en mi propia suerte, como si algo existiera que me hiciera inmune a todo peligro, y de serio y reservado me hice locuaz y optimista." (Páginas 116-117).

Los subrayados son míos, y corresponden a aquellos fragmentos que, siempre con los notables reparos ya indicados, pueden responder a este modo de enfoque.

El segundo ejemplo se encuentra en La barbarie organizada, novela publicada un año antes que ¡Los que fuimos al Tercio! -y redactada con más de un lustro de anticipación-, lo que excluye toda posible influencia tendente a retomar y obtener mayores logros de este modo de enfoque. Claro que tampoco creo que en rigor pueda hablarse de ascendencia alguna en sentido inverso. En la obra de Galán el uso de esta técnica resulta mucho más claro y contundente. Sin reparo de ningún tipo puede sostenerse que es deliberado y con la decidida intención de transmitir la sensación de miedo que experimenta el combatiente. Así lo prueban el léxico utilizado y que la conmoción de ánimo en el protagonista comience en los instantes previos al asalto. Se quiere retratar el terror que produce la guerra *in situ*, tan distinto de las falaces visiones epopéyicas de otros relatos, y la escalofriante realidad de un combate, dejando ver sin falsos heroísmos mediatos toda la zozobra del soldado. Sentimientos sobre los cuales algo debí de saber Fermín Galán, dada su condición de activo partícipe, en calidad de militar profesional, en esta guerra:

"Nuestra Bandera está desplegada frente a una de las trincheras que hemos de asaltar (...) La orden llega. Mi compañía se prepara para el cuerpo a cuerpo. La artillería de la columna y de las posiciones y la aviación concentran su fuego sobre la primera trinchera (...) Es un martilleo espantoso que parece confundir y amasar a los hombres y a la tierra./ Cierro los ojos para no verlo (...) La muerte la tengo dentro de mí. Me sujeta al suelo (...) No oigo nada. Nada veo ni nada oigo. Pero mi cuerpo tiembla. Tiembla todo él con temblor de miedo que no es miedo. Mi instinto de conservación se agita en dos sentidos: "Huye, sálvate", parece decirme de un lado. "Defiéndete", me dice de otro./ ¿Qué hago?... Estoy neutralizado (...) No puedo formarme ninguna idea. No tengo sentimientos. No razono. Soy..., nada (...) Una voz. Varias voces. La compañía se lanza al asalto (...) Son unos doscientos metros a pecho descubierto... ¡Adelante! (...) La muerte me acompaña. Está enfrente de mí. A mi lado, va conmigo. Corre conmigo. Su aliento se confunde con el mío, y lo siento en el rostro (...) Pero no puedo separarme de ella. Está dentro de mí (...) Mi respiración se

contrae, mi corazón brinca queriendo salir del pecho, mis nervios entran en laxitud morbosa, mis piernas pierden su flexibilidad y rigidez habituales. La inercia me lleva. La muerte y yo llegamos a la trinchera. No están todos. [A partir de esta última frase su percepción ya es capaz de recoger de nuevo cuanto hay a su alrededor]." (Páginas 107-109).

En el polo opuesto hay que situar la novela breve El héroe de la Legión, de *El caballero audaz*, cuyo mayor mérito consiste en someter al lector a una delirante reconstrucción bélica, en consonancia, por otra parte, con los múltiples absurdos que conforman esta narración. El primer paso es la meteórica carrera militar de su protagonista, que hubiera hecho palidecer de envidia al más laureado de los africanistas, dado que en dos años asciende de simple soldado legionario a reputado capitán de este Cuerpo. No conforme con las hazañas de su héroe -nunca vistas en el relato, por cierto-, Carretero acomete empresa de más calado. En una única secuencia, unas breves páginas nada más, intenta resarcir a las armas españolas de la funesta derrota que sufrieron en Annual. Para rescatar a los defensores de una posición asediada -que guarda notables similitudes con la de Monte Arruit- se crea una columna formada por "capitanes, oficiales y soldados", en la que "las categorías quedaban por el momento abolidas [*sic*]". Tan inverosímiles planteamientos no se ven defraudados durante la narración del propio combate, que viene a ser una suerte de refrito de pasados heroísmos, donde los ecos de la actuación de Prim en la batalla de Los Castillejos -presentes en las palabras con que el protagonista se dirige a sus soldados antes de comenzar la refriega- se mezclan con la conocida hazaña del cabo Mur -de cuyo reflejo literario ya he hablado en los relatos sobre la campaña de 1909-, que consistió, cual sucede aquí, en el rescate de la enseña nacional caída en manos del enemigo. Claro que cabe suponer, a juzgar por las palabras del narrador, que lo que se pretendía no era recrear este conflicto, sino evidenciar la heroica estatura de su personaje y cuanto de aventura caballeresca del pasado había en estos lances:

"Aquello, sí, era la guerra, la aventura verdadera, el trance honroso en que el valor del hombre lo ponía todo... No esa guerra moderna, fría y matemática, en la que cada soldado es un número, sino la guerra clásica, crisol de heroísmos." (Pág. 63).

En suma, no puede pensarse que Carretero se desentendiese de los mínimos detalles necesarios para crear un universo bélico verosímil, sino que, más bien, cualquier relación entre esta guerra y su novela hay que atribuirla a mero y casual accidente.

Además de los momentos de combate, el otro aspecto fundamental que recrean estos relatos es la imagen de la Legión como cuerpo militar destacado en la campaña. Según ya quedó señalado antes, para muchos de los autores que se ocuparon de esta guerra en clave de ficción, el soldado legionario reunía unas características casi *ad hoc* para elevarlo al rango de protagonista en sus narraciones. A ello contribuyó en gran medida la oportuna y decisiva actuación de este Cuerpo en momentos en que la moral militar pasaba por sus más bajas horas, su pronta presencia en Melilla tras el descalabro de Annual y el hecho de soportar durante los meses siguientes la mayor parte de la acción bélica encaminada a reconquistar el territorio perdido. Esto comenzó a forjar una cierta imagen mítica en torno a estas tropas. A lo que cabría añadir que, a partir de entonces, los legionarios ocuparon siempre la primera línea de combate sin hallar descanso ni relevo, a pesar del elevado número de bajas que se iban produciendo en sus filas -desde el punto de vista político, éstas eran más rentables que la pérdida de soldados de leva-, y que sus hazañas fueron oreadas con prodigalidad por un buen número de panegiristas del Cuerpo, entre los que le cupo lugar bien destacado a su propio jefe: el teniente coronel Millán Astray. No ha de extrañar, por consiguiente, que a los ojos de la opinión pública parecieran los únicos soldados capaces de enfrentarse a los rifeños con alguna garantía de éxito⁶³. El naciente mito caló sin duda también en algunos escritores, cuyas recreaciones literarias ayudaron a decorarlo y a envolverlo en una aureola de romanticismo legendario. Esto se dio sobre todo en los narradores de la primera época, indicio de lo cual es que en los relatos de esta etapa predomine el personaje individual como eje de la narración, más adecuado que el protagonista colectivo para crear el tipo de

idealización deseada. Fehaciente prueba de ello puede encontrarse en la consideración que los legionarios le merecen a César Juarros en La ciudad de los ojos bellos (Tetuán), libro de impresiones sobre variados asuntos que este médico militar publicó en 1922:

"Sólo la Legión ha tenido en esta guerra del norte de Marruecos atmósfera literaria. Bien está; por justa y por conveniente. Los bravos legionarios necesitan esa aureola romántica, acaso más que la comida. Son poetas que viven bellos poemas en lucha constante con la muerte, y para ellos el uniforme representa un manantial de motivos líricos." (Pág. 124).

Aunque la apreciación de este ensayista fuera producto de la subjetividad, con ella expresaba seguramente un estado de ánimo más amplio, teniendo en cuenta que la mayor parte de estas novelas -que se hace totalidad en las de primera hora- crearon su mundo de la Legión desde presupuestos cercanos a los sostenidos por Juarros. Nace así una imagen literaria de los legionarios, y del Cuerpo en general, teñida por las notas de una idealización que se fue repitiendo en la mayoría de los textos hasta crear un estereotipo de contornos bien delimitados. No es que este retrato de ficción respondiera a una completa falsedad sin punto alguno de contacto con su referente real, sino que, conservando parte de los rasgos externos que caracterizaban a estas tropas -como norma general, los más difundidos por una falaz propaganda orientada a allegar efectivos humanos hasta sus filas-, se traicionaba su esencia última. Esto supuso, desde el enfoque de la elaboración novelesca, que se perdiese la oportunidad de dar forma a un testimonialismo creativo y que tampoco se ahondase en la composición de personajes y situaciones ideadas con voluntad de originalidad, sino que, por el contrario, se recurrió una y otra vez a una reducida serie de tipos y fórmulas *cliché*. La casi única excepción a esta generalizada imagen la ofrece de nuevo La barbarie organizada, novela que en determinados aspectos puede ilustrar una contralectura de todas las demás, aunque quepa señalar que en ¡Los que fuimos al Tercio! hay algunos momentos -cierto que son pocos- que también escapan de lo generalizado. Luego, cuando los sucesos habían devenido parte de la historia y el paso del tiempo había hecho ya innecesaria cualquier labor

propagandística para allegar efectivos humanos hasta las Banderas del Tercio, la idealización volvería a convertirse en materia literaria en los dos títulos de última hora. Tanto La Legión desnuda como Del breviario de Juan Morena optan por un tono epopéyico, de imponderado elogio al Cuerpo y a sus miembros, en contraposición, también en ambos casos, a la denostada imagen de políticos y gobernantes, cuyas pacatas conductas no sólo fueron causa de los desastres militares de España en Marruecos, sino incluso, al decir de Macfá Serrano en el primero de estos relatos, del desgobierno y la "guerra" interna que vivió el país durante aquellos años.

El legionario fabulado llega hasta el banderín de enganche empujado de forma casi indefectible por un pasado poco propicio. Las más de las veces, arrastrado por los consabidos vicios de juego, vino y mujeres, bien por separado o de consuno, o por desgraciadas historias amorosas. Entre las primeras situaciones, sobresale por ejemplo la de Miguel, conocido como el *Cínico*, uno de los coprotagonistas de Los del Tercio en Tánger, que, habiendo sido capitán del ejército, perdió empleo, porvenir y honor en el casino, donde se jugó un dinero que no tenía. Hoy purga sus faltas como simple legionario. Y, en este mismo sentido hay que inscribir el aún más melodramático caso de Juan León, en Juan León, legionario, al que alcohol y juego empujaron a la ruina y a la pérdida de hogar y familia. Más abundantes son los que purgan penas de amor, como Juan Ferragut, el narrador protagonista de las Memorias de un legionario, al que la incomprensión y la fatalidad alejaron de su amada, prefiriendo venir a buscar una casi segura muerte que seguir viviendo en tal desconsuelo. Idéntico impulso sintió Pepe Cruz, otro de los personajes de Los del Tercio en Tánger. Ya un poco distinto se presenta el pasado de Telmo de las Heras de Castilla y Aragón, o Lisandro Morisqueta, falso nombre con el que se enrola el personaje central de La conquista de Alhucemas o en el Tercio está el amor, cuyos pasos se han dirigido hacia la Legión ante la evidencia del adulterio de su mujer. Y aún más estrafalaria hay que entender la situación de Juan Morena, el catedrático de filosofía, quien en su Breviario deja constancia de la desgracia que le acarreó la inverosímil peripecia vivida con su ya fallecida ex alumna.

Tampoco resulta infrecuente que la razón obedezca a intentos para eludir la acción de la justicia, en tal situación se encuentran Raúl Mayer, en ¡Los que fuimos al Tercio!, o Carlos Piqueras, el anarquista huido de la policía en La Legión desnuda; el natural impulso belicoso o la sed de aventuras, cual le sucede al joven Pérez, otro de los coprotagonistas de Los del Tercio en Tánger; un ardiente sentimiento patriótico, como el que tardíamente se despierta en Carlos, el narrador de Lupo, sargento, y que por la coincidencia de nombre puede muy bien ser trasunto del propio autor, y también legionario, Carlos Micó; incluso la nostalgia de guerrear, argumento recurrente entre los extranjeros que combaten bajo estas banderas o entre nacionales veteranos de otras guerras, como le sucede a Diego, antiguo miembro de la Legión extranjera francesa, en Bajo el sol enemigo. Sin que en ocasiones falten motivos que exigen un notable ejercicio de credulidad por parte del lector, porque sin ella quién iba a dar por cierto, por ejemplo, que un fraile escapado del convento llegase hasta las filas de la Legión por penitencia, según declara Fernando Sande en La Legión desnuda; o que un joven se enrolase en el Tercio con el peregrino objeto de reunir el dinero necesario para operar a su madre de cataratas, lo que lleva a cabo Benito, otro de los protagonistas de Bajo el sol enemigo; o, por seguir con esta misma novela, qué terrateniente acaudalado iba a obligar a su hijo a combatir en este Cuerpo durante la guerra de Marruecos -lo que suponía una muerte bastante probable- para que allí se reformase de sus anteriores calaveradas, como pretende el progenitor de Hernán, el tercero de los protagonistas.

Ros Andreu presenta, en La conquista de Alhucemas o en el Tercio está el amor, dos planteamientos sobre la caracterización de estos soldados, que, si desde el punto de vista real podrían más bien considerarse falaces, desde la perspectiva de estas narraciones se convierten en recurrentes. Por un lado, encasilla a los legionarios en dos clases de hombres: los delincuentes y los caballeros descarriados. Por otro, pretende convertir este Cuerpo en una suerte de ateneo cultural: "Aquellos hombres entre los que había abogados, artistas, condes y aventureros de fama."⁶⁴ En cuanto al primero, conviene decir que, aunque en estas novelas no abundan los perseguidos por la justicia -que también aparece alguno- sí hay una densa

población de aristócratas, que cubren casi todo el espectro de los títulos nobiliarios. Comenzando por un marqués, Telmo de las Eras de Castilla y Aragón, en La conquista de Alhucemas; siguiendo por un vizconde y un conde, como Hernán Ramírez de Velasco -en Bajo el sol enemigo- y José Eduardo de Maeztu y Ponce de León -en ¡Los que fuimos al Tercio!; para acabar con la más que hiperbolizada alcurnia de Leonardo Álvarez de Toledo, que, además de un ducado y un marquesado, poseía "títulos cuya rancia nobleza envidiaría un rey"⁶⁵. Por lo que respecta al lustre cultural, con la sola excepción del catedrático y filósofo Juan Morena, parece algo exagerada la apreciación de Ros Andreu, aunque no escasee la tendencia a escribir entre los legionarios. Las Memorias de un legionario, se supone que es el libro que Ferragut va componiendo en sus ratos de ocio. Al igual que ¡Los que fuimos al Tercio!, compilación de crónicas que los varios protagonistas van redactando para un periódico. Y Lisandro Morisqueta, en La conquista de Alhucemas, entretiene su convalecencia hospitalaria poniendo por escrito algunas impresiones sobre la guerra, que luego enviará a un diario de provincias. Hasta quien no da muestras de facilidad de pluma, es capaz de elaborar cursis ensoñaciones cuasi líricas ante las tierras africanas, como le sucede a Hernán, en el relato de Antonio de Hoyos y Vinent. Claro que en él quedan sobradamente justificadas dada su "alma de poeta".

Retomando el asunto primero, la mayoría de los motivos que han traído a estos personajes hasta La legión propenden a envolverlos en una aureola de marginalidad, en la atmósfera de esa convención literaria que ha venido designándose como mitología romántica del perdedor, expresada con frecuencia mediante trazos sentimentales reiterados de una a otra narración:

"Naúfragos de la vida, rotos en casi todos los casos por la desesperación o por el anónimo los lazos cordiales que nos ataban a lo que fue nuestra casa o nuestro amor o nuestra amistad, ¿quién puede recordarnos?"⁶⁶

"(...) almas débiles, cuerpos, a veces, depauperados por el alcohol o el mal destino, seres perseguidos por una justicia a veces injusta u hombres que llevan como Sísifo la roca de los dolores a la espalda."⁶⁷

Ya en este primer punto se aparta Fermín Galán de lo consabido, aunque algún personaje de otra narración presente rasgos en cierta forma concomitantes con los de su protagonista. Un vivo ejemplo de ello puede apreciarse en Luisillo, en Juan León, legionario, quien ha optado por la vida legionaria porque después de familiarizarse con el hambre y la miseria "no se resignó a ser un despojo"⁶⁸. Sin embargo, es en La barbarie organizada donde la revisión de planteamientos se hace evidente. Sus personajes también han sido empujados al Tercio por su vida anterior: "Tras nosotros no suele haber ningún pasado agradable. Ninguno fue de felicidad y de esplendor"⁶⁹, pero, siguiendo el sentir del protagonista, lo que ennegrece ese pasado hay que atribuirlo a la falta de trabajo, la miseria y el hambre:

"Las fuerzas me faltan en mi ya larga peregrinación de hambriento. He llamado aquí. Allá, he pedido. En este lado he rogado. En aquel otro me he humillado. No puedo hallar un sitio en donde trabajar y honradamente ganar mi sustento./ Una tarde de otoño gris y helada. El cielo cargado de plomo parece aplastar la vida entera. Fuerza invisible me empuja hacia un banderín de enganche." (Pág. 11).

Estos personajes suelen ir recorriendo un camino a lo largo de la novela que los conducirá a la restitución de cuanto habían perdido. Comienza con el alistamiento, tras el que, en general, sólo existe el impulso de encontrar una bala piadosa, incapaces algunos de disparársela ellos mismos, que ponga fin a sus sufrimientos. No obstante, una vez encuadrados bajo las banderas legionarias, sus iniciales anhelos irán desapareciendo y su necrofilia mudará, las más de las veces, en grata adaptación al medio y en heroicos comportamientos, cuya consecuencia más frecuente es la rehabilitación moral y social de que antes carecían. Así, por ejemplo, Ferragut o Pepe Cruz se reencontrarán con sus respectivos amores perdidos, que les abrirán un nuevo horizonte de felicidad. Lisandro Morisqueta se olvidará de su mujer, hallará un amigo verdadero y un ideal que orienta su vida. Por sus

valerosos y arriesgados servicios prestados a la Legión y a la patria, *El Clínico*, recuperará sus estrellas de capitán. Y Juan Zunueta las alcanzará en un periodo corto de tiempo habiendo partido de soldado raso, según prometía Millán Astray a los valientes. Todavía mucho más propicio les será el futuro a Juan León y a su hijo Luisillo, pues, además de reencontrarse y poder reanudar una tierna relación familiar que la lejanía y el tiempo habían borrado, aquél, tras su licenciamiento, allegará dinero y honor, mientras que a éste le estará esperando un honrado y prometedor trabajo. También hay un contrapunto a tan felices desenlaces, el que manifiestan relatos menos edulcorados. En Tras el águila del César, el legionario Constantino Potere, que purga penas de amor, salía siempre al campo buscando la muerte y, en efecto, la encontró. Tampoco los protagonistas de ¡Los que fuimos al Tercio! hallarán mayor recompensa que la de quedar para siempre en el campo de batalla o, como Mayer, lisiado y con la desesperación de haber perdido a su querido ahijado. Mucho más elocuente aún se antoja el final para el protagonista de La barbarie organizada, cuya desolación anímica tras el regreso a España sólo resulta comparable a la que siente Viance, el personaje -del que me ocuparé en capítulo venidero- creado por Ramón J. Sender en Imán:

"Piso España. Ya estoy otra vez solo. Completamente solo en medio de una civilización exhuberante, en la que nada tengo. Ni pan siquiera para sustentarme a mi llegada. En la que nada soy más que un despojo que se reincorpora a los despojos. Con dolor y espanto voy penetrando en ella." (Pág. 239).

Antes de llegar a estos desenlaces, habrán de recorrer una larga senda. Para empezar, la Legión ofrece a estos hombres una nueva familia, exigente pero acogedora, en la que disfrutan de casi todo lo que les había estado negado hasta entonces: vida sana, agradable comida, algunas pesetas para sus gastos, nuevos amigos en un ambiente de franca camaradería y viril compañerismo, diversión asegurada, vino con frecuencia y mujeres de vez en cuando. Así lo sintetiza, a manera de paradigma, Carlos Micó en uno de sus relatos:

"El pleno aire libre que llena el alma de optimismo y de alegría física, la íntima y cordial emoción de crearse amigos alrededor de un jarro de vino en la conversación

(...) de la cantina, después del toque de silencio; ver de cerca, conocer e intimar con hombres que habíamos supuesto tan extraños y que no son más que unos románticos sentimentales que beben bien y pelean mejor (...) la alegría rebosa en los más, y todos, aun los menos comunicativos, encuentran en la gran familia de la Legión el calor de cordialidad que pudiera heberles faltado."⁷⁰

No obstante, aunque ésta se erija en la más frecuente descripción del ambiente legionario colectivo, una buena parte de los protagonistas también suelen quedar caracterizados por una cierta tendencia a la soledad y al sentimentalismo, fruto casi siempre de la remembranza de su desgraciado pretérito. Envolviendo a sus criaturas en esta atmósfera de tristeza los narradores pretenden dar cierta profundidad a sus personajes destacados, a la vez que enfatizar una suerte de lirismo personal. Aunque es sentimiento que acostumbra a aflorar con más o menos intensidad en bastantes de los legionarios novelescos, la más acabada imagen de este apartamiento de cuanto le rodea la ofrece Juan León, sumido siempre en el silencio y en la nostalgia:

"Terminadas las operaciones, cuando el Tercio volvía en descanso a su hermoso campamento, Juan León volvía a su vida de éxtasis, alejado de todos, encerrado en su mutismo; como emboscado en el surco triste que cruzaba su rostro como una interrogación. Y huía de las cantinas, y de las bromas y de las risas de los hermanos legionarios, para ir a tumbarse en la playa a contemplar horas y horas el azul infinito de aquel mar acogedor y bello."⁷¹

Y por lo que respecta al sentimentalismo, queda casi todo dicho con señalar que constituye uno de los pilares arquitectónicos, si no el fundamental, en la mayoría de estas novelas. Buena parte de ellas, aunque no pueda generalizarse por completo, en realidad no semejan más que relatos sentimentales con el añadido de la guerra, historias de vidas rotas por amores desgraciados o perdidos, fábulas sobre hombres -y mujeres, en algunas ocasiones- que huyen del pasado traicionados por su propia emotividad. Y la recuperación del amor, de la propia estima, incluso de familiares desaparecidos -mediante anagnórisis semejantes a las

de la novela por entregas, tal sucede con Juan León y su hijo Luisillo o entre Marieta y Otto en ¡Los que fuimos al Tercio!-, que acontece durante su estancia en Legión, no refleja sino otra de las habituales convenciones del género. A la vista de estos considerandos, qué extrañeza puede producir que legionarios de dura apariencia se enternezcan como niños, tal y como, por ejemplo, les sucede a Miguel, el *Cínico*, que, en Los del Tercio en Tánger, proporciona a Celia, una mujer de vida descarriada, el dinero necesario para que pueda emprender un nuevo rumbo, y aun se le caen las lágrimas en la despedida de ambos. O al muy curtido Mayer, ablandado al descubrir el sentimiento maternal que anida en Marieta:

"Comprendí toda la angustia de esta pobre madre, en cuyo pecho (...) surgía ahora, potente y sin freno, todo el dolor de su instinto maternal (...) tantos años dormido en su alma pecadora. Y me emocioné blandamente. ¡Cómo no me voy a emocionar viendo a Marieta, de la que todos pensábamos que tenía el corazón seco e infecundo (...) suspirar y temer, sufrir y llorar por un hijo que hacía sólo unos minutos que había nacido en su corazón!"⁷²

Otro elemento que contribuye al sentimentalismo en estos relatos lo proporcionan las legionarias. Mujeres "que comparten con los legionarios las horas de paz y de guerra"⁷³, y que a menudo se convierten en consuelo de estos soldados. Atendiendo a su condición personal y social vienen a ser el equivalente femenino del legionario. Se encontraban al límite y han hallado entre estas tropas su última posibilidad de anclaje con la vida: "Mujeres que, rodando por el mundo, llegan un buen día a la Legión, y unen a ella su suerte compartiendo con sus hombres las penalidades y peligros de la guerra"⁷⁴.

Su estatuto narrativo suele adecuarse al de personajes anónimos o muy secundarios, aunque en algún relato gocen de mayor relieve. Dentro de estas figuras, destaca Lolilla, indiscutible protagonista de Mi legionario, que tras haber sufrido la deshonra y rodar por prostíbulos, encuentra el amor en brazos de un capitán legionario. Su perfil se aparta un poco del arquetipo de la mujer en estas novelas, en cuanto que no comparte las penalidades del soldado; sin embargo, su trayectoria previa y el trágico desenlace de su amado y de su vida,

propio de este tipo de narración popular y sensiblera, le dan un aire homogéneo y familiar con gran parte de los personajes que pueblan estas fábulas. En un escalón inferior dentro del estatuto narrativo pero con cierto realce, encontramos a la *Marquesa*, en Juan León, legionario; a la *Machona*, en La conquista de Alhucemas; o a Marieta, en ¡Los que fuimos al Tercio!. Ejemplos todas ellas de la mujer legionaria, que no sólo se convierte en el descanso del guerrero, sino también en báculo sentimental de estos hombres e inextimable y generosa ayuda para el soldado durante el combate:

"Lo más admirable de toda esta fauna amorosa es su noble y generoso desprendimiento y su conducta abnegada en la guerra (...) En la inmediación de algún puesto de socorro, en el frente, veréis siempre a alguna de estas mujeres ofrecer sus licores y viandas a los heridos que llegan (...) en estos trances de guerra, en los que nadie se acuerda de pagar, ni siquiera de agradecer con una mirada o una sonrisa el gesto abnegado y piadoso de estas mujeres. ¡Si las vierais llorar amargamente al pie de las camillas cuando el que la ocupa es oficial o legionario que hubiera guardado con ellas alguna atención entre las constantes pullas y maltrato que reciben! Ellas practican la caridad a su modo, y en cada hombre que cae van dejando algo de su corazón." ⁷⁵

Tal y como se puede apreciar en el anterior fragmento, los narradores acostumbran a caracterizar a estos personajes con un tono más bien sensiblero, tal vez para indicar que no han perdido del todo la ternura a pesar de las duras condiciones de su vivir y del contacto con los rudos legionarios, o también porque su función dentro del relato, cuando no queda reducida a una mera referencia ambiental, se fundamenta en dar pie a alguna historia de amor. Esto es lo que sucede en las tres novelas antes mencionadas, donde su imagen se agranda hasta alcanzar rasgos de protagonismo. Los personajes femeninos de sendos relatos reproducen aproximadamente un mismo tipo: la mujer mala y buena al mismo tiempo. Tanto la *Marquesa*, como la *Machona* y Marieta, maltratadas por la vida, han llegado a la Legión un momento antes de convertirse en despojos humanos. Hundidas en los abismos de la

prostitución y del alcoholismo -esto último sólo en el caso de *la Machona*- serán redimidas por el trabajo y el esfuerzo de la vida legionaria, pero sobre todo por el amor. Su belleza y su fuerza de carácter les reputará la consideración de sus compañeros, y su abnegada entrega para todo tipo de labores las convertirá en inextimable ayuda y consuelo para el soldado, tanto en los momentos de lucha como en los de descanso. Además, y esto eleva su rango dentro de la narración, hallarán en la persona de algún legionario cauce adecuado donde verter toda la afectividad y ternura que hasta entonces habían malgastado. Estas relaciones darán pie para que los narradores lastren sus historias con todo tipo de escenas y situaciones folletinescas. En Juan León, legionario, donde, tal vez por su condición de novela breve, este aspecto aparece menos marcado, la *Marquesa* encontrará primero protección y paternal amistad en el protagonista y, más tarde, amor verdadero en Luisillo, el recuperado hijo de Juan León, y sus vidas quedarán ya entrelazadas para siempre. El futuro no devendrá, sin embargo, tan alagüeño para las heroínas de los otros dos relatos. La *Machona*, en La conquista de Alhucemas, se enamora perdidamente de Lisandro Morisqueta, y para mantener este amor se entrega del todo al legionario, no sólo dándole un hijo, sino apartándose de sus anteriores vicios y transformándose en una mujer nueva. A pesar de ello, los prejuicios del aristocrático carácter de Lisandro -o Telmo de las Eras de Castilla y Aragón-, que una y otra vez la rechaza por su poco respetable pasado, le impedirán culminar sus anhelos, relegándola a una vida honrada pero insatisfactoria:

"La *Machona*, recuperado ya su verdadero nombre, vive con María y el capitán X..., en concepto de ama de llaves e institutriz de su propio hijo, que para la sociedad lo es del matrimonio a quien sirve. Y en sus horas de añoranza, sueña con ser algún día la esposa legítima de Telmo de las Eras de Castilla y Aragón." (Pág. 328).

Aún más trágicas serán las consecuencias para Marieta y alguno de los legionarios en ¡Los que fuimos al Tercio!, novela en la que las relaciones amorosas acentúan lo folletinesco con mayor intensidad todavía que en las dos anteriores. Esta mujer, que recorre el mundo en busca de un hijo del que tuvo que separarse, alterna la abnegación profesional en calidad de

enfermera de la Legión con el más casquivano comportamiento: "Marieta solía ser romántica a su manera. A cada nuevo amor dedicábale una o dos semanas de lirismo y de ojos blancos. A todos les juraba que era su primer amor, aunque pasaran de la docena los que habían compartido con ella luna, boca, cama y mesa."⁷⁶ Tras haberse relacionado con casi todos los protagonistas, se encapricha de Otto, el más joven de todos ellos. Por él llega a sentir amor verdadero y muda de conducta. Sin embargo, el pasado se interpone entre ambos. La presencia de unos legionarios alemanes le desvela que Otto es el hijo que durante mucho tiempo ha estado tratando de encontrar. Horrorizada al descubrir la raíz incestuosa de su pasión, envuelta en remordimientos abandona la Legión. Otto, destrozado primero por su ausencia y luego por la revelación, busca la muerte deliberada en cuanto el combate le brinda la oportunidad.

En el resto de los relatos este tipo de historias suelen quedar en un discreto segundo plano narrativo o no pasar de meras anécdotas episódicas con escaso relieve y personajes de mera comparsa. Si bien hay que constatar que en los relatos más próximos al presente, en La Legión desnuda y en Del breviario de Juan Morena la figura de la mujer sufre una cierta mutación: la descarriada o caída en desgracia desaparece de sus páginas y deja paso a un tipo de señorita de impoluta honradez e incluso de buena familia, la cual, contraviniendo las tradicionales normas de conducta social, se enamora del desdichado, aunque en ambos títulos tampoco pueda considerarse al hombre exponente canónico de los deshechos de la colectividad. Sin duda, ambos modelos, el femenino y el masculino, extraídos de allende lo bien visto, ya no resultaban presentables y se dulcificaron sus perfiles para hacerlos más digeribles a la nueva época. Un cambio que no sólo restó frescura sino, incluso verosimilitud a la fábula.

Cabe generalizar, no obstante, que la presencia del personaje femenino reporta todos los beneficios señalados, mientras que su ausencia significa la imposibilidad de encontrar cauce adecuado para satisfacer las necesidades biológicas del soldado, lo cual constituye un riesgo que - si en el capítulo "Convoy de amor", de El bloqueo, será causa de un crimen, según

veremos en epígrafe venidero- en La barbarie organizada dará origen a una grotesca escena de bestialismo, mediante la cual Galán testimonia otro de los inconvenientes de la vida en posiciones aisladas, y por extensión, de la guerra:

"Ruibal y él vienen con una burrita de talla insignificante, ambos riéndose a carcajadas.../ Sin resistencia meten al animal dentro (...)/ En el rincón de la menestra, oculta a las miradas por una tela de lona, atan a la burra. Primero está con ella Ruibal. Luego Brabante. Luego otros... Todos salen con la cara congestionada y abrochándose. Todos lo toman a broma. Pero todos entran." (Pág. 68).

El retrato literario de la Legión se completa con un buen número de detalles que, esparcidos por las páginas de estas narraciones, van dando noticia sobre los hábitos, costumbres y condiciones de vida de estos soldados: comidas, pagas, premios, canciones, disciplina, entrenamiento en su campamento de Dar Riffien o modos de diversión. Todo ello contribuye a crear una ambientación externa de carácter verista en la recreación novelesca.

Otros aspectos también destacados, aunque ya bastante secundarios en la trama novelesca, vienen dados por el retrato de jefes y oficiales y el régimen disciplinario. Por lo que respecta a la oficialidad, suele estar dotada de una más que notable competencia en la dirección de las tropas y su conducta en el combate resulta ejemplificadora para los soldados, bien por la frialdad de temple con que afrontan el peligro: "El ejemplo de los jefes y oficiales de la Legión que allí iban [en las barcasas durante el desembarco de Alhucemas], era consolador para los legionarios tímidos"⁷⁷, o bien por su inmovible firmeza en los más arriesgados trances, que les hace optar por la muerte antes que por el abandono de una posición, como el valeroso personaje que retrata Antonio Hoyos:

"-(...) Yo no soy un héroe, soy un hombre de estudio, de despacho, un oficinista casi...; pero he jurado fidelidad a mi bandera, tengo la consigna de no moverme de aquí y de aquí no me muevo hasta que me maten [lo que no tardó en suceder]."⁷⁸

Estas elogiabiles cualidades, unidas al especial tacto con que tratan a los legionarios, los convierten en perfectos superiores, casi líderes natos: "los legionarios deliran por sus

oficiales"⁷⁹. Caracterizados a la vez como "enérgicos y cordiales"⁸⁰, mantienen una relación fraternal con el soldado y disfrutan de su estima y hasta de su cariño: "El teniente Castilla, un muchacho que casi podía ser nuestro hijo y a quien pronto quisimos como a un padre. Ejercía entre nosotros una sugestiva influencia que nos hacía querele y temerle, todo a un tiempo."⁸¹ No resultan tampoco infrecuentes las circunstancias en que evidencian un desvelo casi maternal por sus hombres:

"Vienen los camilleros y me recogen. Al pasar junto a mi teniente me acaricia la frente con la mano y me dice:

'-No tengas cuidado que pronto nos veremos." (Del breviario, pág. 28).

Una afectividad que a veces muda en amistoso paternalismo, que, en el caso de algún oficial, llega incluso a una especie de tutoría sentimental. Algo que, curiosamente, sucede en el relato de Fermín Galán, no muy diferente en este aspecto con respecto a los demás:

"El comandante llega. Viene solo. Se sienta en una silla cerca de la cabecera. Me habla paternalmente. Quiere saber las razones que me han impulsado al suicidio.

'-Debes comprender -me dice- que por muy grandes que sean tus íntimos motivos, eres muy joven. Con el tiempo, los sinsabores de hoy, se diluyen para dejar paso a nuevas sensaciones de goce y de optimismo (...)/ Cuando necesites una ayuda, un consuelo, acude a mí. Como si yo fuera tu mejor amigo."⁸²

La Legión, en suma, viene a ser, según explicita Canós Fenollosa en Del breviario, una suerte de familia, con un acertado reparto de papeles paternos y filiales:

"Los oficiales no se aíslan de su ámbito propio, sino que quieren acercarse a sus hombres, conocerlos, tratarlos y cuidar de ellos con cariñosa solicitud. No es que no exijan la más absoluta disciplina, no, en manera alguna. La disciplina es férrea y los castigos duros; pero el legionario que se conduce bien siente sobre sí la protección de sus oficiales. Es como si fuéramos, unos y otros, una familia." (Pág. 13).

La única excepción entre estos sensibles y casi bondadosos oficiales la constituye un personaje episódico en la novela de Asenjo Alonso, un teniente cuya crueldad, además de

haberle hecho ganarse un sintomático apodo, lo ha apartado de la estima de sus soldados: "Teniente duro y sin entrañas, a quien llamábamos Judas, que nos habla con la fusta y es quien más legionarios envía al pelotón de castigos, que Dios maldiga."⁸³

Aunque no abunden, tampoco los retratos de los máximos jefes legionarios desmerecen los de sus oficiales. Arropados siempre por un tono laudatorio varios de ellos aparecen fugazmente en algunos de estos relatos. Millán Astray se convierte en el modelo de guerrero y de jefe en el poema que Luys Santa Marina le dedica, y cuyo primer verso sirve de ilustración suficiente sobre su perfil literario: "Quien una vez le vio, ya no le olvida"⁸⁴. Y multiples y reiteradas son las manifestaciones que elogian su carisma. Así lo presenta, por ejemplo, Asenjo Alonso en ¡Los que fuimos al Tercio!: _____

"Un hombre mitad ídolo y mitad caudillo, de verbo cálido y corazón ardiente. Un hombre, un militar en el que se han dado las virtudes de un conductor de muchedumbres." (Pág. 73).

Y con parecidos términos lo muestra Canós Fenollosa en Del breviario:

"En Riffien, tuve ocasión, varias veces, de ver y escuchar al teniente coronel Millán Astray. Su continente es marcial por demás y lo que dice, cuando arenga, llega directamente al corazón del oyente. Yo me he sobrecogido al escucharle." (Pág. 16).

También Valenzuela y Franco, los sucesivos jefes de la Legión, ocupan un breve lugar en algunas de estas narraciones y, aunque la atención sea menor que la dedicada a Millán Astray, no hay rebaja en la alabanza. De Franco, por ejemplo, figura que aparece en bastantes de los relatos, se destaca su apariencia juvenil: " Es tan joven que a no ser por las estrellas de ocho puntas en las bocamangas, parecería un oficial subalterno."⁸⁵ Una imagen, casi infantil en algunas descripciones, que contrasta con su sobriedad de gestos y su frío temple de valeroso soldado y muy cualificado jefe:

"¡Bravo militar este comandante nuestro, con cara de niño y ojos vivaces! Es el ídolo de los legionarios. Para él, la guerra tiene la sencillez de un juego agradable. No es el jefe de la arenga ni del gesto. Se pone encarnado como una muchacha si alguien le

felicita y huye del elogio -después de una acción ruda- como si hubiera cometido una travesura y temiera a la reprimenda... Él no sabe más que una cosa: ponerse el primero, y ser, como la cosa más simple del mundo, el más valiente de todos."⁸⁶

El régimen disciplinario, al que se alude con reiteración, junto con la remembranza del aciago pasado y la propia acción bélica -aunque esta última sólo en algunos casos-, constituye el único elemento capaz de perturbar el vivir del legionario. No obstante, al tratarse de narraciones que en su mayoría optan por un decidido tono laudatorio para el Cuerpo, tampoco se acentúa demasiado aquello que pudiera contribuir a vituperarlo o ensobrecerlo. Toda referencia a la dureza disciplinaria o a los castigos a que se hacía acreedor quien infringía las normas y reglas legionarias queda así reducida a mera circunstancia ocasional. Nada, o casi nada, de la brutalidad con que se sancionaba cualquier falta en el Tercio queda reflejado aquí, a pesar de que no falten testimonios reales que hablan de verdaderas atrocidades cometidas en nombre de un orden que los jefes y oficiales de estas unidades decían necesario. Basten como ejemplo algunos artículos aparecidos en la prensa de la época o las palabras de Adelardo Fernández Arias, periodista que realizó un viaje por el Marruecos español y en 1933 publicó Vísperas de sangre en Marruecos, libro de tipo reportaje en el que recogía sus impresiones sobre muy variados asuntos, el cual refiriéndose al funcionamiento de la Legión se expresaba en los siguientes términos:

"La disciplina del Tercio era de hierro: nada de consejos sumarísimos, nada de Código de Justicia militar. Cuando algún legionario faltaba a la disciplina, un tiro inmediato era el mejor ejemplo para mantener la disciplina." (Pág. 40).

En estos relatos se hace habitual que los castigos queden circunscritos a los pendencieros o a los desertores, cobardes que suelen encontrar de este modo su justa sanción. La pena impuesta suele consistir en trabajos forzados o en acudir a la línea de fuego armados tan sólo de picos y palas para construir trincheras o hacer parapetos mientras los demás combaten. Sin embargo, a menudo entre líneas y otras veces de forma explícita, en algunos de ellos puede entreverse una bien distinta realidad. En una novela tan pro militarista como El camillero de

la Legión se señala en determinado momento: "Ningún legionario corriendo en círculo cargando con un saco de piedras lleno, alrededor de un vigilante"⁸⁷, lo que induce a suponer que en otros momentos alguno penaría sus culpas de esta manera. Y La Legión desnuda también se hace eco de esta habitual sanción: "Un legionario, con un saco a la espalda, describía, corriendo, siempre el mismo círculo alrededor de un cabo, que ni siquiera lo miraba"⁸⁸. La explicitación incontestable llega en La conquista de Alhucemas o en Tercio está el amor y en La barbarie organizada. En aquélla, resulta un tanto extraño a primera vista dado su carácter elogioso en lo que a la guerra y a la Legión se refiere. Creo que puede aventurarse que ello se debió al declarado afán de crónica de la realidad que en determinados aspectos presenta la novela más que a una voluntad crítica, que en rigor no se trasmite por parte alguna. Aquí las imágenes de castigos no sólo confirman lo que en las anteriores narraciones quedaba como virtualidad o mencionado de pasada, sino que un personaje cuestiona la justicia de este sistema: "bien está que se castigue al culpable; pero que tengan una misma pena el desertor y el pobre diablo que ha tenido la debilidad de reirse en una formación", (pág. 216). Y la brutalidad del régimen disciplinario se manifiesta con total crudeza:

"A un alemán le tocó en suerte una naranja medio podrida y la arrojó al suelo con desprecio. El oficial le intimó a que la recogiese: el alemán se negó a ello. Nueva intimidación del oficial y nueva negación del legionario (...) Entonces amenazó al legionario con darle un tiro si no recogía la naranja, aunque luego no se la comiese y le diesen otra u otras sanas. El alemán se mantuvo altivo y ofreció su pecho a la pistola del oficial (...) Y disparó hiriéndole en el hombro izquierdo." (Pág. 31).

En la novela de Galán, aunque tampoco cargue las tintas en este aspecto, la intención evidencia una clara censura de los métodos violentos, brutales en ocasiones, de disuadir las conductas contrarias a las normas o de la desertión, que si no justifica, sí trata de entender:

"El desertor que se captura es duramente castigado (...) El impulso de la deserción, sin embargo, no pueden entenderlo los códigos ni los jueces, aun cuando unos y otros los castiguen con la brutalidad propia de la brutalidad profesional."⁸⁹

Con ser todos los anteriores aspectos importantes, quedarían en poco y no se haría justicia a la imagen literaria del legionario si no se tratase de su faceta como combatiente. Si en todos estos relatos el reflejo de la guerra queda casi reducido a un sucesión de escenas bélicas, el motivo se debe a que ésta es la razón que justifica la existencia de sus personajes. En los momentos de lucha estos hombres pueden dar cuanto de bueno hay en ellos, convirtiéndose así en situación propicia para ayudar a forjar leyendas, como la de Juan León, que, merced a su audacia y al respeto que las balas guardan a su cuerpo, se gana la admiración de compañeros y enemigos:

"(...) Al descubrir la silueta del viejo legionario una lluvia de plomo bordó su figura en el espacio. Los legionarios cerraron los ojos... Pero Juan León seguía en pie (...)/ Entonces sucedió algo insólito. Enmudecieron los fusiles enemigos. Un silencio trágico se hizo en el profundo barranco. En uno y otro lado, los combatientes cesaron el fuego asombrados ante el gesto audaz del viejo legionario." (Pág. 14).

O las menos legendarias pero no menos estimables de Juan Zunueta en La Legión desnuda y de Juan Morena en Del breviario. Al primero, su reiterado valor en el combate le granjeó varias heridas pero también las estrellas de capitán. Mientras que el segundo si no hizo carrera tan sólo se debió a su oposición a aceptar ascensos, pero concitó toda la estima de sus oficiales y compañeros. Incluso aun en aquellos que como Benito, en Bajo el sol enemigo, habían acudido allí empujados tan sólo por la mera necesidad económica, sin estímulo guerrero ni patriotismo alguno y hasta sintiéndose cobardes, la Legión supo encontrar un fondo de coraje y valentía. A partir de esta premisa, se concitan toda suerte de tópicos sobre el arrojo, la temeridad y el heroísmo en su caracterización: "En aquella tropa aventurera y desesperada, el culto al valor era una idolatría."⁹⁰

Al igual que sucedía en la mayoría de las narraciones sobre la campaña del siglo anterior, también en los relatos legionarios se prodigan los ejemplos que evidencian como el soldado acude al combate despreocupado, arropado por un ardor eufórico, derrochando festividad de ánimo:

"El buen humor se desbordaba en el bullicioso cortejo de los paladines. Estábamos contentos porque íbamos a entrar en fuego y, probablemente, hasta se nos daría ocasión de tomar parte en un ataque a la bayoneta."⁹¹

"Por la conversación de los legionarios en tales momentos, nadie sospecharía que iban a la guerra, a la muerte; derrochaban un inagotable buen humor más propio de quienes van a la victoria segura, que de quienes esperan habérselas con un enemigo feroz."⁹²

"Van a la muerte, casi seguros de encontrarla, cantando y gritando: ¡Viva la Legión!, con una especie de borrachera emocional y lírica."⁹³

Gran parte de estos hombres han venido en busca de la muerte, por lo que su cotidiana presencia tampoco supone freno alguno para tan ilimitada temeridad: "A pesar del combate y de las víctimas, la animación no decayó aquella noche en el campamento, hasta tal extremo de que, al pasar la lista de retreta que es cuando se supo el número exacto de las bajas que tuvo cada Compañía, ya muchos de los legionarios estaban borrachos"⁹⁴. A menudo la propia muerte se convierte en cima de la gloria militar:

"Se vio perdido; en un último y supremo esfuerzo, herido ya, desangrándose, turbados los ojos y temblorosas las manos, arrancó la tela [la bandera], apretóla contra su pecho cubierto de sangre y alzándose ante ellos [los enemigos] gritó con toda su alma:/ ¡Viva España!/ Una descarga cerrada le tiró al suelo, como un muñeco roto."⁹⁵

Otras veces, sin embargo, no constituye más que mera circunstancia del vivir cotidiano carente de todo dramatismo: "Una bala le entró por la frente./ El camillero que fue a recogerle, también murió; pero otro, en dos viajes, los trajo a los dos."⁹⁶ El relato de Santa

Marina resulta en este sentido modélico, porque a través de sus páginas va elaborando una desmitificación de la muerte por varios procedimientos. Bien reflejándola como acontecimiento habitual: "Nuestros muertos. Apunté los nombres para darles de baja en la Compañía, pues, por lo demás, a nadie importaba su suerte."⁹⁷ O bien mediante la expansión lírica: "Doña Muerte la bella, que me habló una noche de néctar (...)/ 'Soy la madrina, el hada madrina de los valientes, de los que al sentir mis labios y mi aliento de extrahumano perfume no tiemblan... no tiemblan y sonrén."⁹⁸ Pero, sobre todo a través de su ya mencionado humorismo truculento:

"Los muertos estaban en un montón: los cogían entre dos, uno por la cabeza y el otro por los pies; les daban balance: ¡a la una...!, ¡a las dos...!, ¡y a las tres! Y soltaban: iban por el aire y caían en la fosa como Dios quería./ Se oía el golpe de los cuerpos contra la arena.

'-¡Otro que llegó sin novedad...! (...)

'Allí cerca, sentado en una caja de balas, *Fabio* atacaba briosamente a un chorizo duro de corazón:

'-El muerto al hoyo, y el vivo al bollo -comentó entre dos bocados."⁹⁹

Aunque la euforia belicista devenga tono casi unánime de estas novelas, algunas se apartan del estandarizado modelo. En ¡Los que fuimos al Tercio!, tal festividad de ánimo ya se va atemperando en el interior del soldado: "Aquella alegría era sólo a flor de labios. La procesión iba por dentro"¹⁰⁰. Y, salvo para algunos inconscientes, tampoco parece que su tan entonado noviazgo con la muerte sea un compromiso muy firme: "Por amargo y acusador que fuera su pasado, ninguno buscaba la muerte como una liberación."¹⁰¹ Sin embargo, tan sólo el relato de Fermín Galán, La barbarie organizada, desmonta toda esta falaz imaginaria sobre la guerra y la muerte. Comienza poniendo en tela de juicio la propia voluntariedad soldadesca de los legionarios:

"-¿Voluntario? -le respondo-. Voluntario he venido; pero forzosamente empujado por los azares de la vida...

'-¡Ah! -exclama-. Es lo de todos. Es nuestra paradoja. Voluntarios de una voluntad ajena a la voluntad nuestra." (Pág. 28).

Después, rebaja su temeridad hasta adecuarla a los habituales parámetros del hombre común: "Muy cerca de mí, cae herido un compañero. 'Recogedme, recogedme', grita. Su voz vibra con el miedo que todos tenemos a quedar en el campo abandonado."¹⁰² Para acabar liquidando el mito del heroísmo legionario. Lo que otros narradores atribufan a innata temeridad, arrojo personal e iniciativa del soldado, lo ha mudado Galán en obligado gregarismo:

"-¿Y por qué hemos de venir a combatir con esta gente que nada nos ha hecho? (...) Las respuestas son evasivas. Todas ellas, sin embargo, parecen decir: 'Lo mandan. Habrá motivo.' En nosotros no hay ninguna idea, ninguna intuición crítica, ningún juicio que desentrañe la misión que cumplimos. Nuestro único guía merital es el mando. No concebimos nada, sin uno que ordene. El hecho simple del mando es para nosotros una razón suficiente (...) Estamos aquí porque lo mandan." (Pág. 72).

También en lo que respecta a la muerte resulta esclarecedora la interpretación que ofrece su narrador protagonista:

"Diríase que la muerte es esperada por todos con una resignación maravillosa. Pero no: no es indiferencia, no es resignación. Es inconsciencia, adquirida con el hábito en un ambiente uniforme y único." (Pág. 72).

No sólo ha desaparecido todo atisbo de grandeza, sino que incluso se niega el cabal discernimiento con que los soldados la afrontan. Consecuentemente con las ideas humanitaristas y libertarias que guían los pasos del autor, se exonera de toda culpa al individuo, al que no puede acusarse de negligencia alguna en su capacidad de raciocinio, para hacer recaer la completa responsabilidad en la atmósfera que crea la propia institución legionaria, que aliena y embrutece a sus miembros, despojándolos de toda sensibilidad. Nueva evidencia de la decidida requisitoria que mediante esta novela lanzó Fermín Galán contra la guerra y contra sus perversas consecuencias.

Por último, en lo que se refiere a la recreación bélica hay que hacer mención también al enemigo, aunque en estos relatos su entidad quede un tanto desdibujada. Además de las muy abundantes muestras de la ya referida saña con que se emplea contra los heridos y prisioneros españoles, el rasgo más destacado del rifeño lo perfila su capacidad para hacer la guerra. Son combatientes duros, curtidos por el hábito de pelear, a los que hay que desalojar de sus posiciones a punta de bayoneta porque la refriega los embriaga: "Rotos, ensangrentados, mal heridos, luchaban hasta morir"¹⁰³. Por otro lado, su presencia resulta errática, sombras casi evanescentes en muchas ocasiones, que amparándose en un bien conocido terreno o en la oscuridad de la noche golpean a las columnas legionarias desde su invisibilidad: "¡No se ve al enemigo! Esta es una de las desesperaciones de la guerra de África: que no se suele ver al moro que dispara contra uno"¹⁰⁴. Lo que unido a sus escasas necesidades, a su resistencia física y a un veloz adiestramiento en las tácticas de guerrillas, los convierte en enemigos de temer. Así lo plasma Asenjo Alonso en el más acabado retrato que sobre su figura puede encontrarse en estas narraciones:

"El moro que teníamos enfrente era de los enemigos más temibles que podían oponerse a un soldado en la guerra. Dueño y conocedor de su terreno, que tantas veces ha medido con sus piernas de acero (...) tiene la virtud de colocarse siempre en lo más inexpugnable de él, plegándose a los accidentes que mejor le cubren sin impedirle ofender (...) Su equipo de soldado se reduce a bien poco. Una simple chilaba cubre sus morenas carnes (...) Sobre la capucha pone las municiones de boca y guerra: unos higos o unas cebollas entre los cartuchos de su 'paco' (...) El moro parece muchas veces que es un accidente más del propio terreno. Se ata a la cabeza ramaje que arranca de sus observatorios, y con ella se cubre de nuestra mirada (...) Es, en suma, un enemigo de tal sagacidad para su oficio de guerrear, que jamás se hace visible, aunque sintamos vibrar a pocos pasos la hierba de enfrente por efecto de sus disparos."¹⁰⁵

No reparó este autor, ni tampoco los restantes, en que ésta era la consecuente respuesta bélica del débil frente al fuerte, de aquellos que habían sido empujados a defender su tierra contra la prepotencia de un poderoso ejército colonial. Algo de esto sí se deja ver en La barbarie organizada, que, también en lo referente a este asunto, adopta un enfoque particular y más ecuánime. Los rifeños de Galán se muestran tan feroces como los de cualquiera de los otros relatos en su trato hacia los heridos y los prisioneros, sin embargo, presentan un rostro humano. El narrador acerca su mirada hacia ellos para verlos sufrir y huir atemorizados cuando la brutal actuación de las columnas legionarias los obliga a abandonar sus aduares y pertenencias e intentar poner a salvo a sus mujeres, viejos y niños, pero, además, les cede la palabra para que tengan oportunidad de dar a conocer su vivencia de la guerra, cual sucede con Sidi Ali, jefe del poblado donde el protagonista de la novela sufre cautiverio, cuyo razonamiento evidencia la otra faz del conflicto y sintetiza el sentimiento del moro ante la dura realidad que el civilizado europeo le ha impuesto:

"-Pasáis por las kábilas y todo lo destruí. No queréis más que sumisión. ¿Para qué? ¿Por qué no traéis esas cosas sin guerra? Si son buenas todos las queremos (...) Si venís con guerra, es que no venís a traer nada bueno. Y para eso, cada uno debe venir con lo que tienen en su país y dejar a los otros que vivan como quieran." (Pág. 216).

Si la apreciación del marroquí como estrategia militar modifica por completo la que ofrecían los relatos sobre la campaña del siglo anterior, su imagen como persona apenas ha experimentado variación alguna. Su servil apariencia sigue siendo indicio de una latente proclividad a la traición, que hace aflorar en los momentos más propicios para sus intereses. Sigue dominado por el afán de rapiña y por un salvajismo e inmisericordia congénitos. En suma, los mismos lugares comunes que sobre el moro habían venido siendo moneda de uso ordinario en la literatura sobre las guerras de España en Marruecos desde el Diario de Alarcón, y cuyo discurso, con los añadidos coyunturales tras la derrota de Annual, queda compendiado en el relato de Ros Andreu:

"España tenía a sus mismas puertas al enemigo, un enemigo feroz y vengativo, sin más ley que su odio secular contra los cristianos; un enemigo envalentonado porque los vio huir y porque se apoderó de todo o casi todo el material de guerra que tenían en las posiciones que los españoles abandonaron (...)/ Era preciso, pues, humillar la altivez rifeña y rehabilitar el buen nombre del ejército español, y a ello se iba."¹⁰⁶

Ante este panorama, puede sostenerse que en todas estas novelas, dejando al margen la de Galán, el conflicto se encara con un decidido tono de triunfalismo belicista y la imagen de la Legión se adecuaba en todo a la que pretendieron difundir su creador y sus rectores: cuna del heroísmo moderno, quintaesencia de los valores de la milicia y lugar en el que no sólo se rehabilitaban los descarriados sino donde también se brindaba al hombre la ocasión de encontrarse consigo mismo. Fehaciente prueba de cuáles fueron los presupuestos desde los que se escribieron: renunciando a cualquier voluntad de testimonialismo crítico y obviando, cuando no tergiversando, cuanto hubiera podido contrariar o al menos poner en entredicho el discurso oficial. Se optó por dos alternativas poco comprometidas, que en ocasiones se codearon en un mismo relato: el escapismo hacia regiones donde habitaban aventuras poco verosímiles y rancios sentimentalismos, y la creación de mundos de apariencia real, pero falaces y torcidos en su esencia. Unos planteamientos a los que en las últimas novelas, en La Legión desnuda y Del breviario de Juan Morena, hay que añadir una voluntad revisionista de la historia. Sin renunciar a las fórmulas antes citadas, dieron a la fábula una perspectiva ideológica que no había sido frecuente en las narraciones contemporáneas o próximas a la guerra: la exoneración del estamento militar ante cualquier responsabilidad derivada de la actuación en Marruecos, haciendo recaer toda la culpa sobre los timoratos políticos de la época. A manera de mero ejemplo, véanse las palabras de Canós Fenollosa:

"En tanto llega la noticia de que ha sido el gobierno quien ha dado la campaña por acabada./ Ahora que tiene fuerza, los parques bien dotados y unas tropas de élite y prestigio bien ganado, la política pone su mano nefanda en tanta victoria, tanto éxito y tanto espíritu." (Del breviario, pág. 119).

O las aún más contundentes de Maciá Serrano a propósito del desastre de Annual y la inmediata campaña de reconquista del territorio perdido:

"La bandera de España volvería a ondear en todas las posiciones perdidas. El mando, el de África, naturalmente; que el de España, el gobierno, tímido y en sus cabildeos, se quería excusar buscando unas responsabilidades que en él mismo estaban y quería encontrar en los demás..." (*La Legión desnuda*, pág. 150).

Una idea reiterada hasta la saciedad y recurrente en ambos textos, que traduce el más acendrado pensamiento militarista sobre aquellos episodios: un ejército víctima de la ineptitud del poder civil.

En cuanto a los demás elementos coadyuvantes en la creación de la fábula, en la mayoría de los relatos sobresalen, con no muy frecuentes excepciones, el tradicionalismo y la repetición como los más reseñables. En general siguen patrones de carácter popular alejados de todo artificio técnico. Resultan habituales las situaciones folletinescas, la poca - cuando no nula - manipulación de tiempo y espacio narrativos, incluso sorprende la escasa atención prestada para evitar notorias inverosimilitudes impropias de narraciones que pretenden crear entramados novelescos de raíz realista, que en ocasiones sus autores no dudan en denominar hasta históricos.

La coordenada temporal adquiere considerable importancia, no porque devenga elemento muy relevante dentro de la fábula, ni por sus aportaciones innovadoras en cuanto a la técnica narrativa, sino porque permite establecer una esclarecedora clasificación entre estas novelas.

Un primer grupo, mayoritario, está formado por las que se ajustan a unos mismos planteamientos en cuanto a su estructuración cronológica. Por lo general, comienzan presentando al protagonista o protagonistas en el momento de su alistamiento en la Legión o recién ingresados. En alguna ocasión, al inicio del relato ya han llegado a veteranos, como sucede en *Juan León, legionario* y en *Los del Tercio en Tánger*, sin embargo, estas ligeras variaciones son poco significativas, pues lo sustancial comenzará a partir de este instante. A lo largo de las páginas, siguiendo una linealidad temporal, se irá desarrollando la peripecia

de estos personajes, que los ha de conducir desde su desesperanzada situación inicial al honor y a la rehabilitación personal y social del desenlace, cuando no a la muerte, cual le sucede a alguno de los personajes de La Legión desnuda y a la mayor parte de los legionarios destacados en La conquista de Alhucemas, ¡Los que fuimos al Tercio! o La barbarie organizada. En estos dos últimos textos, tampoco para los que logran vivir se abre un horizonte de felicidad, sino más bien todo lo contrario: o el regreso a la cruda realidad de la que se había huído al principio, tal es la conclusión que plantea Fermín Galán, o la desesperación y la soledad en que queda sumido Raúl Mayer en ¡Los que fuimos al Tercio!. Dentro de estas poco variadas trayectorias, acaso convenga reseñar la de Juan Morena, quien en su Breviario las abarca todas: primero encuentra un nuevo amor que renueva sus perdidas ansias de vivir; más tarde, queda rehabilitado al esclarecerse la turbia situación que lo había llevado hasta el banderín de enganche legionario; y, por último, cuando su vida se antojaba encauzada otra vez, la muerte lo sorprende en el desenlace. La cronología lineal suele quebrarse por frecuentes vueltas al pasado, a un pasado más o menos alejado pero que siempre queda fuera del periodo que cubre el relato. Estas analepsis remiten a la historia anterior de los protagonistas y permiten al lector, y a menudo también a otros personajes, conocer las razones que los han llevado hasta las filas del Tercio. Una variante de esta estructuración temporal organiza el discurso en La conquista de Alhucemas o en el Tercio está el amor. Aquí el relato comienza *in media res*, con los preparativos para el desembarco en Alhucemas, que será la acción culminante de la novela. El narrador interrumpe tan decisivo acontecimiento para referir, en una larguísima analepsis de 250 páginas, todo lo sucedido a Leonardo Morisqueta, su protagonista, y al ejército español en Marruecos desde que año y medio antes aquél se había incorporado a la Legión. Dentro de este pasado inmediato se incrustan las habituales referencias al pasado más remoto, a la vida anterior a su etapa militar, de éste y otros varios personajes. Al final, la narración retoma la situación inicial para concluir en un gloriosa apoteosis de doble dirección, tanto para las victoriosas armas españolas que han doblegado la tozuda resistencia rifeña, como para las criaturas de ficción,

elevadas a la consideración de héroes tras desarticular una célula comunista que pretendía enquistarse en el Tercio. Tampoco El héroe de la Legión reponde por completo al modelo general, pues toda su primera parte -más de la mitad del texto- refiere los días previos a la incorporación del protagonista al ejército, y las razones que lo empujan a tomar esta decisión. Fragmento en el que la narración sigue las habituales reglas de la subliteratura galante. La segunda parte se ocupa de la peripecia militar de Leonardo y, salvo un par de secuencias ilustrativas del temple del personaje, no es más que un relato sintético de un periodo de dos años.

El segundo grupo lo he constituido con aquellas novelas que quedan fuera de los anteriores parámetros. Por un lado, las dos de Carlos Micó, que carecen de cualquier manipulación temporal en cuanto a la disposición del discurso. En El camillero de la Legión, el discurrir narrativo sigue una cronología lineal en todo momento, mientras que en Lupo, sargento esta linealidad sólo se transgrede en uno de sus párrafos iniciales para que el narrador de cuenta de un desliz juvenil, rectificado ahora con su patriótica decisión de enrolarse en este Cuerpo. Sin duda, Micó, embebido en aunar con criterio verosímil el heroísmo legionario con las teorías teosóficas, no consideró importante dotar a sus personajes de un pasado, que, por otra parte, teniendo presente la muy particular caracterización de sus protagonistas -el bicromatismo de Lupo y la insólita ideología de Arjona-, hubiera sido difícil de conjugar con lo referido en sus relatos. La Legión desnuda y Mi legionario tampoco alteran el discurrir cronológico de los acontecimientos narrados, salvo alguna esporádica alusión que, en el primero de los títulos mencionados, vierten algunos personajes sobre su propio pasado en los diálogos con otros personajes. Por último, Tras el águila del César se aparta de manera aún más radical del modelo general, pues en su caso casi ni cabe hablar de temporalidad alguna teniendo en cuenta la particular estructuración de este libro: sin trama, mediante escenas aisladas. Por consiguiente, su inclusión dentro del género novelesco sólo puede ser parcial y aún así no está exenta de problemas. Esta particular forma de transmitir la historia no se ajusta al convencional criterio de hilazón de unos acontecimientos

consecutivos con respecto a otros, sino que el narrador desde su libre albedrío refiere anécdotas variadas sin más nexo en común que la presencia de los legionarios, de tal forma que cualquier índice temporal de los que aparecen de vez en cuando -"a medianoche", "en los días que olvidaba", "al cabo de los tres meses"- queda descontextualizado, exceptuando, claro está, los que aparecen en una misma escena y afectan a su exclusivo desarrollo. Roto, de esta manera el fluir temporal como elemento rector de lo narrado, el único rastro de cronología que queda son las fechas que se anexan al título de algunas escenas y la muerte, que, según se dice al final -en un poema donde transcurridos los años se rememora lo sucedido, y cuyo significativo título es "193..."- fue la causante de la disolución del "Morabo Club", denominación para el grupo de legionarios que convivía juntos: "Se disolvió el "Morabo", pues sus socios,/ uno tras otro hacia la huesa fueron,/ excepto dos: perdidos por el mundo." (Pág. 199).

Estos dos diferentes planteamientos a la hora de organizar el relato desde la perspectiva temporal no sólo son reflejo de una mera diversidad, sino de la propia ideación de la novela. La oposición dialéctica entre pasado y presente que se establece en las del primer grupo deviene factor que tensiona la historia y los personajes. Éstos, por así decirlo, han caído en desgracia y deben redimirse. A partir de aquí, todo lo que les sucede -su vida como legionarios- no es sino una suerte de viaje purificador, al final del cual hallaran la rehabilitación. Elaboran una imagería de la guerra y de la Legión caracterizada por el heroísmo edulcorado y la fácil sensiblería, que sirve de envoltorio idóneo a unos relatos con vocación sentimental y fondo moralizante, pues éstas y no otras constituyen sus entretelas. Incluso la novela de Galán, La barbarie organizada, a pesar de su voluntad crítica y de su antibelicismo, se ajusta del todo a este esquema, reelaborándolo en función de unos objetivos distintos pero manteniendo sus generales características de sentimentalismo y de afán moralizante, y en este último extremo con notable énfasis. Dentro de estos planteamientos caben también Mi legionario y La Legión desnuda. La primera porque, según ya he señalado, se trata en realidad de un relato sentimental con el añadido ocasional que supone la presencia

de un capitán legionario. La segunda, porque el personal devenir del protagonista, trufado de episodios sentimentales y sensibleros, en poco difiere del resto de los protagonistas, con la exclusiva peculiaridad de que Juan Zunueta no se irá rehabilitando a través de su brillante carrera legionaria, sino labrándose ese porvenir que nunca tuvo, pues desde su adolescencia sólo conoció el ejército. En ello se encuentra, a mi entender, la razón de que no comparta un mismo esquema temporal con aquellas otras narraciones que le son afines en el tratamiento del asunto y del personaje: nada hay que contar sobre el pretérito de Zunueta porque nada importante le ha sucedido.

Sobre unos del todo diferentes presupuestos se asientan las otras novelas cuya temporalidad discurre siempre en avance lineal. En ellas la peripecia de los personajes no remite a ningún pasado porque no hay que reestablecer nada que se haya perdido, en esto se asemejan a Zunueta. Pero se diferencian en cuanto que aquí simplemente se refieren anécdotas de los soldados en la guerra, desposeídas de toda carga sentimental y por supuesto sin ninguna intención moralizante, sin convertir a la Legión en un centro de rehabilitación personal y social, como quieren presentarla los otros relatos. De ahí que su trama no esté lastrada por situaciones folletinescas y que sus protagonistas aparenten un mayor desabrimiento que los que tienen que cargar con desdichadas historias pretéritas. En puridad, éstas son las que podrían ser llamadas novelas legionarias, en cuanto que, en efecto, parecen escritas por auténticos legionarios -y en el caso de Carlos Micó así fue-, y ofrecen una visión, tanto del conflicto bélico como de estas tropas, mucho más rigurosa, sin adulteraciones ni falseamientos retóricos. Mientras que las otras había que darlas más bien por narraciones de corte sentimental ambientadas en el mundo legionario.

La coordenada espacial recibe trato por lo común poco relevante en estas novelas. Su habitual función queda relegada al ámbito de lo referencial, un mero elemento de la necesaria composición ambiental desposeído de cualquier carga simbólica. Sólo en Los del Tercio en Tánger, el lugar donde se desarrollan los acontecimientos adquiere importancia, y no tanto por su imbricación en la trama narrativa, que también, como porque de ahí emana el propio

tema de la novela, su moraleja. Tánger no sólo se muestra escenario donde los legionarios llevan a cabo su misión de desbaratar una organización de tráfico y contrabando de armas hacia los rifeños, sino que es la causa que da origen a esta situación. La ciudad, merced a su estatuto de internacionalidad, se ha convertido en un cosmopolita hervidero de intrigas de muy variada índole, pero sobre en plataforma de ayuda encubierta a los rebeldes rifeños. A través de su puerto el enemigo recibe cuanto necesita para continuar la guerra contra el ejército español, y en sus calles y cafés su servicio de inteligencia conoce con antelación los movimientos de tropas en el Protectorado. Triviño Valdivia desea evidenciar en su relato que todos estos perjuicios derivan del nefasto régimen de internacionalidad que disfrutaba la ciudad. Situación que quedaría zanjada si se atendiera la del todo justificada reivindicación española para incluir Tánger en su zona de influencia. En torno a este planteamiento se articulan los restantes aspectos de la narración. Desde la configuración de los personajes secundarios: legionarios alemanes que han desertado con la intención de pasarse a la harca del Raisuni, mujeres descarriadas que buscan su oportunidad al calor del dinero que circula por la ciudad, negociantes de toda índole y demás fauna tangerina; hasta la estructuración temporal, que condensa la mayor parte de la historia en los tres días que dura la misión encargada a los protagonistas.

Aunque en las restantes novelas el espacio carece de este protagonismo, sí que resulta orientativo de los presupuestos desde los que se escribieron algunas de ellas. Así, por ejemplo, en La conquista de Alhucemas el tratamiento de los lugares deja ver su más que notable emparentamiento con las novelas por entregas del siglo anterior. A la hora de describir ciudades como Tetuán, Xauen o Ceuta, el narrador se embarca en largos excursos narrativos llenos de prolijos datos historiográficos o culturales que nada tienen que ver con la trama novelesca, tal y como solían hacer los autores de aquéllas. En realidad, los modos narrativos que con fidelidad repite Ros Andreu:

"Tetuán, la antigua *Tagat* y más tarde la típica *Tetauen*, que en berberisco significa *los ojos*, es hoy la capital del Protectorado español en Marruecos. Sus treinta y cinco mil habitantes (...)" (Pág. 195).

Mientras que ¡Los que fuimos al Tercio! retrata con acertado y justo trazo el crecimiento que en todos los órdenes se está operando en Melilla gracias a la guerra. El tono descriptivo, en términos generales, se adecúa al mantenido por Asenjo Alonso en buena parte de su relato, caracterizado por una voluntad de verosimilitud, semejante al utilizado por algunas novelas centradas en el desarrollo de esta ciudad, de las que se tratará en capítulo venidero. Aún mucho más clarificador en cuanto a los planteamientos desde los que se escribió, resulta La barbarie organizada. Con esto no quiero decir que Fermín Galán le de relevancia especial al tratamiento del espacio, sino que también este aspecto rezuma intencionalidad. Por ejemplo, la visión que su protagonista ofrece de Tetuán, al pasear por su calles, no se diferencia demasiado de las que de ésta u otras ciudades pueden hacer el narrador o los personajes en otras novelas, sin embargo, el final deja bien a las claras el talante crítico de su relato:

"(...) Cruzan hebreas, moras, hispanas, una inglesa, otra alemana (...) Entre todas algún hebreo, algún moro, algún hispano, algún alemán. Y oficiales, oficiales, muchos oficiales (...) En Tetuán los oficiales parecen la masa arrolladora y aplastante del ejército de ocupación." (Páginas 149-150).

Y todavía resulta más contundente cuando el enfoque se dirige a una instalación militar. Veáse, como muestra, la descripción de un blocao, manifestando toda la miseria que allí se encerraba, muy alejado de los ribetes heroicos con que suele recubrirse en otros textos:

"Nos vemos enjaulados entre cuatro paredes y un techo... Dentro una cuba grande con agua. Unos sacos de provisiones de repuesto. Cajas de municiones en un testero. Jergones con piojos. Agujeros de ratas. Pulgas en cantidad abrumadora." (Pág. 66).

Cabe por último referirse a otro recurso relacionado con el espacio, también presente en La barbarie organizada y en una de las novelas breves de Fernández Piñero. La naturaleza se funde con la acción que se está desarrollando y se convierte en un subrayado, en una

acentuación lírica del dramatismo, respecto a los sentimientos o a las acciones de los personajes. Galán recurre un par de veces a esta técnica con bastante acierto. Al comienzo de la narración, el protagonista se ve empujado por la miseria hacia la Legión, mientras la naturaleza entera parece hacerse complice de su desventura:

"Una tarde de otoño gris y helada. El cielo cargado de plomo parece aplastar la vida entera. Fuerza invisible me empuja hacia un banderín de enganche." (Pág. 11).

Más adelante vuelve a este recurso para referir en clave simbólica la muerte de su amigo Torrelles durante el cautiverio. En esta ocasión la caída de la tarde y la llegada de la noche no sólo anuncian el final del día, sino también el de la vida.

Menos acertado resulta su empleo en La misma sangre, donde el narrador refiere una escena de amor. A través de catorce páginas despliega todas sus estrategias para fundir la sensualidad de los dos enamorados con la de la propia naturaleza según moldes casi garcilasianos. Claro que el resultado hubiera resultado ofensivo para el poeta toledano, pues junto a un muy rebuscado léxico, da rienda suelta a los más inadecuados y disparatados diálogos, en los que pone en boca de Elisa, una modistilla, ñoñeces como: "¡Ay, nene! ¡Y qué bonito está todo desde aquí!" o "Mira, Ricardo, ¡no seas bárbaro!...¡Que te pego!" En suma, lo de Fernández Piñero no es más que una burda y habitual escena característica de las novelas eróticas de la época.

Las formas del discurso en esta novelística tampoco presentan notables disparidades entre sí y, contempladas desde una perspectiva global, son, aunque quepa hacer alguna excepción, deudoras de los moldes decimonónicos más tradicionales. Si tenemos presente que la mayoría de ellas fueron redactadas entre los años veinte y principios de la siguiente década, momento en el que la narrativa española se hallaba embarcada en varios procesos de renovación formal¹⁰⁷, se hace evidente que éstas fueron novelas redactadas con una escasa exigencia artística; en algunos casos, con idénticas maneras a la añosa literatura popular sobre la campaña de 1859-60. Y apenas nada nuevo que modifique o mejore lo anterior añaden las publicadas en tiempos más próximos al presente.

Esto queda bien patente, por ejemplo, en el tratamiento de la figura del narrador y en el punto de vista desde el que se cuenta la historia. Antes de ningún comentario, creo necesario distinguir entre aquellos relatos cuya transmisión se realiza desde la aparente impersonalidad y los que lo hacen en primera persona. En los primeros, la característica más acusada del narrador la establece su inmoderada omnisciencia y una más que notable ubicuidad. Las más de las veces no sólo se hace intérprete de los pensamientos de todos y cada uno de sus personajes, sino que se implica en los entresijos de la fábula e incluso utiliza el texto como particular canal de comunicación para lanzar mensajes al lector, tal y como acostumbraban a hacer los narradores de la narrativa por entregas a los que me referí en capítulo precedente. Así en Los del Tercio en Tánger resulta muy frecuente que quien refiere la historia se considere parte de ella mediante expresiones como: "Termino en pocos momentos con la victoria de los nuestros" (pág. 212); "los cinco personajes de nuestra historia" (pág. 233); o "Ya nuestras guerrillas bajaban" (pág. 244). Idéntico procedimiento, aunque aún más enparentado con los habituales recursos de los folletones, se utiliza en La conquista de Alhucemas, donde varias veces se recurre al epíteto "nuestro héroe". El narrador de Juan León, legionario tampoco tiene reparo en apropiarse hasta de las metáforas de alguno de sus personajes para explicarle su recto sentido al lector:

"-¡Arriba, 'turistas', que estamos atracando!

Los 'turistas' -que no eran otros sino ocho o diez muchachos jóvenes enganchados para la Legión en los banderines de España (...)", (pág. 32).

Claro que el ejemplo anterior no se antoja sino pequeña impudicia ante la que acomete algunas páginas más adelante, cuando anticipa al lector la relación existente entre dos personajes, cuya escena de anagnórisis aún tardara en llegar: "Juan León fumaba su cachimba (...) pensando (...) en el hijo amado, bien ajeno a que el Destino (...) le había puesto allí a su lado (...) bajo la máscara oscura del verdoso uniforme legionario" (pág. 36).

Los mayores despropósitos los lleva a cabo, sin embargo, Ros Andreu en su novela La conquista de Alhucemas, la más cercana por la utilización de este tipo de recursos a las del

siglo anterior, pues, además de inmiscuirse en la historia por los más variados procedimientos, su coloquio con el lector no es ni un ápice menor al que aparecía en aquéllas. Unas veces con innecesarios recordatorios: "Después de llevar a la estación-radio el telegrama que ya conocemos" (pág. 19); "refirió brevemente y sin darle importancia lo que ya conoce el lector" (pag. 204). Otras, simulando complicidad con el receptor para sorprender a los personajes: "Oigamos lo que éstos decían mientras se probaban los trajes de legionario", (pág. 19); disculpándose por sus expresiones: "Perdón por el símil" (pág. 258); o adelantando lo venidero: "Y aún casos mayores veremos más adelante" (pag. 50). Relacionado con lo anterior está su capacidad para deambular por la fábula, entrando y saliendo de lugares y escenas cuando se le antoja: "Dejémosles con su desilusión hasta que más tarde nos volvamos a ocupar de ellos" (pág. 132); "Enlacemos ahora la narración y acerquémonos al fin de esta interesante historia" (pág. 274). O fingiendo un inverosímil desconocimiento. "Nuestros héroes Lisandro y Teodorino y nuestras heroínas la marquesa y María (...) ¿Quiénes son? ¿A qué obedece su aventura?" (pag. 22). Y si la manipulación maniquea de los personajes resulta habitual en estos relatos, en el de Ros Andreu alcanza cotas de franca grosería. Véase la diferencia de juicios que establece entre el protagonista y un secundario que no parecer de su agrado: "Comenzó una violenta discusión en la que el joven Lisandro llevó siempre la razón más absoluta" (pag. 230); "Ese espantajo que se titulaba conde de X (...) y que resultaba ser un compendio de pedantería y presunción" (pág. 218). Tampoco es infrecuente que la realidad se le filtre en lo novelesco, y narre como ya pasado lo que todavía no ha tenido lugar: "Los preparativos que se hacían en lo referente a armamentos y municiones, víveres y cuantos detalles se consideraban imprescindibles en una operación militar de las más difíciles, como lo fue la conquista de Alhucemas [¿y cómo puede conocer el grado de dificultad que tuvo, si en su relato aún no ha sucedido?]" (pág. 256). En suma, aunque la figura del narrador resulte una presencia excesiva en los relatos desde la tercera persona, La conquista de Alhucemas sintetiza como ninguno los más anejos modos de discurso.

Y para dejar constancia de que el paso del tiempo no siempre ha de entenderse sinónimo de evolución, basta el ejemplo que Maciá Serrano ofrece en La Legión desnuda, publicada en 1955. Sin incurrir en los excesos antes señalados, tampoco ha sabido escapar a esa afeante propensión del narrador por lastar su discurso con opiniones particulares del autor y ajenas al relato, con excursos narrativos. Unas veces sólo improcedentes:

"Cuando el imaginaria -¡qué bonita palabra cuartelera clavada en el centro de la noche!- lo vio entrar (...)" (Pág. 313).

Y otras, tan improcedentes como los anteriores, pero además denotativos de contenidos morales, tópicos y cursis, tendentes a mediatizar al lector:

"El amor, cristal del corazón, se gana con un suspiro y se pierde por un reproche. con él se llora siempre, por dentro o por fuera. Porque el dolor, que no el amor, es lo único que redime, y el amor siempre es sacrificio." (Pág. 304).

Las narraciones que no incurrir en estos vicios anacrónicos, tal vez más por su condición de breves que por sus virtudes a la hora de contar, lo hacen en otros no menos censurables. Tal puede apreciarse en El héroe de la Legión, en Bajo el sol enemigo y en El camillero de la Legión. En los tres casos los modos narrativos parecen más comedidos, aunque el resultado final carezca de cualquier proyección artística. En el primero, por la simpleza de sus planteamientos novelescos y los múltiples despropósitos e inverosimilitudes de su desarrollo. En el segundo, por los muy llamativos olvidos en que cae el propio narrador: las cien mil pesetas que Diego había ganado en el juego, se convierten en idéntica cantidad de francos sólo diez páginas después¹⁰⁸ y el mismo Diego asciende de grado a su oficial en el intervalo de dos páginas, el que en la 59 era teniente en la 61 ya ha llegado a capitán. En el tercero, su disparatado e insignificante argumento aún se hace menos digerible por causa del abuso de excursos narrativos, que Micó utiliza como vehículo de su patrioteria ideología, sustentada en pensamientos a la par sesudos y delicados, como el que explica la marcha de los extranjeros de las filas legionarias: "En el mundo no hay más que españoles y gentuza" (pág. 15).

Cuando la narración se realiza desde la primera persona, bien mediante la voz de un testigo -como en Lupo, sargento-, bien mediante la del protagonista, como en las restantes novelas, la mayor parte de estos lastres del discurso desaparecen por las propias restricciones que este punto de vista impone. Incluso el diálogo entablado por el narrador con el lector puede quedar asumido como algo natural cuando entre ambos se interpone una instancia mediata a la que parece dirigirse aquél, cual sucede en las dos obras de Fernández Piñero, relatos fenoménicos en los que el legionario Ferragut se dirige al lector de sus supuestas crónicas periódicas. Estas técnicas de narración indirecta, bajo distintas fórmulas, se hicieron bastante frecuentes entre estas novelas. Volvería a emplearse, por ejemplo, en el último de los títulos publicados, en Del breviario de Juan Morena, donde lo escrito por el protagonista llega al lector muchos años después gracias a que aquél confió su cuaderno de notas a un compañero en el momento de la muerte. Y este último lo da a conocer acompañándolo de algunas acotaciones explicativas de su puño y letra. Procedimiento narrativo que, sin embargo, resulta fallido en ¡Los que fuimos al Tercio!, que también recurre al empleo de una instancia intermedia entre el narrador, o narradores en este caso, y el lector. Esta función la realiza un periodista que, por procedimiento no desvelado, tiene acceso a un paquete de crónicas que los legionarios protagonistas fueron redactando para un periódico durante el periodo que lucharon en la guerra, aunque por su intimidad no llegaron nunca a ver la luz. Hoy, ya transcurrido el tiempo y muertos casi todos los que vivieron y escribieron aquella experiencia, este periodista las transcribe y convierte en dominio público argumentando que "la historia de la Legión no se ha escrito todavía, vista por quien ha vivido en sus filas, y pudo más en nosotros la tentación de rendir un tributo de gloria a este Cuerpo admirable (...) que el respeto debido a esas vidas fecundas en vicios y virtudes, que honran estas páginas."¹⁰⁹ Este artificio, que en principio puede resultar verosímil y hasta justificable -teniendo en cuenta que la censura de la época en que los legionarios fueron componiendo sus narraciones no habría asimilado la cruda imagen de la guerra ni algunas críticas que aparecen en estas crónicas, es cierto que menores, sobre determinadas estrategias seguidas por el mando

español-, se vuelve contra sus presuntas intenciones. Primero, por el menudeo de informaciones que sobre la caracterización de los propios protagonistas vierte el mero transcriptor. Ante ellas, el lector no puede por menos que cuestionarse cómo las ha obtenido, ya que en modo alguno se desprenden del relato de los legionarios. O los conocía, o el engaño es palmario, si no cómo pudo tener noticia de cuál era el aspecto físico de cada uno de ellos o, lo aún más improbable, estar al tanto de datos propios de su intimidad. Véase, por ejemplo, lo que sabe acerca de Dupont:

"Cuando se emborracha y no le da por la iglesia, dice que él nació varón por equivocación, por defecto de fábrica, pues su madre era un caballo normando con más bigotes que un gendarme. Su padre era menudo y barbilampiño y murió al tiempo de nacer Dupont (...) Se afeita dos veces al día, y aunque se embadurna de polvos y pastas, el rostro no puede velar el tono acentuadamente azul que ha dejado su barba afeitada. En cambio, su cuerpo es blanco, esbelto y tan bien perfilado como el de una damisela." (Pág. 20).

Un poco más adelante, el que se presentaba como simple transcriptor, aparenta tener más parte en el relato de la que ha confesado, lo que justificaría su exhaustivo conocimiento sobre los personajes, pero acaba con el efecto de verosimilitud pretendido:

"Este cuarto legionario no podía dejar de ser español, porque, de no haber existido, para honra nuestra y joya de la Legión y de este libro, lo hubiéramos creado nosotros (como he hecho con todos los demás) [*sic*]" (pág. 23).

Para finalmente, confesar su autoría al comienzo de la página 26. Si a todo ello se añade que esta especie de preámbulo no tenía otra funcionalidad que la del propio artificio en cuanto a la estructura narrativa, pues nada significativo añade en lo tocante al desarrollo de la historia - salvo los prescindibles rasgos definidores de los protagonistas-, hay que concluir que deviene recurso fallido, unas páginas mostrencas en el conjunto del relato, que dejan al descubierto a un narrador mentiroso, pero sobre todo ingenuo. Si quería hacer creer al lector que sus criaturas tenían voz propia, ¿para qué se revela como el *deux ex machina* que está detrás? Y,

además de esta llamémosle candidez, resulta desmemoriado en más de una ocasión. No sólo porque rebautice a Pablo Viera como Ramón, que éste resulta descuido menor, sino porque desliza algunos detalles que en modo alguno podrían haberse planteado los personajes-narradores; rastros que evidencian su larga sombra. Cómo iba a dejar Raúl Mayer sin aclarar, pendiente para la siguiente crónica, las trascendentales revelaciones que otro personaje le había hecho sobre la verdadera personalidad de Marieta, ¿es que acaso él podía saber si las balas iban a respetar su vida para poder escribir otro artículo? Y si esto parece poco verosímil, lo que ya se convierte en del todo imposible es que en el escrito de uno de los legionarios se mencione la palabra novela como género al que pertenecen las páginas que está redactando¹¹⁰. Una voz ajena, la del todopoderoso organizador del relato, se ha interpuesto, dejando al descubierto que el personaje sólo es vicario suyo en la elaboración del discurso. Errores que, de consuno con otros varios, echaron por los suelos el anhelo de Asenjo Alonso al pretender escribir una novela veraz sobre la Legión, tal vez incluso sobre la guerra si prestamos oído a lo que dice uno de sus personajes:

"Se conoce que el 'curita', tan amigo de los libros buenos, no ha pasado los ojos por toda esa basura literaria que ha producido la guerra, como si los lectores de la paz hubieran también de mancharse del fango de las trincheras." (Pág. 89).

Otro de los problemas, aunque no sea privativo de esta forma de contar, se deriva de la inmoderada facundia del personaje-narrador, ya presente en las Memorias de un legionario, pero exprimido *ad nauseam* en La barbarie organizada. No hay duda de que el narrar desde la primera persona permite un más amplio desahogo discursivo. Sin embargo, en el relato de Fermín Galán los excursos de la narración resultan abusivos, tanto en longitud como en frecuencia, y, además de retardar la acción, llegan a constituir un pesado lastre para la verosimilitud de la fábula. Estas digresiones, que con preferencia sobre el diálogo suelen recubrirse con la forma de monólogos autonarrados, constituyen el vehículo para que el protagonista reflexione sobre casi todo lo humano: la organización social, el poder, la religión, el ejército, la guerra; sobre todo aquello que contribuye a crear un orden injusto.

El principal obstáculo viene dado por las carencias formativas del personaje, cuya ilustración debe de ser muy limitada, aspecto no explicitado pero fácil de inferir por su trayectoria laboral, no obstante, sus apreciaciones revelan cierta elaboración ideológica y cultural, difíciles de imaginar en una mente poco instruida. Sirva el siguiente como mero ejemplo entre los muchísimos que podríán extraerse. La visita de Alfonso XIII a un hospital militar da pie para que el protagonista-narrador elabore un razonamiento sobre la estructuración social, del que sólo mencionaré un fragmento porque su extensión excede las dos páginas:

"(...) Los pueblos viven subyugados. Subyugados a la clase rica, a la clase militar y a la clase eclesiástica. Lo mismo o peor que muchas civilizaciones de la prehistoria./ El pasado está siempre cada vez más definido. Cada vez más delimitado en sus poderes tiránicos. Cada vez más perfecto en su constitución interna (...)/ El monarquismo existe. Existe el gobierno de una clase dominante que tiene a su servicio una clase militar, retribuída como jamás clase alguna dominadora la tuvo en los siglos. Y una clase sacerdotal, que en su interminable decadencia histórica, vive adaptada a los órganos del poder constituído, al cual apoya, mientras va viviendo (...)/ El monarquismo existe. Con el consentimiento de los pueblos hasta en las naciones más cultas y adelantadas." (Páginas 171-172).

De dónde podía haber sacado un hombre con deficiente instrucción no sólo las ideas generales o la velada exhortación final a cambiar el sistema de cosas descrito, sino, y sobre todo, las alusiones culturales referentes al proceso histórico. Se hace casi obligatorio concluir que la novela le sirvió a Galán no tanto para narrar una ficción feroz sobre una guerra cruel -que también- como para dar curso a un discurso ideológico y moral, elaborado desde unos presupuestos libertarios y anarquizantes: el reflejo de su sentir ético y político. Esto cabe dentro del género, incluso, resulta consustancial a lo novelesco, lo objetable es que tal discurso no emane del propio discurrir de la acción -lo que sucede, por ejemplo, en Imán- sino que se incluya como un añadido superpuesto a la peripecia relatada.

ABRIR TOMO I.- 2ª PARTE - III.



(CONTINUACIÓN)